



ANUDAR
— A SU —
OMEGA
JASMINE FOX

Anudar a su Omega

Un Romance de Harén Inverso Omega de Amor Prohibido y Pareja

Rechazada

(Serie Vínculos Anhelados)

Jasmine Fox

Copyright © 2024 by Jasmine Fox

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law

Contents

[Prólogo](#)
[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo Diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Capítulo Veintidós](#)
[Capítulo Veintitrés](#)
[Capítulo Veinticuatro](#)
[Capítulo Veinticinco](#)
[Capítulo Veintiséis](#)
[Capítulo Veintisiete](#)
[Capítulo Veintiocho](#)
[Epílogo](#)

Prólogo

—¡Otra vez, Leila! ¡Inténtalo de nuevo!

La voz de Cressida Kaye atraviesa la habitación tenuemente iluminada, llena de ecos de su frustración. Las sombras se extienden largas por las paredes mientras el sol se hunde fuera de la vista. El aire está cargado con el aroma del sudor, el agotamiento y la implacable anticipación de Cressida.

En el centro de la habitación se encuentra la pequeña y delicada figura de Leila Kaye, de nueve años.

Es una visión desgarradora.

El cabello rubio de Leila cuelga desordenadamente sobre sus estrechos hombros. Sus ojos azules parecen apagados y cansados. Su rostro está enrojecido y surcado de lágrimas. Sus pequeñas piernas tiemblan, evidentemente agotadas de estar de pie durante tanto tiempo.

Y aun así, sigue adelante. Leila mira a su madre, notando su mirada fija y su palpable anticipación. La joven niña inclina la cabeza y toma un profundo respiro antes de levantar el rostro para devolver la mirada a su madre.

La mirada de Leila está concentrada. Sus ojos fijos directamente en Cressida, sentada a unos metros de ella. Sus pupilas se dilatan. La piel de su cuello se tensa, revelando una intensa tensión en sus vasos sanguíneos. Aprieta los puños y visiblemente rechina los dientes. Es evidente que se está llevando hasta sus límites.

—Sí... Eso es —dice Cressida, mientras una pequeña sonrisa comienza a formarse en su rostro al ver a Leila intensificar sus esfuerzos para liberar sus feromonas—. ¡Sigue así! —su voz se eleva con emoción mientras se levanta de su asiento, observando a Leila con anticipación.

Leila sonríe con suficiencia cuando las palabras de su madre llegan a sus oídos. Se está acercando, y su madre puede verlo. Solo necesita seguir adelante. Todas las largas horas dedicadas a dominar su habilidad finalmente valdrán la pena. La aprobación de su madre yace

deliciosamente ante ella. La admiración de todos los que llegarán a saber que una Omega tan joven pudo dominar completamente sus feromonas está tentadoramente cerca.

Se concentra más, aprieta más fuerte y se esfuerza tanto como su pequeño cuerpo se lo permite.

Y entonces pierde el equilibrio y se desploma de rodillas. Los diminutos poros que había forzado tanto para abrir parcialmente comienzan a cerrarse. Sus vasos sanguíneos visibles empiezan a desaparecer nuevamente bajo su piel. Su cabeza está inclinada, abatida.

—¡No, maldita sea, Leila! —grita su madre. Sus frustraciones estallan mientras se gira y derriba un jarrón, enviando un eco penetrante de la cerámica estrellándose contra el suelo.

—¿Por qué es tan difícil para ti? ¿Han pasado tres días y aún no has logrado ni un solo ataque de feromonas! —Cressida ajusta las arrugas en su vestido formadas por su exabrupto con el jarrón ahora destruido.

—Por favor, mamá. Estoy cansada. Hemos estado aquí todo el día. Por favor —suplica Leila débilmente, con la cabeza aún inclinada y la voz apagada por el agotamiento.

—¡Silencio! —El eco de la voz de Cressida reverbera por toda la habitación. El silencio que sigue solo se ve interrumpido brevemente por el eco desvaneciente de su voz.

—Solo llevamos aquí las últimas cinco horas, y si va a tomarte diez horas más dominar las partes más básicas de tus feromonas, entonces ese es el tiempo que estaremos aquí.

—¡Mamá, por favor! Ni siquiera he almorzado. Tengo hambre. Por favor —logra decir Leila entre sollozos. Sus ojos ahora están levantados hacia su madre, claramente alarmada ante la perspectiva de diez horas más de esfuerzo implacable.

—Cuanto antes domines tus feromonas y hagas lo que te he indicado, antes podrás almorzar —responde Cressida fríamente.

Algo en la manera en que Cressida responde a sus súplicas destroza a Leila. Cinco horas de práctica implacable la han dejado sin energía ni entusiasmo. Su estómago ruge de hambre, pero la mirada inflexible y los comentarios mordaces de su madre no ofrecen ningún alivio. Sus sollozos se transforman instantáneamente en llanto.

—¿Por qué lloras? Esto ni siquiera es difícil —se burla su madre, desviando la mirada de su hija llorosa. Al voltearse para mirar cualquier cosa menos a su hija arrodillada y llorando, ve a una

criada con una bandeja de comida que evidentemente ha estado de pie junto a la puerta durante un rato.

—Usted... Deje eso y venga aquí —dice Cressida, haciendo un gesto a la criada para que se acerque. La criada deja la bandeja sobre una mesa y camina cautelosamente hacia ella.

—Muy bien, Leila. Te lo mostraré una vez más. Presta atención —dice su madre, mirando a Leila antes de volver a centrar su atención en la criada, que ahora está de pie a unos metros de ella.

Leila se limpia los ojos y observa cómo Cressida inclina ligeramente la cabeza y abre sin esfuerzo sus poros, liberando sus feromonas directamente hacia la criada.

Sus efectos son inmediatos.

En un instante, la criada cae de rodillas, abrumada por la influencia de la señora Kaye. Sus muslos se aprietan y su respiración se vuelve rápida. Involuntariamente saca la lengua sobre su labio inferior y comienza a babear. La lujuria incontrolable provocada por el calor que las feromonas de la señora Kaye le forzaron la convierte en nada más que un animal.

Leila observa cómo la criada se arrodilla, babeando y murmurando palabras inaudibles, arañando los pies de su madre.

—Patética —dice Cressida, con una expresión de asco formada por la sensación de la mano de la criada enloquecida rozando sus pies—. ¡Ahora fuera!

La criada sale apresuradamente de la habitación obedeciendo la orden de la señora Kaye. Aún babeando, sin estar lo suficientemente lejos para que los efectos de las feromonas disminuyan.

—¿Ves lo fácil que fue? Ahora inténtalo de nuevo, Leila. Y no me decepciones esta vez.

Leila se levanta lentamente y mira a su madre una vez más. Inhala y se concentra, pero inmediatamente vuelve a caer de rodillas mientras se esfuerza. El hambre, el agotamiento y la juventud inocente resultan demasiado.

El rostro de su madre es ahora indescifrable, inexpresivo.

—Los tutores dijeron que tengo feromonas muy fuertes. Te lo compensaré, mamá. Lo siento —dice Leila en un tono derrotado. Ya no está sollozando. Solo se ve triste.

—¿De qué sirven unas feromonas poderosas si no puedes usarlas, Leila? —replica Cressida.

Leila no responde. Simplemente permanece arrodillada, con la cabeza inclinada. La habitación está completamente en silencio, salvo por el sonido de la respiración entrecortada de Leila. Las lágrimas corren por sus mejillas y caen al suelo.

Cressida se acerca y se agacha, observando más de cerca a su hija. Alcanza el mentón de su niña con el dedo índice y le levanta el rostro, encontrándose sus miradas. Es recibida por los ojos llorosos y agotados de Leila, y Leila es recibida por la mirada indescifrable de su madre.

—Estoy haciendo todo esto por ti, hija mía —dice con convicción—. No tienes idea de lo que está en juego. Debes ser mejor y más fuerte. ¿Lo entiendes?

¿Más fuerte que quién? Leila asiente aunque no entiende.

—Eres una Kaye. Debes ser la mejor. Siempre. No me decepcionarás. No decepcionarás a nuestra familia.

Con sus palabras aún asentándose en la mente de su joven hija, Cressida limpia suavemente el rostro de Leila de las lágrimas que se están secando. Le da unas palmaditas en la cabeza y luego se levanta y comienza a salir de la habitación.

Se detiene abruptamente en la puerta, congelándose como si hubiera olvidado algo. —
Empezamos de nuevo mañana al amanecer —declara antes de finalmente salir de la habitación, dejando a Leila aún arrodillada en el centro.

Pasan los minutos, y Leila permanece enraizada en el centro de la habitación, con las rodillas firmemente apoyadas en el suelo de madera. El ambiente solemne es interrumpido por débiles murmullos provenientes de sus labios cansados.

—Soy una Kaye. Debo ser la mejor. No decepcionaré a madre. No decepcionaré a mi familia.

Capítulo Uno

Leila

—¡Leila!

—¡Leila Kaye!

—¡Mira aquí, Leila Kaye!

Dios mío...

Me abro paso entre la multitud hambrienta de reporteros que actualmente empujan sus micrófonos hacia mi cara en un intento desesperado por obtener las respuestas que esperan que les dé a sus preguntas... *preguntas groseras*.

—Leila, ¿cómo se siente ya no ser la mejor Omega? ¿Extrañas ser especial? —pregunta uno de los reporteros, acercándose tanto a mí que casi puedo sentir su aliento en mis mejillas.

Los ignoro mientras continúo en mi lucha por pasar entre ellos.

—¿Cuáles son sus comentarios sobre ser la hija de una criminal? —pregunta otro de manera insensible. Pero, ¿cuándo se ha conocido a los reporteros por su tacto y sensibilidad?

—Hemos oído que no has visitado a tu madre desde que fue encarcelada. ¿La estás abandonando? —pregunta otro más.

Levanto la mano, protegiéndome con mi bolso mientras destellos de luz golpean mi rostro. Ha sido así durante un tiempo.

Aunque nunca he estado verdaderamente libre de miradas y murmullos por ser la Omega más fuerte, nunca antes había tenido que enfrentar un espectáculo público como este, ni se había hablado de mí por algo negativo.

Esto es peor que cualquier cosa para la que pudiera haberme preparado, aunque puedo decir con orgullo que he estado manejando esto con toda la gracia que he podido.

—¿No tienes lealtad hacia tu madre, o ella se ha negado a verte por no apoyarla?

La pregunta me desestabiliza y casi me hace detenerme, pero eso sería un error. Estoy a solo unos centímetros de mi coche ahora, y marcará otro día en el que he sobrevivido a ellos.

—Leila, ¿secretamente odias a tu hermana por tener la vida que tú quieres con el Alpha más poderoso, Ares Linds, que se suponía que sería tuya?

Dios mío. Realmente espero que Cassie no vea nada de esto. No es que ella alguna vez pensara que tengo mala sangre con ella por algo. Pero lo último que quiero es que sienta lástima por mí o se sienta mal por esta situación.

—Leila Kaye —otro reportero se abre paso entre la horda, casi cayendo sobre mí. Roza mi piel con el micrófono antes de enderezarse—. Ahora que Ares Linds ha sido tomado, ¿hay algún otro prospecto en fila para pedir tu mano?

Aumento el paso, yendo tan rápido como mis piernas me pueden llevar a través de los reporteros que me persiguen con sus preguntas. Al acercarme a mi coche, estoy casi corriendo a toda velocidad.

¡Casi llego!

La puerta del lado del conductor se abre, y mi guardaespaldas, Luke, asoma la cabeza. Empieza a salir del coche, claramente dirigiéndose a mi rescate, pero sacudo la cabeza desesperadamente, deteniéndolo en seco.

—¡Vuelve al coche, Luke! —grito, obligándolo a retirarse rápidamente a su asiento mientras yo salto el resto del camino hasta el coche.

Abro de un tirón la puerta del asiento trasero y salto dentro, cerrando la puerta tras de mí. Respiro aliviada y miro a través de la ventanilla cerrada, viendo a los reporteros corriendo hacia el coche, aún desesperados por cualquier migaja de información que permita salir de mis labios.

—¡Solo responde una pregunta, Leila!

—¡Danos algo, lo que sea! —grita otro.

Sus voces están amortiguadas fuera del grueso cristal de la ventana, pero sus palabras aún me llegan.

¿Cuánto tiempo les llevará renunciar a perseguir lecturas con mi nombre y pasar a otra cosa?

Aunque no puedo culparlos por arruinar nuestras vidas —mi madre lo hizo por sí sola—, si fueran solo un poco más misericordiosos con sus crudos titulares y su búsqueda de información, todo esto ya se habría olvidado.

—Conduce, Luke.

Luke sale disparado del estacionamiento del campus, alejándose de los reporteros que se quedan allí, mirando fijamente mi vehículo hasta que desaparece de su vista.

Me sostengo la cabeza entre las manos y suspiro.

—Mierda.

La palabra se escapa de mis labios en un suspiro entrecortado. Ha sido un día tan estresante. Sabía que sería malo, pero esto es bastante horrible. No sé cuánto más puedo soportar.

Supongo que podría haber sido peor. Intentamos prepararnos para esto, con todos haciendo lo mejor posible para manejar las cosas de una manera que mantuviera la mayor parte del calor lejos de mí. Pero no hay una verdadera forma de mantener todo alejado.

Las malas noticias se venden más rápido, y en este momento, no hay noticias peores que mi vida.

Sonrío con tristeza. Hace solo unos meses, mi vida era perfecta. Había sido la Omega más poderosa con las feromonas más fuertes. Había sido la envidia de todas las Omegas alrededor, especialmente por mi habilidad para usarlas como un arma, incluso contra Alfas menores, siendo capaz de llevarlos a pelear sin sentido.

Todo eso había llegado a su fin cuando descubrí que tenía una media hermana que era hija ilegítima de una aventura que mi padre había tenido con una criada. Mi madre, que se había enterado de la infidelidad de mi padre mucho antes, incluso antes de que cualquiera de nosotras naciera, había llegado al extremo de usar bloqueadores ilegales en ella, prácticamente lisiando y casi matando a mi hermana.

Ella había vivido así la mayor parte de su vida, y todo esto se descubrió recientemente. Eso por sí solo era suficiente para estigmatizar a mi familia, pero no fue el final de todo lo que sucedió.

Mi hermana también se había casado con el Alfa más poderoso, alguien con quien yo había

estado en conversaciones de matrimonio.

Me río y sacudo la cabeza. *Una locura.*

Muchas cosas locas han sucedido en un corto período de tiempo, y ahora mi vida no se parece en nada a lo que siempre debió ser o a lo que solía ser.

Era difícil mantener mi rostro neutral mientras los reporteros gritaban preguntas sobre mi madre y cómo me sentía acerca de que Cassie tomara mi lugar y la vida que debería haber sido mía.

Estas desesperadas revistas del corazón continúan tratando de exprimir mi desgracia en su intento por conseguir clics.

Los reporteros no son los únicos que han estado haciendo las cosas raras o difíciles para mí. Ha sido obvio que todos están usando esto como una oportunidad para expresar el resentimiento que tienen hacia mí y que se ha acumulado a lo largo de los años.

Mis compañeros de clase me han estado dando miradas extrañas llenas de tanto desdén durante las clases.

¡Mierda! Me deslizo en el asiento del coche y presiono mi cabeza contra la ventana ligeramente caliente. Realmente no había asimilado todo esto antes, pero ahora, teniendo que lidiar con los reporteros y todo, de alguna manera aclara las cosas para mí.

Realmente no puedo volver a vivir mi vida normal ahora mismo, al menos no hasta que las cosas se calmen. Solo entonces podré volver a la normalidad, *o al menos, a algo parecido a la normalidad.*

Una cosa está muy clara: las cosas nunca volverán a ser las mismas, y no sé cómo me siento al respecto.

—¿Estás bien?

La voz de Luke interrumpe mi lucha mental, y levanto la mirada, saliendo de la autocompasión en la que he estado sumida durante los últimos minutos desde que comenzó el viaje en coche.

¿Estoy bien? Quiero responder eso, pero las palabras se atascan en mi garganta.

—Cállate, Luke —digo en su lugar a su pregunta preocupada.

Prefiero no hablar de esto ahora mismo. No cuando probablemente traerá lágrimas consigo. Sin importar lo que haya pasado, no voy a ser una debilucha llorona.

Mi mente vuelve a Cassie una vez más, las preguntas insensibles que los reporteros hicieron sobre ella repitiéndose una y otra vez en mi cabeza.

No guardo ningún rencor contra ella a pesar de todo lo que ha sucedido. Si acaso, se merece toda la felicidad del mundo después de todas las dificultades que ha atravesado en su vida.

Sonríó a través de mi dolor al pensar en lo fuerte que se ha vuelto desde que dejó de tomar los bloqueadores ilegales que le impedían desarrollar sus poderes.

Ha sido maravilloso entrenarla y verla hacerse más fuerte. Me alegro de haber sido yo quien la entrenara, transmitiendo todo lo que he aprendido de los intensos entrenamientos que recibí, aunque de una manera mucho mejor y más relajada.

Su fuerza ha superado con creces la mía, volviéndola feroz. Se ha convertido en lo que siempre estaba destinada a ser: la perfecta loba blanca, la Omega más fuerte y la única que verdaderamente merece el puesto de Omega número uno, reemplazándome en el papel que he desempeñado casi toda mi vida.

Aunque estoy verdaderamente feliz por ella, esto significa exactamente lo que dicen los reporteros. No hay lugar para una Omega número dos, lo que hace cierto que ya no soy especial. También es cierto que no he hablado con mi madre desde que fue encarcelada.

También es verdad que, aunque hemos logrado evitar que la crisis escalara al grado que podría haberlo hecho si no fuera por el apoyo de Cassie y Ares, ya no somos tan respetados como antes, y muchas de las familias de alto rango no desean asociarse con nosotros, lo que augura mi perdición.

El coche se detiene, y miro hacia afuera confundida, sorprendida al ver el edificio familiar de la casa en la que crecí. ¿He estado sumida en mi miseria todo el camino hasta casa?

De alguna manera, ese pensamiento me deprime aún más.

Luke apaga el motor en marcha, y puedo sentir su mirada mientras me observa por el espejo retrovisor. Me muevo inquieta en el coche, sintiendo como si pudiera ver todo lo que estoy luchando por ocultar con esos ojos grises y atentos suyos.

—Deja de mirarme —digo de repente, con la voz temblorosa y terminando en un gemido.

Me muerdo el labio inferior para evitar que las lágrimas que se acumulan dentro de mí hagan su aparición justo cuando él aparta la mirada inmediatamente.

—Sí. Lo siento —dice suavemente.

El coche queda en silencio mientras lucho por recomponerme. Aunque ella no está aquí para verme derrumbarme así, la voz de mi madre está en mi cabeza, reprendiéndome por permitirme ser débil. Sin embargo, eso no es suficiente para hacer que las lágrimas retrocedan.

Alargo la mano hacia la puerta, lista para abrirla y esconderme del mundo hasta que pueda controlar mis sentimientos y ser tan fuerte como sé que puedo ser, o al menos ocultar mi debilidad.

—Tu celo comenzará pronto —la voz de Luke me detiene en seco, y lo miro con ojos grandes, reclinándome en el asiento—. Tus emociones podrían dispararse.

Me había olvidado por completo de eso en la locura del momento. Me está dando una excusa por mis lágrimas. No soy débil. Mi celo solo se está acercando. Casi sonrío.

—¿Quieres que suba contigo y te ayude a relajarte?

Mis ojos se encuentran con los suyos en el espejo retrovisor mientras intento contener mi mal humor. Sus ojos grises, que siempre parecen saber tanto sobre mí, miran directamente a mi alma.

Aparto la mirada cuando ya no puedo soportar lo que parece una intrusión antes de asentir.

—Sí.

Salgo del coche de inmediato, sin molestarme en girarme para ver si me está siguiendo.

El sonido de la puerta del coche abriéndose y cerrándose llega a mis oídos, y sus pasos, que se sincronizan con los míos, me brindan cierto consuelo.

Se mantiene unos pasos detrás de mí, su imponente figura creando una masa negra y enorme de sombra delante y a un lado de mí, lo cual es bastante apropiado considerando que ha sido mi sombra durante bastante tiempo, siguiéndome a todas partes.

Ha demostrado ser muy útil y servicial para mí en muchas ocasiones. Es como mi pilar, en el que siempre puedo confiar que estará a mi lado incluso cuando todos los demás fallan.

Subo las escaleras hacia mi habitación, dejando que mis brazos rocen las barandillas con su acabado de madera. Es una de las cosas que han cambiado desde que madre se fue.

Muchas cosas han cambiado desde que se fue, principalmente porque destruyó muchas cosas en su furia por ser tratada "injustamente", lo cual no podría estar más lejos de la verdad.

Aun así, hay tantas cosas alrededor que continúan recordándomela. No puedo encontrar consuelo en ellas, así que aparto la mirada, ignorándolas como suelo hacer siempre que estoy en casa.

Luke pasa delante de mí y abre mi puerta, haciéndose a un lado para que yo entre primero. Él entra después de mí y cierra la puerta suavemente.

Lo observo mientras está de espaldas a mí. Sus hombros son anchos y grandes, haciendo juego con su alta estructura de 1,88 metros. Su cabello castaño, generalmente corto, ha crecido una vez más, con puntas desaliñadas que caen hermosamente a los lados de su rostro.

Se mantiene rígido como siempre, con las piernas separadas, listo para defenderme ante cualquier oportunidad. Sus hombros finalmente se relajan cuando gira la llave en mi puerta y se vuelve hacia mí, su mirada normalmente estricta cediendo a un poco de suavidad por mi bien.

—Ven aquí.

Le hago un gesto con el dedo y él cierra la distancia entre nosotros en un segundo. Un jadeo escapa de mis labios entreabiertos cuando coloca sus enormes manos bajo mi trasero y me levanta.

Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura con confianza y bajo mis labios a los suyos, orgullosamente deleitándome en el hambre que llena esos hermosos ojos grises antes de cerrar completamente la distancia en un beso abrasador.

Capítulo Dos

Ryan

Me acerco al umbral de la gran mansión de la familia Kaye, con una mezcla de familiaridad y extrañeza en el pecho. Las imponentes columnas y los extensos jardines parecen a la vez iguales y diferentes, como si el tiempo hubiera tendido un fino velo sobre los recuerdos de mi juventud. Han pasado dos décadas desde la última vez que vi este lugar, o a Augustus Kaye, para el caso.

Mi viejo amigo aparece en el gran portal mientras me acerco, y por un momento, solo nos miramos el uno al otro. Estudio al hombre que tengo delante, y en la profundidad de su mirada, reconozco el mismo escrutinio reflejado hacia mí.

Los años han grabado líneas en el rostro de Augustus, plateado su cabello antes brillante, y añadido cierta pesadez a sus ojos antaño vibrantes. Sin duda, sigue siendo un hombre atractivo, y no me sorprendería saber que aún es un imán para las damas como lo era en nuestros días más jóvenes, pero el tiempo nos alcanza a todos.

Pero debajo de todo eso, veo al amigo que una vez conocí.

—Augustus —digo, con una pequeña sonrisa nostálgica en el rostro.

—Ha pasado mucho tiempo, Ryan —Augustus refleja mi sonrisa mientras nos estrechamos las manos, con un apretón firme y constante.

Le doy una palmada en el hombro.

—¿Cuántos años han pasado? ¿Veinte?

Augustus pone su mano sobre la mía en su hombro.

—Veinticinco —me corrige.

Me río ligeramente mientras comenzamos a entrar en la mansión.

—Te ves viejo, Augustus —bromeo.

Mi viejo amigo se ríe, de espaldas a mí, sus anchos hombros rebotando ligeramente, envueltos en un abrigo bien cortado.

—Uno pensaría que tú eres la imagen perfecta de la juventud.

El mayordomo, un hombre rígido con un rostro como un busto cincelado, nos hace a ambos un respetuoso asentimiento mientras nos abre la puerta del despacho de Augustus. La luz del fuego parpadea en la habitación, proyectando largas sombras y un cálido resplandor sobre los paneles de madera oscura y los ricos muebles.

Augustus se vuelve hacia mí cuando llegamos al centro de la habitación.

—Ha pasado demasiado tiempo —dice.

—Así es —coincido, aunque las palabras parecen inadecuadas para abarcar las más de dos décadas que han pasado. *No pretendía que fuera tanto tiempo.*

Hace años, cuando le conté a Augustus por primera vez mi decisión de dejar la ciudad, estaba consternado y confundido.

—*Dejar la ciudad donde naciste simplemente no es algo que los lobos hagan, Ryan* —recuerdo que dijo con exasperación. Tenía razón. Dejar la ciudad donde uno nace para vivir en otro lugar es un hecho extremadamente raro, que solo ocurre si alguien es exiliado, y aun así, el exilio solo se reserva para las peores transgresiones y es algo mayormente del pasado.

También estaba el pequeño detalle de que yo era el Alfa más poderoso y de mayor rango. Esto hacía que mi decisión fuera aún más desconcertante para mi mejor amigo. Éramos reyes aquí. Jóvenes. Poderosos. Muy codiciados. Teníamos toda la ciudad a nuestros pies. Podíamos tener la mejor elección para nuestras parejas. Era perfecto.

Quizás ese momento revela la diferencia fundamental entre nosotros. Augustus siempre ha sido un hombre que encuentra consuelo en la comodidad. Se deleita en la rutina, lo familiar y, por supuesto, tiene un apetito insaciable por los placeres que yacen entre las piernas de una mujer. Yo, por otro lado, siempre he sido el más ambicioso de los dos, constantemente atraído por lo desconocido, siempre sediento de mayores logros.

Las ofertas que llegaron de otras familias de lobos en diferentes países fueron suficientes para consumir mi imaginación con las infinitas posibilidades de expansión. Y cuando me propongo

algo, lo hago.

—¿Whisky o coñac? —la voz de Augustus me saca de mi torbellino de pensamientos y recuerdos.

—Coñac —respondo, dándole una palmada en el hombro.

Nos acomodamos en los profundos sillones junto al fuego, con una licorera de coñac y otra de whisky entre nosotros. La habitación está en silencio, salvo por el ocasional crepitar del fuego y el suave tintineo del cristal mientras Augustus nos sirve una copa de coñac a cada uno.

—Me enteré de lo de tu esposa —comienza Augustus, con voz baja y solemne—. Sé que ha pasado mucho tiempo, y no tuve la oportunidad de decirlo antes. Pero lo siento.

Asiento, tomando un sorbo de coñac. El calor de la bebida se extiende por mi cuerpo, un breve consuelo contra la fría realidad de mi pérdida. —Fue hace veinte años —digo, mirando fijamente el líquido ámbar. *¿Ha pasado realmente tanto tiempo?* No puedo creer que ya tenga cincuenta años. Me convertí en viudo a los 30.

Ha pasado tanto tiempo desde entonces, dos décadas que se sienten a la vez como toda una vida y como un abrir y cerrar de ojos. No estaba profundamente enamorado de ella. Tuvimos un matrimonio arreglado, lo cual es la norma cuando vienes de una familia poderosa, pero la respetaba.

Estábamos comprometidos cuando decidí irme, y pasaron algunos años antes de que mandara por ella, tanto porque estaba ocupado como porque ella dudaba en dejar todo lo que había conocido para seguirme. Al principio, intentó esperar en casa, pero cuando se hizo evidente que no iba a regresar pronto, finalmente dejó la ciudad y vino a unirse a mí.

Cuando enfermó, fue repentino y rápido. No hubo tiempo para largas despedidas, ni adioses prolongados. Estuve allí, por supuesto, a su lado hasta el final. Cumplí con mi deber como su esposo, y cuando se fue, la enterré con el respeto que merecía. En medio de todo, habíamos formado una especie de amistad.

—¿Veinte años atenúan el dolor de perder a un cónyuge? —dice Augustus mientras hace girar su copa, devolviéndome a la realidad.

Hay una pausa, un momento en que las palabras quedan suspendidas entre nosotros. ¿Fue dolor

lo que sentí cuando falleció? Soy un hombre ocupado, así que hice todo lo que pude para honrarla, pero los negocios seguían acaparando toda mi atención.

Miro a mi amigo. —¿Lo preguntas porque perdiste a la tuya?

Entonces Augustus se recuesta en su silla, su expresión cambiando a algo más reservado.

—Parece que te has enterado de las noticias —dice, con un tono cuidadosamente controlado.

En efecto, lo había hecho. Regresé a la ciudad hace dos días, pero antes de eso, había hecho mi investigación y leído las noticias y resúmenes de negocios para ver qué me había perdido y no estar desactualizado cuando llegara.

Lo hice principalmente para ver qué familias habían cambiado de líderes durante mi ausencia y quién se había casado con qué familia. Encontré más que solo eso. Augustus también había perdido a su esposa, pero por la prisión, no por la muerte.

—He oído algunas cosas —admito—. Una poderosa hija ilegítima que creció envenenada por tu esposa. Pero preferiría escuchar la verdad de ti.

Augustus suspira, dejando su copa en la mesa junto a él.

—La mayor parte es cierta. Tengo una hija ilegítima. Cassie. Es verdad que no supe de ella hasta hace poco. Es increíble, especialmente considerando todo lo que ha soportado. Es mi hija con una criada que empleé hace muchos años.

Por supuesto, Augustus tiene un hijo con una criada.

—Cassie es una loba blanca, Ryan. *La Loba Blanca*.

—Eso he oído. Eres un hombre extremadamente afortunado, amigo mío. Engendrar una loba blanca no es algo que ocurra todos los días —digo. Es una verdadera bendición.

—Se casó el año pasado y le va bien. Entre sus compañeros está este poderoso joven Alfa, Ares. Debes haber oído hablar de él. Algunos de nuestra edad incluso lo llaman el nuevo tú —Una leve risa escapa de los labios de Augustus al concluir esa frase.

—Nadie es el nuevo yo —Mis palabras tienen un filo contundente, y me aseguro de mirar a Augustus a los ojos mientras las digo. Puedo notar por el rápido cambio en su expresión que se

da cuenta de que hablo en serio.

De hecho, he oído hablar de este joven y poderoso muchacho de la casa Linds, y no es la primera vez que escucho esa comparación. El joven advenedizo aún está creciendo en sus poderes, pero dicen que ya rivaliza conmigo en fuerza. Sin embargo, yo estoy en mi mejor momento y tengo toda la experiencia que mis años me han otorgado. Eso significa que, por ahora, al menos, sigo siendo el Alfa más poderoso.

—Además —cambio de tema—, escuché que tu hija legítima estaba en conversaciones de matrimonio con el chico Linds, pero él eligió a su hermana en su lugar. ¿Cómo lo tomó ella?

Las noticias seguían salpicadas con algunos titulares sobre Leila Kaye a pesar de las otras noticias que las eclipsaban. Las cosas que he leído no son muy agradables.

—Muy bien, en realidad. Mejor de lo que podría haber esperado. Han formado un vínculo bastante fuerte —dice Augustus con facilidad.

—Eso es afortunado de nuevo —digo con un asentimiento. Al menos no tiene que lidiar con la calamidad que se produciría si una loba blanca y una poderosa Omega librarán una guerra bajo su techo. No me habría sorprendido si Leila hubiera armado un escándalo. Parece que es bastante benévola.

Augustus asiente, y sus ojos parecen fijarse en la nada. Puedo notar por su expresión que ha llegado a la parte más difícil de su informe.

—¿Tu esposa realmente hizo lo que dicen las noticias? —pregunto, rompiendo el largo silencio, dándole a mi amigo una vía para decir lo que ha estado queriendo decir.

El rostro de Augustus se ensombrece, y aparta la mirada como si las palabras mismas fueran demasiado pesadas para soportar.

—Sí —dice, las palabras cayendo como piedras en la habitación silenciosa—. Cressida se aseguró de que nunca me enterara de Cassie. Por supuesto, si no hubiera hecho lo que hizo, Cassie habría saltado a la fama desde su infancia y habría sido reverenciada como la loba blanca. Claro, entonces habría sido fácil para la criada decirme que era mi hija. Pero ¿usar esos bloqueadores prohibidos? La niña incluso estuvo sin poder transformarse durante la mayor parte de su vida debido a eso.

Me siento atentamente ante el tono más alto de Augustus. Entiendo su juicio. Robarle a alguien su lobo es casi como un asesinato. Ella fue demasiado lejos.

—Incluso intentó que la asesinaran. Si no fuera por sus compañeros, mi hija estaría muerta. Tuve que entregarla después de eso.

—Hiciste lo correcto —digo en voz baja, aunque estoy seguro de que no es como si hubiera tenido mucha elección.

—Quizás —murmura Augustus, inclinándose hacia adelante para apoyar los codos en las rodillas—. Pero es complicado. Mi reputación se ha visto afectada. El apellido Kaye ahora es motivo de duda entre las otras familias. Todos los contratos están en suspenso. Va a ser difícil recuperar la confianza. Los rumores no ayudan. Los murmullos, el escándalo. Ha sido difícil.

Asiento, comprendiendo el dolor no expresado detrás de las palabras de Augustus. —Bueno, ahora que estoy aquí, no tienes de qué preocuparte.

Por supuesto, ahora que he vuelto, necesito revivir la posición de mi familia en esta ciudad. Estoy seguro de que no todos recuerdan quién soy. Después de todo, varios jóvenes han asumido posiciones como cabezas de sus familias.

Aun así, con el capital y las conexiones con las que regreso, ya tengo correos de diferentes familias que quieren trabajar conmigo. La familia Kaye es mi primera elección porque Augustus es mi amigo y porque es una de las pocas personas en el poder que me conocía.

Los ojos de Augustus brillan con lo que debe ser gratitud. —Gracias, Ryan. Tu aprobación hará mucho para restaurar la fe en el apellido Kaye.

—Estoy seguro de que se habría restaurado por sí solo con el tiempo. Has aceptado a tu hija ilegítima y has hecho las cosas bien. Estoy seguro de que esto pasará pronto. Nunca ha habido una familia que haya engendrado un lobo blanco solo para caer en el olvido —agrego.

Aunque solo sea por eso, la familia Kaye está cimentada en la historia.

—¿Quién hubiera pensado que tus costumbres disolutas te llevarían a engendrar al Lobo Blanco de la leyenda? —bromeo.

Augustus resopla. —Ciertamente no lo vi venir. Parece que fui bendecido por la diosa luna para producir Omegas poderosas.

Lo dice en broma, pero es cierto. Ya me había ido antes de que ella naciera, así que nunca la conocí, pero incluso mientras estaba fuera, había oído el nombre de su primera hija. Leila Kaye era conocida como la Omega más poderosa descubierta. Estoy seguro de que, como yo, habría recibido muchas ofertas de otros países, pero supongo que no había nada tan bueno por ahí cuando el Alfa más fuerte de su generación también era de aquí.

—Realmente tienes mucha suerte —murmuro—. Aunque me siento mal por tu otra hija. Los tabloides han sido crueles. ¿Está bien?

Augustus se rasca la cabeza. —Bueno, parece estar bien. Como dije, lo está llevando bien.

Inclino la cabeza hacia un lado. ¿Parece? Augustus es mi amigo, pero el hombre no está exento de fallos. Matrimonio arreglado o no, esta situación es enteramente su culpa por engañar a su esposa. Debería estar haciendo más para cuidar de su hija.

Parece que ve mi desaprobación porque se lanza a una sarta de explicaciones y excusas.

—He estado demasiado ocupado lidiando con las consecuencias del escándalo en el negocio, ¿sabes? Demasiados contratos por renovar, pero puedo decir que todos están esperando como si aguardaran a que caiga la siguiente ficha antes de decidir si aún desean trabajar conmigo.

Le dirijo una mirada firme. —Bueno, como dije. Estoy aquí. Tus preocupaciones comerciales deberían estar resueltas, así que ahora deberías tener tiempo para estar ahí para tu hija. Ha perdido a su madre, su posición e incluso al hombre con el que iba a casarse. Al menos debería tener a su padre.

Lo estoy regañando, pero por alguna razón, la expresión de Augustus es inexpresiva y pensativa mientras me mira de manera extraña.

—¿Qué?

Augustus niega con la cabeza.

—No, nada. Solo me di cuenta de que tienes razón. Debí haber pensado en ella, especialmente con el fracaso de sus planes de matrimonio. Debí haberle buscado un nuevo pretendiente.

Entrecierro los ojos mirando a mi amigo.

—¿Por qué me miras así?

Augustus junta las manos.

—No te has vuelto a casar desde que perdiste a Selene. ¿Ya tienes algún compromiso con alguien?

Alzo las cejas al darme cuenta finalmente de adónde quiere llegar con esto.

—Augustus...

—Hablo en serio —dice mi amigo, enderezándose en su asiento—. Puede que Leila no sea la loba blanca de la leyenda, pero es una Omega poderosa. Te dará herederos espléndidos. Una unión entre vosotros dos acabará con todas las noticias negativas sobre su rechazo, y un matrimonio consolidará nuestros acuerdos comerciales.

Parpadeo.

—¿Quieres que me case con tu hija?

He visto suficientes fotos tuyas en las noticias como para saber que es increíblemente atractiva, pero nunca le he dado muchas vueltas a ese pensamiento. De alguna manera, al crecer junto a Augustus, nunca imaginé que llegaría el día en que tomaría a su hija como pareja.

—¿Por qué no? —dice Augustus encogiéndose de hombros, aunque sus ojos están atentos, observándome de cerca—. Eres rico, respetado y un Alfa poderoso que rivaliza con el chico Lind. Ella es una Omega ideal. Sería una unión ventajosa... para ambos.

Mantengo la mirada fija en Augustus, buscando en su rostro algún indicio de humor mientras sus palabras calan en mí. Pero está claro que no está bromeando. Habla completamente en serio.

¿Casarme con su hija? Hace años, la mera sugerencia nos habría hecho doblarnos de risa a ambos. Pero ahora, sentado aquí a su lado, no es ninguna broma.

Y no se equivoca. Ser la segunda Omega más poderosa sigue siendo una posición formidable. Sin duda, daría a luz a cachorros fuertes.

También tiene razón sobre el heredero. He pasado años construyendo riqueza más allá de nuestras fronteras, consolidando el nombre y el legado de mi familia. Todo lo que queda es el siguiente paso: un sucesor que lo lleve adelante.

Casarme con ella también acabaría con la campaña de desprestigio que la ha estado acosando. También tiene razón en eso. Las acusaciones contra ella no tienen fundamento; cualquiera puede ver que es inocente de las fechorías de su madre. Pero el constante escrutinio debe estar perjudicando sus posibilidades de encontrar una pareja digna.

No es que alguna vez me haya importado lo que piensen los medios. ¿Por qué debería empezar ahora?

—Quizás tengas razón —concedo, para deleite de Augustus.

Capítulo Tres

Henry

La gala es un deslumbrante despliegue de lujo, con lámparas de cristal que proyectan una cálida luz dorada sobre el vasto salón de baile. El aire lleva el suave aroma de rosas frescas, mezclándose con las delicadas notas de una orquesta en vivo. Los invitados, vestidos con sus mejores galas, se mueven con gracia bajo las luces centelleantes.

Me detengo, dejando que el esplendor de la velada me envuelva. Aunque no soy ajeno a estos eventos tan grandiosos, su encanto nunca se desvanece. Hay cierto placer en estas reuniones, una indulgencia que saboreo cada vez. Pero esta noche, hay algo especialmente gratificante en compartirlo con Ares, mi mejor amigo, y su unidad familiar, su esposa, Cassie, y sus otros compañeros, Eric y Jeremiah. Su presencia añade una riqueza a la velada, haciéndola sentir más íntima y completa.

Estoy de pie junto a Ares, intentando concentrarme en la conversación, pero mi atención sigue desviándose. Es extraño, considerando que normalmente estoy muy presente y atento en las conversaciones, pero mis ojos se sienten atraídos, como por una fuerza magnética, hacia el otro lado del salón donde ella se encuentra. Leila Kaye.

Está exquisita esta noche, más de lo habitual. Su vestido, de un azul real profundo que combina con sus ojos, fluye con elegancia mientras cambia de peso con una gracia que parece sin esfuerzo. La tela se adhiere delicadamente a su figura, captando la luz mientras se mueve, revelando un atisbo de las curvas debajo. Su cabello rubio está recogido en un intrincado peinado, con algunos mechones sueltos enmarcando artísticamente su rostro. Incluso la forma en que sostiene su copa es elegante sin esfuerzo, sus dedos envolviendo el cristal, exudando un encanto silencioso que atrae la mirada sin intentarlo.

Hay una fuerza tranquila en su postura, una compostura que desmiente la agitación que sé que está soportando. Es obvio por la indiferencia en su rostro que está agotada por el hombre que parlotea a su lado: Jasper O'Neil de la familia O'Neil, un famoso aburrido que nunca parece darse cuenta cuando ha perdido a su audiencia. Puedo verlo en la forma en que asiente ligeramente, la leve curva en sus labios apenas ocultando su desinterés, sus ojos parpadeando ocasionalmente como si buscaran una escapatoria.

¡Pobre criatura!

No hace mucho, yo también fui víctima de las laboriosas divagaciones de O'Neil. Tuve la fortuna de ser librado de más tormento, rescatado por la presencia de Ares y su unidad familiar. Ahora, mientras veo a Leila soportando el mismo destino, no puedo evitar pensar que alguien debería intervenir y salvarla del tedio de los discursos de O'Neil.

—¿Henry? ¡¿Henry?! —dice Ares, dándome un codazo—. ¿Acaso escuchaste una palabra de lo que dije? —su voz teñida de preocupación.

—Yo, eh... Lo siento. ¿De qué estábamos hablando otra vez? —pregunto mientras veo cómo los ojos de Ares se desvían hacia la dirección de la que los míos acaban de regresar, una pequeña sonrisa apareciendo en su rostro al descubrir el foco de mi atención.

—¿De verdad te gusta, no? —pregunta Ares, aún sonriendo con suficiencia, su voz teñida de una mezcla de burla y curiosidad.

Más que nadie en mi vida.

Resoplo, tratando de desviar la atención, pero mis pensamientos revelan una historia diferente. Leila me ha cautivado desde el primer momento en que la vi cuando se la presentaron a Ares. Su belleza me impactó de inmediato, y supe que estaba contemplando una joya rara capaz de acaparar la atención de cualquier hombre.

Pero fue más que su apariencia física lo que me cautivó. Su confianza y la manera en que se desenvolvía con una gracia y un aplomo sin esfuerzo eran aún más hipnotizantes. Su pura audacia parecía iluminar todo su ser. Me sentí atraído hacia ella de una manera que trascendía la mera admiración. Sentí una atracción casi irresistible hacia ella, una sensación de asombro que solo ha crecido desde ese encuentro inicial.

Pero ella iba a ser prometida a Ares, y me contuve de permitir que tales sentimientos persistieran. La Omega más poderosa estaba destinada a estar con el Alfa más poderoso. Lo respetaba y tenía perfecto sentido, hasta que dejó de tenerlo. Primero, quedó claro que Ares no suspiraba por ella como yo lo hacía. Luego, estuvo la aparición de Cassie, la Loba Blanca de la leyenda, revelando con innegable claridad que Leila no era, después de todo, la Omega más poderosa.

Ares y Cassie se han casado y han establecido una unidad familiar unida con Jeremiah y Eric ahora. A lo largo de este cambiante panorama, Leila ha sido elegante, sin mostrar el más mínimo

indicio de disgusto. Sin embargo, no puedo imaginar el peso que carga; la carga del encarcelamiento de su madre y el incesante aluvión de prensa negativa en todas las revistas del corazón debe sentirse como un ancla que pesa sobre su pecho. A través de todo esto, sigo dividido sobre reprimir mis persistentes sentimientos por ella. Quizás este no sea el momento ideal para abordarlos, pero ¿cuándo es el momento adecuado?

—Solo estoy preocupado por ella después de todo lo que ha pasado y todo lo que están diciendo en las revistas del corazón —digo, cuidando de no responder directamente a la pregunta.

Ares vuelve su mirada hacia Leila, percatándose de su evidente fastidio e irritación ante el aún parlanchín O'Neil. Hay un atisbo de simpatía en sus ojos.

—Esperaba que el anuncio de mi unidad familiar le quitara la presión de encima. Pensé que con toda la atención sobre Cassie, Jeremiah, Eric y yo, la prensa le daría un respiro —dice Ares, negando con la cabeza mientras habla—. Aparentemente, no le quitó toda la presión —concluye mientras vuelve su mirada hacia mí.

—¿Has visto algunas de las cosas que están diciendo sobre ella? Es desagradable —digo, con un tono de preocupación inconfundible.

—Sí, lo esperábamos. Ya sabes cómo son estas revistas del corazón.

—¿Incluso con el descubrimiento de una Loba Blanca? Habría imaginado que estarían demasiado ocupados cubriendo eso como para tener tiempo para todos los comentarios difamatorios que han estado publicando.

—Las malas noticias vuelan, y puedes apostar a que los medios despiadados encontrarán la manera de enfocarse en eso. Pero ella realmente no se lo merece —dice Ares, casi en un suspiro.

Un breve silencio se instala entre nosotros mientras vuelvo mi mirada hacia Leila. Mi mente se arremolina con pensamientos sobre las crueles y falsas acusaciones que la han acosado en los blogs: rumores viciosos de que conspiró con su madre para matar a Cassie, murmuraciones de que se ha amargado después de ser destronada como la Omega más poderosa, y especulaciones de que las controversias la han dejado sin un solo pretendiente. Cada mentira se siente como una herida fresca, y no puedo evitar sentir una profunda simpatía por ella.

—Simplemente me da pena, ¿sabes? —murmuro, con los ojos aún fijos en Leila.

Ares me mira y luego vuelve a mirarla, con expresión pensativa. —Bueno, no creo que ella apreciaría que la compadezcan —responde, con un tono mesurado—. Pero tienes razón. Está pasando por mucho en este momento.

Hay una breve pausa entre nosotros, un momento en el que nos sumimos en nuestros pensamientos. Puedo ver la mirada en el rostro de Ares y sé lo que está pensando. El silencio que sigue es roto por Ares.

—Sé que lo he dicho antes, pero realmente creo que deberías intentarlo con ella —dice Ares, con un tono sincero.

Resoplo en respuesta, poniendo los ojos en blanco. —Sigues diciendo eso. Te gusta molestarme, ¿verdad?

Pero Ares no cae en la provocación. —Hablo en serio —insiste—. Puede que no la conociéramos bien antes, pero ahora sí. La forma en que ha manejado todo, cómo ha acogido a Cassie y se ha convertido en una hermana cariñosa para ella, dice mucho. Es una buena persona, Henry.

Me quedo en silencio, mirando a lo lejos, aunque no fijo mi mirada en nada en particular.

—Y ambos sabemos que realmente te gusta —añade Ares, dándome un codazo en el hombro, con una sonrisa cómplice en los labios.

Dejo escapar una ligera risa ante el codazo de Ares y la mirada conocedora en sus ojos. —Voy a tomar aire —digo, girándome para irme mientras él se ríe suavemente detrás de mí. Mientras me alejo, miro hacia atrás donde estaba Leila, solo para descubrir que se ha ido, finalmente liberada de O'Neil. Pero entonces veo a O'Neil girarse en mi dirección, su mirada fijándose en mí con una alarmante intención. *¡Oh no! ¡Otra vez no!*

Mis instintos se activan de inmediato, y me deslizo en un grupo de personas cercano, mezclándome con su movimiento mientras se dirigen en una dirección diferente. Mantengo la cabeza baja, cuidando de ocultarme de la línea de visión de O'Neil. Una vez que estoy seguro de que su atención se ha desviado a otra parte, me separo del grupo, moviéndome rápidamente hacia el balcón.

Finalmente llego a un pequeño balcón, agradecido por la fresca brisa nocturna que acaricia mi rostro. Mientras estoy allí, con las luces de la ciudad parpadeando abajo, comienzo a dar vueltas a las palabras de Ares en mi mente. No se puede negar la verdad. Siento algo fuerte por Leila,

algo que he hecho un terrible trabajo ocultando, incluso de mí mismo.

Sin embargo, mientras mis pensamientos divagan, se posan en Ares y en el hombre en el que se está convirtiendo. Nunca lo había visto tan satisfecho. Estar cerca de su esposa y los compañeros de esta ha sacado a relucir un lado de él que no es otra cosa que hermoso. La noticia del embarazo de Cassie ha llenado toda la ciudad de anticipación, pero a nadie más que al propio Ares. Su entusiasmo por la paternidad y por el futuro es palpable, y es una alegría presenciarlo. Todo parece estar encajando en su lugar para él, y está más feliz de lo que jamás lo he conocido. No puedo evitar sentir un anhelo por ese tipo de felicidad en mi propia vida.

Nunca me he tomado realmente el tiempo ni he visto la importancia de buscar una pareja. Pero quizás ahora sea el momento. Tal vez sea hora de encontrar a alguien con quien compartir mi vida y formar mi propia familia.

Mis pensamientos se ven bruscamente interrumpidos por el chirrido de la puerta detrás de mí. Me doy la vuelta con curiosidad para ver quién ha venido a unirse a mí en este rincón tranquilo de la noche.

Leila Kaye. *Esto debe ser una señal.*

Por un momento, nos quedamos inmóviles, atrapados en la mirada del otro. Su belleza, tan impactante desde el otro lado del salón de baile, es aún más abrumadora aquí en el espacio íntimo del balcón.

—Oh, lo siento. No me di cuenta de que el balcón estaba ocupado —dice ella, rompiendo la tensión silenciosa y persistente entre nosotros. Su voz es suave, pero lleva un trasfondo de confianza que me hace estremecer. Mientras lucho por encontrar una respuesta, ella se acerca, sus pasos deliberados, cada uno más embriagador que el anterior. Se apoya en la barandilla, mirando hacia el cielo nocturno, su presencia tan imponente que llena el pequeño espacio a nuestro alrededor.

Su movimiento es una silenciosa muestra de gracia y audacia, una combinación que despierta algo primario dentro de mí. La mayoría de la gente se habría retirado al descubrir que ya había alguien en el balcón, pero ella no. No Leila Kaye. Hay una audacia en ella que desafía las convenciones y una energía intrépida que me atrae incluso cuando me deja inquieto.

—Está bien, podemos compartir —logro decir finalmente. Un breve silencio se cierne entre nosotros, pero no es incómodo. Puedo ver que ella necesita este momento de tranquilidad en el

balcón tanto como yo. Durante un rato, simplemente nos quedamos allí, uno al lado del otro, perdidos en nuestros propios pensamientos, mientras miramos hacia la oscuridad.

—Nunca hemos hablado antes —digo suavemente, rompiendo el silencio, mi voz apenas por encima de un susurro.

—Sí, bueno, este no es exactamente el mejor momento para empezar —responde ella, su tono teñido con un toque de amargura—. Nadie tiene prisa por hablar conmigo estos días. —Inclina la cabeza hacia atrás ligeramente, dejando escapar un breve suspiro—. Excepto la prensa, parece que no pueden tener suficiente de mí en este momento. No eres de la prensa, ¿verdad, Henry? —añade, con un guiño sarcástico en sus ojos que me arranca una risita.

—No, no lo soy —respondo, todavía sonriendo—. Y no puedo imaginar que Jasper O'Neil trabaje para la prensa tampoco. Pero estabas hablando con él, así que... —bromeo.

Ella se burla al oír el nombre de Jasper O'Neil. —Creo que habría preferido hablar con la prensa. Ya sabes cómo es O'Neil, siempre divagando —dice, poniendo los ojos en blanco con exasperación.

—Créeme, lo sé. El tipo nunca se calla —coincido, y compartimos una risa por ello, un momento genuino de ligereza que parece aliviar parte del peso que ha estado cargando. Es una risa que creo que necesitaba.

Mientras nuestra risa se desvanece, me encuentro cautivado por la forma en que su sonrisa ilumina su rostro, un vistazo fugaz de la belleza que esconde bajo el peso de sus problemas. Esto despierta una profunda simpatía en mí. La idea de que alguien tan genuino y radiante pueda ser atacado tan cruelmente por los medios es casi insoportable.

—Así que —comienzo, con voz firme—, he visto algunas de las cosas que están escribiendo sobre ti. Lo siento.

—Sí —responde ella, su expresión volviéndose sombría—. Estoy tratando de acostumbrarme a esta nueva realidad. Descubrir que tengo una hermana es genial, y Cassie es increíble. Pero me está costando acostumbrarme a ser la segunda mejor.

—No es tan malo, ¿sabes? —digo, captando el peso de sus palabras.

—¿Qué? —pregunta ella, con tono inocente, como si estuviera genuinamente curiosa.

—Ser el segundo mejor —respondo, dejando que las palabras floten en el aire.

Ella hace una pausa, sus ojos escudriñando los míos como si tratara de entender. —Oh —dice finalmente, lanzándome una mirada con un atisbo de sonrisa en sus labios—. Tú lo sabrías.

—Sí, lo sé —respondo, sosteniendo su mirada con una cálida sonrisa. Continúo—: Cuando era niño, todos pensaban que era muy poderoso. Algunos incluso creían que estaba destinado a ser el Alfa más poderoso. Pero luego conocí a Ares y me di cuenta de que no era así. Y eso está bien.

Ella asimila mis palabras, su expresión contemplativa. —Crecí creyendo que era la mejor, así que me tomará tiempo acostumbrarme —admite, con un dejo de vulnerabilidad en su voz. Asiento, comprendiendo el cambio con el que está lidiando.

Caemos en un breve silencio, el aire nocturno a nuestro alrededor cargado de pensamientos no expresados. Luego, como si la hubiera golpeado una revelación, levanta las cejas y me mira con curiosidad. —Debes haber sido un niño muy poderoso si la gente pensaba que te convertirías en el Alfa más poderoso —dice, entrecerrando ligeramente los ojos mientras me estudia—. Nunca hemos hablado realmente, y no he visto ni oído mucho sobre lo que puedes hacer.

Una sonrisa juguetona tira de las comisuras de mi boca. —¿Te gustaría una demostración? —pregunto, medio en broma, medio en serio.

Ella sostiene mi mirada por un momento. Luego, con una intensidad sutil pero inconfundible, responde—: Sí.

Con un profundo suspiro, comienzo a abrir lentamente mis poros, permitiendo que mis feromonas se filtren en el aire entre nosotros. La observo de cerca, notando el ligero cambio en su expresión mientras permanece desprevenida, quizás subestimando la potencia de lo que soy capaz de hacer.

Observo su rostro, estudiando cada detalle mientras su reacción se desarrolla. Lentamente, sus ojos se ensanchan, la calma inicial cediendo paso a algo más primario mientras comienza a sentir los efectos de mis feromonas. Sus ojos empiezan a brillar, la humedad acumulándose en las comisuras traicionando la repentina oleada de sensaciones que la invaden. En un instante, libera sus propias feromonas, un intento reflejo de protegerse de la abrumadora fuerza de las mías.

El pánico en su respuesta es inconfundible, y levanto la mano inmediatamente, cerrando mis poros y cortando el flujo. No tenía la intención de presionarla tanto, y ver el fuerte efecto que he

tenido en ella despierta en mí una mezcla de arrepentimiento y preocupación.

—Lo siento. Debí haberte advertido —digo, con evidente preocupación mientras la observo recuperarse de la repentina intensidad de mis feromonas.

—Está bien —responde, con voz firme, aunque sus ojos aún revelan un atisbo de sorpresa—. Es mi culpa. No pensé que serías tan fuerte.

Una sonrisa burlona tira de las comisuras de mi boca.

—Ya ves, ser el segundo mejor no está tan mal. Seguimos siendo muy poderosos —digo con un toque juguetón.

—Evidentemente —replica, con tono reflexivo—. Pero ¿cómo eres tan fuerte y aun así tan silencioso? —pregunta, mezclando curiosidad con asombro.

Río suavemente.

—En realidad no soy tan silencioso. Es solo que Ares tiende a acaparar mucha atención, y he llegado a disfrutarlo así.

Ella asiente lentamente, su mirada se detiene en mí, claramente aún procesando la fuerza de mis feromonas.

—Con lo fuerte que eres, si Cassie siempre hubiera sido la número uno, podrías haber sido mi primera pareja en lugar de Ares —murmura, con una especie de realización en su voz.

Verla en este estado vulnerable, su reacción despertando emociones dentro de mí, hace que mis pensamientos den vueltas.

—Eso es correcto —digo, con tono directo—. Aún puede suceder.

Ella se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos, y sonrío.

—¿Qué? ¿Has encontrado un nuevo pretendiente después de Ares?

Sonrojándose, responde:

—Bueno, los tabloides no dejan de hablar de ello. No, no he tenido ningún pretendiente desde lo que pasó con Ares.

Aprovecho el momento, mi voz firme pero suave.

—¿Estarías interesada si pidiera tu mano?

Sus ojos se ensanchan y su boca se entreabre ligeramente por la sorpresa ante mi abrupta propuesta. Veo el asombro registrarse en su rostro, reconociendo lo repentino que esto debe parecer.

—No tienes que darme una respuesta ahora —digo, suavizando mi tono—. Solo piénsalo. —Le ofrezco una cálida sonrisa antes de darme la vuelta y alejarme.

Ares tiene razón. La quiero.

Capítulo Cuatro

Luke

—He hecho que los otros guardias realicen un control del perímetro y registren toda la zona. Ella tendrá el lugar para sí misma sin interrupciones de ningún tipo.

Me mantengo de pie con las manos detrás de la espalda y las piernas separadas mientras el Sr. Kaye y yo repasamos los últimos detalles antes de que Leila se retire al refugio al que siempre va cuando está en celo.

El Sr. Kaye y yo siempre tenemos una reunión informativa cuando Leila comienza su celo, y yo asumo el papel de su guardaespaldas durante esos momentos para asegurarme de que esté bien atendida y tenga todo lo que necesita.

—Confío en que te encargarás del resto —la voz del Sr. Kaye resuena en la oficina mientras levanta la vista de su tableta y me mira fijamente.

Ofrezco un breve asentimiento en señal de aceptación. —Por supuesto, señor. He comprado los suministros de alimentos y todo lo demás que necesitará, incluyendo las mantas más suaves del mercado. Solo necesito su permiso y los enviaré por adelantado.

El Sr. Kaye asiente, haciendo un gesto desdenoso con la mano. —Sí, adelante con eso.

Su mirada vuelve a la tableta, apareciendo una arruga en su frente mientras revisa una vez más la lista para asegurarse de que tenemos todo lo que necesitamos. A pesar de su apretada agenda, el período en que Leila entra en celo es uno de los momentos en los que el Sr. Kaye nunca está demasiado ocupado, asegurándose de que las necesidades de su hija siempre estén cubiertas.

—Siempre puedo contar contigo, Luke —dice, más como una afirmación que como una pregunta.

Aun así, asiento en señal de acuerdo, manteniéndome en posición de firmes, con las manos todavía rígidamente detrás de la espalda.

—Por supuesto, señor.

Emite un gruñido bajo de aprobación y ofrece una pequeña sonrisa. —Por cierto, ¿cómo está tu madre?

—Está bien, señor.

Estoy agradecido de que, a pesar de los años que han pasado, continúe preguntando por la salud de mi madre. Es una de las razones por las que estaré eternamente en deuda con él y nunca lo juzgaré, sin importar lo que haga y cómo lo vea el resto del mundo.

Conozco al Sr. Kaye desde que era un niño, acompañando a mi madre a su trabajo en su empresa, donde ella trabajaba como limpiadora. Sin embargo, nunca nos había notado, no hasta que ocurrió un evento que cambió todo eso.

Aquel fatídico día, mi madre estaba limpiando cuando de repente se desvaneció y se desplomó. El Sr. Kaye se dirigía al ascensor en el momento en que ocurrió el incidente.

No se detuvo ahí. El señor Kaye personalmente la llevó al hospital a toda prisa, quedándose conmigo mientras esperábamos los resultados de sus pruebas. Cuando llegó el diagnóstico de cáncer de ovario, el miedo se apoderó de mí. Mi madre, aunque trataba de tranquilizarme, no podía ocultar su propio terror. Fue la primera vez que la vi tan vulnerable, luchando por contener las lágrimas.

En nuestro mundo, los lobos pueden tener poderosas habilidades regenerativas, pero el cáncer es una cruel excepción. La enfermedad se regenera tan rápidamente como nuestras células sanas, haciéndola más mortal que en los humanos. Para nosotros, es una triple amenaza: de rápido crecimiento, letal y difícil de tratar.

Enterarme de la enfermedad de mi madre fue aterrador, especialmente dadas nuestras limitadas finanzas. Apenas podíamos permitirnos las necesidades diarias, mucho menos una atención médica costosa. Pero antes de que la desesperación pudiera apoderarse de nosotros, el señor Kaye intervino. Pagó las facturas del hospital e incluso arregló que una bruja realizara magia curativa.

Todavía no puedo entender qué llevó al señor Kaye a hacer tanto esfuerzo para salvar la vida de mi madre. Esperaba que buscara publicidad, pero en su lugar, rehuyó los reflectores. Nada de conferencias de prensa, ni sesiones de fotos, ni entrevistas.

Su amabilidad era genuina, sin deseo de reconocimiento. Hasta el día de hoy, solo aquellos

directamente involucrados conocen su buena acción.

Después de pensar en ello durante años, preguntándome por qué lo hizo, no pude contenerme más y me derrumbé y le pregunté por qué nos había ayudado. Su respuesta se quedó conmigo:

—¿Por qué no? Ya estaba involucrado desde el momento en que salté del ascensor y esperé en el hospital para averiguar qué le pasaba. ¿Qué sentido tenía desaparecer y dejar que ella y su hijo pequeño se las arreglaran solos cuando yo tenía los recursos necesarios para ayudar? Simplemente tenía que llevarlo hasta el final.

A pesar de su notoria reputación de mujeriego, las acciones del señor Kaye hacia mi madre desafiaron las expectativas. Ella era una mujer maternal, mayor que él, y madre soltera, muy alejada de su tipo habitual. Sin embargo, la trató con pura amabilidad, como si su único propósito fuera aliviar su sufrimiento. Fue un perfecto caballero durante su período de recuperación y lo ha seguido siendo hasta ahora.

Sigo en deuda con él por su cuidado. Mi madre aún vive solo gracias a él, aunque el cáncer había causado demasiado daño antes de ser detectado y, como tal, no pudo volver a trabajar.

Una vez más, el señor Kaye nos había ayudado, dándonos un lugar para vivir que era completamente nuestro. También pagó mi educación y se aseguró de que nunca más tuviéramos que preocuparnos por nada.

Para cuando terminé mi educación universitaria a los 22 años, lo único que deseaba era trabajar para el señor Kaye. No había otro lugar en el mundo donde prefiriera estar que trabajando para el hombre que nos cuidaba como si fuéramos su familia.

Me convertí en guardia en su casa, ascendiendo lentamente hasta la posición de guardaespaldas personal de su preciada hija, Leila, cuando tenía 28 años. Ahora, cinco años después, seguía siendo un puesto que me honraba tener y del que estaba decidido a demostrar que era digno.

Reprimo la culpa que me corroe la conciencia mientras miro la figura relajada del señor Kaye. No he demostrado ser digno, ¿verdad? En cambio, he hecho lo contrario de lo que se suponía que debía hacer.

Cuando Leila tenía dieciocho años, me asignaron como su guardaespaldas. Era un puesto que me había entusiasmado, pero había demostrado ser inmerecedor del apoyo que el señor Kaye me había mostrado a mí y a mi madre.

Recorro el perímetro de la casa de verano que Leila suele visitar, paseando por el recinto con los oídos atentos a su llamada por si necesita algo de mí.

El sonido de algo estrellándose y haciéndose añicos llega a mis oídos desde la casa. Me dirijo hacia allí, empujo las pesadas puertas y subo las escaleras corriendo para asegurarme de que esté bien, mirando alrededor mientras doy pasos cuidadosos pero apresurados hacia su habitación.

—¿Está bien, señorita Kaye? —pregunto mientras me apresuro a entrar en la casa.

Somos los únicos en la casa de verano. Los otros guardias han terminado su ronda rutinaria por los alrededores y han regresado a la mansión Kaye, una decisión que estoy seguro se basa en que yo soy un Beta, completamente inmune a los efectos de la señorita Kaye.

—Señorita Kaye —jadeo, deteniéndome en seco frente a ella, mirándola con los ojos muy abiertos.

Está sentada en el suelo en una posición incómoda. Evalúo la situación, observando la bandeja y los platos rotos que la rodean. Se había caído, llevándose consigo la bandeja de comida. Sin embargo, esa no era la causa de mi sorprendido jadeo.

Contemplo la visión de una Leila angustiada. Su cabeza está echada hacia atrás, su rostro se contrae en lo que solo puede ser una mezcla de sensaciones intensas. Gemidos entrecortados que suenan más como sollozos rotos escapan de sus labios entreabiertos, y sus ojos están cerrados.

Su dedo entra y sale rápidamente de su sexo, y su cintura se mueve para alcanzar el ritmo de sus caderas.

Otro gemido se le escapa, y observo, fascinado, cómo sus caderas se ralentizan y ella introduce su dedo anular para acompañar al dedo medio, volviendo a mover las caderas y bombear sus dedos, esta vez más lentamente mientras se aclimata a la adición.

Un gruñido se me escapa, y sus ojos se abren de golpe. Me mira mientras gime y babea. Sus ojos están llenos de dolor, y eso rápidamente me saca del trance en el que su posición me había sumido.

—¿Está bien? —pregunto de nuevo, ignorando la dolorosa dureza que presiona contra mis pantalones. La preocupación me invade a pesar de mi estado de excitación. No se ve nada bien.

—No... no he hecho nada para aliviarme durante mi celo —dice entre dientes antes de añadir—. Durante los últimos cinco celos.

Mis ojos se abren de par en par por la sorpresa. Es casi inaudito que un lobo en celo pase tanto tiempo sin intentar aliviarse de una manera u otra. Es como una tortura.

—¿Nada en absoluto? —pregunto, olvidándome de mí mismo por un momento.

Quizás sea por el estado en el que se encuentra, pero me responde de todos modos.

—He intentado distraerme leyendo y participando en el negocio familiar solo para no tocarme, pero ya no puedo más.

Me muerdo la lengua para no hacer comentarios, sin querer cruzar aún más límites siendo demasiado amistoso con ella o haciéndole preguntas que puedan avergonzarla cuando pase su estado inducido por el celo.

Mis ojos recorren la longitud de su cuerpo, deteniéndose en los dedos que continúan bombeando dentro y fuera de su hermoso sexo. Quizás ya hemos pasado esa etapa después de todo.

Me mira con ojos suplicantes llenos de desesperación.

—Ayúdeme —logra decir con dificultad.

Parpadeo rápidamente y luego lentamente mientras registro sus palabras.

En un instante, está de pie frente a mí, sus manos recorriendo la longitud de mi cuerpo hasta que se detiene en mi cinturón. Gimo mientras mi pene endurecido se agita, engrosándose aún más en mis pantalones.

—Por favor, ayúdeme.

Presiona su sexo expuesto contra mi muslo y se frota mientras me mira a los ojos.

—Tóqueme, por favor.

Jadea, estremeciéndose.

—Señorita... —me esfuerzo por decir, luchando contra la tentación que presenta. No necesito percibir sus feromonas para excitarme con la visión que tengo frente a mí.

Aun así, logro decir las palabras que sé que lamentaré. —No creo que sea una buena idea. A su padre no le gustará esto.

—Oh, se siente tan bien —recorre con sus labios mi cuello expuesto, rozando suavemente su lengua contra mi piel.

Sus manos se deslizan hacia las mías, y toma mis dedos, guiándolos hacia el calor entre sus piernas mientras me mira con ojos desesperados.

*Gimo cuando las puntas de mis dedos rozan la humedad, frotando contra lo resbaladizo.
¡Mierda!*

—¿No me deseas? Te necesito dentro de mí ahora —gimotea contra mis oídos, presionando sus pechos contra mi pecho.

—Ayúdame —suplica desesperadamente.

Con mi último vestigio de razonamiento, me aparto de ella. —No puedo hacer esto, señorita. Soy su guardaespaldas.

Ella niega con la cabeza antes de que pueda terminar, aferrándose a mí casi como si no pudiera soportar estar lejos de mí.

—Ni siquiera importa. Eres un Beta. No tienes nudo, así que no me anudarás —dice, presionando mi palma contra ella. Abre más las piernas para acomodar mi mano, y casi cedo ante la presión.

—Por favor. Solo necesito algo más grande que mis dedos, algo cálido y vivo que pueda satisfacerme.

Trago saliva ante sus palabras, casi derrumbándome por la fuerte dosis de lujuria que me golpea.

—Eres un Beta. No cuenta, así que solo ayúdame —ruega, aún frotándose contra mí—. Solo necesito un poco de ayuda.

Gimo y me presiono contra ella, frotando mi polla endurecida contra su coño caliente y expuesto, cediendo a sus necesidades y a las mías.

Han pasado cinco años desde entonces, y he estado "ayudando" con sus necesidades cada vez que está en celo o cuando está estresada y necesita algo de alivio.

La culpa sigue carcomiéndome porque, mientras que para ella es simplemente un medio para aplacar su celo, para mí es más que eso. En el tiempo que hemos pasado juntos, me he enamorado de ella, y ese sentimiento solo ha crecido.

Saber que nunca podré estar con ella porque es mi jefa y también la hija de mi jefe me mata, pero no puedo evitar lo que siento. Sé que ella merece estar con alguien mejor. Después de todo, es la segunda Omega más poderosa. Por supuesto, requiere un Alfa lo suficientemente fuerte para igualarla y no un guardaespaldas cualquiera asignado para protegerla, especialmente no uno que es hijo de un antiguo limpiador.

Cuando comenzaron las conversaciones sobre su matrimonio con Ares hace seis meses, me dolió saber que nunca sería yo, pero fue una píldora menos amarga de tragar, sabiendo que él era exactamente el tipo de pareja que ella merecía.

Aunque no disminuyó el dolor que sentía, traté de acostumbrarme a él. Me avergüenza admitirlo incluso a mí mismo, pero me sentí aliviado cuando las conversaciones de matrimonio entre ella y Ares fracasaron.

Ha sido maravilloso tenerla en la mansión Kaye conmigo un poco más, aunque sé que pronto debe llegar a su fin. Cuando finalmente encuentre una pareja, es poco probable que la siga como su guardaespaldas o continúe nuestro romance.

—Eres un empleado tan bueno, Luke. No te olvidaré cuando esto termine —dice el señor Kaye, interrumpiendo mis pensamientos, y lo miro confundido.

—Te daré un ascenso cuando Leila se vaya, no te preocupes —termina.

Las palabras me llenan de mayor temor. ¿Es el destino tan cruel que mi mayor miedo se hará realidad tan pronto?

—¿Disculpe, señor? —pregunto. Tal vez solo he malinterpretado sus palabras.

El señor Kaye se ríe, ajeno a mi difícil situación. —Oh, sí, estoy teniendo conversaciones de matrimonio para ella, pero es como dije. Te tengo en cuenta y definitivamente te daré un ascenso, seguro.

Continúa riendo, sacudiendo la cabeza mientras revisa un archivo mientras yo permanezco atónito.

Hay tantas preguntas que quiero hacer. ¿Con quién se va a casar? ¿Por qué ahora? ¿Ella sabe de esto?

La última pregunta sé la respuesta. No parece probable que ella lo sepa, ya que ha estado realizando sus actividades sin problemas.

Me trago mis preguntas, incapaz de darles voz. No importa qué relación tenga con el señor Kaye o con Leila, no es mi lugar hacer preguntas y tratar de averiguar más de lo que se ofreció voluntariamente.

La sensación de hundimiento que tuve cuando las conversaciones de matrimonio con Ares estaban en marcha regresa con venganza, y es todo lo que puedo hacer para mantener mi rostro en blanco y profesional. *Ella me va a dejar pronto.*

Capítulo Cinco

Leila

Es un nuevo día, y mis pensamientos siguen ocupados por Henry Ferguson y nuestro encuentro en la gala de anoche. Es mucho más poderoso de lo que podría haber imaginado.

Los pensamientos sobre él y lo embriagadoras que son sus feromonas han permanecido en mi mente desde anoche. Es una sensación totalmente nueva, diferente a cualquier cosa que haya sentido antes.

Su aroma me hace querer doblegarme en obediencia a cualquier cosa que diga. Es intenso, como una droga. Me deja queriendo más.

Dejando de lado sus feromonas, su apariencia por sí sola me debilita. Ese hombre se alza a unos 1,95 metros con una complexión musculosa y un físico que parece haber sido esculpido por los dioses. Es una visión impresionante.

Cuando me habla, sus ojos marrones oscuros penetran mi alma, manteniéndome cautiva como si estuviera a punto de absorberme. ¿Será consciente del efecto que tiene?

Me pasé toda la noche dando vueltas en la cama después de nuestro pequeño encuentro, y al mediodía, no estoy más cerca de tener claridad que la noche anterior.

Me siento un poco culpable porque no le había prestado atención en el pasado. Claro, mi vida ha estado más allá del caos, pero eso no cambia el hecho de que lo haya pasado por alto.

Y ahora quiere pedir mi mano en matrimonio.

Con un profundo suspiro, tomo mi teléfono de la mesita de noche. Necesito hablar de todo esto con alguien, una persona en quien pueda confiar mis pensamientos. Para mí, esa persona es Danae Walker, mi mejor amiga.

Es la persona más tranquila y sensata que conozco. Hemos sido amigas desde que tengo memoria, a pesar de lo diferentes que somos. Con ella, puedo ser verdadera y completamente yo misma. Sin fachadas. Nunca es de las que juzgan. Con todo el lío que he tenido que enfrentar últimamente, ella ha sido la única persona constante, sosteniéndome la mano a través de todo.

Hago una videollamada y ella contesta al segundo timbre, su rostro llenando la pantalla, una amplia sonrisa plasmada en su cara. No puedo evitar devolverle una pequeña sonrisa. Simplemente tiene una manera de levantarme el ánimo cada vez que está cerca, sin tener que hacer mucho.

—Hola, Danae —saludo.

Ella entrecierra los ojos hacia mí. —Hola, ¿qué pasa?

Levanto una ceja. —Vaya... ¿cómo lo supiste?

—Te conozco como la palma de mi mano. Esa es una expresión de preocupación —dice.

Dejo escapar un profundo suspiro. —Quería pedirte un consejo.

—¿Sobre qué?

Procedo a narrar todo lo que sucedió entre Henry y yo anoche. Ella me interrumpe a intervalos para pedir más detalles.

—No estoy segura de estar con él, especialmente sabiendo su afiliación con Ares. No creo que sea la mejor decisión en este momento —termino mi narración—. ¿Cómo lo tomaría la prensa? —añado retóricamente.

¿Cómo recibirán los tabloides la noticia de que estemos juntos? Eso si realmente considero su oferta. Los titulares dirían algo así: «La pareja rechazada Leila se conforma con el segundo mejor del Alfa». O, «La amargada princesa destronada se conforma. ¿Es eso desesperación?». Francamente, no son titulares particularmente ideales con los que quiera despertar.

He leído tanta basura sobre mí en las noticias, tanto las historias verdaderas como las fabricadas. No estoy dispuesta a seguir dándoles algo de qué hablar alimentándolo con más historias polémicas.

Ella se burla. —No puedes estar pensando seriamente en eso. Leila, ¿a quién le importa lo que piense la gente? Si decides aceptar su propuesta, te casarás con un Alfa muy poderoso. Tú misma lo dijiste. Sabes la cantidad de poder y respeto que traerá esa unión. Al diablo con la prensa o quien piense lo contrario.

Dudo por un momento. —No es solo eso. Todos ya piensan que estoy amargada porque Cassie

tomó mi lugar como número uno. Pintarán una imagen bastante mala —dije, poco convencida.

—Mira, si esa es tu preocupación, piénsalo así. Considerando el escándalo relacionado con tu familia hasta ahora, ¿qué puede ser peor que ser una pareja rechazada? ¿O que tu madre casi matara a tu hermana y la obligara a tomar esos bloqueadores toda su vida? ¿Qué puede ser peor que eso?

Permanezco en silencio, reflexionando sobre sus palabras. Y tiene razón. Tal vez estoy viendo esto de la manera equivocada.

—Además, no tienes que acobardarte ante nadie ni vivir a la sombra de tu hermana como la gente intenta empujarte a hacer. Siempre puedes existir como tú misma. Leila Kaye siempre ha confiado en sí misma desde muy joven. No puede cambiar ahora —dice con una sonrisa radiante, guiñándome un ojo juguetonamente.

Una sonrisa genuina se extiende lentamente por mi rostro.

—Mmm... eres una genio. ¿Alguien te lo ha dicho alguna vez? —pregunto, acomodándome en la cama mientras me acurruco más en mis cobijas.

Danae pone los ojos en blanco. —Solo tú, Leila.

—También dijo algo más que me ha estado molestando —digo.

Me mira con curiosidad. —¿Qué?

—Ser el segundo mejor no es tan malo —agrego comillas dramáticas en el aire—. Esta es una de las cosas más horribles por las que he tenido que pasar.

Danae suelta una risita. —No mintió, sin embargo. Dijo hechos, pero entiendo por qué podrías sentir que es el fin del mundo.

—Oye... Nunca dije eso. Solo necesito ajustarme gradualmente, pero es muy difícil si soy honesta.

—Y te entiendo completamente porque nunca has sido otra cosa más que la mejor en toda tu vida. En algún momento, era toda tu personalidad. Así que puedes tomarte tu tiempo. Es más fácil para él decir eso porque ustedes dos no comparten la misma realidad. Él ha estado bien siendo conocido como el segundo mejor después de Ares durante mucho tiempo —dice de

manera tranquilizadora.

Asiento en afirmación. —Sí. Supongo que tienes razón.

—Bueno, podría estar equivocada. No me llamaría experta en el tema, considerando que ni siquiera soy especial en absoluto —responde en tono de broma.

Aprieto los labios con fuerza, sintiendo una punzada de preocupación. No sé cómo logra encontrar humor incluso en las situaciones más extrañas. Danae es una Omega recesiva. La única chica en la poderosa familia Walker que logró producir cinco hijos Alfa dominantes. También es bastante alta, lo cual es inusual para las Omegas. A los Alfas no les gusta mucho eso. La gente suele pasarla por alto.

Ha construido un muro alrededor de esa inseguridad, protegiéndola con humor. Quiere que la gente crea que no le afecta, pero yo sé que no es así.

Ha habido ocasiones en el pasado en las que se le escapaba y era vulnerable conmigo sobre cómo la situación la hacía sentir. Sin embargo, ya no lo hace. Hace una broma de todo.

Personalmente, no me gusta cuando hace eso, bromas o no. Intento tanto como puedo tranquilizarla cada vez que surge el tema, aunque me ha dicho varias veces que no es gran cosa.

—No digas cosas así sobre ti misma —la reprendo—. Para mí, eres especial y fácilmente la única en mi vida que puedo describir como cercana a la perfección.

Sus mejillas se ponen rojas. —Para. Sabes que no me estoy quejando. Esto ni siquiera es sobre mí. Solo bromeaba sobre cómo ni siquiera estoy en la mejor posición para aconsejarte sobre estos asuntos.

—No hay nadie mejor. Si no eres tú, ¿entonces quién? —pregunto, y nos echamos a reír—. Hablando en serio, sin embargo, tu consejo es muy apreciado.

—Cuando quieras —dice más seriamente—. Todos esos factores externos ni siquiera importan realmente. Las opiniones de la gente y todo eso. Solo quiero que estés bien, y lo que decidas hacer al final estará bien para mí.

Mi corazón se ablanda con sus palabras, y casi se me saltan las lágrimas. —Gracias, Danae.

—Por supuesto —dice alegremente—. Dejando eso de lado, ¿qué estás pensando? ¿Estás

considerando aceptar su propuesta? Parecía bastante serio y audaz, viniendo directamente a pedirte que te cases con él así.

Inclino la cabeza con incertidumbre, perdida en mis pensamientos. —Todavía no estoy segura —admito.

He ganado un poco más de claridad sobre mi preocupación inicial acerca de los tabloides y las opiniones de los demás. También estoy empezando a entender el sentimiento de ser vista como segunda opción. Pero aún no estoy segura de cuál será mi respuesta a Henry.

—Creo que necesitaré darle tiempo para reflexionar y ver cómo me siento —agrego.

Asiente comprensivamente. —Quiero decir, una ventaja es que todavía estás liada con Luke, el guardaespaldas, ¿verdad? —pregunta. Sin esperar a que responda, continúa—: Bueno, una vez que te juntes con Henry, ya no lo necesitarás para que te ayude durante tu celo.

Lo dice como si fuera algo bueno.

De alguna manera, en el momento en que escucho esas palabras, mi mente y todo dentro de mí rechaza instantáneamente la sugerencia. Estoy perpleja por la intensidad de ello. No había considerado el efecto de un posible matrimonio en mi arreglo con Luke.

No puedo entender la violenta reacción de mi cuerpo ante eso. Quizás solo estoy siendo extrañamente posesiva, ¿o hay algo más? Es como si no estuviera lista para dejarlo ir.

—Eh, no —respondo, mi voz con un tono más agudo de lo que pretendía.

—¿Eh? Creí que habías dicho que no era nada importante y que solo te estaba ayudando —pregunta ella con los ojos abiertos de par en par.

—No lo sé. Creo que sería demasiado cambio para mí, eso es todo lo que digo —murmuro.

Ella levanta la mano en señal de rendición fingida.

—Vale. Supongo que es así de bueno, ¿eh? —una sonrisa traviesa juega en sus labios—. Bueno, es una suerte que no tengas que dejarlo ir exactamente —concluye.

Tiene razón. No tengo que dejar ir a Luke.

Mi mente divaga hacia Cassie y su unidad familiar. No le he dado muchas vueltas, pero no estaría fuera de lugar si quisiera una unidad familiar con Luke como uno de mis compañeros. Las unidades familiares son comunes y, a veces, como en el caso de Cassie, se casan con múltiples compañeros a la vez. Otras veces, conocen a sus parejas perfectas después de ya estar casados y los añaden a su unidad familiar. Si Henry y yo nos casáramos, podría considerar tomar a Luke como compañero también.

—En realidad, ahora que lo pienso... —Pero el pensamiento se desvanece tan rápido como llega a mi mente. Conozco a Luke y sé que ya hay alguien por quien se preocupa. Lo dijo una vez cuando le pregunté si le gustaba alguien.

—¿Señorita? —la voz de Luke surge de repente desde fuera de mi puerta entreabierta. Luego, asoma la cabeza.

Mi ritmo cardíaco aumenta de inmediato y toda mi cara se vuelve roja carmesí por la vergüenza. Me siento como una niña pillada con la mano en el tarro de las galletas.

Acababa de entrar en medio de una conversación sobre él.

—¡Luke! No entres así sin más. ¡Al menos espera a que responda! —le regaño mientras me apresuro a poner el teléfono boca abajo y terminar la llamada al mismo tiempo. No puedo saber cuánto de eso escuchó.

—Lo siento, señorita. La puerta estaba abierta, así que solo... —se interrumpe.

Cierto. Una de las criadas debe haberla dejado entreabierta después de limpiar mi habitación mientras me duchaba esta mañana. Mierda.

Me recompongo rápidamente y respondo:

—Está bien, pero la próxima vez, por favor...

—De acuerdo, señorita —responde, asintiendo levemente en señal de comprensión. Luke se toma su trabajo muy en serio, y aunque haya escuchado algo, no significa nada. Sabe que lo que sea que hayamos compartido no significaba nada. Me he asegurado de recordárselo a cada paso.

Pero había algo en su voz. Parece que estaba molesto o preocupado por algo. Está evidentemente escrito en todo su rostro.

—¿Luke? ¿Está todo bien? ¿Qué te pasa? —pregunto suavemente.

Abre la boca para responder, pero la cierra casi de inmediato, como si hubiera pensado mejor su acción.

—No creo que me corresponda decirlo —dice educadamente, evitando el contacto visual mientras intenta mirar a cualquier parte menos a mí.

—Su padre quiere hablar con usted. No lo haga esperar —dice con un tono de finalidad mientras sostiene la puerta abierta para que yo pase.

Entorno los ojos hacia él pero no digo nada, y cogiendo mi teléfono, envío un rápido mensaje a Danae disculpándome por terminar la llamada tan abruptamente antes de levantarme y pasar junto a él para ir a reunirme con mi padre.

—Hola, papá. ¿Me llamaste?

Está sentado en su sillón favorito en la gran sala de estar con un vaso de whisky en la mano. En la mesa hay un segundo vaso, lo que indica que estaba con alguien. Quienquiera que fuese debe haberse marchado, pensé.

—Sí, por favor, siéntese —dice, colocando suavemente el vaso de vuelta en la mesa mientras se aclara la garganta.

Estoy un poco aprensiva sobre lo que tiene que decir. Mi padre no llama a una persona así a menos que sea algo importante.

—Hay algo importante que me gustaría discutir contigo —comienza, y mi curiosidad se despierta al instante.

—Sabes lo loco que ha sido para esta familia los últimos meses, no solo internamente sino también externamente. No necesito explicártelo porque lo has sufrido de primera mano a manos del público. Los tabloides.

¡Dios mío! ¿A dónde va esto?

—Con todo lo que ha sucedido y sigue sucediendo, he estado pensando en posibles soluciones para salir de esto y se me ocurrió.

—¿De qué está hablando? —le pregunto.

Hace una larga pausa antes de continuar:

—Hay este viejo amigo mío. Su nombre es Ryan. Me pregunto si has oído hablar de él antes —dice, buscando en mi rostro alguna respuesta.

—Espero que no esté diciendo lo que creo que está diciendo, papá.

—Sí, lo estoy diciendo —afirma, relajándose en su sillón.

—¿Qué?! ¡Papá, no! —exclamo.

Quiere ponerme en un matrimonio arreglado. Otra vez. Como si el primero no hubiera llevado a una avalancha de vergüenza.

Casi me río cuando dice que esta persona es un viejo amigo suyo. Para que alguien sea amigo de mi padre, supongo que debería tener casi 30 años más que yo.

Continúa destacando, para enfatizar, nuestra lucha como familia, lo horrible que se ha vuelto el lado empresarial de las cosas y cómo esto nos ayudaría.

Pero eso ni siquiera es lo más impactante. El mencionado "amigo" ha estado casado antes, también. Explica que Ryan ha sido viudo durante unos veinte años. Vaya, ni siquiera pudo encontrar una segunda esposa en dos décadas. ¿Es algún tipo de troll?

—Qué partidazo es este Ryan —mi respuesta es sarcástica.

Pero él no lo capta porque responde:

—Realmente es un partidazo, y esta será la unión más gratificante de todas.

Parlotea, explicando las muchas formas en que casarme con Ryan será beneficioso para mí y nuestra familia en general. Está diciendo todo eso, pero realmente no lo estoy escuchando.

—¿Mi condición se ha deteriorado tanto que me están casando con alguien mucho mayor y, para colmo, viudo?

—Mira. Es un Alfa muy poderoso. Si no el más poderoso —suena muy convincente, pero no estoy impresionada. De alguna manera, encuentro la situación muy lamentable, mucho peor que

las sobras.

—No, tengo mejores perspectivas —digo obstinadamente, con mi mente completamente decidida.

De repente, una risa cordial estalla detrás de mí, acompañada por el sonido de las puertas abriéndose.

—¿A qué mejores perspectivas te refieres? —una voz, sedosa con un barítono profundo que es casi amenazante.

No necesito darme la vuelta para saber que este debe ser el hombre del que estábamos hablando.

Libera sus feromonas y me golpea como una ola. Hay una sensación abrumadora que me invade.

En cuestión de segundos estoy de rodillas, sin tiempo para invocar mis propias feromonas para protegerme. Nunca había sentido nada parecido. Es tan poderoso que habría pensado que se trataba de Ares de no ser por lo diferente que es su aroma. Como un bosque, un bosque enorme e intimidante.

Papá tenía razón. Este hombre es poderoso.

Debido a lo fuertes que somos, es fácil olvidar que uno de los factores que determina la fuerza es la edad. Yo, Ares, Cassie y Henry, somos tan poderosos que, por lo general, seguimos siendo más fuertes que aquellos que son mayores que nosotros a pesar de no haber alcanzado aún nuestro máximo potencial.

Este hombre está en su punto máximo y es más poderoso que todos nosotros. Simplemente no habíamos conocido a nadie hasta ahora que fuera lo suficientemente fuerte como para que su edad contara en nuestra contra.

Pero ahora está aquí.

Reúno toda la fuerza que puedo y contraataco, pero no logro liberarme. Mis feromonas no hacen mucho para protegerme de este hombre.

Abrumada, mi cuerpo se somete por completo y comienzo a jadear, mi celo induciéndose. Tengo mucho mejor control que la mayoría de los Omegas, así que incluso cuando me presionan hasta este punto, no me convierto inmediatamente en un desastre sin sentido y lujurioso. No he estado

así en años.

Afortunadamente, se detiene abruptamente, sus feromonas abandonan el aire para que pueda respirar de nuevo. Mi loba es un animal primitivo. Ella recibe con agrado la fuerza que la obligó a someterse, y lo odio tanto.

Cuando me levanto, estoy increíblemente molesta. No puedo mirar a la cara ni a él ni a mi padre. Salgo furiosa de la oficina sin mirarlo, completamente avergonzada.

Mientras empujo las puertas para salir precipitadamente, choco inmediatamente con Luke. Cierto. Me estaba esperando.

Lo agarro del brazo, llevándolo a mi habitación para que me ayude a aliviar este celo y calmarme.

Capítulo Seis

Ryan

La puerta se cierra con un clic que resuena por toda la habitación, dejando tras de sí un silencio denso y casi incómodo. La tensión permanece en el aire como los restos de una tormenta. Volátil, eléctrica, pero también emocionante. Mis ojos permanecen fijos en la puerta un momento más, como si Leila pudiera irrumpir de nuevo a través de ella. Quizás una parte de mí desea que lo haga. Pero se ha ido, dejándonos a su padre y a mí solos en la cargada quietud.

Me giro lentamente hacia Augustus. Es evidente para mí que está sintiendo el peso de lo que acaba de suceder. Su expresión es cauta y lleva puesta su habitual máscara de calma. Pero noto la ligera arruga entre sus cejas y la forma en que sus labios se aprietan en una fina línea. Las palabras de Leila y mi uso de feromonas sobre ella parecen haberlo dejado ligeramente inquieto.

Claro. Es más débil que nosotros dos.

—Es impresionante —digo, con las palabras saliendo más firmes de lo que me siento. Pero es cierto. No se puede negar que Leila se mantuvo firme, y aunque no pudo resistir completamente el poder de mis feromonas, era evidente por la forma en que lo intentó que era una Omega más poderosa que cualquiera que haya encontrado antes.

Ahora está claro que todo lo que había oído sobre su fuerza era cierto. La forma en que se mantuvo firme no dejó lugar a dudas, y me doy cuenta de que no puedo evitar sentir una emocionante agitación dentro de mí.

Hay algo embriagador en la perspectiva de enfrentar voluntades con alguien como ella. Es un desafío diferente a cualquiera que haya enfrentado antes, uno que no promete victorias fáciles. Pero eso solo lo hace más atractivo. La idea de estar frente a frente con ella y ganarme su respeto y tal vez incluso más, me envía una corriente de anticipación.

Augustus exhala lentamente, como si intentara liberar la tensión acumulada en su interior. —Me disculpo por la rudeza de Leila —dice, su voz cargada con el peso del amor y la frustración de un padre—. Siempre ha sido testaruda.

Testaruda ni siquiera empieza a describirlo. El eco de sus palabras persiste en mi mente. Su

forma de descartarme como "un viudo" y hablar de tener otras perspectivas tenía una manera de meterse bajo mi piel.

Sacudo la cabeza, tratando de disipar la punzada de sus comentarios. —Está bien —murmuro, aunque las palabras suenan huecas. No puedo negar que me ha desconcertado—. Me molestó, no voy a mentir —admito, casi para mí mismo. Pero incluso mientras lo digo, no puedo evitar admirar el fuego en sus ojos y la innegable chispa de personalidad que me atrae.

—En realidad me gusta que tenga personalidad —digo, relajándome mientras mis hombros se aflojan—. Si duda de mi idoneidad, esas dudas no durarán mucho. Voy a demostrarle que soy más que suficientemente bueno para ser su esposo, sin importar qué otros "posibles candidatos" esté considerando —añado, con voz firme y decidida.

Augustus exhala profundamente, su aliento una mezcla de alivio y satisfacción. Su postura se relaja, como si se hubiera quitado un peso de encima. Ahora está claro que mi interés por Leila se ha afianzado firmemente en su mente, sin dejar lugar a dudas.

Augustus asiente lentamente, mirándome fijamente. —Te hará trabajar duro para conseguirlo —dice, con una sonrisa apenas perceptible en las comisuras de sus labios. No hay malicia en sus palabras, solo la preocupación de un padre y quizás un toque de orgullo.

—No esperaré menos —respondo, devolviéndole la sonrisa. La habitación ya no se siente tan sofocante, y la tensión se desvanece lentamente, reemplazada por una determinación silenciosa. Leila puede haberse ido, pero su presencia aún perdura, un desafío flotando en el aire que pretendo enfrentar de frente.

—Debo retirarme ahora —le digo a Augustus, con una sonrisa persistente en mis labios—. No quisiera hacer esperar a los jefes de las otras familias.

—Por supuesto —responde Augustus, con un brillo de satisfacción en sus ojos. Su comportamiento sugiere que este encuentro y el que está por venir podrían traer las recompensas que había esperado.

Desde que se difundió la noticia de mi regreso a la ciudad, he sido inundado con correos electrónicos y cartas de las familias más poderosas, todas interesadas en oportunidades de asociación. Esta avalancha de atención es halagadora, especialmente dado mi largo periodo de ausencia de la ciudad, pero apenas sorprendente. El reconocimiento global de los éxitos de mi organización me precede.

Me reuniré con los jefes de las familias que he seleccionado, aquellas con las mejores perspectivas, la mayor influencia y las tradiciones más estimadas. Este encuentro no solo presenta una oportunidad para explorar posibles alianzas y reestablecer mi negocio en la ciudad donde crecí, sino también para abordar las crecientes dudas que rodean a la familia Kaye a la luz de las recientes controversias. Ahora, con la hija de Augustus Kaye habiendo tocado una fibra sensible en mí, mi motivación para ayudarlo y reforzar la posición de la familia Kaye se siente más fuerte que nunca.

Mientras hago el breve trayecto de regreso a mi casa, donde los jefes de las familias esperan para nuestra reunión, mis pensamientos se detienen en los eventos en la casa de Augustus Kaye, más específicamente, en ella, Leila.

El brillo audaz en sus ojos y la osadía con la que hablaba encendieron en mí una peculiar excitación, una emoción que me resulta tanto extraña como sorprendente. Mis años de disciplinados logros me han dejado hastiado, pero en poco tiempo, esta joven Omega ha removido algo profundo en mi interior. Mi pulso se acelera y un hambre primitiva despierta en el Lobo que llevo dentro. Incluso cuando mis feromonas la abrumaron, haciéndola caer de rodillas, su expresión desafiante solo alimentó mis pensamientos, llenando mi mente con todo tipo de imaginaciones sensuales.

No puedo evitar preguntarme a quién se refería cuando mencionó "otras opciones". Las palabras persisten en mi mente, despertando mi curiosidad. Había un hombre en la puerta cuando ella llegó, claramente un empleado, probablemente un guardaespaldas. Era alto, con una presencia silenciosa e imponente que sugería lealtad y experiencia. Aunque mantenía sus emociones bajo estricto control, noté agudamente cierta tristeza en sus ojos.

No fue solo su aspecto lo que observé; los vi juntos por un brevísimo momento justo antes de que las puertas de la oficina de Augustus se cerraran por completo. Ella lo agarró del brazo y lo arrastró tras de sí.

¿Podría ser el guardaespaldas? ¿En serio?

El pensamiento trae una sonrisa a mis labios, una diversión silenciosa que casi se siente indulgente. Es casi adorable imaginar la idea de que ella pudiera albergar sentimientos por su guardaespaldas, un hombre firme y leal que siempre se mantiene en segundo plano. Si demuestra ser una buena chica para mí, quizás le permita conservarlo.

La idea me divierte —la simplicidad de todo ello—, sin embargo, no puedo quitarme la sensación de que debe haber algo más. El guardaespaldas es una respuesta demasiado fácil, demasiado obvia. Tal vez haya alguien más que ocupe su atención, alguien a quien aún no he visto.

Pero independientemente de quién sea, ya sea el guardaespaldas, otra figura en esta ciudad, o incluso alguien más allá de estas fronteras, poco importa. Leila Kaye será mi Omega. Le demostraré por qué ninguna otra "opción" que pueda considerar puede siquiera empezar a compararse conmigo. Puede que ahora tenga sus dudas, pero pronto se dará cuenta de que nadie más se le acerca.

Llego a mi oficina para la reunión y encuentro a los jefes de familia invitados ya reunidos, cada uno sentado en sus lugares designados alrededor de la extensa mesa de juntas. La atmósfera está cargada de formalidad, cada figura ataviada con trajes de negocios afilados y a medida que hablan de poder e influencia. Mientras me dirijo a la cabecera de la mesa, el asiento reservado para mí, todos los ojos siguen mi movimiento, un silencioso reconocimiento de mi posición.

—Gracias a todos por estar aquí —comienzo, acomodándome en los suaves cojines de la silla. La habitación está en silencio, y el único sonido es el sutil crujido del cuero mientras me acomodo—. Espero no haberles hecho esperar demasiado —añado, con voz tranquila pero impregnada de una sutil autoridad. Hago una breve pausa, recorriendo con la mirada los rostros frente a mí, buscando algún indicio de descontento, pero no hay ninguno. Sus expresiones son serenas y expectantes.

Un intermediario, un hombre con aire distinguido, se adelanta desde las sombras, haciendo un gesto sutil para captar mi atención. Asiento levemente, cediéndole la palabra.

—He sido autorizado por todos los jefes de familia presentes para, en nombre de todas las familias, darle la bienvenida de regreso a la ciudad, Señor Ryan Wills —dice, con una voz que transmite una cortesía casi ceremonial, las palabras envueltas en un formal acento británico. Su tono es respetuoso y cuidadosamente medido, como si cada palabra hubiera sido elegida con sumo cuidado.

Asiento de nuevo, reconociendo al intermediario con un gesto breve pero cortés mientras este retrocede hacia las sombras. —Gracias a todos por la cálida bienvenida —comienzo, recorriendo con la mirada a los jefes de familia reunidos.

—Los he invitado hoy aquí para formalizar las discusiones sobre las oportunidades que se nos presentan —continúo, con voz firme y serena—. Todos los presentes representan hogares del más alto nivel en la ciudad, y me complace sinceramente la perspectiva de trabajar junto a cada uno de ustedes. —Un murmullo de satisfacción sigue a mis palabras; los asistentes claramente complacidos por mi reconocimiento de la prominencia y reputación de sus familias. Es un gesto pequeño y calculado, pero logra el efecto deseado, aliviando la tensión en la sala y fomentando un sentimiento de respeto mutuo.

Permito que los susurros se asienten antes de continuar. —Pero primero, me gustaría comenzar con un anuncio importante. Aunque formaremos asociaciones en varias capacidades, mi socio principal en la ciudad serán los Kaye.

La respuesta es inmediata. Una oleada de murmullos recorre la sala. Esta vez, es menos agradable y teñida de sorpresa y quizás un toque de descontento. Mi declaración de que trabajaré principalmente con los Kaye provoca una reacción mixta entre los asistentes, su satisfacción previa dando paso a la inquietud. Las miradas se cruzan alrededor de la mesa, sopesando la importancia de esta nueva alianza. Los Kaye, después de todo, no han estado exentos de controversia en los últimos tiempos, y mi decisión de alinearme con ellos tan abiertamente ha tomado a muchos por sorpresa.

Espero pacientemente mientras los murmullos se apagan, la sala volviendo gradualmente a un estado de silencio atento. Cuando el último susurro se desvanece, continúo, con voz tranquila pero cargada de convicción.

—Augustus Kaye ha demostrado ser un hombre de honor. No hay razón para seguir distanciándose de él —comienzo, dejando que mis palabras floten en el aire por un momento—. Enfrentado a una situación difícil, ha actuado con nobleza, incluso en detrimento de su propia esposa. Ha sido un socio comercial de confianza para muchos de ustedes aquí presentes y un estadista modelo en la ciudad.

Mientras hablo, noto un sutil cambio en la atmósfera, y la tensión comienza a disiparse. Mis palabras están teniendo el efecto deseado, suavizando su resistencia y persuadiéndolos hacia el acuerdo. Veo asentimientos de comprensión, y algunos rostros se relajan a medida que la lógica de mi postura se hace evidente.

—Y, para quien no haya estado prestando atención —continúo, inclinándome ligeramente hacia adelante, mi tono adquiriendo un filo más agudo—, su hija es la Loba Blanca. Evitar tratos con él

en este momento bien podría ser un suicidio profesional.

El impacto de mis palabras es inmediato y palpable. Una nueva ola de murmullos recorre la sala, pero esta vez son más moderados y reflexivos. Las cabezas comienzan a asentir en señal de acuerdo, los asistentes claramente absorbiendo todo el peso de lo que he dicho. La sala, antes llena de dudas, ahora rebosa de una cautelosa aceptación. El nombre de Augustus Kaye, antes ensombrecido por la duda, está siendo gradualmente restaurado a su antigua estatura.

—¡Patrañas! —La palabra corta el aire de la sala como una cuchilla, ondulando a través de los rostros reunidos. Mis ojos se mueven rápidamente, identificando la fuente. Uno de los asistentes se ha puesto de pie, su voz resonando de nuevo, más fuerte esta vez—. ¡Patrañas!

La sala cae en un silencio atónito, el shock es palpable. Miro alrededor, captando las expresiones de los otros asistentes, especialmente los mayores. Sus rostros son una mezcla de horror e incredulidad y sus ojos están abiertos de par en par con aprensión. Están consternados por su audacia, pero más que eso, temen cuál podría ser mi respuesta.

—Entonces, ¿porque su hija es la Loba Blanca, todos deberíamos arrastrarnos ante él? —continúa el hombre, su voz destilando desdén—. Mi familia es mucho más merecedora de ser socios principales. Nuestra reputación es impecable, mejor que cualquier otra aquí, y...

Continúa hablando, pero sus palabras comienzan a desvanecerse, perdiendo coherencia mientras mi atención se dispersa. Lo examino con la mirada; es un muchacho de aspecto frágil, todo fanfarronería y nada de sustancia. Podría partirlo por la mitad si quisiera. Habla rápido, una ráfaga de palabras que, al final, no dicen nada de importancia. Algunos de los asistentes ponen los ojos en blanco, claramente acostumbrados a tales arrebatos petulantes. Otros miran nerviosamente entre él y yo mientras anticipan mi reacción.

Continúa parloteando, su voz subiendo y bajando con falsa bravuconería hasta que, finalmente, hace una pausa para tomar aliento. La sala contiene la respiración colectivamente, el aire denso con expectación.

—¿Cuál es su nombre? —pregunto, clavándole una mirada inquebrantable.

—¿Qué? —responde, con una nota de confusión en su voz.

Me inclino hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa. —He dicho, ¿cuál es su nombre? —repito, cada palabra deliberada.

—Mi nombre es Jasper O'Neil —declara, con un tono defensivo, como si de alguna manera se sintiera ofendido de que yo no sepa ya quién es.

—¿Los O'Neil? ¿Usted es ahora su Alfa principal? —pregunto, con un toque de diversión en mi voz.

—¿Qué significa eso? —protesta, con indignación creciente en su voz.

—¿Tiene algún anciano, muchacho? —pregunto, dejando escapar una risita mientras me recuesto en mi silla.

—¿Qué tiene que ver eso con...

—¿Los tiene? —lo interrumpo, con voz repentinamente firme y los ojos clavados en los suyos. La intensidad de mi tono y la mirada implacable que le doy parecen tocar una fibra sensible. El color desaparece de su rostro, y observo cómo la comprensión se apodera de él. Traga saliva, visiblemente conmovido, su bravuconería desmoronándose en un instante. El miedo en sus ojos es inconfundible, dejándolo sin palabras.

Al ver que no tiene respuesta, continúo.

—Porque si tuviera ancianos, le habrían enseñado sobre la leyenda del Lobo Blanco.

Me mira, luego alrededor de la mesa, su confusión profundizándose mientras busca en los rostros de los presentes algún indicio de comprensión.

Continúo, con un tono casi instructivo, como si le hablara a un niño. —Verá, la diosa de la luna envía un lobo blanco cuando hay una falta de Alfas fuertes. Es la forma en que la diosa restaura el equilibrio. —Me inclino hacia adelante, y mi voz se convierte en un susurro amenazante—. Y a juzgar por su existencia, no es de extrañar por qué ella eligió enviar al Lobo Blanco ahora.

Mis últimas palabras son recibidas con una erupción de risas alrededor de la mesa, el sonido haciendo eco en las paredes mientras Jasper O'Neil permanece allí, su rostro una máscara de humillación. Su bravuconería anterior se derrite, reemplazada por un rubor de vergüenza y deshonor que colorea su pálida piel.

—Váyase ahora, Jasper O'Neil —ordeno, con voz fría y despectiva—. Y cuando llegue a casa, busque a un anciano y pregúntele sobre un hombre llamado Ryan Wills.

Se queda allí por un momento, congelado por el peso de su desgracia, antes de darse la vuelta y salir rápidamente de la habitación. La risa sigue resonando en la sala incluso después de que la puerta se cierra tras él, marcando su salida. Pero yo no me uno a ella.

Cuando ese chico llegue a casa, solo puedo esperar que alguien tenga el sentido común de decirle exactamente quién demonios soy y todo lo que he hecho. Porque no soy un hombre al que se pueda ofender a la ligera. Y no hay una sola persona que se haya atrevido a hacerlo y haya salido ilesa.

Capítulo Siete

Henry

Otra gala. Bueno, no me quejo.

Nunca me canso de ellas, sin importar a cuántas asista. Hay algo reconfortante en el ambiente familiar. Pero esta noche, mis pensamientos siguen volviendo a la última vez que estuve en uno de estos eventos y a ese momento con Leila en el balcón: la primera vez que hablamos y cómo la brisa nocturna jugaba con su cabello, haciéndola aún más hermosa. Recuerdo cómo sus ojos brillaron cuando le dije que pensara en una unión entre nosotros. El recuerdo trae una sonrisa a mis labios que perdura mientras lo repaso en mi mente.

Miro a Ares, aún haciendo girar mi bebida. Está aquí sin su unidad familiar esta noche, así que no está sonriendo. Puedo notar que solo quiere volver a casa.

La gala es más un asunto de negocios esta vez. Ares y yo, junto con otros líderes de las familias más poderosas de la ciudad, hemos sido invitados para dar la bienvenida a un hombre llamado Ryan Wills de vuelta a nuestro círculo. El nombre tiene cierto peso en estas partes.

La familia Wills fue una vez una de las más influyentes de la ciudad; su nombre era sinónimo de poder y prestigio. Pero eso fue hace años. Su influencia en la ciudad disminuyó cuando su enfoque cambió hacia otros lugares. Mientras la mayoría de nosotros nos contentábamos con consolidar nuestro poder aquí, los Wills decidieron pensar más en grande y globalizarse. Llevaron sus inversiones al extranjero, extendiendo su alcance mucho más allá de los límites de esta ciudad.

El hombre detrás de esta ambiciosa expansión es Ryan Wills, y se ha ganado una reputación considerable. En el mundo de los negocios, dicen que tiene un dedo en cada pastel imaginable. Desde la industria farmacéutica hasta la ingeniería y el desarrollo de armas, apenas hay un sector donde su influencia no llegue. Pero no es solo su agudeza para los negocios de lo que la gente habla. Ryan Wills era, o quizás aún es, el Alfa más poderoso, un estatus que conlleva su propio peso. Aunque dudo que fuera tan fuerte como Ares o yo cuando tenía nuestra edad, no se puede negar el respeto que impone.

Su regreso a la ciudad ha despertado una mezcla de emociones. En el lado empresarial, hay

emoción, una sensación de oportunidad que es difícil de ignorar. Pero también hay cautela, una precaución que viene con tratar con alguien de su calibre. Todos quieren una parte de lo que tiene para ofrecer y forjar una asociación que podría elevarlos a nuevas alturas. Ares y yo no dejaremos pasar esa oportunidad. Estamos aquí esta noche para conocerlo y ver por nosotros mismos qué clase de hombre es Ryan Wills.

—Se dirige hacia aquí —dice Ares, con voz baja y firme.

Sigo su mirada y diviso a Ryan Wills abriéndose paso entre la multitud, una figura alta y fornida con un aire de serena autoridad. Se mueve con determinación, estrechando manos e intercambiando breves palabras con otros invitados mientras se acerca a nosotros. El respeto que impone es palpable. La gente se aparta sin dudar, su deferencia evidente en cada mirada y gesto.

Cuando finalmente llega hasta nosotros, sus ojos se clavan en Ares con intensa agudeza.

—Ares Linds, he oído mucho sobre usted —dice, con una voz que denota estar acostumbrado a que lo escuchen.

Ares le devuelve la mirada sin pestañear, extendiendo su mano.

—Lo mismo digo, Ryan Wills —responde con suavidad—. En nombre de la familia Linds, me gustaría darle la bienvenida de vuelta a la ciudad.

Su apretón de manos es firme, un intercambio silencioso de poder y respeto.

Doy un paso adelante, ofreciendo mi propia mano.

—En nombre de los Ferguson, bienvenido de vuelta a la ciudad —digo, mirando a Ryan con expresión calculada. Su agarre es fuerte al estrechar mi mano, un recordatorio de que este hombre, a pesar de los años y la distancia, sigue siendo una fuerza a tener en cuenta.

La atención de Ryan vuelve rápidamente a Ares, el breve momento de formalidad entre nosotros se desvanece mientras el ambiente parece calmarse. Por un instante, podría confundirse con una conversación entre amigos en lugar de potencias midiéndose mutuamente.

—Tengo entendido que usted es el responsable de cerrar el trato de la fórmula bloqueadora —dice Ryan, su tono llevando una nota de genuina admiración. Hay un destello de algo cercano al respeto en sus ojos.

—Ha oído correctamente —responde Ares, con una sutil sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

—Bastante impresionante. Bastante revolucionario también —continúa Ryan, su voz firme y apreciativa—. La fórmula está cambiando las reglas del juego para mucha gente en diferentes partes del mundo.

Ares asiente, la sonrisa ahora formándose completamente en una mueca que reconozco bien. Es la mirada de alguien que sabe que ha causado un impacto significativo. Me encuentro sonriendo también. Hay una silenciosa satisfacción en saber que nuestro trabajo está teniendo un impacto mucho más allá de esta ciudad, especialmente cuando pienso en la enorme cantidad de tiempo y esfuerzo que llevó llegar hasta aquí.

Desde que la empresa de Ares refinó la fórmula hasta mi meticulosa planificación de su distribución global, todo ha encajado a la perfección. Y debo admitir que se siente condenadamente bien escucharlo elogiado por alguien como Ryan Wills.

—Espero con ansias trabajar juntos —dice Ryan, su voz rica en intención—. Veamos qué más podemos crear.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de posibilidades. Mi mente empieza a divagar, ansiosa por imaginar lo que Ares, Ryan y yo podríamos lograr juntos. Los negocios por sí solos serían extraordinarios. Pero antes de que mis pensamientos vuelen demasiado lejos, Ryan vuelve a hablar, trayéndome de vuelta al momento.

—Ah, y felicidades por su matrimonio —dice, cambiando ligeramente el tono, más personal ahora—. He oído que ha formado una unidad familiar, y nada menos que con una Loba Blanca.

—Gracias —responde Ares, ampliando su sonrisa. La mención de su familia y Cassie siempre ilumina sus ojos. Es una mirada que he visto a menudo; suaviza los bordes afilados de su habitual comportamiento. Por un breve instante, mis pensamientos se desvían hacia Leila, y siento un calor similar. Solo su nombre es suficiente para arrancarme una sonrisa.

Ryan asiente con expresión pensativa.

—Es la hija de un buen amigo mío —continúa—. Los Kaye son viejos amigos. Quizás su unión con esa familia nos convierta también en amigos.

Hay un trasfondo en sus palabras que sugiere más que un simple reconocimiento cortés. Las implicaciones de lo que está diciendo son claras. Se están formando alianzas.

—¿O quizás incluso más que amigos? Tengo la intención de tomar a Leila Kaye como mi Omega. Parece que pronto tendremos lazos de negocios y familiares.

Sus palabras caen como cristales rotos, cortando el aire con una agudeza que me deja aturdido. Por un momento, todo lo que puedo oír es el zumbido del ruido blanco en mis oídos. Se me seca la boca y mi corazón late con fuerza en el pecho cuando el impacto me golpea.

No puedo ocultarlo. Ni siquiera lo intento. Mis ojos se dirigen hacia Ares. Puedo ver que él también está desconcertado, aunque no tanto como yo. Su compostura en este momento es mucho más fuerte que la mía.

Ares es el primero en recuperarse, aunque su voz lleva un tono de sorpresa.

—¿Leila? No sabía que eso estuviera siquiera sobre la mesa.

Ryan se ríe, un sonido bajo y suave que es más depredador que divertido.

—¿Por qué no? Los Kaye han sido buenos aliados. Fortalecer ese vínculo a través del matrimonio es ciertamente un paso lógico.

Los ojos de Ares se dirigen hacia mí, un destello de preocupación rompe su compostura por lo demás imperturbable. Es una mirada sutil, pero es una que he aprendido a reconocer.

—¿Qué sucede? —pregunta Ryan, dirigiendo su atención entre Ares y yo—. Seguramente no tienen ninguna objeción, ¿verdad? Ares, estoy seguro de que no alberga ningún interés persistente en Leila. Escuché que la rechazó.

Ares parece que está a punto de hablar, pero me adelanto.

—En realidad —digo con voz firme—, yo tengo interés en ella.

Es el turno de Ryan de sorprenderse, sus ojos se entrecierran ligeramente mientras me estudia. Hay un destello de algo en su mirada: sorpresa, diversión y quizás incluso un toque de desafío. —¿Es así? —dice, con un tono casi burlón—. Supongo que a eso se refería con "otras perspectivas".

Puedo sentir cómo me tenso, la ira surgiendo rápidamente, caliente y afilada. ¿Leila le dijo que tenía otras perspectivas? ¿Por qué parece divertido con la idea de que yo sea esa perspectiva?

—Sí —digo, con voz endurecida mientras miro directamente a Ryan. Por primera vez, me tomo un momento para analizarlo realmente: su pelo canoso, su físico fornido, el aire casual que lo envuelve en una especie de peligrosa tranquilidad. Evalúo al hombre que se interpone entre la mujer que deseo y yo.

—Nunca he oído mucho sobre ti... Ferguson —dice, arrastrando mi apellido con deliberada lentitud, su mano acariciando su sien como si el esfuerzo de recordarlo fuera una tensión. Es un claro intento de juegos mentales, haciendo parecer que mi nombre de pila ni siquiera vale la pena recordarlo.

—Henry —le corrijo, con voz firme—. Henry Ferguson. —Doy un paso adelante mientras hablo, cerrando el espacio entre nosotros, negándome a dejar que me disminuya.

Los ojos de Ryan centellean con una mezcla de humor y sorpresa ante mi movimiento, arqueando ligeramente una ceja, aparentemente tanto divertido como intrigado por mi audacia. El aire entre nosotros crepita de tensión. Todo a nuestro alrededor parece desvanecerse, dejando solo este momento.

—Bueno, Henry Ferguson, debes perdonarme, como dije, no he oído mucho de ti —dice Ryan, recorriéndome con la mirada con una indiferencia calculada—. De hecho, cuando tu nombre sale a colación, suele ser en relación con el Sr. Linds aquí presente. —Mira brevemente a Ares, luego fija su mirada de nuevo en mí, el peso de su escrutinio pesado e implacable.

—Dicen que Henry es excelente en los negocios, segundo solo después de Ares. Dicen que eres fuerte, segundo solo después de Ares. —Una ligera risita escapa de sus labios mientras termina con un tono burlón que hiere profundamente. Si sus juegos mentales están destinados a provocarme, lo está logrando. La comparación deliberada y el desprecio en su tono están diseñados para llevarme al límite.

Sostengo su mirada sin retroceder, una fría determinación se asienta sobre mí. —Puedo mostrarle todo lo que necesite saber sobre mí —digo, con voz firme y afilada—. No nos basemos en chismes.

Mientras hablo, dejo que mis poros se abran con facilidad, liberando mis feromonas en una oleada controlada, dirigiéndolas directamente hacia Ryan. No seré subestimado. Necesita

entender exactamente con quién está tratando.

Dirijo una dosis controlada de mis feromonas directamente hacia Ryan. Observo cómo lo alcanzan, una señal de mi fuerza y una advertencia de que está tratando con alguien formidable. En la mayoría de los casos, esto sería suficiente para abrumar a cualquiera, incluso sin recurrir a todo el alcance de mi poder. Pero Ryan no es una persona ordinaria.

Inhala profundamente, casi con burla, como si desafiara a mis feromonas a afectarlo. Por un momento, parece como si fuera inmune, intocado por el poder que he dirigido hacia él. Pero entonces, lo veo, el leve fruncimiento de sus cejas, el tic en el borde de su nariz. Lo está sintiendo, aunque está haciendo todo lo posible por mantener la compostura.

Aumento la presión, empujando con más fuerza, y veo que la tensión comienza a notarse. La calma exterior de Ryan empieza a resquebrajarse. Ya no puede permitirse permanecer desprotegido. Observo cómo libera sus propias feromonas como un escudo defensivo que se encuentra con las mías en el espacio entre nosotros.

Nunca antes me había encontrado con un escudo defensivo como este. Las feromonas de Ryan forman una barrera tan impenetrable que se siente como si estuviera presionando contra una pared sólida. Lo que es más inquietante es que no parece estar esforzándose. Claramente, esto ni siquiera es toda la fuerza de su poder. Normalmente, a este nivel de presión, al menos vería algún efecto, alguna grieta en la barrera. Pero con Ryan, no hay ni un indicio de tensión o incomodidad. Tengo que admitirlo; es más fuerte que cualquiera al que me haya enfrentado antes.

La revelación debe notarse en mi rostro porque percibo la sonrisa burlona que se forma en las comisuras de sus labios. Ha notado la sorpresa en mis ojos, el ligero cambio en mi comportamiento.

—Eres fuerte, Henry. Te lo reconozco —dice, su voz rezumando satisfacción presumida—. Pero aún es demasiado pronto para enfrentarte a mí.

—Sí —admito, con un tono firme, reconociendo la verdad en sus palabras—. Pero usted está en el pico de sus poderes, y yo estoy cerca. Cuando tenga su edad, no tendría ninguna oportunidad.

Ahora es mi turno de sonreír con suficiencia. Puedo ver el reconocimiento en sus ojos, el sutil cambio en su expresión mientras registra la verdad de lo que he dicho. Puede que tenga la ventaja hoy, pero el tiempo tiene una forma de alterar el equilibrio. A medida que me haga más

fuerte con la edad, mi pico superará con creces el suyo. Lo sabe tan bien como yo.

—Puede ser —admite Ryan, su voz llevando un respeto reacio—. Pero aún no —termina, sus palabras directas y definitivas.

Corté el flujo de feromonas, cerrando mis poros y reconociendo la futilidad de intentar romper la sólida barrera de Ryan. Él hace lo mismo, retirando sus feromonas, y por un momento, simplemente nos quedamos allí, mirándonos con ojos imperturbables, rostros serios y en silencio. La tensión entre nosotros persiste, pesada e irresuelta.

—¿Señor Wills? —una voz corta el aire cargado. Me giro para ver a un hombre mayor acercándose, vestido con el refinamiento propio de un mayordomo—. Señor Wills, algunos de los otros invitados desearían tener una audiencia con usted —dice, con tono respetuoso mientras se acerca.

Ryan mira su reloj, un gesto casual que desmiente la intensidad de nuestro intercambio. Luego, se vuelve hacia Ares, quien ha estado de pie en silencio, un observador callado de nuestra confrontación.

—Supongo que nos veremos más pronto de lo que pensamos —dice Ryan, extendiendo su mano hacia Ares. Intercambian un firme apretón de manos.

Ryan se mueve para pasar junto a mí y dirigirse hacia el mayordomo que espera detrás. Justo antes de hacerlo, se acerca más, inclinándose hasta que su aliento roza mi oído.

—Y estoy seguro de que nos veremos mucho, Henry Ferguson —susurra, las palabras cargadas de promesa y desafío. Me da una palmada en el hombro, un gesto que se siente más como una reivindicación que como un consuelo, antes de seguir su camino.

—Bueno, eso fue algo —dice Ares, rompiendo el silencio que persiste tras la partida de Ryan.

—Sí —respondo, aunque mi voz suena distante, mis ojos aún fijos en la figura que se aleja de Ryan Wills.

Ahora me queda claro. Es formidable y una fuerza que exige respeto. Pero si pretende interponerse entre el Omega que deseo y yo, no importará cuán formidable sea. Enfrentaré ese desafío con cada gota de ferocidad que pueda reunir. No hay duda. No me dejaré disuadir y no retrocederé. Ryan Wills puede haber mostrado su fuerza esta noche, pero aún no ha visto toda la

magnitud de la mía. Todavía no.

Capítulo Ocho

Luke

—¿Por qué mi padre cree que puede hacerme esto ahora cuando todo lo que pasó sigue siendo un recuerdo fresco en la mente de la gente y la prensa aún me acosa?

Levanto la mirada de mis pantalones, en los que estoy metiendo las piernas, y observo a una Leila enfadada que camina de un lado a otro.

—¿O acaso cree que entregarme a su amigo es la forma de acabar con los rumores?

Permanezco en silencio, dejándola desahogarse.

—¿Por qué me castigan con alguien así?

Aprieto los labios. Ryan Wills. Lo había visto cuando apareció en la oficina del señor Kaye hace tres días, entrando como si fuera el dueño del lugar. Era un hombre bastante mayor. Ella también había mencionado que era viudo cuando me arrastró a su habitación después de su altercado y despotricó mientras desahogaba sus frustraciones cabalgándome.

Genial... ahora ese recuerdo está en mi cabeza y estoy excitado de nuevo.

Ella sigue caminando de un lado a otro en ropa interior, sus largas y hermosas piernas recorriendo el corto espacio una y otra vez. Aparto la mirada de sus piernas y me concentro en verme presentable.

Acabamos de tener sexo hace unos minutos. Pensé que tendríamos algo de tiempo juntos y que ella podría relajarse en mis brazos por un rato, exhausta y lánguida, pero esta vez no fue así.

Se había quedado en la cama, disfrutando de los efectos posteriores de su orgasmo, durante menos de un minuto antes de ponerse la ropa interior. Me alegra escucharla hablar de sus problemas. Quiero saberlo todo sobre ella, tanto las cosas que la emocionan como las que la molestan.

Se alimenta de su enojo hacia su padre por intentar casarla.

Verla caminar furiosamente por la habitación me llena de alivio, aunque intento que no se note en mi expresión. Cuando su padre dejó escapar que planeaba arreglar su matrimonio, una parte de mí se había roto con la idea y siguió así hasta ahora.

Me doy la vuelta por un momento para controlar mis emociones. No creo que le agrade saber lo feliz que estoy de que no le guste él. Aunque por dentro, estoy eufórico.

Frunzo el ceño cuando ella se sienta con un suspiro, ocultando su rostro entre las palmas de sus manos. Me duele verla así, insegura de todo y enojada por esa incertidumbre.

El mundo no ha sido justo con ella en los últimos meses. Todo parece ir mal para ella, y ahora, incluso esto puede añadirse a la lista.

Mi alivio da paso a la culpa. No debería estar feliz por esto. La decepción por mi reacción me carcome y, mientras la observo, deseando poder hacer algo para que se sienta mejor, esa decepción rápidamente se transforma en asco.

El señor Kaye ha estado ahí para mí durante la mayor parte de mi vida, y esta es una manera terrible de pagarle. No tengo derecho a acostarme con su hija, ni tampoco a alegrarme de que ella claramente rechace el plan que él tiene para ella. Más importante aún, no tengo derecho a desear que sea mía.

He sido egoísta, pensando solo en mí mismo cuando debería estar pensando en ella, en lo que realmente quiere y en lo que podría hacerla verdaderamente feliz. Mi felicidad es irrelevante. Ver que ella es feliz, sin importar lo que eso signifique para mí, debería ser suficiente para hacerme feliz.

¿Pero por qué no lo es?

Alejo la melancolía que se cierne sobre mí y trato de esbozar una sonrisa por ella, aunque continúa mirándome fijamente. Mis labios tiemblan. Espero que no delate la tristeza que me invade por dentro.

Ella me devuelve la sonrisa y el alivio me inunda. No es una sonrisa feliz, pero es mejor que nada.

Mi felicidad es irrelevante en este asunto.

Repito las palabras una y otra vez en mi cabeza hasta que se convierten en un mantra. Solo soy

un empleado y debería estar haciendo mi trabajo, que es asegurarme de que ella esté a salvo, no preocuparme por su felicidad o la mía en relación con ella.

Su rostro cambia, y la tristeza y la ira en su expresión desaparecen rápidamente, transformándose en una de concentración.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Me caso con el hombre que mi padre quiere para mí o busco una manera de salir de esta situación por mí misma?

¿Cómo respondo a eso?

El sonido de un golpe en la puerta nos distrae de la pregunta. ¿Quién podría ser?

Me miro en el espejo, asegurándome de estar vestido adecuadamente, antes de caminar hacia la puerta. La abro y miro hacia abajo a la criada que está allí.

—Estoy aquí por la señorita Kaye —dice, mirando hacia abajo.

Leila se acerca a la puerta y la abre más, ahora vestida con un vestido azul claro que combina con sus ojos.

—¿Sí?

—Señorita Kaye, hay un visitante aquí para verla.

La oscuridad nubla su rostro mientras responde:

—¿Es el señor Wills?

—No, señorita Kaye. Es un señor Ferguson —responde la criada, mirando hacia arriba por un breve momento antes de volver a bajar la mirada.

—Oh, ¿qué está haciendo él aquí? —su voz registra su sorpresa mientras habla—. ¿Dices que está aquí para verme?

La criada asiente.

—Muy bien, hágalo pasar a la sala de abajo, y en un momento estaré con él.

Ella mira fijamente a la criada antes de volverse hacia mí.

—Bueno, parece que tengo otro asunto que atender.

Se marcha con esas palabras, y yo la sigo como su guardaespaldas, aunque tengo curiosidad por escuchar lo que el Sr. Ferguson tiene que decir.

—Sr. Ferguson, no sabía que vendría —dice ella con cortesía, tomando asiento cerca de él.

Me quedo de pie a cierta distancia, lo suficientemente lejos para ser respetuoso, pero lo bastante cerca como para oír lo que se dice.

—Sí, me disculpo por presentarme sin avisar, pero necesitaba hablar con usted —dice él y le ofrece una sonrisa—. Además, llámeme Henry. No veo razón para que me llame Sr. Ferguson.

Un músculo de mi cara se contrae ante la familiaridad de su tono. *Por favor, no.*

—De acuerdo, Henry —accede ella—. ¿A qué debo el honor de su visita?

Henry se aclara la garganta.

—Bueno, tuve el... placer de conocer al Sr. Wills apenas ayer, y me sorprendió mucho saber que quiere que usted sea su compañera. El Sr. Wills es un Alfa bastante poderoso, y puedo imaginar que eso es lo que su padre querría para usted.

Ella hace un sonido en la garganta, haciendo una mueca.

—Ah, ya veo.

Henry sonrío irónicamente.

—Ciertamente espero no molestarla con mi franqueza, Leila, y a juzgar por su expresión, siento que ya conozco la respuesta a mi pregunta, pero debo preguntar. ¿Lo ha elegido como su compañero?

Leila lo mira fijamente por un momento, con el rostro inexpresivo. Desearía poder leer su mente para saber qué está pensando, pero lamentablemente, eso es imposible.

—No, no lo he elegido como mi compañero —responde finalmente—. Mi padre parece pensar que es el mejor para mí; sin embargo, la decisión es mía, y aún no me he decidido.

Henry sonrío en respuesta y aplaude.

—Eso es maravilloso. Ahora, pasemos a la razón por la que estoy aquí.

—¿Oh? ¿No era su razón averiguar si he decidido unirme al Alfa Wills? —replica ella, y yo contengo mi sonrisa.

Henry, por otro lado, suelta una breve carcajada, mirándola con cariño. Agarra el reposabrazos de la esquina y se inclina hacia adelante, acercándose a ella. Lucho contra el impulso de correr y poner distancia entre ellos mientras él le sonríe suavemente.

—Supongo que eso es parte de ello; sin embargo, no es todo. Espero que recuerde la conversación que tuvimos la última vez que hablamos. Deseo que me haya tomado en serio porque, en efecto, hablaba en serio sobre lo que dije, y deseo cortejarla, Leila.

Mientras él se pone de pie, ella permanece sentada mirándolo, aparentemente atónita.

—Eso es todo lo que quería decir. Espero que lo tenga en cuenta cuando decida elegir a quien crea que es la mejor pareja para usted.

Mi rostro es estoico, desprovisto de cualquier expresión que revele cómo me siento por dentro. Nadie puede saber cómo verlo decir esas palabras a ella hace que mis entrañas se retuerzan y mi corazón lata dolorosamente en mi pecho.

Si tan solo pudiera declarar mis sentimientos por ella tan fácilmente como él acaba de hacerlo. Pero no puedo evitar la realidad de las cosas. Soy su guardaespaldas y también un Beta, inadecuado para ser la pareja de la segunda Omega más poderosa. Ella necesita un Alfa fuerte que pueda igualar su poder, y yo, desafortunadamente, no lo soy para ella.

—Si considerara darle una oportunidad a mi propuesta, me gustaría hablar con su padre y expresar mis intenciones —continúa Henry.

Leila parpadea alejando su sorpresa y luego sonríe. —Por supuesto.

Se vuelve hacia mí. —Luke, lleva al señor Ferguson con mi padre, por favor.

Asiento y salgo de mi posición de espera mientras Henry se dirige hacia mí. Me doy la vuelta y me alejo, con él siguiéndome. Tengo cuidado de no mirar atrás hacia ella, aunque cada parte de mí anhela echar un último vistazo.

—Tu relación con Leila no es solo la de guardaespaldas y señora, ¿verdad? —pregunta Henry de

repente—. Estoy seguro de que hay más.

Sus palabras no son ni acusatorias ni enojadas. De hecho, hay un ligero toque de humor y calma en su tono. Sin embargo, un escalofrío me recorre, uno que lucho por ocultar. Mi mente repasa rápidamente las posibles consecuencias: la decepción, la ira del señor Kaye si descubriera que me he enredado con su hija después de todo lo que ha hecho por mí. ¿Y qué hay de Leila? La idea de que ella sufra más escrutinio por parte de los implacables medios de comunicación es insoportable. La devorarían con voraz alegría si esta noticia saliera a la luz. Pero lo peor de todo es que seguramente significaría que tendría que separarme permanentemente de ella. La mera idea es un tormento que no puedo soportar.

Me obligo a mantener la compostura, inhalando profundamente mientras continúo caminando, optando por no responder.

Henry ríe suavemente. —No necesitas ocultármelo —dice, con un tono uniforme—. No es que pudieras hacerlo de todos modos. Sus feromonas están por todas partes sobre ti.

¡Oh no!

Con todo lo que ha sucedido, había descuidado un ritual crucial, uno que observo estrictamente después de cada encuentro con Leila. Normalmente, me cambio de ropa y me ducho, lavando su aroma para evitar levantar sospechas. Pero mi mente ha estado nublada, desenfocada y preocupada con demasiados pensamientos. La criada que entró antes, una Beta como yo, no lo había notado, y su falta de conciencia me arrulló en una falsa sensación de seguridad. Si lo hubiera notado, al menos habría tenido la presencia de ánimo para cambiarme rápidamente e inventar alguna excusa para ella. Habría sido más fácil mentirle a ella que a Henry.

Pero ahora, Henry lo sabe.

Estamos casi en la puerta, y antes de que pueda extender la mano para abrirla y que él pase, poniendo fin a sus preguntas, me detiene con otra pregunta más.

—¿Cómo te sientes sabiendo que pronto tendrá una pareja y te dejará? ¿Estás bien con eso?

Una vez más, solo hay silencio de mi parte mientras él me mira fijamente. ¿Está indagando para saber lo que pienso porque quiere saber si soy una competencia o solo una distracción hasta que ella consiga una pareja? ¿O hay algo más en esto?

No me doy cuenta de que mis manos están apretadas a mis costados. Me apresuro a relajarlas antes de que él las vea, pero es demasiado tarde. Sus ojos están enfocados en mis puños medio relajados.

Se ríe entre dientes. —Bueno, ahí está mi respuesta. A veces, la respuesta se puede encontrar en el silencio.

Pone su mano en la puerta antes de que yo pueda hacerlo y hace una pausa sin volverse a mirarme. —Quizás deberías hacerle saber a Leila cómo te sientes... para que tal vez no lo pierdas todo. Podría acabar funcionando a tu favor, después de todo. No me opongo a una unidad familiar.

Lo miro con los ojos muy abiertos, incapaz de mantener mi expresión en blanco ante esas palabras.

—Por fin estás siendo honesto —murmura con una sonrisa. Antes de que pueda responder, llama a la puerta—. Creo que deberías anunciarme ahora.

Todo lo que hago después de eso es en piloto automático. Una vez que Henry está en la oficina, me doy la vuelta para alejarme, mi mente llena de tantos pensamientos.

¿Y si le digo cómo me siento y me aferro a ella? Si le suplico que me permita quedarme con ella, ¿me lo permitirá, sabiendo lo que siento por ella?

No puedo soportar la idea de perderla, pero al mismo tiempo, debo conocer mi lugar. ¿Sería una buena idea dejar que las cosas sigan su curso y contar mis pérdidas, sabiendo que nunca hubo la posibilidad de que nos convirtiéramos en pareja, o sería mejor decirle cómo me siento para tener la oportunidad de ser parte de su vida de verdad?

Capítulo Nueve

Leila

Me desplomo en la silla después de que los chicos hayan desaparecido de mi vista, abanicándome con las manos. Es una locura cómo mi vida ha cambiado en los últimos días.

¿Cómo he pasado de ser la Omega caída en desgracia, perdiendo mi posición en la sociedad, al hombre con el que se suponía que me iba a casar, y siendo manchada por un escándalo vinculado a mi madre, todo lo cual significaba que nadie quería tener nada que ver con nosotras, a tener ahora de repente dos Alfas que desean ser mi pareja?

Miro el espacio vacío en el sofá donde Henry había estado sentado y respiro profundamente. Un ligero rastro de su feromona aún persiste incluso después de que se ha ido.

Sonrío al recordar cómo se había inclinado en su asiento, sus ojos marrones clavados en los míos, con una suave sonrisa en los labios mientras anunciaba sus intenciones de cortejarme.

Mi cara se acalora, y me burlo de lo ridículo de la situación. ¿Cómo es que me estoy sonrojando por la atención de un hombre? Eso es tan poco característico de mí.

Me recuesto contra el respaldo de la silla. Oh, pero había sido tan sexy en la forma en que lo pidió. Tal vez debería haberme molestado por su enfoque directo, pero no puedo evitar estar más que impresionada.

Hasta el día en que liberó sus feromonas y mostró lo poderoso que realmente era, solo lo había conocido como el amigo de Ares y una especie de número dos, constantemente detrás de Ares y generalmente mencionado junto a él.

Cada vez que la gente hablaba de él, era porque estaban hablando de su relación con Ares y no porque él hubiera tomado la iniciativa de destacar por sí mismo. Quizás por eso verlo bajo esta nueva luz como un Alfa poderoso era tan sexy y emocionante.

—Bueno, Leila, me alegro de ver que sigues aquí. Esperaba poder alcanzarte antes de irme.

La voz profunda de Henry me saca de mis pensamientos que han estado saturados de él. Sus labios están separados en una amplia sonrisa, y puedo notar por la expresión de su rostro que su

conversación con papá fue bien.

—¿Tenías alguna pregunta más que necesite confirmación? —bromeo.

Parpadeo sorprendida. ¿Por qué mi reacción inmediata hacia él es coquetear? Espero que no lo haya notado.

Henry se ríe. —No me disculparé por querer estar seguro, Leila.

—Ni espero que lo hagas —admito—. Entonces, ¿por qué esperabas verme?

Henry desliza una mano en el bolsillo de su pantalón, un movimiento que aumenta aún más su atractivo. *¿Qué me pasa?*

—Bueno, viendo que tienes una decisión que tomar, esperaba hacértelo fácil —dice—. Me encantaría llevarte a una cita si me lo permites.

Sonrío. —Sí, me encantaría ir a una cita y conocerte más.

Henry asiente, y su sonrisa se ensancha. —Espléndido. Me pondré en contacto contigo, Leila.

Lo observo alejarse después de eso, con una extraña sensación en el pecho. ¿Por qué de repente parece que estoy interactuando con una persona diferente?

La sonrisa desaparece de mis labios al darme cuenta de que aún estoy sonriendo tras él.

Aunque Ryan es un Alfa muy fuerte, claramente más fuerte de lo que Henry es actualmente, este último es más de lo que yo concebiría para mí que Ryan.

Pero entonces, sé con certeza que papá preferiría que me casara con Ryan.

El pensamiento hace que mi cabeza palpite como si estuviera a punto de estallar. Pero justo cuando la guerra en mi mente amenaza con abrumarme, surge una sensación de alivio. Mi mente se enfoca en alguien más.

Danae.

Ella es exactamente quien necesito ahora mismo. Tranquila, sensata, especialmente en momentos como este. Es la persona perfecta para ayudarme a ordenar este lío.

Llamo a Luke, quien llega un minuto después.

—¿Me llamó?

—Sí, por favor prepara el coche. Quiero visitar a Danae.

Asiente y se va para hacer lo que le he pedido. El viaje en coche a su casa es corto. Hay tantas cosas que quiero decir, y estoy que reviento por contárselo.

Me apresuro hacia ella en cuanto el coche se detiene, y se ríe cuando me ve.

—Cuando llamaste para preguntar si estaba en casa y que tenía cosas que contarme, no me di cuenta de que estabas tan emocionada por compartirlas.

Me uno a su risa. —No puedo llamarlo emoción, aunque realmente tengo mucho que contarte.

La pongo al día sobre todo lo que ha sucedido en los últimos días con Ryan y, ahora, Henry.

—Así que vas a tener una cita con él. ¿Te dijo cuándo? —pregunta, con los ojos llenos de curiosidad.

Niego con la cabeza. —No, aunque sospecho que pronto sabré de él sobre sus planes.

—Entonces, ¿qué piensas hacer con Ryan? ¿Realmente te desagrada, o es porque es la elección de tu padre para ti y te estás rebelando contra él?

Reflexiono cuidadosamente sobre su pregunta. No puedo decir que me desagrade, aunque no me gusta cómo liberó sus feromonas y me redujo a un desastre sudoroso y babeante. Su poder, sin embargo, me llena de emoción. Nunca había sentido nada parecido antes, ni siquiera con Ares.

—No, no me desagrada, pero aunque no me desagrada, no me gusta la forma en que mi padre está tratando de emparejarme o cómo él alardeó de su poder sobre mí —digo finalmente—. Por otro lado, me emociona él y el poder que posee. El hecho de que tuve que luchar tan duro contra su poder, sentí emoción en ese momento.

Me mira con lástima.

—Bueno, sé que estás indecisa sobre qué hacer, pero no creo que debas estarlo, y tampoco deberías permitir que tu padre tome la decisión por ti. Tú eres la que tiene el poder, Leila.

Suspiro. —Ciertamente no se siente así la mayoría de las veces.

—Eso es porque aún permites que tu padre sienta que tiene control sobre tus decisiones. Mira, Leila, tú eres quien tiene el poder. Tienes dos hombres que claramente quieren estar contigo, así que lo único que tienes que hacer es sentarte y dejar que te demuestren cuánto te desean.

Analizo sus palabras. Tiene toda la razón.

Como si leyera mis pensamientos, sonrío.

—Ahí lo tienes. Por fin lo entiendes. No deberías dejarte arrastrar ni conformarte con lo que tu padre quiere. Puedes tomar tu decisión cuando te hayas reunido con ambos hombres y estés satisfecha de conocer lo suficiente para elegir correctamente quién debería ser tu pareja.

—Pero ¿qué debo hacer con mi padre cuando intente forzar mi mano? Ha dado tantas razones por las que cree que Ryan es una buena pareja para mí. Tiene la fuerza y pertenece a una familia importante, así que la gente lo escucha.

Me pongo de pie, de repente incómoda con estar sentada. Camino de un lado a otro frente a ella.

—Mi padre tiene razón al querer que me case con él. Es por el bien de nuestra familia para superar el escándalo y la ruina que mamá nos causó. No puedo simplemente ignorar eso solo porque deseo tomar mi propia decisión. Casarme con Ryan resolverá los problemas que tenemos ahora.

Danae se une, poniendo sus manos en mis hombros para detener mi ir y venir.

—Espero que no hayas tomado ya una decisión, Leila. Por mucho que ayude si te casas con Ryan, necesito que recuerdes que eres la segunda Omega más poderosa. No hay nada por lo que estés pasando ahora que no puedas superar con el tiempo.

—No tienes que sacrificar tu felicidad para salvar el nombre de tu familia. Además, Henry tampoco es una mala opción como pareja. Él también tiene una buena posición y podría ayudar con el negocio de tu familia. No tienes que permitir que tu padre te manipule y tome la decisión por ti. Y quién sabe, podrías elegir estar con ambos —concluye.

Doy un suspiro, dejando que sus palabras calen hondo.

—Tienes razón. Hablaré con mi padre sobre todo esto y le diré lo que he decidido hacer —digo,

apretando sus manos en agradecimiento.

Danae y yo hablamos de otros temas más ligeros durante el resto de mi visita antes de que la deje para volver a casa.

Entro en la oficina de mi padre, ensayando las palabras que necesito decirle. Sé que tiene buenas intenciones al concertar mi matrimonio con su amigo, pero necesito que esta sea mi propia decisión en lugar de la suya.

—Papá, yo... —me detengo, con la mano en el pomo de la puerta entreabierta mientras miro fijamente a mi padre y a la madre de Cassie, que acaban de separarse de un salto, cambiando de postura y mirándome con los ojos muy abiertos. Acababan de besarse.

—Leila...

La voz de mi padre me saca del shock que me mantiene clavada en el sitio, y los miro a los dos antes de dar un paso cauteloso dentro de la habitación, dejando la puerta abierta.

—Leila, no es lo que piensas —dice, usando la frase más trillada del mundo.

—¿Ah, no, papá? Porque ciertamente parecía que estabas besando a la madre de Cassie. Así que, por favor, dime que no es lo que pienso.

Él suspira y la mira antes de volver a mirarme a mí.

—Lo siento, Leila. No era así como planeaba que te enteraras.

Mi corazón se encoge en mi pecho. Por supuesto, no había forma de evitarlo, pero una parte tonta de mí esperaba algún tipo de explicación que pudiera justificarse.

Mis labios se abren y cierran mientras intento formar palabras, pero es difícil expresarlas. Mi madre acaba de ser arrestada hace unos meses, y aunque entiendo que su matrimonio no siempre ha sido color de rosa, ¿no podría haber esperado un poco más antes de encontrarse en los brazos de otra mujer, incluso si esa mujer es la madre de Cassie?

O debería decir, especialmente si esa mujer es la madre de Cassie, considerando que nada de esto habría sucedido si ella y papá no hubieran tenido una aventura para empezar. *No, no puedo pensar así.*

Reprimo los pensamientos de traición que se agitan en mí y espero a que él me explique exactamente qué está pasando, mientras la madre de Cassie se queda a un lado como si prefiriera que la tierra se abriera y la tragara antes que estar en esta situación.

—¿Qué significa esto, papá?

—Leila, espero que entiendas por qué estoy haciendo esto. Necesito un heredero.

Mi mandíbula se tensa.

—Ahora que Cassie está casada y tú estás a punto de estarlo, necesito tener otro hijo, Leila, un heredero que continúe el legado Kaye para que nuestro apellido no se extinga.

Por un momento, simplemente lo miro, demasiado atónita para formular una respuesta. Mi asombro debe ser evidente en mi rostro por la forma en que él rápidamente continúa.

—Tu madre y yo habíamos acordado intentar tener otro hijo después de que te casaras con Ares, como una vez esperábamos —dice, con la voz cargada de solemnidad, casi en un suspiro—. Pero entonces, todo cambió. Se descubrió a tu hermana. Tu madre y yo... —Vacila, sus ojos revelando la dificultad de hablar sobre ella—. ...tu madre y yo no pudimos, no después de todo lo que pasó, todo lo que ella hizo.

Hace una pausa, el peso de sus palabras se asienta entre nosotros antes de continuar.

—Y ahora, con tu próxima boda, la casa Kaye necesitará un heredero.

Siento que se me forma un nudo en la garganta.

—¿Realmente tienes que hacer eso? ¿Por qué no puede quien se case conmigo fusionar su familia con la nuestra, y continuamos el apellido de esa manera? —pregunto, escuchando la desesperación en mi propio tono incluso mientras hablo.

Sé que mi sugerencia será descartada, y tengo razón. Mi padre niega con la cabeza incluso antes de que termine de hablar.

—No —su voz es firme y tajante—. No lo permitiré. No puedo dejar que el apellido se fusione con otro. Es importante para mí que el apellido familiar no se extinga. El apellido no terminará en mi tiempo.

Aunque entiendo que le dolería que su apellido se extinguiera, me duele que así es como me entero de que mi padre ha decidido formar otra familia. Me duele que no sea suficiente para él. Parece que nunca soy suficiente para nadie estos días. Constantemente estoy siendo reemplazada.

Me doy la vuelta y salgo, dejándolos hacer lo que quieran. No puedo estar aquí ni un segundo más.

—Leila, por favor, tienes que entender, yo-

La voz de mi padre me sigue, pero la ignoro, apresurando mis pasos hasta que ya no puedo oírla.

Mi respiración se vuelve más pesada con cada paso. Solo necesito salir de aquí. Fuera de esta casa. Lejos de él.

Tengo que contárselo a Cassie. Es lo primero que me viene a la mente. Su madre también está involucrada en esto, así que ambas estamos afectadas.

Camino robóticamente hacia la entrada de la mansión Kaye, agradecida cuando veo a Luke en su puesto.

—Trae el coche, por favor —mi voz suena más enojada de lo que pensaba, pero no digo nada más.

Luke me mira por una fracción de segundo y se apresura a cumplir mi orden. El coche se acerca y me subo, cerrando la puerta de golpe. Los ojos de Luke constantemente buscan los míos a través del espejo, pero no le presto atención, apoyando mi cabeza contra la ventana.

No pretendo ignorarlo, pero es difícil hablar cuando mi garganta se seca constantemente cada pocos segundos por el dolor y el tormento emocional en mi corazón.

Trago saliva, intentando humedecer mi garganta, pero no sirve de nada.

—¿Estás bien? —pregunta cuando ha conducido bastante lejos de la casa.

Sus palabras son como la llave que necesitaba para liberar las palabras que mis labios se negaban a soltar.

—¿Cómo puede ser tan egoísta? —cuestiono bruscamente—. ¿No piensa en mí en todos sus planes? ¿En cómo me sentiré? Primero fue con quién me casaría, ¿y ahora esto?

Él está tranquilo, conduciendo lentamente. Sus ojos viajan constantemente hacia mí. —¿Quieres hablar de ello?

Asiento, trago el nudo en mi garganta y le cuento sobre la escena que presencié.

El coche se detiene frente a la casa de Cassie justo cuando termino de narrar mi experiencia. Me bajo, apurada por hablar con Cassie.

—¡Leila! —exclama Cassie alegremente, apareciendo de la nada como si me hubiera estado esperando. Aminoró mi marcha enojada hacia la casa y me dirijo hacia ella.

—Te he echado tanto de menos. Ha pasado mucho tiempo desde que te vi.

Asiento, sintiéndome un poco culpable. Es cierto que no he visitado en algún tiempo. He estado tan ocupada con todo lo que ha estado pasando que ha sido extremadamente difícil encontrar el tiempo para visitar a Cassie.

—Lo siento, Cassie. Intentaré visitarte más a menudo —digo.

—Oh, no te preocupes. Sé que has estado muy ocupada. Solo te echo de menos por aquí. Eso es todo.

La observo. No ha estado viajando tanto desde que se enteró de que está embarazada, así que es más fácil para mí ser quien la visite. Ahora su vientre está más redondo, su embarazo bastante visible.

—Yo también te echo de menos, Cassie. De verdad.

La abrazo mientras el dolor en mi corazón disminuye y la ira en mi pecho hacia mi padre y la madre de Cassie comienza a disiparse. Me separo y toco su vientre.

—Has crecido mucho desde la última vez que te vi —sonríó, aún pasando mis manos por su abultado vientre.

—Sí, pronto seré tan grande como una casa —Cassie se ríe, entrelazando sus manos con las mías y tirando de mí en dirección a la casa. Sus pasos son más lentos y su contoneo es tan adorable que, para cuando llegamos a la sala de estar, el remanente de mi ira se ha disipado por completo. El dolor, sin embargo, aún persiste.

—Debería haber intentado visitarte más, pero con todo eso de tratar de evitar a la prensa y navegar por mi caótica vida, ha sido bastante complicado manejar todo —explico.

Cassie sonríe y entrelaza sus dedos con los míos cuando nos sentamos. —Está bien. No necesitas explicarte. Sé que todo lo que ha estado pasando debe ser difícil para ti. Lamento que hayas tenido que pasar por todo esto y lidiar con ello sola.

Me derribo ante la simpatía y comprensión en su voz. Es agradable saber que alguien realmente se preocupa por mí sin querer nada de mí más que mi compañía y mi felicidad.

—¿Cómo estás tú? —pregunto, tratando de desviar la atención de mí y también porque estoy genuinamente curiosa sobre lo que ha estado haciendo.

Hace un puchero y sus hombros se relajan. —Me están mimando hasta la inutilidad.

Me río. —Eso es bastante dramático.

Sonríe. —Dramático, quizás, pero ciertamente verdadero. ¿Quién sabía que tener tres compañeros significaría que no podría hacer nada por mí misma? En el momento en que me voy a levantar, corren hacia mí para asegurarse de que tengo todo lo que necesito y me dicen que debo poner los pies en alto y descansar.

Una sonrisa se extiende por mi rostro. Me alegro de que tenga esta vida y se sienta realizada.

—Tal vez deberías dejar que hagan todo eso. Después de todo, para eso están los compañeros. ¿Cuál es el punto de tener tantos compañeros si no pueden atender todas tus necesidades?

—Quizás tengas razón y debería relajarme y dejarles hacer lo que quieran. —Sonríe—. Es una lástima que me guste bastante mantenerme activa.

Su rostro se torna serio de repente. —Así que, vi tu expresión cuando entraste, y sé que esta no es solo una visita social. ¿Qué está pasando?

Mi sonrisa desaparece, igualando su expresión. Suspiro y le cuento lo que presencié. Su boca se abre de la impresión mientras escucha. Le cuento todo lo que ha sucedido, incluyendo el plan de papá de casarme para salvar el nombre de la familia.

—No sé cómo procesar todo esto. Es todo tan contradictorio. Y tampoco sé si debería estar enojada por la situación de papá y mi madre —dice Cassie con el ceño fruncido. Aprieta su mano

alrededor de la mía—. Pero ¿cómo te sientes tú? ¿Estás bien? Te han pasado muchas cosas últimamente.

—No lo sé, Cassie —digo, una respuesta que no logra transmitir el grado en que la situación me está molestando.

—Ojalá te hubieran contado todo esto en lugar de que lo descubrieras por tu cuenta. Parece que esto es una repetición de todo lo que sucedió en el pasado. La infidelidad de tu padre con mi madre y mi nacimiento fue lo que provocó la situación que convirtió a tu madre en una villana.

Trago el nudo de dolor en mi garganta.

—Has tenido que perder tu lugar como la mejor Omega ante una hija ilegítima, y ahora papá vuelve con su antigua amante que dio a luz al primer hijo que te quitó el puesto, intentando crear otro bebé para reemplazarte de nuevo, esta vez, un heredero que lleve el apellido Kaye.

Las palabras de Cassie son mis sentimientos expresados en voz alta, aunque me siento culpable por siquiera pensar en algo así. Cassie ha sido maravillosa, y no debería sentir nada negativo sobre la situación que la rodea.

Contengo las lágrimas que amenazan con caer por mis mejillas en un torrente interminable. —Lamento pensar así, Cassie, pero quiero que sepas que nunca he guardado rencor contra ti por las circunstancias que rodean tu existencia.

—Por supuesto que lo sé.

—Es que me siento tan culpable porque parece que estoy traicionando tu amor por mí al tener estos pensamientos. Te quiero, y me alegro de que seamos hermanas —digo enfáticamente.

—Y yo sé que lo haces. Yo también te quiero, Leila. No tienes que sentirte culpable por nada. El hecho de que me concierna no significa que tus sentimientos no deban importar. Por supuesto que debes sentirte enojada por tu situación. No es ideal.

Cassie me toma en sus brazos y me consuela. —Nuestros padres pueden hacer lo que quieran. No podemos evitar que suceda porque es como dice papá. Necesita un heredero para continuar el apellido Kaye, pero eso no significa que ambas no merezcamos tener sentimientos sobre la forma en que han elegido hacerlo.

—Gracias, Cassie. Realmente necesitaba eso.

—Vendré a visitarte en unos días, y las dos podremos hablar con ellos juntas. ¿Te parece bien?

Asiento. Disfrutamos de la compañía de la otra por un rato, contentas de simplemente vivir ese momento antes de que sea hora de irme. Me despido con promesas de visitar más a menudo.

Regreso al coche y me siento, pensando en todo lo que ha pasado. Ahora que Cassie ha dicho que tengo derecho a mis sentimientos, me permito sentirlos en lugar de reprimirlos.

Las lágrimas finalmente ruedan por mis mejillas, y doy la bienvenida a la mezcla de dolor y alivio que significan. Luke me entrega silenciosamente un pañuelo, y lo tomo, reconfortada por su presencia durante el viaje de regreso a casa.

Capítulo Diez

Luke

—Trae el coche, por favor.

Lo último que esperaba era una Leila enfadada diciéndome que trajera el coche. Nunca la había visto tan enojada antes, ni siquiera después de que se enterara de lo de Ares y Cassie cuando él vino a verla por primera vez.

Aquel día, cuando Ares vino para ser presentado y ella los sorprendió a él y a Cassie enredados en un apasionado beso en el jardín, el fuego en sus ojos fue algo que pensé que nunca olvidaría.

Sin embargo, de alguna manera, ahora está aún más enfadada.

Sus labios están torcidos y sus ojos parecen capaces de lanzar llamas. Me apresuro a hacer lo que me pide, acercando el coche a la entrada, y ella sube. La miro a través del espejo retrovisor y quiero preguntarle qué le pasa para poder hacerla sentir mejor, pero ella me mira y se da la vuelta, apoyando la cabeza en la ventanilla del coche.

No dejo de mirarla por el espejo. Me mata no saber qué le pasa ni cómo hacerla sentir mejor. Quiero quitarle todo su dolor y, últimamente, parece estar sintiendo mucho.

En los últimos años, ella podía lograr desconectarse cuando estaba enojada o dolida, pero ahora ha embotellado tanto que le resulta difícil controlar sus emociones estos días.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto lentamente, asegurándome de que mi voz suene lo suficientemente calmada como para no irritarla más. Mis ojos se dirigen al espejo retrovisor y veo cómo asiente en respuesta.

—Uno pensaría que ya tengo suficiente con la prensa destrozándome en todos los tabloides y papá eligiéndome pareja. Pero ahora puedes añadir a la lista que lo he pillado besando a la madre de Cassie —dice de un tirón, sin aliento.

Mis cejas se alzan por la sorpresa y la confusión. ¿Qué?

Ella sigue hablando, en un raro momento en el que se permite despotricar. Es evidente en las

cosas que dice y en la forma en que las dice que la tensión de todo lo que ha ocurrido le está afectando.

Mis dedos se tensan sobre el volante. Lo único que quiero hacer es detener el coche, tomarla en mis brazos y consolarla, pero sé que ella no querrá que haga eso, así que sigo conduciendo hasta llegar a casa de Cassie, como me pidió.

Cuando Cassie sale a recibirla, me siento aliviado de que tenga alguien con quien pueda hablar de todos sus problemas y contarle las cosas que no me cuenta a mí, aunque es doloroso pensar que no puede ser completamente libre conmigo.

No, esto no se trata de mí. Necesito encontrar una manera de ayudarla.

Pero ¿qué puedo hacer? Solo soy una persona, simplemente un guardaespaldas. No puedo hacer nada para resolver los problemas que la afligen por mucho que desee poder hacerlo. Solo puedo ofrecerle un alivio temporal en la cama, y aunque eso ayuda a calmarla, no resuelve ninguno de los problemas que tiene.

Estaba tan enojada y herida. Desearía que mandara todo al diablo y me eligiera a mí. Me aseguraría de que nunca llorara excepto lágrimas de alegría.

Afronta la realidad, Luke. Ella nunca podrá estar contigo.

Me paso la mano por la cara, completamente exasperado. La prensa tendrá un día de campo si me elige como su pareja. Ya puedo ver los titulares y la burla mientras se ríen de ella por su incapacidad para encontrar una pareja adecuada después de perder la mejor con su hermana y tener que conformarse con un Beta que ni siquiera puede sentir la fuerza de sus feromonas.

Mi corazón se encoge ante ese pensamiento. Por mucho que desee estar con ella, no seré responsable de nada que la lleve a más dolor y burlas de las que ya ha tenido que enfrentar.

Pienso en el consejo de Henry. Nunca parece haber un momento adecuado para decirle cómo me siento. Aunque, después de todo lo que ha pasado, ¿estaría siquiera interesada en escuchar algo de eso?

Tal vez sea mejor si me limito a lo que ella me necesita y no intento ser nada más. Sus palabras se repiten en mi cabeza, palabras que han sonado una y otra vez: *no cuenta*.

¿Podrían las cosas haber cambiado realmente desde entonces, o sigo sin contar debido a lo que

soy?

Antes de que pueda pensar más sobre esto y provocar que me hunda en una espiral descendente, la puerta se abre, sacándome de mis pensamientos.

Cierra la puerta suavemente y suspira. Arranco el coche y salimos de la mansión. Sin embargo, apenas pasamos la puerta cuando ella se derrumba en lágrimas. Su cuerpo se convulsiona por la fuerza de sus sollozos.

Mi corazón se rompe al verla llorar. Es casi imposible verla así, especialmente porque normalmente es tan fuerte y reservada. Nunca permite que la gente la vea emocionarse, ni siquiera cuando está muy feliz, lo cual también es un momento raro para ella.

Es triste la mano que la vida le ha repartido. Recuerdo la primera vez que la vi llorar. Todavía era una adolescente, y yo era solo un guardia regular en la casa.

Estaba pasando por mi búsqueda normal del perímetro para asegurarme de que nada hubiera salido mal cuando un sonido llegó a mis oídos.

**

Me detengo en seco, confundido. ¿Realmente escuché algo o fue producto de mi imaginación? Después de unos segundos sin oír nada, asumo que lo imaginé y me doy la vuelta para seguir mi camino cuando lo escucho de nuevo.

Esta vez, sin forma de culpar a nada más, sigo el sonido en la dirección de donde proviene. A medida que me acerco, el sonido se vuelve más claro, y me detengo. ¿Quién podría estar llorando aquí?

¿Será una de las criadas castigada por la señora Kaye por algo que no hizo bien? Considero irme, pero cambio de opinión. Si hay alguien que necesita un hombro para llorar o algún tipo de consuelo, me gustaría estar ahí para esa persona.

Empujo la puerta para abrirla, mis labios listos para preguntar a la criada qué le pasa, pero en lugar de una criada, Leila está acurrucada contra la pared, con la cabeza entre las manos.

Ella levanta la mirada cuando el sonido de la puerta golpeando la pared llega a sus oídos, y yo me estremezco. Debería haber sido más cuidadoso y gentil al entrar.

Todavía me sorprende un poco encontrar a Leila aquí, pero no puedo irme.

Ella se pone de pie inmediatamente, cuadrando los hombros y secándose los ojos.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué me miras así? No deberías verme llorar —dice. Su tono es defensivo y enojado, como si deseara no haber sido sorprendida en una posición que la muestra débil.

Pero es su rostro en lo que me enfoco. Sus ojos reflejan tanta tristeza, y su cara está contorsionada de dolor.

—¿Estás bien? —pregunto finalmente, ignorando sus preguntas.

Me mira con fuego en los ojos reemplazando el dolor.

—Por supuesto que estoy bien. ¿Por qué no lo estaría? ¿Y por qué entras al baño? ¿No deberías haber tocado primero? ¿Qué tal si estuviera en una situación en la que no deberías haberme visto?

Solo entré porque era el baño público del jardín, y solo abrí el cubículo porque escuché llanto.

¿Como ahora? Me abstengo de preguntar eso, sabiendo que solo la avergonzaría y se encerraría en sí misma. Eso es lo opuesto a lo que quiero que suceda.

El dolor que siente es tan evidente que es incapaz de ocultarlo de su rostro incluso ahora mientras me mira, obviamente enojada por la interrupción.

Cada vez que la he visto por la mansión, constantemente mantiene una expresión estoica, manteniendo su rostro deliberadamente inexpresivo para que sea imposible saber lo que está sintiendo.

—Ya... ya sabes, está bien llorar a veces —le aseguro—. No tienes que reprimir tus emociones todo el tiempo.

Sus manos se cierran en puños y me pregunto si debería retroceder. Mi decisión está tomada rápidamente. Continuaré hasta que sepa que he causado un impacto, por pequeño que sea.

—Además, ya eres fuerte de todos modos, y llorar no te quitará esa fuerza. Al contrario, es como una medida de fortaleza porque solo aquellos que son fuertes son capaces de tener en cuenta sus

sentimientos y saber cuándo deben dejarlos salir.

Sus manos ya no están cerradas con ira. Me mira con sus brillantes ojos azules como si estuviera considerando qué hacer. Me muevo inquieto mientras me observa. Siento como si me estuviera examinando.

¿Qué estará pasando por su cabeza? ¿Qué ve cuando me mira, a un guardia que intenta ofrecerle consejo?

Permanece en silencio durante mucho tiempo, y estoy a punto de disculparme por molestarla y ofrecer consejos no solicitados cuando finalmente habla.

—¿Puedes quedarte conmigo un rato?

Lucho y fracaso en ocultar la sorpresa en mi expresión. Nunca ha sido del tipo que permite que alguien se acerque, por lo que he observado en las ocasiones en que la he visto. A veces, incluso parece que mantiene a sus padres a distancia, no es que pueda culparla.

—Pero no puedes mirarme.

Asiento lentamente y me doy la vuelta, mirando hacia la entrada y fijando la vista en el césped del jardín, con una pequeña sonrisa en mis labios. Incluso ahora, todavía desea mantener una apariencia de lo que siempre ha considerado fortaleza.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto después de un momento, dispuesto a escuchar cualquier cosa que la atormenta, ya sea que necesite consejo o no, lo dejaré para después de que me lo cuente. Si es que me lo cuenta.

—Sí, quiero hacerlo —dice con una voz suave, diferente a la que ha usado todo el tiempo.

—Mamá está molesta conmigo —dice de repente—. He estado aprendiendo los entresijos del negocio familiar para asegurarme de que cuando sea el momento de hacerme cargo, pueda hacerlo correctamente.

Hace una pausa, y quiero preguntar por qué su madre está molesta, pero me contengo, no queriendo empujarla de vuelta a su caparazón con mi curiosidad. Me lo dirá a su debido tiempo... creo.

—Mamá está decepcionada porque no pude cerrar un trato de negocios. Es la primera vez que

tengo que hacer algo así por mi cuenta, y estaba bastante nerviosa. No examiné los hechos con detenimiento y fracasé. Así que ahora está muy enojada conmigo.

Me quedo perplejo. Es bueno que me haya pedido que me diera la vuelta porque ahora no tiene que ver mi expresión. ¿Cómo es posible que este sea el tipo de problema que tiene una adolescente?

Aunque no es como la mayoría de las adolescentes, considerando la familia en la que nació, no tiene sentido que la razón de sus lágrimas sea algo como esto. ¿No debería estar llorando por un chico o por algún drama con sus amigas a esta edad en lugar de preocuparse por algo tan serio como un trato de negocios?

Intento contener mi sorpresa. Es absurdo que sea solo una adolescente y ya esté pasando por el tipo de estrés que debería dejarse para la edad adulta.

—Fallar una vez, especialmente la primera vez, no significa que seas un fracaso. Solo significa que estás aprendiendo. La gente ha fallado muchas veces y en muchas cosas, pero lo importante es que no se rinden.

Ella está callada mientras hablo, y sé que está escuchando. —Su incapacidad para admitir la derrota y continuar aprendiendo y mejorando después de cada intento fallido es la razón por la que logran tener éxito, y tú también lo lograrás.

—¿Sabes qué hiciste mal que te hizo fallar en cerrar el trato? —pregunto.

—Sí, lo sé.

Asiento. —Bien, entonces sabes que no debes repetirlo o, al menos, modificarlo para que lo hagas mejor la próxima vez que lo intentes.

—Sí —repito.

—Eso es todo lo que importa ahora. Necesito que sepas que no eres un fracaso. Eres asombrosa, y todos están completamente impresionados con lo lejos que has llegado. No hay muchos que puedan hacer las cosas que tú haces. Es por eso que cantan tus alabanzas.

Sus lágrimas se convierten en suaves sollozos, y continúo, feliz de estar llegando a ella. —No deberías verte como un fracaso cuando nadie más te ve así.

El sonido de ella sonándose la nariz llega a mis oídos, y sonrío, contento de saber que ahora está bien. Un peso se estrella contra mi espalda, y tenso mis pies al sentir su calor.

Ella envuelve sus brazos alrededor de mi cintura, abrazándome por detrás. Es sorprendente que me esté abrazando. Esta es la primera vez que hablo con ella, así que es bastante extraño que me esté abrazando.

—Gracias. Has sido de gran ayuda y has logrado sacarme de mi desesperación.

Me deja allí de pie, mirándola mientras desaparece al doblar la esquina.

En los días siguientes, cada vez que la veía, nunca actuaba como si me conociera o me reconociera, y pronto volvimos a nuestros papeles de guardia y jefa. Casi me hizo preguntarme si había imaginado todo o si ella había olvidado rápidamente la interacción y seguido con su vida. Sin embargo, esperaba que no hubiera vuelto a su problema o permitido que la agobiara.

La observo ahora en el coche. Muchas cosas han cambiado desde entonces, pero lo único que permanece constante es que no puedo consolarla tan bien como quisiera. Considero detener el coche, pero en su lugar decido llevarla directamente a casa.

Ella logra recomponerse lo suficiente para subir las escaleras hasta su habitación sin que nadie se pregunte qué le ha pasado.

Llegamos a su habitación y cierro la puerta tras de mí. No me había pedido que subiera con ella, pero no puedo dejarla sola mientras está así.

La tomo en mis brazos y sus lágrimas comienzan de nuevo. Beso la parte superior de su cabeza, mi corazón doliendo por su dolor. —Todo estará bien. Todo esto pasará y serás más fuerte por ello, confía en mí.

Después de que pasa un tiempo, ella levanta su mano hacia mi rostro, trazando mi mandíbula y subiendo hasta los lados de mis labios. Sus labios siguen, reemplazando sus manos mientras me besa.

La acerco más, cediendo a la calidez y suavidad de sus labios, mis pensamientos corriendo a mil por hora en mi cabeza.

¿Podría vivir con ello si no le digo cómo me siento y ella me deja después de que se case?

Capítulo Once

Leila

—¿Va a algún lado, señorita? —pregunta Luke mientras me mira de arriba abajo, claramente preguntándose por qué estoy vestida con ropa deportiva tan temprano en la mañana. No soy muy madrugadora.

—Voy a correr —respondo con voz apagada mientras lucho por atarme los cordones. Lo único que tengo en mente es escapar de esta casa.

No dijo nada en respuesta, pero supongo que asintió levemente ya que no lo estaba mirando.

Me arreglo y luego salgo disparada por la puerta principal, contenta de dejar atrás la atmósfera sofocante de esta casa.

Una vez que empiezo a correr, oigo pasos detrás de mí. Me detengo en seco y me giro lentamente hacia él.

—¿Qué cree que está haciendo? —pregunto.

—La acompaño —responde Luke, con un tono casual como si fuera lo más obvio del mundo.

—No, realmente quiero estar sola.

Pero él no se mueve. Simplemente se queda ahí parado, con determinación brillando en sus ojos.

Salgo a correr para aclarar mi mente. Hablar con Cassie el otro día me ayudó a poner en perspectiva muchos de mis pensamientos y sentimientos. Pero es como poner una tirita en una herida abierta. Todavía estoy lejos de procesarlo todo adecuadamente.

Estar bajo el mismo techo que mi padre tampoco ayuda. Me he encerrado en mi habitación desde que regresé de casa de Cassie por miedo a enfrentarme a él. O, mucho peor, a encontrármelos de nuevo.

No estoy segura de cómo reaccionaré a eso. Incluso pensarlo me dan ganas de vomitar. Prefiero esperar hasta que Cassie llegue para que podamos enfrentarlos juntas. Al menos entonces, tendré

un respaldo.

Mi padre ha enviado a muchas personas a llamarme en las últimas cuarenta y ocho horas. Quiere hablar, pero no estoy lista para enfrentarlo, al menos no sola.

Luke fue el primero en venir. Pero en el momento en que entró en mi habitación y sus ojos se posaron en mi rostro, supo que no tenía sentido seguir hablando. Cerró la puerta suavemente y salió en silencio.

Apenas pude dormir anoche, dando vueltas hasta el amanecer. Por eso me levanté esta mañana y decidí salir a correr; estaba cansada de estar encerrada en un lugar. Estoy harta de todos. Solo necesito tiempo a solas para respirar y estar conmigo misma.

Esperé unos segundos más para que captara la indirecta y regresara, pero no se movió.

—No necesito una niñera, Luke. Puedo cuidarme sola —le espeto, pero tan pronto como las palabras salen de mi boca, me arrepiento inmediatamente.

Luke no me ha hecho absolutamente nada. Si acaso, ha estado ahí para mí todo el tiempo. No hay razón para gritarle. De todos modos, solo está haciendo su trabajo.

—Lo siento, señorita. No puedo dejarla sola —responde él, con un deje de emoción en su voz. Es casi como si tuviera más que decir pero no pudiera. Me pregunto a qué se deberá, pero lo dejo pasar.

Empezamos a correr, un cómodo silencio se instala entre nosotros. Pero él se asegura de mantener una distancia respetuosa, concediéndome el espacio que tanto necesitaba.

La sensación de la brisa fresca golpeando mi rostro mientras el sol está a punto de salir hace algo con toda esa tensión y enojo acumulados dentro de mí. El sonido de mis pies al golpear el pavimento es una distracción bienvenida, y me abandono a ella. Una sensación reconfortante y una calma que no había sentido en mucho tiempo me invaden. Me pregunto por qué no intenté esto mucho antes.

Corremos y trotamos intermitentemente durante una hora antes de finalmente establecer un ritmo de caminata mientras volvemos a casa. Mis piernas arden de agotamiento, pero eso no importa. No me molesta porque, por primera vez en meses, me siento viva.

—Sabes, lamento haberte gritado antes. No te lo merecías. Solo estaba... —me interrumpo, las

palabras atascadas en mi garganta mientras mis ojos captan un SUV gris entrando en nuestro camino de entrada.

—Lo entiendo, señorita —dice él inaudiblemente, pero lo capto.

Le doy un pequeño apretón en el brazo como una última disculpa silenciosa. Luego, aumento mi paso para alcanzar a Cassie mientras su conductor le abre la puerta del coche.

Llego a ella justo a tiempo antes de que entre por la puerta principal. —Hola, hermana —la saludo mientras le doy un cálido abrazo.

—Hola... —responde ella afectuosamente—. ¿Dónde está todo el mundo?

Ambas entramos en la casa con Luke siguiéndonos.

—No lo sé. No he visto a ninguno de ellos desde que volví de tu casa.

Ella se detiene para mirarme por una fracción de segundo y asiente comprendiendo. —Ya veo.

—¿A quién tenemos aquí? —la voz de mi padre resuena desde la sala de estar. Se dirige hacia nosotras, con los brazos abiertos mientras envuelve a Cassie en un fuerte abrazo.

Ha pasado un tiempo desde su última visita. Definitivamente la ha echado de menos. Antes de que su embarazo avanzara más, intentaron pasar todo el tiempo posible juntos, tratando de recuperar el tiempo perdido. Se han vuelto bastante cercanos.

—Mira a mi hija. Te ves radiante —la halaga mientras aún sostiene su mano, sus ojos llenos de orgullo—. Es evidente que tu familia te está cuidando muy bien —sonríe.

Muevo los pies para hacer notar mi presencia, y eso llama su atención hacia mí. —Leila, hace un momento que no te veo —reconoce.

—Pasen. Estaba a punto de desayunar. Les diré que preparen un plato para ustedes dos, ¿de acuerdo?

Lo seguimos hasta el comedor. La mesa ya está puesta. Le pregunta a ella sobre su familia y la conversación va y viene entre ellos mientras yo permanezco en silencio.

Él me mira de reojo varias veces e incluso intenta incluirme en la conversación. No le sigo el

juego ya que mi mente está acelerada con pensamientos.

Pasan un par de minutos, y entonces una puerta chirría al abrirse, y Abigail, la madre de Cassie, se une a la mesa. De inmediato, un silencio incómodo cae sobre nosotros. La tensión en la habitación se puede cortar con un cuchillo.

De forma instintiva, ella se mueve para darle a mi padre un rápido beso en los labios, pero se detiene justo a tiempo para pensarlo mejor y, en su lugar, saca una silla para sentarse.

—Cassie, has venido —intenta conjurar emoción en su tono, pero fracasa—. Es tan bueno verte.

—Hola, querida Leila —me reconoce. Murmuro un saludo inaudible entre dientes, y todos nos acomodamos para comer nuestra comida.

Me concentro en mi plato, empujando la tortilla de un lado a otro. Mi mente está dando vueltas con formas de abordar el elefante en la habitación, que todos en esta mesa han estado evitando delicadamente.

—Leila, no estás comiendo tu comida —comenta ella. Levanto la mirada y le lanzo una mirada asesina. Casi me ahogo con el nivel de fingimiento en esta mesa.

Dejo los cubiertos y miro a mi padre directamente a la cara.

—¿Por qué están actuando como si todo estuviera bien? —Mi voz tiembla ligeramente, traicionando la calma que intento proyectar.

Padre y Abigail intercambian una mirada, y no puedo decir si es culpa o confusión lo que nubla sus rostros. Papá se aclara la garganta, y cuando habla, su tono es sincero, casi vacilante.

—Bueno, podríamos hablar de ello ahora —comienza—. Leila, entiendo cómo te sientes, y yo...

—No, no lo entiendes —interrumpe Cassie, su voz cortando sus palabras—. No creo que lo entiendas, papá. Porque si lo hicieras, no se lo habrías ocultado. Después de todo lo que ha pasado, ¿cómo es que ella se está enterando de esto solo ahora?

Abigail se mueve incómodamente, claramente inquieta por la creciente tensión en la mesa, mientras la voz de Cassie gana un tono afilado.

—Cassie, créeme, sabíamos que esto sería difícil de mencionar. Solo estaba tratando de

encontrar el momento adecuado.

—Pero no hay un momento adecuado, ¿verdad? —espetea Cassie.

La tensión en la mesa hierve a fuego lento. La comida frente a nosotros ahora está olvidada e intacta. Abigail, la madre de Cassie, juega con su tenedor antes de finalmente hablar.

—Querida, creo que lo que tu padre está tratando de decir es que era una conversación difícil de tener.

—También estoy enojada contigo, mamá —dice Cassie, entrecerrando los ojos mientras se vuelve hacia Abigail—. ¿Ni siquiera me lo dijiste a mí?

Papá interviene.

—Por favor, no te enojas con ella. Fue mi decisión mantenerlo entre nosotros por el momento.

Se vuelve hacia mí entonces, y me doy cuenta de que he estado en silencio, observando cómo Cassie habla por mí.

—Leila, todos hemos pasado por mucho últimamente, y...

Sus palabras se vuelven borrosas, perdidas para mí. Algo en la forma en que habla de cargas compartidas enciende una chispa dentro de mí, como una presa a punto de reventar.

—¿Todos nosotros, papá? —pregunto, mi voz teñida de un sarcasmo que agudiza la tensión, congelando la habitación en silencio.

—¡Yo soy la que ha sido destrozada en los tabloides, papá! —Golpeo la mesa con la mano, el sonido reverberando por toda la habitación. Padre me mira fijamente, sus ojos cargados de culpa.

—¡Soy yo a quien dicen que fue rechazada, la que no puede encontrar pareja! ¡Soy yo a quien la prensa acosa constantemente! —Me vuelvo hacia Cassie, con los ojos ardiendo por las lágrimas contenidas—. ¡Soy yo a quien la gente acusa de conspirar para matar a su hermana!

Mis palabras quedan suspendidas en el aire, sofocando el espacio con su peso. La atmósfera es tensa, asfixiante en su silencio.

—Y ahora, no solo me entero de que estás tratando de casarme con tu amigo, sino que estás

siguiendo adelante, papá. Mamá hizo algo terrible, y está en la cárcel por ello, y con razón. Pero sigue siendo una pérdida, una pérdida que compartimos. Y tú estás siguiendo adelante sin mí.

Veo la tristeza acumulándose en los ojos de papá, la comprensión despertando mientras mis palabras hacen mella.

—Lo siento mucho, Leila —comienza, pero desvío la mirada, mirando fijamente mi plato intacto mientras él continúa—. He cometido tantos errores en mi vida, y esos errores te han herido, os han herido a todas, tanto. Abigail, Cassie, no puedo expresar lo profundamente arrepentido que estoy. Cuánto dolor y sufrimiento habéis soportado por mi culpa. —Suspira profundamente como si sintiera el peso de lo que dice—. Haré todo lo posible para compensar lo que habéis sufrido por mi culpa.

Hace una pausa, y luego habla de nuevo, con voz más suave.

—Leila. —Cuando no respondo, suplica—: Leila, por favor, mírame.

Finalmente levanto los ojos para encontrarme con los suyos, y su remordimiento es inconfundible.

—Te quiero, Leila. Más de lo que las palabras podrían expresar jamás. Mi niña perfecta. —Su voz vacila, cargada de emoción, mientras las lágrimas brillan en sus ojos—. Lo siento. Lo siento mucho. Debería haber estado allí, más cerca, después de que se llevaran a tu madre. No deberías haber tenido que pasar por nada de eso sola.

Traga con dificultad.

—Con todo lo que has enfrentado, todo lo que has soportado, la prensa acosándote a cada paso, debería haber hecho más. Debería haberte protegido de todo. Pero incluso ahora, a pesar de todo, estoy orgulloso de ti. Muy orgulloso. La forma en que has manejado todo y cómo has estado ahí para Cassie, has demostrado tanta fortaleza, más de lo que podría haber imaginado.

Su voz se suaviza.

—Espero que sepas, Leila, que nunca te lastimaría voluntariamente. Lo que dije sobre que deberías casarte con Ryan fue solo porque pensé que sería lo mejor para ti. Pero no te obligaré a nada. Solo quiero tu felicidad, siempre. Por favor, ¿perdonarías a tu viejo?

Una sonrisa tierna y sobria toca sus labios, y a pesar de todo, me conmueve su sinceridad.

—Te perdono, papá —digo en voz baja.

—Yo también lo siento —dice Abigail, con voz suave y casi tímida. La vulnerabilidad en su tono es palpable, y atrae mi mirada hacia ella—. Nunca deberíamos habernos ocultado lo nuestro. A ninguna de las dos. Espero que también puedas perdonarme.

Asiento, y una pequeña sonrisa tentativa se forma en mis labios. Abigail la refleja, una comprensión silenciosa pasa entre nosotras. Al otro lado de la mesa, me encuentro con la mirada de Cassie, y ella también sonríe, la tensión se disuelve lentamente en el calor del perdón compartido.

Papá exhala un suspiro de alivio.

—Nunca más quiero recibir la ley del hielo de tu parte. Es lo peor. ¿Podéis creer que no habíamos hablado en días? —dice, pasando la mirada por toda la mesa.

—Solo son dos días, papá —pongo los ojos en blanco mentalmente. Todos en la mesa ríen y, así de simple, la tensión se disipa.

—Ahora que estamos todos aquí, creo que deberíamos hablar sobre la situación matrimonial de Leila. Entiendo que esta familia está pasando por un momento muy difícil, pero no creo que sea razón suficiente para obligarla a casarse con nadie —interviene Cassie.

Mi padre escucha atentamente lo que dice mientras termina la comida de su plato.

Cassie continúa:

—Debería permitírsele tomar su propia decisión. Ya no es una niña.

—Um... Estoy muy de acuerdo contigo, pero escúchame —comienza él.

—De acuerdo... —digo, preparándome.

—Sin presionarte, Leila, pero escucha. He pensado mucho en esto, y creo que casarte con Ryan no sería un error. Conozco a este hombre desde que era pequeño, y puedo decirte categóricamente que es un buen hombre. Sí, ha estado fuera por un tiempo, pero la gente no cambia realmente. Eres quien eres en tu esencia.

—No quise elogiarle así el otro día porque estaba presente. Sé que odias que mencione esto, pero

incluso puedes ver qué tipo de persona es por la forma en que trató a su difunta esposa. La guinda del pastel es que es sumamente poderoso. Ustedes dos harán magia como dúo. Y la lista continúa. Ni siquiera necesito recordarte nuestra decadente situación social y financiera. Eres muy consciente de ello. Ahora, no estoy diciendo que debas hacer lo que yo diga, pero solo mantén una mente abierta. No lo descartes todavía. ¿Crees que puedes hacer eso por mí, princesa?

Vencida por su discurso, acepto:

—Sí, puedo hacer eso.

Más tarde ese día, mientras despedía a Cassie, volvimos al tema:

—Lei, no creo que la idea de papá sea tan mala.

—¿Tú crees?

—Sí. Es decir, no hay nada malo en mantener tus opciones abiertas, ¿verdad? —se encoge de hombros.

—En realidad, creo que le daré una oportunidad. Con la cantidad poco saludable de atracción que siento hacia él, ni siquiera creo que pueda evitarlo.

Ambas reímos.

—Eso es lo que digo. No lo conozco tanto. Solo he oído hablar de él, pero tu padre lo hizo parecer el mejor hombre del mundo. Y estoy bastante segura de que papá siempre velará por ti. No viene de un lugar egoísta.

Asiento en acuerdo:

—Yo también lo sé. Supongo que solo veré a dónde va la cosa con ambos.

—Puede que no sepa sobre los sentimientos de Ryan hacia ti, pero sé cuánto le gustas a Henry. Ares dice que no deja de hablar de ti, y por lo que dice y por lo que yo he observado también, es un buen hombre.

—Veo que tú y papá ya han elegido sus equipos —bromeé.

—Bueno, técnicamente, no tienes que elegir. Puedes tomar eso de mí.

Me reí a carcajadas y la empujé juguetonamente. Ni siquiera voy a intentar pensar en eso.

Justo cuando estábamos a punto de despedirnos, suena mi teléfono. La identificación de llamada muestra Henry. Le muestro la pantalla y ella me anima a contestar. Lo hago.

—Hola, Leila —la voz más sexy se filtra a través del teléfono.

—Hola, Henry —respondo.

Hace una pausa por un segundo antes de preguntar:

—¿Crees que podrías estar libre hoy a las 7 de la tarde? Vamos a cenar.

Capítulo Doce

Henry

Estoy sentado en la sala de juntas, rodeado de los rostros familiares de colegas y clientes, pero mis pensamientos están a kilómetros de distancia. El murmullo de las voces y el roce de los papeles se desvanecen en un ruido de fondo mientras me sorprende pensando en esta noche, en Leila.

Mis pensamientos divagan aún más, reviviendo la conversación que tuve con su padre. Cuando le conté mis intenciones y mi deseo de pedir la mano de su hija, su respuesta fue comedida. No me otorgó su aprobación inmediata, pero tampoco se negó. Simplemente dijo que no se interpondría en nuestro camino si ella decidía estar conmigo. Sus palabras no fueron la bendición incondicional que esperaba, pero el hecho de que no me lo prohibiera me llena de una emoción silenciosa. La idea de que soy libre de cortejarla y ganarme su corazón me envía una oleada de anticipación.

Obligo a mi atención a volver a la hoja de cálculo proyectada en la pantalla. Números y gráficos parpadean ante mis ojos, pero nada de ello se queda grabado. Mi mente vaga hacia su sonrisa, el sonido de su risa y la manera en que el dulce aroma a canela de sus feromonas permanece conmigo incluso cuando ella no está aquí. Golpeo suavemente mi bolígrafo contra la mesa, mirando de reojo el reloj. La reunión se alarga, cada minuto se estira como una eternidad.

No puedo soportarlo más. Me inclino hacia mi secretaria, Susan, que está sentada a mi lado, tomando notas diligentemente.

—Susan —murmuro—, voy a salir. ¿Podrías encargarte del resto de la reunión por mí?

Ella levanta la mirada, sorprendida, pero rápidamente lo disimula con un asentimiento profesional.

—Por supuesto, señor Henry. Me aseguraré de que todo quede resuelto.

Me pongo de pie, empujando mi silla hacia atrás silenciosamente. Capto las miradas inquisitivas de algunos miembros de la junta, pero les ofrezco una sonrisa tranquilizadora.

—Confío en que todos ustedes finalizarán los detalles. Susan me pondrá al día sobre cualquier cosa importante.

Sin esperar más respuestas, salgo a grandes pasos de la sala. La tensión se alivia de mis hombros mientras camino por el pasillo, mis pensamientos ya corriendo hacia Leila. Esta noche, nada más importa.

De vuelta en casa, voy directamente al dormitorio, quitándome el traje y la corbata que marcan mi día. Opto por algo relajado, pero elegante: un blazer azul marino sobre una camisa blanca impecable y unos vaqueros oscuros que logran un equilibrio entre lo casual y lo pulido. Tras un rápido vistazo en el espejo, cojo las llaves y salgo por la puerta. Conduzco por calles familiares, sintiendo cómo crece la anticipación a medida que me acerco al restaurante. Es uno de los míos, un lugar que conozco de arriba abajo, pero esta noche se siente diferente. Esta noche no me reuniré con posibles socios para hablar de negocios. Esta noche, es algo personal.

Llevo aquí un rato, dejando que la atmósfera me envuelva como un abrazo familiar. Las luces de la ciudad parpadean abajo, una constelación extendida bajo el balcón del restaurante. Elegí este lugar intencionadamente, atraído por la forma en que me recuerda la primera vez que Leila y yo hablamos.

Cuando Leila entra, el aire cambia. Llega con esa confianza inconfundible, la clase que hace girar cabezas y atrae la atención sin esfuerzo. Su guardaespaldas se detiene un momento antes de salir, dejándola avanzar hacia mí. Está deslumbrante esta noche, su belleza acentuada por la gracia de su andar. Mientras se acerca, me levanto de mi asiento para retirarle la silla.

—No hay nadie más aquí —observa, con la voz teñida de curiosidad mientras mira alrededor del restaurante vacío.

—Sí, me aseguré de ello —respondo, observando cómo cambia su expresión, su curiosidad agudizándose en algo casi sospechoso.

Me mira, con una pregunta en los ojos, así que ofrezco la respuesta antes de que pregunte:

—¿Sabes que soy el dueño del lugar, verdad?

La tensión se rompe y ella deja escapar una modesta risa.

—Eres tan modesto con tus poderes como lo eres con tu riqueza —bromea.

Sonrío, saboreando el momento. Esto es lo que quería: una noche sin distracciones, solo nosotros dos, y ya ha comenzado a la perfección.

La comida y el vino son inmaculados, como deben ser. Me aseguré de que nos sirvieran lo mejor del menú, cada plato llegando en intervalos perfectos. Pero apenas puedo concentrarme en el sabor ahora. Mi atención está en Leila, en cada pequeño detalle sobre ella: la forma en que come, con una elegancia silenciosa que hace que cada movimiento parezca deliberado y calculado; la manera en que me lanza miradas furtivas, sus ojos brillando con algo que no puedo descifrar del todo; incluso la forma en que se limpia la boca con la servilleta y sostiene delicadamente su copa de vino. La comida puede ser excepcional, pero ahora mismo, todo lo que quiero hacer es observarla.

—¿Tú también comes con modestia, Henry? —Leila rompe el silencio, su voz teñida de sarcasmo mientras me mira con una ceja levantada.

—No —respondo—. Solo me gusta observarte.

Ella suelta una risita y, por un breve momento, saboreo el sonido, la forma en que mis palabras pueden provocar su risa.

Pero entonces, su expresión cambia, la desenvoltura juguetona cede paso a algo más serio. —Tengo curiosidad —comienza, aclarándose la garganta mientras deja su copa—. ¿Cómo es que eres poderoso y rico pero te mantienes bajo el radar? Casi nunca apareces en las revistas del corazón.

Hay un peso en su pregunta, una curiosidad genuina que me hace pausar. Está buscando algo bajo la superficie, y me siento tentado a dejar que lo vea.

—Digamos que no soy el tipo de hombre al que le gusta alardear de eso —digo, dedicándole una sonrisa pensativa—. Solo uso realmente mis poderes cuando es absolutamente necesario.

Ella hace una pausa, su mirada se pierde mientras considera mis palabras. Me mira, una mezcla de diversión y confusión se refleja en su rostro. —Eres el segundo más fuerte después de Ares. La mayoría de los Alfas que conozco estarían alardeando por todas partes. Incluso hay algunos que no son tan fuertes como tú que no pueden callarse sobre lo fuertes que son —dice.

No puedo evitar reírme ante la idea. La imagen de Alfas inferiores inflándose de orgullo despierta un humor en mí. —No hay necesidad de eso —comienzo, con voz ligera—. Sé quién

soy, así que no necesito hacer ruido al respecto. —Dejo que las palabras se asienten entre nosotros.

—Además —continúo—, Ares es el Alfa más fuerte, y acapara más que suficiente atención, especialmente con las revistas del corazón. Me gusta eso. Demasiada atención simplemente no es lo mío.

Ella me estudia un momento más, su expresión suavizándose mientras mis palabras calan. Hay una comprensión silenciosa en sus ojos, pero entonces algo cambia. Su rostro se nubla como si estuviera dándole vueltas a un pensamiento profundo.

—Dijiste que la gente pensaba que serías el Alfa más fuerte cuando eras niño —comienza, con voz pensativa—. Tus padres debieron estar muy emocionados —añade, con una pequeña sonrisa tirando de sus labios.

—Sí. Especialmente mi padre. Se aseguró de que recibiera el mejor entrenamiento de los mejores tutores —digo, haciendo una pausa por un momento mientras los recuerdos afloran—. Pero entonces conocí a Ares, y quedó claro que no iba a ser el más fuerte después de todo —concluyo, con un tono ecuánime.

Noto que sus cejas se contraen ligeramente al mencionar el "entrenamiento". Es una reacción sutil, pero tan repentina que no puedo evitar notarla.

—¿Tienes una relación cercana con tus padres? —pregunta ella, dirigiendo la conversación hacia adelante.

—No realmente —admito—. Están jubilados ahora y pasan la mayor parte de su tiempo viajando por el mundo.

Mientras hablo, veo que su expresión vuelve a cambiar, y esta vez, a algo más reflexivo y casi triste. La observo atentamente, considerando cómo preguntarle si está bien, pero antes de que pueda hacerlo, ella continúa.

—Cuando era más joven, la gente pensaba que yo sería la Omega más fuerte. Mi madre también me entrenaba mucho —dice lentamente, cada palabra cargada de algo no expresado.

Asiento, sintiendo que hay más que quiere decir.

—A veces entrenábamos durante horas —continúa, con la voz apenas por encima de un susurro

—. No comía ni dormía hasta que dominaba las técnicas que ella intentaba enseñarme.

La tristeza en su voz es palpable. Al verla tan solemne y agobiada por los recuerdos, no puedo evitarlo: extendiendo la mano y agarro la suya sobre la mesa. Puedo ver el dolor que está tratando de ocultar.

—Lo siento, Leila —digo suavemente, con voz gentil—. Eso suena abusivo.

La palabra queda suspendida en el aire entre nosotros, pesada y cruda. Ella inmediatamente retira su mano, retrocediendo como si la palabra "abusivo" misma la hubiera quemado.

—Me hizo fuerte —responde, con un tono casi desafiante, como si tratara de convencerse tanto a sí misma como a mí.

Mantengo su mirada, comprendiendo que bajo sus palabras yace una verdad compleja que aún no está lista para enfrentar completamente.

Su mirada se desvía, posándose en las luces de la ciudad debajo de nosotros. Puedo sentir la avalancha de recuerdos que está tratando de navegar, recuerdos que parece reacia a compartir. Siento una profunda afinidad con su reacción. No soy ajeno al hecho de que a veces las palabras no son suficientes. En esos momentos cuando estoy abrumado y no puedo encontrar las palabras adecuadas, encuentro consuelo en la naturaleza.

—Sabes —empiezo suavemente—, cuando siento cosas que las palabras no pueden expresar bien, algo que me encanta hacer es salir a la naturaleza.

Sus ojos se levantan, y un atisbo de sonrisa aparece en su rostro mientras responde:

—A mí también me encanta eso. Me encanta lo libre que me hace sentir.

—Deberíamos hacer eso juntos alguna vez —sugiero, notando el cambio en su comportamiento.

—Mientras sea en algún lugar sin reporteros —replica, y ambos compartimos una leve risa.

Mientras nuestra risa se desvanece, no puedo evitar recordar el incidente en la gala cuando había dejado sueltas mis feromonas, y eso le causó pánico. Una punzada de culpa me invade.

—Lo siento por lo que pasó la última vez con mis feromonas —digo con voz sincera.

Su sonrisa vacila mientras asiente. —Está bien. No te disculpes —comienza. Luego, su expresión cambia a algo más directo—. Me gustó —finaliza con la mirada firme.

Hay algo casi anhelante en su mirada, un indicio de deseo que no logra ocultar del todo.

—El aroma de tus feromonas —continúa con voz suave y contemplativa—, huele a lluvia, a viento puro, a océano. Me gustaría volver a sentirlo.

Su petición provoca una sonrisa en mis labios. —Bueno, ya que lo pides amablemente —digo, y dejo que mis feromonas fluyan en el aire.

El efecto es casi inmediato. Su reacción es visible. Es obvio que no está intentando defenderse con sus propias feromonas. Su respiración se vuelve profunda y pesada, sus ojos se humedecen mientras inhala profundamente, absorbiendo el aroma como si fuera una bocanada de aire fresco. El deseo en su rostro es palpable.

—Eres peligroso —admite—. Siento que podrías pedirme que hiciera cualquier cosa, y no podría negarme.

La idea de que se doblegue a mi voluntad me hace reír, pero al mirarla, mi risa se desvanece, reemplazada por algo más oscuro, más intenso. Su deseo es inconfundible. Su pecho sube y baja con cada respiración, y sus ojos se clavan en los míos, llenos de anhelo. La necesidad de controlarla surge dentro de mí.

Ella se da cuenta, de repente consciente de lo expuesta que está. —Lo siento —dice, con voz casi tímida—. Estoy cerca de mi celo ahora, así que estoy un poco vulnerable.

¿Su celo? Ahora estoy emocionado.

—No te disculpes —respondo con voz plana y controlada. Me inclino ligeramente—. Déjame ver tu cuello.

La orden queda suspendida en el aire. La observo, esperando.

Ella se muerde el labio inferior, un destello de emoción atraviesa su rostro mientras procesa mi orden. Lentamente, casi provocativamente, inclina la cabeza hacia un lado, exponiendo la suave curva de su cuello. La forma en que cede a mis instrucciones envía una oleada de anticipación a través de mí.

—Muéstrame tus dedos —digo.

Sin dudarlo, levanta la mano, mostrándome sus esbeltos dedos.

—Quiero que te metas dos de ellos en la boca —le ordeno.

La observo atentamente mientras lleva sus dedos índice y medio a sus labios, separándolos lentamente para introducirlos. El movimiento es casi lánguido, como si saboreara el momento. Sus ojos están fijos en mí con una intensidad que hace que el aire entre nosotros chispee de tensión. La manera en que obedece enciende algo primitivo dentro de mí. Puedo sentir a mi lobo casi aullando en expectación lujuriosa.

—Ahora, tócate con ellos —ordeno, con voz baja.

La ceja de Leila se arquea ante mis palabras, una mirada de vacilación cruza su rostro. Pero insisto.

—Quiero verte tocarte —repito, esta vez con un tono más firme.

Retira los dedos de su boca, sus dientes atrapando su labio inferior mientras contempla mi orden. Luego, con un movimiento lento y deliberado, desliza su mano bajo su vestido. La visión de esto envía mi mente a toda marcha.

Empieza lentamente, sus dedos moviéndose en caricias tentativas. Pero la mirada en sus ojos me dice que está tan absorta en esto como yo.

—Más rápido —exijo, con la voz espesa de deseo.

Aumenta el ritmo, su respiración entrecortándose mientras crece la intensidad. Su rostro se ruboriza, y los suaves gemidos que escapan de sus labios se vuelven más pesados y urgentes. La observo, cautivado, mientras se pierde en la sensación, su vulnerabilidad y sumisión avivando las llamas de mi propio deseo.

El aire antes tranquilo del balcón ahora está lleno del sonido de la respiración entrecortada de Leila y el ruido húmedo y rítmico de sus dedos moviéndose bajo su vestido. La visión de ella, perdida en el momento, me hace endurecer, causando un dolor mientras mi miembro presiona contra mis jeans oscuros. Me levanto de mi asiento, el espacio entre nosotros cerrándose mientras me acerco a ella, su mano aún moviéndose vigorosamente bajo su vestido.

Me detengo justo al alcance de mi brazo.

—Para —mi voz corta la tensión acalorada.

Obedece al instante. Su mano se queda quieta, y su pecho se agita mientras trata de recuperar el aliento. Su cuerpo tiembla ligeramente, la necesidad en sus ojos más evidente que nunca.

—Quítate las bragas.

Se mueve rápidamente, casi desesperadamente, como si el peso de sus propios deseos se hubiera vuelto demasiado para soportar. Sus manos tiemblan mientras desliza sus bragas por sus piernas, descartándolas.

—Ahora —murmuro, con voz baja y autoritaria—, apóyate en la barandilla.

Obedece, levantándose de la silla y apoyando su espalda en la barandilla del balcón. Su respiración aún es irregular y su cuerpo tenso de expectación mientras espera lo que viene a continuación.

Me dejo caer lentamente de rodillas, levantando su vestido mientras lo hago, separando sus piernas con un toque suave. La visión de ella, húmeda y lista, me provoca una oleada de satisfacción, curvando las comisuras de mis labios en una sonrisa. Me encanta poder llevarla a este punto.

Me inclino, rozando con mis labios la suave piel de sus muslos internos, dejando un rastro de besos provocadores mientras me acerco a su centro. Siento su cuerpo estremecerse bajo mi tacto. Está al borde, y no tengo prisa por hacerla retroceder.

Acerco mi boca, flotando justo sobre su núcleo húmedo y palpitante. Inhalo profundamente, saboreando el embriagador aroma a canela de su excitación. Sus manos se extienden hacia abajo, sus dedos se enredan en mi cabello, tratando de acercarme más. Puedo sentir su urgencia y su necesidad.

Le doy un beso ligero, mis labios apenas rozándola, lo suficiente para probarla. Sus jugos se adhieren a mi boca, dulces y cálidos, y saboreo la sensación antes de finalmente ceder. Abro mi boca, dejando que mi lengua la explore completamente, absorbiendo cada parte de ella mientras tiembla sobre mí.

Comienzo lentamente, mis labios cerrándose suavemente alrededor de su clítoris mientras la

lamo. Su sabor es embriagador, y cada movimiento de mi lengua es recibido con un suave gemido que me impulsa. Pero a medida que se humedece más, sus gemidos se hacen más fuertes, me pierdo en el momento.

Empujo mi lengua profundamente dentro de ella, hundiéndome tanto como puedo alcanzar antes de retirarme, solo para sumergirme de nuevo, más rápido, casi rabioso. Ella iguala mi intensidad, sus caderas moliéndose contra mi cara, sus movimientos volviéndose frenéticos mientras persigue su liberación.

Su ritmo se acelera, y siento la tensión acumulándose dentro de ella, lista para estallar. Por un breve momento, se queda en silencio, con el aliento atrapado en su garganta, y luego grita, un sonido tan crudo y poderoso que resuena en la noche como el canto de una sirena.

Ella se derrama, su cuerpo convulsionando mientras se libera, y quedo empapado, mi rostro húmedo con sus jugos.

Sus piernas parecen ceder bajo ella, y cae de rodillas mientras me pongo de pie. Se ve tan hermosa así, jadeando y sonrojada, su piel brillando con las secuelas de su liberación. Su mano se extiende, sus dedos ligeramente temblorosos mientras agarra suavemente la cintura de mis vaqueros.

—Por favor, déjame hacerte sentir bien a ti también —murmura, su voz baja, casi suplicante.

Permanezco en silencio, simplemente contemplando la visión de ella, tan vulnerable y exquisitamente necesitada. Su belleza en este momento es abrumadora, una imagen que se graba en mi mente. Lentamente, desabrocha mis vaqueros y saca mi polla.

Su boca me envuelve, el calor de sus labios y su lengua enviando una descarga de placer a través de mí. Sé al instante que no duraré mucho. La forma en que me mira y la suavidad de su boca son casi demasiado para soportar. Es tan dolorosamente hermosa así, y su disposición me atrae más profundamente.

Mientras se mueve, con un ritmo constante y deliberado, extendiendo la mano y tomo su barbilla, levantando su rostro para que nuestros ojos se encuentren. La mirada en sus ojos, el deseo crudo mezclado con algo más profundo, despierta algo poderoso dentro de mí.

—¿Pasarás tu cielo conmigo? —pregunto, mi voz ronca por la intensidad del momento.

Su mirada es amplia y brillante de emoción, sus labios aún moviéndose sobre mí.

—Di que sí —ordeno.

—Sí —respira, su mano acariciándome con un ritmo que me lleva al borde.

Capítulo Trece

Leila

Han pasado dos días desde nuestra cita, pero Henry es todo en lo que puedo pensar. Mi mente vuelve a él sin cesar, incluso cuando se supone que debo estar concentrada en algo completamente distinto. Cierro los ojos y ahí está, dominante y seguro, tal como era cuando estábamos juntos.

Hay algo en él que me atrae. Es algo más que su simple presencia. Es la manera en que se vuelve tan autoritario y controlador cuando usa sus feromonas. Cuando las libera, es como si se activara un interruptor dentro de él, convirtiéndolo en alguien casi irreconocible y al que me resulta imposible resistirme.

No puedo evitar sonreír al recordar con qué facilidad me rendí ante él y cuán ansiosa estaba por complacerlo y hacer todo lo que quisiera. No hubo dudas ni vacilaciones, solo una abrumadora necesidad de estar cerca de él y hacerlo feliz. El pensamiento hace que mi corazón se acelere y siento un calor que se extiende por todo mi cuerpo, imposible de ignorar.

Me estoy obsesionando con él. Lo sé, y aun así no puedo hacer que me importe. Todo lo que quiero es más, más de esa sensación, más de ese liberador aroma a lluvia de sus feromonas, más de él. Es como si estuviera atrapada en su órbita, y cuanto más pienso en él, más quiero ser arrastrada, perderme completamente.

Pero hoy es el día en que se supone que tengo una cita con Ryan. Honestamente, no puedo reunir ninguna emoción real por ello. Se siente como si mi padre me estuviera llevando a este hombre de la mano, una ofrenda reluciente. Mis pensamientos siguen volviendo a Henry. Nadie más parece importar mucho en comparación ahora.

Y sin embargo, no puedo negar que una parte de mí siente curiosidad. Recuerdo aquel día en la casa cuando Ryan me abrumó, la forma en que sus feromonas parecían envolverme, encendiendo mi celo. Hay una parte de mí que casi anhela volver a sentir esa excitación.

También le prometí a mi padre que le daría una oportunidad a Ryan, y si no otra cosa, soy una mujer de palabra. Así que veré adónde me lleva esta noche.

—Hemos llegado —la voz profunda de Luke desde el asiento del conductor me devuelve a la realidad, arrancándome de mis ensoñaciones.

—Oh —murmuro, recuperando el sentido mientras miro por la ventana desde el asiento trasero. Observo a través del cristal, tratando de entender el escenario donde se supone que se desarrollará esta cita.

—¿Es... es esta su oficina? —pregunto, casi para mí misma, mientras examino los alrededores.

—Creo que sí —responde Luke, estacionando en un lugar del aparcamiento.

Bueno, ciertamente es un comienzo incómodo. ¿Su oficina? ¿Para una primera cita? Casi me río ante la idea.

Luke y yo nos dirigimos a la entrada, donde nos recibe el mayordomo, un hombre de mediana edad vestido con impecable formalidad.

—Señorita Leila Kaye, bienvenida. El señor Wills la está esperando —dice con un aire cortés.

Nos conduce a un ascensor que nos lleva rápidamente al último piso, y mientras salgo y me dirijo hacia la oficina de Ryan, no puedo evitar impresionarme por el espacio. Todo, desde los muebles elegantes hasta el ambiente perfectamente cuidado, exuda lujo. Los empleados, todos impecablemente vestidos con trajes a medida, se mueven con un aire de refinado profesionalismo.

Me conducen a una oficina espaciosa mientras Luke toma asiento en una sala de espera, y diviso a Ryan a unos metros de distancia. Cuando me acerco, una voz proveniente de un altavoz que no logro ver resuena por la habitación: —Anunciando la llegada de la señorita Leila Kaye.

La formalidad es impactante, dándome una idea del tipo de hombre que es Ryan.

Ryan levanta la mirada de los papeles esparcidos frente a él cuando me aproximo, sus ojos encontrándose con los míos.

—Bienvenida, Leila, por favor tome asiento —dice, con una cálida sonrisa jugando en sus labios.

Me siento en el sillón de suaves cojines frente a Ryan. Por un momento, solo lo observo. Parece diferente y más relajado en este espacio, aunque no puedo olvidar que nuestro primer encuentro no fue precisamente ideal.

Empieza a hablar, pero lo interrumpo.

—¿Su oficina? ¿En serio? —pregunto, sintiendo que mi ceja izquierda se arquea ligeramente.

—Sí. Me parece apropiado para nosotros, al menos por ahora —responde, con un tono franco.

Hay un breve silencio mientras asimilo sus palabras, estudiándolo cuidadosamente. Luego se levanta de su asiento.

—Me gustaría mostrarle los alrededores —dice.

Salimos de la oficina, con Luke uniéndose a nosotros, siguiéndonos a unos metros de distancia mientras pasamos por la recepción y entramos al corazón del dominio de Ryan.

Lo que se despliega ante nosotros es asombroso.

Había escuchado los rumores, vagos susurros de que Ryan Wills tenía sus manos en cada negocio lucrativo imaginable. Pero ahora estoy viendo esta extensa operación en persona, y este imperio está más allá de cualquier cosa que pudiera haber anticipado.

Comenzamos nuestro recorrido, pasando por varios departamentos, cada uno dedicado a una industria completamente diferente. Hay un departamento de productos farmacéuticos, con investigadores y analistas en batas de laboratorio examinando datos. Otro está dedicado a bienes raíces, donde equipos discuten planos y estrategias de inversión. Pasamos por una división enfocada en el desarrollo de automóviles, donde ingenieros y diseñadores se inclinan sobre prototipos y modelos avanzados. Cada departamento es un mundo en sí mismo, con personal experto en sus respectivos campos, todos supervisando atentamente las inversiones de Ryan en todo el mundo.

Esto no es solo una oficina. Es un centro neurálgico, un centro de mando donde Ryan orchestra su vasta gama de empresas con una precisión casi militar. La magnitud es abrumadora. Es un lugar donde cada detalle está bajo constante escrutinio y donde cada decisión tiene repercusiones en industrias y continentes.

—Tengo centros como estos en diferentes partes del mundo —dice Ryan mientras salimos de uno de los departamentos. Su voz lleva el peso de la experiencia y la autoridad—. De esa manera, puedo mantener el control de todo desde cualquier lugar. Si algo requiere mi atención personal, puedo sumergirme sin comprometer el resto. Todo se trata de equilibrio y control.

Mientras habla, hay un orgullo silencioso en su voz y una expresión de logro en su rostro. Conoce la gravedad de lo que ha construido. Es un imperio global que funciona con la eficiencia de una máquina bien engrasada. Ryan no es solo un empresario; es un maestro estratega que entiende el inmenso poder que ejerce y ha creado un mundo donde siempre está en control.

Volvemos a su oficina, con Luke quedándose nuevamente en la sala de espera.

La atmósfera ha cambiado. Está más tranquila ahora y más asentada. Comienzo a entender por qué Ryan me trajo aquí, y me encuentro apreciándolo.

Ryan se dirige a un elegante minibar ubicado en el rincón de su oficina y saca una botella de vino. Nos sirve una copa a cada uno antes de volver a su asiento, esta vez mirándome directamente.

Doy un sorbo al vino afrutado mientras mi mente aún procesa todo lo que me ha mostrado. Entonces, él habla.

—Seré muy sincero contigo, Leila —comienza—. Creo que seríamos una pareja ideal. Si nos casamos, este imperio sería nuestro.

Asiento lentamente, haciéndole saber que tiene toda mi atención. Él continúa, con voz firme y deliberada.

—Juntos seríamos imparables. Un Alfa como yo y una Omega como tú. Tiene perfecto sentido. También sería excelente para tu familia, para tu padre.

Lo miro fijamente. Puede ver en mis ojos que reconozco la verdad en sus palabras. La forma en que sus feromonas me abrumaron durante nuestro primer encuentro no dejó duda de que es quizás el Alfa más poderoso que he conocido jamás. Juntos, seríamos formidables. Y desde un punto de vista empresarial, es innegable los beneficios mutuos de tal unión.

Pero mientras escudriño sus ojos, me encuentro anhelando algo más. Quiero que me ofrezca algo más allá del frío cálculo estratégico de poder e influencia. Quiero escuchar algo que hable al corazón, a los rincones crudos y desprotegidos de nuestra conexión.

Ryan capta la pregunta no formulada en mi mirada, percibiendo mi deseo de un vínculo más profundo e íntimo en medio de la lógica pragmática de nuestra unión.

—Los matrimonios concertados no tienen por qué ser tan malos —dice finalmente, suavizando

su tono como si tendiera un puente entre los mundos del deber y el deseo.

—Sí. Justo como mi padre, ¿verdad? —replico, con un deje de amargura en mis palabras.

Observo cómo Ryan se estremece, clara la implicación de mis palabras. Un breve silencio se extiende entre nosotros mientras desvío la mirada, reflexionando sobre el dolor que los matrimonios concertados pueden infligir, basándome en mi propia experiencia. El efecto que tuvo en mi infancia, en mi hermana y en mi niñez.

—Sabes —comienza Ryan, rompiendo el silencio—, mi difunta esposa y yo tuvimos un matrimonio concertado. —Mantengo la mirada desviada, pero escucho atentamente.

—Puede que no estuviéramos locamente enamorados, pero nos respetábamos mutuamente. Nos entendíamos. Cuando ella falleció, la lloré.

Vuelvo a mirarlo, percibiendo un raro momento de vulnerabilidad en su expresión. Él capta mi mirada y ajusta ligeramente su postura, como preparándose.

—Teníamos algo práctico, y puede ser así para nosotros también —concluye, con un tono sincero pero firme.

Lo miro, sintiendo cómo la curiosidad se mezcla con un toque de simpatía. Parece que este hombre no se permite el lujo de simplemente sentir, ni siquiera en cuestiones de amor o duelo.

—¿Siempre has hecho todo basándote en el deber? —pregunto.

Él hace una pausa, con la mirada distante mientras considera la pregunta.

—Siempre he sabido lo que se esperaba de mí —responde—. Siempre he sido consciente de lo que podía cambiar y lo que no, y he hecho las paces con eso.

Una sonrisa pensativa tira de sus labios, como si hubiera surgido un recuerdo. —La gente suele pensar que gano mis batallas porque gano todas las batallas. Pero se trata más bien de evitar las innecesarias —concluye.

Las palabras tienen sentido, considerando lo que estoy aprendiendo sobre él. Ryan no me parece alguien que se involucre en conflictos sin propósito. Parece un hombre que entiende qué batallas vale la pena librar y cuáles es mejor dejar pasar. Y aquí está, a pesar de mi reticencia inicial, todavía persiguiéndome.

—¿Crees que soy una batalla necesaria, Ryan? —pregunto, con voz firme y directa.

Sus ojos se entrecierran ligeramente mientras considera mi pregunta. El silencio se extiende entre nosotros antes de que responda con calma intensidad.

—Sí.

Una emoción me recorre al escuchar sus palabras. Es extrañamente halagador que, a través de su lente pragmático, considere necesaria una unión conmigo.

Pasamos las siguientes horas enfrascados en una conversación, el vino haciendo su magia para calmar nuestros nervios y soltar nuestras lenguas. Ryan comparte historias de sus viajes más allá de la ciudad, cada relato rico en experiencias y perspectivas. Yo contribuyo con mis propias historias, los recuerdos más sentimentales de mi infancia. Discutimos nuestros gustos en comida y música, y me encuentro disfrutando genuinamente del intercambio. Me alegro de haber venido a esta cita. Ryan tiene una cualidad relajada a la que podría acostumbrarme fácilmente.

También llego a apreciar su elección del lugar para nuestra primera cita. No hay pretensiones aquí. Ha sido franco sobre sus intenciones y la naturaleza práctica de nuestra potencial unión, y valoro esa honestidad. Me gusta saber que puedo confiar en que será directo y sincero, independientemente de sus motivos.

—Entonces, ¿hay algo que hagas para escapar de todo esto? —pregunto, haciendo un gesto vago para abarcar su oficina.

Hace una pausa, una expresión pensativa cruzando su rostro.

—Correr —responde con una sonrisa.

Una sonrisa tira de mis labios. —A mí también me gusta correr.

Sus ojos se iluminan ante el interés compartido, una chispa de emoción brillando en ellos.

—No lo hago tan a menudo como solía hacerlo debido al trabajo —dice, su tono casi animado—. Pero de vez en cuando, dejo suelto a mi Lobo y simplemente corro.

—Yo tampoco lo hago tan a menudo —confieso, con una nota de solemnidad en mi voz—. Pero eso es por la prensa. Todavía me están acosando después de todo lo que ha pasado.

Noto que levanta ligeramente una ceja mientras se inclina. —No te preocupes —dice—, no tendrás que preocuparte por ellos por mucho más tiempo.

Sus palabras son reconfortantes, y una ola de seguridad me invade.

—Quizás deberíamos correr alguna vez —sugiere, su voz calma y compuesta.

—Quizás deberíamos —acepto—. Esto ha sido agradable, pero creo que debería irme a casa ahora.

—Por supuesto —responde Ryan, levantándose de su asiento y acercándose a mí. Dejo mi copa de vino medio vacía y me pongo de pie también.

Mientras nos dirigimos hacia la gran puerta de su oficina, mis pensamientos vuelven a mi anhelo de algo más allá de una unión pragmática. He disfrutado nuestra conversación, pero la atmósfera de esta noche ha oscilado entre la formalidad y una amistad incipiente. Mis pasos se ralentizan mientras estos pensamientos giran en mi mente. Ryan nota mi vacilación, deteniéndose y volviéndose para mirarme con una expresión sincera e inquisitiva.

Antes de que pueda hablar, expreso mi preocupación.

—Solo me preguntaba, ¿tenemos alguna química? ¿En absoluto? —pregunto, mirándolo directamente a los ojos.

Su respuesta es una suave risa, con diversión bailando en sus ojos. Luego, su expresión cambia a una seriedad seductora. Se acerca más, su comportamiento cambiando sutilmente mientras se estira detrás de mí, su brazo derecho rodeando mi cintura. Su mano izquierda acaricia suavemente mi mejilla, apartando mi cabello para ver mejor mi rostro.

Me atrae hacia él, y siento la fuerza áspera de su cuerpo presionando contra el mío, haciendo que mi corazón se acelere. Sus labios se encuentran con los míos en un beso delicado, y se aparta brevemente, estudiando mi reacción. Me muerdo el labio inferior, el calor de su cuerpo encendiendo una punzada de calor dentro de mí. Se inclina de nuevo, esta vez besándome con más fuerza, su toque afirmando una profundidad de emoción.

Me pierdo en el hambre que enciende dentro de mí, el deseo que despierta apoderándose completamente. Le devuelvo el beso con igual fervor, mis manos agarrando su espalda con urgencia. Él iguala mi intensidad, atrayéndome más cerca y agarrando mi trasero con un toque

posesivo.

Empujo mi lengua profundamente en su boca, explorándolo e invitándolo a explorarme a cambio. Su mano recorre mi columna antes de darme una nalgada juguetona.

Nuestra respiración se acelera, volviéndose entrecortada y ruidosa. Nuestros movimientos se vuelven bruscos, casi agresivos. Recuerdo cómo sus feromonas me habían sometido durante nuestro primer encuentro, una sensación que anhelo experimentar de nuevo. Casi le suplico por ello, pero aún no. No ahora.

Ryan finalmente se aparta, sus ojos fijos en mí con una sonrisa presumida.

—Creo que tenemos bastante química, Leila —dice.

Le devuelvo la sonrisa, mis pensamientos zumbando con el potencial inexplorado entre nosotros. Las posibilidades de lo que podríamos hacernos el uno al otro despiertan una emoción estimulante dentro de mí.

—Nuestra próxima cita no será en esta oficina —continúa, tomando mi mano y guiándome hacia la puerta—. La próxima vez, será una cita apropiada.

Salimos y bajamos en el ascensor, con Luke siguiéndonos de cerca. En el estacionamiento, me detengo y miro hacia atrás a Ryan, que está de pie en la entrada del edificio. Una sonrisa adorna mis labios. Esta cita había resultado mejor de lo esperado, y ahora él me ha dado mucho en qué pensar.

Mientras me acerco a mi coche, un grito repentino perfora el aire.

—¡Leila Kaye!

—¡¡Leila!!

Me doy la vuelta. *¡Oh no! ¡Otra vez no!*

Veo a toda una multitud de miembros de la prensa, sus cámaras destellando mientras se acercan a mí, bombardeándome con las mismas viejas preguntas. Preguntas que me tienen exhausta.

Intento dirigirme hacia el coche, pero rápidamente me veo envuelta por la multitud. Miro a través del mar de cuerpos, distinguiendo a Luke moviéndose rápidamente hacia nosotros,

evidentemente trabajando para desactivar la situación.

La cacofonía de voces se convierte en un estruendo áspero en mis sensibles oídos. Justo cuando el ruido alcanza su punto máximo, una voz calmada pero autoritaria corta a través del caos.

—¿Debo recordarles en qué propiedad se encuentran?

La multitud se aparta casi instantáneamente, los cuerpos moviéndose a un lado mientras crean un camino despejado. Levanto la mirada para ver a Ryan de pie, firme, con los brazos cruzados detrás de la espalda, su expresión severa y dominante mientras enfrenta al grupo de reporteros.

—Ahora —dice Ryan, su mirada fija en los reporteros que aún permanecen cerca—, a menos que quieran que les dé algo verdaderamente digno de noticia, les sugiero que se vayan todos.

Los reporteros se mueven inquietos, sus murmullos revelan su incertidumbre. Se miran entre sí, vacilantes.

—¡Ahora! —La voz de Ryan corta el alboroto con una autoridad serena, casi siniestra. Los periodistas, percibiendo la gravedad de su tono, se retiran rápidamente, sus pasos hacen eco mientras se dispersan.

Ryan se vuelve hacia mí, ofreciendo un gesto de disculpa por la breve interrupción. Un guardia se le acerca y, mientras me dirijo a mi coche, escucho la tranquila pregunta de Ryan sobre cómo los reporteros lograron acceder.

El viaje a casa es un borrón de pensamientos. El dominio de Ryan, su poder y su influencia son innegables. No hay duda de que una unión entre nosotros será beneficiosa para ambos. Sin embargo, lo más significativo es que empiezo a sentir simpatía por él. La perspectiva de estar con él ya no parece tan abrumadora.

Capítulo Catorce

Ryan

Augustus está sentado detrás de su amplio escritorio de roble, la luz de la tarde se derrama por las altas ventanas de su oficina, proyectando sombras por toda la habitación. El aire está impregnado con el aroma del cuero y los libros antiguos, y puedo escuchar el lejano zumbido de la ciudad afuera, una ciudad que actualmente está llena de rumores.

Intercambiamos los saludos habituales y nos ponemos brevemente al día sobre los acontecimientos más recientes en el panorama empresarial antes de que la conversación inevitablemente gire hacia el tema en boca de todos: los tabloides. Han sido implacables en sus especulaciones, tejiendo historias sobre conversaciones de matrimonio entre Leila y yo.

—Parece que la prensa está más interesada en Leila y en mí que en cualquier otra cosa ahora —digo, medio en broma, pero hay un tono de irritación en mi voz. Aunque cosas como esta son de esperar, nunca me ha gustado que los medios especulen sobre mis asuntos privados.

Augustus se ríe, el sonido llenando la habitación.

—Usted y Leila estaban destinados a atraer la atención, Ryan. Son las dos personas más codiciadas de la ciudad. Era solo cuestión de tiempo antes de que la prensa se abalanzara.

Asiento, aunque un sabor amargo permanece en mi boca ante la idea de que nuestra cita se haya reducido a material para titulares. Lo que debería haber sido un encuentro privado entre nosotros se ha convertido en un espectáculo.

—Y realmente está haciendo maravillas por su percepción pública ahora. Los ha alejado de su espalda —añade Augustus, su tono llevando una nota de satisfacción.

Una oleada de alivio parpadea en mí, y debe notarse en mi rostro. La idea de que el implacable bombardeo mediático contra Leila podría estar disminuyendo me hace más feliz de lo que esperaba. Y saber que tuve un papel en cambiar la narrativa me trae una silenciosa sensación de satisfacción.

—Aunque todavía hay algunos que lo están presentando negativamente —continúa Augustus, su

expresión endureciéndose ligeramente—. Algunos dicen que está desesperada. Que casarse con un hombre mayor implica una falta de pretendientes. Pero en su mayor parte, la cobertura ha sido positiva.

Mi ceño se frunce ante su último comentario. La audacia de los reporteros nunca deja de irritarme. Pero incluso cuando un destello de ira surge dentro de mí, rápidamente se atenúa por el alivio. Si su especulación está ahogando el ruido y librando a Leila de más difamaciones, que así sea.

La habitación se sume en un silencio tranquilo, un momento de respiro después de nuestra conversación, cuando un pensamiento cruza mi mente.

—He conocido a alguien recientemente —comienzo, con voz firme, aunque puedo sentir el peso de las palabras que están por venir—. Un joven llamado Henry Ferguson. Aparentemente, es de quien Leila hablaba cuando dijo que tenía "otras perspectivas".

Noto el sutil cambio en Augustus, la forma en que su garganta se tensa con un pequeño e involuntario trago. El nombre claramente resuena en él, y me doy cuenta de que sabe exactamente hacia dónde se dirige esta conversación.

—Sí —responde, levantando los ojos para encontrarse con los míos. Hay algo allí, preocupación, quizás—. Vino a verme. Me habló de su interés por Leila.

—¿Y cuál fue su respuesta? —pregunto, con un tono medido, aunque mi curiosidad es todo menos casual.

Augustus duda, sus ojos brevemente escanean mi rostro, casi como si estuviera midiendo mi reacción antes de hablar. Cuando finalmente lo hace, su voz es tranquila, pero hay un indicio subyacente de nerviosismo.

—Le dije que no me interpondría en su camino si decidía cortejar a Leila.

—¿En serio? —Mi ceja izquierda se arquea involuntariamente, más un reflejo que una reacción consciente.

Augustus se inclina ligeramente hacia adelante, su expresión suavizándose. —Ryan, usted sabe que mi preferencia es que se case con Leila. Pero no puedo obligarla a nada. Quiero que sea feliz y tome sus propias decisiones, incluso si no es lo que yo desearía.

Su voz es sincera, llevando el peso del amor de un padre y la lealtad de un amigo. Puedo verlo en sus ojos, la lucha por equilibrar lo que quiere con lo que cree que es correcto.

Por un momento, desvío la mirada, procesando el momento. No es ira lo que me invade, sino algo más profundo. Una sensación de satisfacción, incluso orgullo, crece dentro de mí. Augustus, en su decisión de permitir a Leila la libertad de elegir su propio camino, ha mostrado una profundidad de carácter que no puedo evitar admirar.

—Tiene razón —digo, suavizando mi voz mientras asiento lentamente—. Respeto eso.

Una mirada de alivio inunda el rostro de Augustus, sus facciones suavizándose mientras una calma se asienta entre nosotros.

—Me gustaría agradecerle, Ryan —comienza Augustus, con voz cálida y sincera—. Muchas cosas están yendo mucho más suavemente desde su regreso.

Asiento, reconociendo su gratitud con una comprensión silenciosa. No hay necesidad de grandes gestos entre nosotros.

—Me gustaría que echara un vistazo a una de mis antiguas casas de vacaciones —continúa Augustus, la conversación virando hacia temas más ligeros—. Es bastante decente. Considérela una pequeña muestra de agradecimiento por la ayuda que me ha prestado.

Una sonrisa tira de mis labios; la oferta es generosa, aunque no es la propiedad lo que importa sino el sentimiento detrás de ella. —Es un buen gesto —respondo, con la sonrisa aún jugando en mi rostro—, pero no puedo verla ahora. Tengo una cita con Leila.

El rostro de Augustus se ilumina, una amplia sonrisa extendiéndose por sus facciones. — Entonces, ¿supongo que las cosas van bien entre ustedes dos? La primera cita debe haber sido buena —dice, con la pregunta cargada de curiosidad y, quizás, un toque de esperanza.

—Digamos que es una chica sensata —respondo, levantándome de mi asiento con deliberada facilidad—. Y estoy seguro de que será una buena compañera.

Mientras me pongo de pie, Augustus me observa, su expresión pensativa pero complacida. Puedo sentir los engranajes girando en su mente.

—Ahora —continúo, sacudiendo una mota de polvo imaginaria de mi chaqueta—, le prometí una cita apropiada después de la última, y ella se ha tomado la libertad de planearla. Así que, te

veré pronto, Augustus.

Hay un destello momentáneo de agradable sorpresa en sus ojos ante la revelación de que Leila ha planeado la velada por sí misma. Es un pequeño detalle, pero dice mucho, y Augustus, siempre observador, lo capta de inmediato. Su sonrisa regresa, esta vez más suave.

—Nos vemos pronto, Ryan —dice, su voz llevando una nota de afecto.

La carretera se extiende ante mí, serpenteando a través de la bruma de la tarde, la ciudad cediendo gradualmente paso a campos abiertos y bosques densos. La dirección que Leila me envió parecía vaga al principio, casi críptica, pero la seguí de todos modos. Mientras conduzco, mis pensamientos inevitablemente vuelven a ella, a la forma en que me miró durante nuestro último encuentro y, sobre todo, al momento que compartimos en mi oficina.

Todavía puedo sentir el calor de ese encuentro, el sabor a canela de sus labios persistiendo en mi memoria. Había algo eléctrico entre nosotros, y solo se intensificó cuando nos besamos. No era solo la emoción del momento; era la forma en que ella me igualaba, confiada, sin miedo. No puedo evitar sonreír mientras pienso en ello, el recuerdo llenándome de anticipación por lo que sea que haya planeado para esta noche.

La carretera se estrecha mientras dejo atrás la autopista principal, los árboles se vuelven más densos y el aire más fresco a medida que me acerco al lugar. Vuelvo a comprobar la dirección y luego miro alrededor, un toque de sorpresa me recorre al darme cuenta de que estoy en medio del bosque. No hay señales de civilización, solo el suave susurro de las hojas y el ocasional canto de los pájaros. Es un lugar aislado, casi inquietantemente así.

Llego al lugar y apago el motor; el repentino silencio amplifica los sonidos del bosque a mi alrededor. Al bajar del coche, la veo sentada en el maletero de su propio vehículo, una imagen de elegancia casual en medio de la naturaleza. La visión de ella, con los brazos cruzados y un brillo juguetón en los ojos, me provoca una oleada de calidez.

—Ya era hora —me grita, su voz cortando la quietud, con una sonrisa burlona curvando sus labios.

No puedo evitar reírme ante su saludo, sacudiendo ligeramente la cabeza mientras camino hacia ella.

—Elegiste un sitio de mil demonios —respondo, con la voz teñida de diversión.

Leila salta del maletero con movimientos fluidos y sin esfuerzo.

—Pensé que te vendría bien un cambio de aires —dice con tono ligero.

A medida que me acerco, siento que la tensión del viaje se desvanece, reemplazada por la emoción silenciosa de estar cerca de ella otra vez. No hay necesidad de preocuparse por molestos reporteros aquí. Somos solo nosotros, de pie en medio del bosque, rodeados de nada más que árboles y el sol que se pone lentamente.

—¿Cuál es el plan? —pregunto.

Ella sonríe, una sonrisa lenta y conocedora.

—Ya lo verás —dice, y con eso, se gira, guiándome más profundamente en el bosque, dejando los coches atrás.

Caminamos en un silencio cómodo, los sonidos del bosque envolviéndonos como un abrazo familiar. Cuanto más avanzamos, más profundo parece atraernos el bosque, el mundo estrechándose hasta ser solo el camino frente a nosotros. Es una soledad pacífica y un silencio compartido que habla más que las palabras.

Entonces, cuando los árboles se vuelven más densos y la luz se filtra en delicados destellos, Leila de repente se vuelve hacia mí, sus ojos brillando de emoción. Hay algo travieso en su expresión, algo que acelera mi pulso en anticipación.

—Recuerdo que dijiste que te gusta correr —dice, su voz suave pero con un toque de desafío—. Bueno, veamos qué tan rápido puedes ir.

Una risa se me escapa, baja y divertida.

—Te sorprendería lo rápido que puedo ir —respondo, la emoción del desafío encendiéndose en mi pecho.

Ella sonríe, su sonrisa ensanchándose en algo feroz e indómito.

—¡Trata de seguirme el paso, viejo! —me provoca, y antes de que pueda responder, se mueve con una gracia fluida, su forma desdibujándose y cambiando, hasta que donde antes estaba Leila, ahora hay un lobo elegante y poderoso.

Su pelaje atrapa la luz menguante, una rica mezcla de marrones y dorados que brillan mientras se mueve. Me rodea, su cola meneándose con energía juguetona, un bajo y emocionado rumor vibrando desde su pecho. La visión de ella así, salvaje, libre y sin restricciones, me provoca un escalofrío de profunda apreciación por la belleza cruda de su forma de lobo.

Se cierne cerca, empujándose con su hocico, urgiéndome con un desafío que es imposible ignorar.

—Está bien... está bien —digo, con la risa burbujeando desde lo más profundo de mí. No hay vacilación cuando me dejo llevar y cedo a la atracción del cambio.

La transformación llega fácilmente, tan natural como respirar. Mis huesos se realinean, mis músculos ondulan bajo el pelaje recién formado, y en cuestión de momentos, me encuentro sobre cuatro patas con mis sentidos agudizados y el bosque a mi alrededor cobra vida de una manera que antes no tenía. Sacudo mi pelaje, sintiendo el poder que vibra a través de mis extremidades, y luego la miro, mis ojos de lobo encontrándose con los suyos con una mezcla de afecto y determinación.

Por un latido, nos quedamos ahí, dos lobos en el corazón del bosque, el mundo a nuestro alrededor un borrón de verde y dorado. Luego, con un gruñido juguetón, la empujo de vuelta, aceptando el desafío. Ella responde con un ladrido de risa, y antes de darme cuenta, se ha marchado, corriendo entre los árboles con una velocidad sin esfuerzo.

No dudo. Me impulso desde el suelo, los músculos se tensan mientras me lanzo tras ella, el viento rugiendo a mi paso mientras la persigo. El bosque se desdibuja a nuestro alrededor en un lienzo de sombras y luz moteada, pero todo lo que veo es su forma esbelta y rápida y sus movimientos fluidos y confiados mientras me guía más profundamente en el bosque.

Hay una alegría en ello. Es una exhilaración pura y sin filtrar que no había sentido en años. El suelo bajo nosotros es firme y el aroma del bosque llena mis pulmones mientras serpentearnos entre los árboles, saltando sobre troncos caídos y navegando por la maleza con facilidad.

Estoy tan perdido en la emoción de la carrera que no me doy cuenta cuando la loba de Leila comienza a quedarse atrás. Ella está dando todo de sí, pero mis zancadas son más largas y poderosas, y esto envía una ola de humor exultante a través de mí. Mi lado competitivo sale a la superficie, impulsándome más rápido y empujándome más fuerte.

Cuando llego a una pequeña zanja, me detengo derrapando, levanto mi cabeza hacia el cielo y

aúllo en victoria. El sonido resuena a través de los árboles, una declaración primitiva de que he ganado esta carrera. Momentos después, Leila me alcanza, su forma de loba jadeando mientras me rodea, su energía aún palpable. Hay un brillo en su ojo que me dice que aún no ha terminado.

Pero esta vez, no es la velocidad lo que quiere probar. Es la fuerza.

Sin previo aviso, se abalanza sobre mí, sus garras hundiéndose en mi pelaje mientras intenta superarme. Es fuerte, su cuerpo ágil y poderoso, pero siento el pulso de la victoria en mis venas, y respondo instintivamente. Me retuerzo debajo de ella, usando su impulso en su contra, y con un movimiento rápido, la hago girar y la inmovilizo con mis patas. Mi aullido de victoria es más fuerte esta vez, lleno de la emoción de la dominación.

Por un momento, nos quedamos así, ella debajo de mí, nuestros cuerpos jadeando por el esfuerzo. Luego la libero, retrocediendo para darle espacio. Su lobo inclina la cabeza, reconociendo mi victoria, y entonces ella comienza a cambiar de vuelta, su forma ondulándose y transformándose en su figura humana. Yo hago lo mismo.

—¡Presumido! —me provoca, con la voz entrecortada, aunque sin verdadera malicia en sus palabras. Todavía está recuperando el aliento, pero hay un brillo en sus ojos que me dice que disfrutó del encuentro tanto como yo.

Me río, sintiendo una oleada de satisfacción ante su pulla juguetona.

—Eres rápida y fuerte —le digo—, pero no tanto como yo.

Enfatizo el comentario con un guiño, y ella se ríe.

Nos quedamos ahí por un momento, dejando que la tensión de nuestra batalla juguetona se desvanezca en un silencio cómodo. El bosque a nuestro alrededor parece hacer una pausa también. El único sonido es el lejano susurro de las hojas y el suave chirrido de los insectos. No puedo recordar la última vez que me sentí tan feliz y libre. Hay una liberación y una sensación de paz que no había conocido en años.

La miro.

—Gracias por esto —digo, con voz sincera—. Se sintió bien exigirme a mí mismo.

Ella simplemente se queda ahí, su expresión suavizándose mientras me mira. Por un momento, es como si estuviera perdida en mis ojos, su respiración ralentizándose mientras solo me mira,

casi en trance. Y entonces me doy cuenta, de repente, abrumadoramente, de que estamos completamente desnudos. La transformación nos había dejado al descubierto, y la realización de su belleza me golpea como una ola.

Su figura es simplemente impresionante. Sus muslos gruesos se presionan juntos, formando una V seductora que atrae mi mirada irresistiblemente hacia su centro. Sus firmes senos suben y bajan con su jadeo controlado, el sutil movimiento los hace aún más tentadores. Ahora está claro que la ropa es simplemente un velo, algo que oculta la extensión completa de su belleza en lugar de realzarla.

Doy un paso hacia ella, casi como si una fuerza externa me guiara. Ella imita el movimiento, su cuerpo instintivamente reflejando el mío hasta que estamos a un suspiro de distancia. Su aliento es cálido contra mi pecho, y puedo sentir la excitación creciendo dentro de mí, una oleada de deseo que envía una poderosa descarga de excitación a través de mi cuerpo.

Ella inclina ligeramente la cabeza, acercándose a mí, sus labios separándose suavemente mientras se acerca a los míos. Pero el momento enciende algo profundo dentro de mí, algo demasiado intenso para contener. La deseo, no, la necesito, aquí mismo, ahora mismo. Mi mano se extiende, atrayéndola con una fuerza repentina y urgente, y la beso ferozmente.

El contacto envía una onda de choque a través de mí, la intensidad de ello provocando que un suave gemido ahogado escape de sus labios. El sonido queda atrapado entre nosotros, nuestras bocas unidas en un beso que es mucho más que un simple encuentro de labios.

Ella iguala mi ferocidad, nuestro beso urgente y voraz, como si ambos estuviéramos desesperados por el otro. Nuestros cuerpos están apretados, nuestras lenguas entrelazándose en una danza propia.

Alcanzo su trasero, mi mano lo agarra posesivamente. La atraigo más cerca, intensificando el calor entre nosotros. Ella se reposiciona y toma mi miembro endurecido en su mano, su toque enviando descargas de placer a través de mí. La suavidad de su palma moviéndose sobre mí me enloquece, y todo en lo que puedo pensar es en cuánto deseo estar dentro de ella, aquí y ahora.

Me acaricia con ternura, su mirada fija en la mía mientras se aparta de nuestro beso.

—Alguien está emocionado —dice, su voz rebosante de una juguetona seducción.

Me quedo sin palabras, abrumado por la intensidad del momento. Solo puedo mirarla, consumido

por el anhelo y la anticipación.

Se pone de puntillas, sus labios rozando mi lóbulo, un susurro tan suave que me hace estremecer.

—Puede que hayas domado a mi lobo —respira—, pero aún tienes que domarme a mí.

Con eso, se da la vuelta, caminando con gracia deliberada.

—Vamos, pongámonos la ropa de nuevo —dice, con un tono de voz juguetón.

Me quedo allí, hechizado. Leila Kaye, esta Omega, esta mujer, me ha atrapado en un embrujo embriagador. Estoy atrapado en una sensación como ninguna otra que haya conocido, una fascinación que me agarra con fuerza.

Capítulo Quince

Leila

Las señales reveladoras ya están aquí. Mi piel se siente más caliente de lo habitual y una fina capa de sudor se forma en mi frente, aunque la habitación está fresca. He pasado por esto suficientes veces como para reconocer las señales: mi celo está llegando y es hora de irme.

Miro por la ventana el cielo azul despejado, con el sol colgando alto y brillante, burlándose de la tormenta que se agita dentro de mí. La casa de vacaciones, situada en lo profundo del bosque, es el único lugar al que me gusta ir cuando esto sucede.

Ese lugar siempre ha sido mi pequeño escape, un sitio al que he huido desde que era niña, cuando mi celo solía apoderarse completamente de mí. No podía controlarlo en aquel entonces, y estar cerca de cualquier otra persona era un desastre total.

Cuando mi celo comenzaba, mis feromonas enviaban a todos al caos. Cualquier Alfa cercano entraba en un celo salvaje, perdiéndolo por completo, y cada Omega era arrojado a su propio celo como si no pudiera evitarlo. Toda la casa se convertía en un desastre por mi culpa. Todavía puedo recordar lo dura que era mi madre conmigo mientras luchaba por controlar mis feromonas. Era como intentar atrapar el viento. La única solución era esconderme, ir a la casa de vacaciones cada vez que sentía que el celo se acercaba y quedarme allí hasta que pudiera controlarlo.

Ahora, es solo un hábito. Todos esos años de huir allí lo han convertido en una rutina. Ahora tengo mis feromonas bajo control, pero aún voy. La calma y la tranquilidad simplemente me dan un descanso de todo. Es como mi pequeña escapada mensual y una pausa pacífica de la locura de la vida cotidiana.

Mientras termino de hacer mi maleta, escucho un suave golpe en la puerta.

—Adelante —digo, sabiendo ya quién es.

La puerta se abre con un crujido y Luke entra. Está callado mientras ingresa, sus ojos se desvían hacia la maleta en la cama y luego vuelven a mí.

—¿Estás lista para irte? —pregunta, con voz baja y firme.

—Sí —digo, tratando de mantener un tono ligero—. Es hora.

Él asiente, aunque su expresión es difícil de leer. Luke siempre ha sido reservado, con sus emociones cuidadosamente escondidas detrás de una fachada estoica. Pero hoy, hay algo diferente en sus ojos.

Se queda un momento, como si debatiera si decir algo más. Luego, sin decir otra palabra, gira sobre sus talones y se dirige a la puerta.

—Prepararé el coche —dice por encima del hombro.

Lo veo irse, formándose un nudo en mi estómago. Hay algo extraño en él hoy, y no puedo identificar exactamente qué es. Decido ignorarlo.

Cierro mi maleta, me la echo al hombro mientras sigo a Luke fuera de la casa. El camino de entrada se extiende ante mí, y allí, estacionado en el medio, está el familiar SUV negro. Luke está de pie junto a él, sosteniendo la puerta abierta para mí, su rostro una máscara indescifrable.

—Gracias —murmuro mientras me deslizo en el asiento trasero.

Él cierra la puerta detrás de mí y se mueve hacia el lado del conductor. El motor ronronea y nos ponemos en marcha por el largo y sinuoso camino que conduce a la casa de vacaciones.

El viaje es silencioso. Los únicos sonidos son el suave zumbido del motor y el ocasional susurro de las hojas mientras pasamos.

Observo el paisaje difuminarse por la ventana, mientras la ciudad da paso lentamente a los densos y altos árboles del bosque. Cuanto más avanzamos, más se acelera mi corazón. La anticipación y los nervios luchan dentro de mí.

Siempre es así cuando se acerca mi celo: una mezcla de miedo y emoción, sabiendo que pronto será consumida por algo tan primario e incontrolable.

Mi mente vuelve al momento que compartí con Henry. Aunque, la verdad es que no se ha alejado mucho de ese día en el balcón. Los recuerdos de mis rodillas debilitándose después de haberlo rociado con mi ardiente chorro llenan mi mente, y siento que la humedad empapa mis bragas debido a mi intensa excitación.

Miro a Luke de reojo. Su oreja se mueve y veo que sus fosas nasales se dilatan a través del

espejo retrovisor. Sus manos agarran el volante con fuerza, su mirada fija en la carretera. Hay una rigidez en su postura que no estaba ahí antes.

Aclaro mi garganta, intentando romper el silencio.

—Voy a llamar a Henry —digo, con voz deliberadamente casual.

Las manos de Luke se tensan aún más en el volante, y sus nudillos se vuelven blancos. No responde de inmediato, y por un momento pienso que no me ha escuchado. Pero entonces asiente con un solo movimiento rígido.

Nunca había visto a Luke así, tan tenso, tan cerrado. Nunca ha sido de los que charlan por charlar, pero hoy su silencio tiene un peso difícil de ignorar. Es como si algo lo estuviera carcomiendo, atrayendo sus pensamientos hacia adentro, obligándolo a concentrarse ferozmente en la carretera como si fuera lo único que lo mantiene unido.

Sin embargo, no puedo pensar mucho en lo que le preocupa antes de que mis pensamientos inevitablemente vuelvan a Henry y al calor lento e insistente que crece dentro de mí.

Respiro profundamente, tratando de sacudirme la inquietud que se ha instalado en mí. Alcanzo mi teléfono y marco el número de Henry, presionando el dispositivo contra mi oreja mientras espero que conteste.

Responde al segundo timbre.

—¿Leila?

—Hola, Henry —empiezo—. Mi celo está comenzando. Prometí pasarlo contigo. Esperaba que pudieras acompañarme.

Él emite un sonido de profunda satisfacción.

—Por supuesto —responde sin dudar—. Envíame la dirección y estaré allí tan pronto como pueda.

Le doy la dirección apresuradamente, las palabras saliendo en un torrente. Hay algo reconfortante en escuchar la voz de Henry, una firmeza que necesito desesperadamente en este momento.

—Entendido —dice Henry—. Te veré pronto.

—Gracias, Henry —murmuro, terminando la llamada. Vuelvo a guardar el teléfono en mi bolso, mirando a Luke de reojo. No ha dicho una palabra durante todo el viaje.

—Luke —comienzo, con voz vacilante—, ¿estás bien?

Su mandíbula se tensa y por un momento pienso que no responderá. Pero entonces deja escapar un lento suspiro, aflojando ligeramente su agarre en el volante.

—Estoy bien —dice, aunque las palabras suenan forzadas—. Solo estoy concentrado en la carretera.

No le creo. Hay algo más, algo que no me está diciendo. Pero no puedo presionarlo, no ahora. No cuando estoy a punto de ser consumida por mi celo, y lo último que necesito es añadir más tensión a una situación ya de por sí complicada.

El resto del viaje transcurre en un tenso silencio. Los árboles se vuelven más densos a medida que nos acercamos a la casa de vacaciones, sus gruesas ramas proyectando sombras sobre la carretera.

Puedo sentir el cambio en el aire, la forma en que mi cuerpo responde al entorno familiar. Es como si se activara un interruptor, el calor dentro de mí creciendo más fuerte con cada momento que pasa.

Finalmente, la cabaña aparece a la vista, escondida entre los árboles como una joya oculta. Luke detiene el SUV frente a la cabaña, apagando el motor mientras se recuesta en su asiento.

—Hemos llegado —dice mientras sale del asiento del conductor. Hay una rapidez en sus movimientos, pero llevan una solemnidad que no puedo ignorar. Rodea el coche para abrirme la puerta del pasajero, y al salir, escudriño su rostro. La tristeza grabada en su expresión me hace doler el corazón. Cierra la puerta y se dirige hacia la casa a paso ligero, pero algo me impulsa a llamarlo.

—Luke.

Se detiene al oír mi voz, aún de espaldas. —¿Vas a decirme qué te está molestando?

Veo cómo sus hombros suben y bajan mientras exhala un profundo suspiro. Por un momento,

permanece inmóvil como si luchara con sus pensamientos. Luego, se gira lentamente para mirarme, y hay una sinceridad en sus ojos.

—Leila... Yo... Sé que solo soy un guardaespaldas. No soy un Alfa fuerte, y ciertamente no soy digno de ser tu esposo. Pero... —Su voz vacila, y aparta la mirada, su ceño fruncido por el peso de las palabras no dichas.

—¿Pero qué, Luke? —pregunto, con voz suave pero teñida de urgencia, sintiendo que hay más que necesita decir.

—Pero te amo, Leila —confiesa finalmente, volviendo a encontrar mi mirada. Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, pesadas y cargadas. Estoy atónita, y sé que debe notarse en mi rostro.

Continúa como si liberar esa verdad le hubiera dado el valor para decir más. —Te he amado durante tanto tiempo, Leila. He atesorado cada momento que he pasado a tu lado. Y ahora siento que mi peor temor podría hacerse realidad. —Su voz tiembla de emoción, casi suplicante—. Tengo terror de ser abandonado. Sé que no puedo ser el esposo que te mereces, pero por favor, no me abandones, Leila.

Sus palabras hacen que mi corazón se acelere. La forma en que las dice, con tanta honestidad cruda, me deja sin aliento. Puedo ver la sinceridad en sus ojos, una vulnerabilidad que despierta algo profundo dentro de mí. Me conmueve más de lo que jamás hubiera imaginado, sacudiéndome hasta la médula.

—Luke —empiezo, pero las palabras se me atorán en la garganta. Durante tanto tiempo, he mantenido mis sentimientos por él enterrados y ocultos porque pensé que era lo correcto. Pero al escucharlo ahora, viendo el dolor en sus ojos, no puedo seguir guardándolo dentro.

—Me gustabas —confieso, con la voz temblando ligeramente—. Me has gustado durante mucho tiempo, Luke, desde aquel día en que me consolaste.

Me mira, con la sorpresa parpadea en su rostro. —¿De verdad?

Asiento, sintiendo un calor que se extiende por mi pecho al recordarlo. —Sí. Pero nunca hiciste ningún movimiento, así que pensé que no estabas interesado. Intenté alejar esos sentimientos, pero nunca se fueron realmente.

La expresión de Luke se suaviza, y da un paso más cerca de mí. —Yo... No tenía idea —dice en voz baja—. Nunca actuaste como si fuera así.

—Te observaba desde lejos —admito, sintiéndome un poco avergonzada por la verdad—. Cuando cumplí dieciocho años, pedí un guardaespaldas joven, y te elegí a ti entre todas las opciones. Quería estar más cerca de ti, pero siempre estabas tan distante. Incluso te pregunté una vez si te gustaba alguien, y dijiste que sí.

—Eras tú, Leila —dice, acercándose hasta quedar al alcance de mi mano—. Ese "alguien" eras tú.

La revelación me golpea de repente. *Todo este tiempo...* En ese instante, una ola de simpatía me invade, comprendiendo cuán pesada carga debe haber sido para él llevar esto durante tanto tiempo.

—Simplemente no podía decirlo —continúa, con un tono de voz teñido de una callada desesperación—. Eres tan increíble, tan hermosa. Y yo... yo soy solo un guardaespaldas.

—Eres mucho más que eso —susurro, extendiendo la mano para tomar la suya—. Eres mucho más que eso, Luke.

Sus dedos se entrelazan con los míos, sujetándome con fuerza como si temiera que pudiera escaparme si me soltara. Hay una vulnerabilidad en su tacto que me hace doler el corazón, y le aprieto la mano para tranquilizarlo.

—Luke, nunca te abandonaré —digo suavemente, mirándolo a los ojos—. Ni siquiera cuando me case. Eres demasiado importante para mí.

Me mira durante un largo momento y luego, sin previo aviso, me atrae hacia sus brazos. El repentino abrazo me toma por sorpresa, pero rápidamente me derrito en su calidez, sintiendo el latido constante de su corazón contra mi mejilla.

—Gracias —murmura, con la voz llena de alivio—. Necesitaba oír eso.

Cierro los ojos, saboreando el momento, la sensación de sus brazos a mi alrededor, el ritmo constante de su respiración. Una calma se asienta sobre la tormenta que se agita en mi interior.

Pero la calma no dura mucho. Un calor familiar comienza a surgir dentro de mí, extendiéndose por mis venas como un incendio. Me aparto ligeramente, mirando a Luke con una expresión de

dolor.

—Está empezando —susurro, con la voz tensa.

Los ojos de Luke se oscurecen con preocupación, pero antes de que pueda decir algo, el sonido de un motor acercándose llama nuestra atención. Me giro para ver un coche subiendo por el camino de entrada, y mi corazón da un vuelco cuando lo reconozco.

Henry.

El coche se detiene y Henry sale, su mirada encontrando inmediatamente la mía. Observa la escena —yo de pie cerca de Luke, mi mano aún en la suya— y sus labios se curvan en una sonrisa comprensiva.

—¿Encontraste tu valor? —le pregunta Henry a Luke mientras camina hacia nosotros, con un tono burlón pero amable.

Luke asiente, apretando ligeramente mi mano. —Lo hice.

Miro de uno a otro, con confusión agitándose en mi pecho. —¿Qué quieres decir? —pregunto, mirando a Henry.

Henry ríe suavemente, con ojos cálidos. —Le dije a Luke que se aferrara a ti, Leila. Que no te dejara ir. Puedes tenernos a ambos, ¿sabes?

Sus palabras me provocan un sobresalto y, antes de que pueda procesar lo que ha dicho, una repentina oleada de calor me golpea, dejándome mareada y sin aliento. El mundo se inclina, y siento que mis rodillas flaquean mientras el calor se intensifica, abrumando mis sentidos.

—¡Leila! —La voz de Luke está llena de pánico mientras me sostiene, manteniéndome en pie mientras mi visión se nubla.

Intento responder, pero el calor es demasiado intenso y fuerte. Mi cuerpo se siente como si estuviera en llamas, y lo último que escucho antes de que todo se oscurezca es el sonido de la voz de Henry llamando mi nombre.

Capítulo Dieciséis

Luke

He recorrido este camino innumerables veces, cada paso tan familiar que se ha convertido en algo natural. La rutina está grabada en mi memoria como si los momentos mismos fueran tan familiares como la palma de mi mano.

A lo largo de los años, he cuidado de Leila durante su celo, aprendiendo las señales tan íntimamente como mi propio aliento: la forma en que empieza a sudar, los temblores que sacuden su cuerpo, la debilidad vertiginosa que la invade. Sin embargo, siempre he permanecido tranquilo, una presencia constante en medio de su tormento.

Pero hoy, la presencia de Henry introduce un aire diferente. Sus reacciones hacia ella alteran la atmósfera, haciéndola más pesada y volátil, y me encuentro menos sereno de lo habitual.

Desde el momento en que salió del coche, caminando hacia nosotros con esa sonrisa fácil y encanto natural, pude sentir el cambio en él. Una oscuridad nublaba sus ojos, sus mejillas enrojecidas por un calor antinatural, y sus movimientos contenían cierta urgencia. Las feromonas de Leila estaban ejerciendo su influencia inevitable, provocando una respuesta primaria en él. Incluso cuando la atrapó al tropezar, su toque suave pero firme, no había duda del feroz hambre que brillaba detrás de su preocupación.

Al entrar en la casa, Henry llevando a Leila en sus brazos, su agarre indiscutiblemente posesivo, mi mente daba vueltas con el eco de las palabras de Henry: "Puedes tenerlos a ambos, ¿sabes". La frase se repite sin cesar en mis pensamientos, cada repetición profundizando mi incredulidad.

No había anticipado tal proposición, ni en lo más mínimo. Henry había sido muy comprensivo, animándome a confesar mis verdaderos sentimientos a Leila. Fue un gesto que había apreciado más de lo que podía expresar. Sin embargo, incluso en mi imaginación más esperanzadora, lo mejor que me había atrevido a desear era un papel secundario, un observador de su amor. La idea de que me invitara, que me ofreciera la oportunidad de tomarla con él, es algo que nunca había considerado. Mi corazón late más rápido, una mezcla de emoción y gratitud abrumadora me invade.

¿Podrían sus palabras haber significado aún más? ¿Podría estar ofreciendo la posibilidad de algo

más profundo y un lugar dentro de una unidad familiar, la oportunidad de estar junto a él como uno de los compañeros de Leila?

El pensamiento trae una sonrisa involuntaria a mis labios mientras caminamos. La idea de ser parte de una unidad familiar con la mujer que he amado durante tanto tiempo me llena de una alegría silenciosa y dolorosa. Pero incluso ahora, sé que debo moderar mis esperanzas. La generosidad de Henry es extraordinaria. El curso más simple y esperado habría sido descartarme por completo. No tengo derecho a nada; después de todo, soy simplemente su guardaespaldas y un Beta. Leila es una Omega de fuerza inimaginable, y él es un poderoso Alfa. Ambos provienen de familias importantes, algo que no puedo decir de mí mismo. Que él ofrezca compartirla conmigo es un acto de bondad más allá de lo que podría haber esperado. Soñar con una unidad familiar, imaginarme como algo más que un tercero en discordia, se siente como una indulgencia, un paso demasiado lejos. Debo tener cuidado de no morder la mano entera cuando se me ofrece un dedo.

Tan pronto como llegamos a su habitación, Henry la coloca en la cama. Ella se retuerce de un lado a otro, su celo casi sobrepasándola, combinado con las fuertes feromonas que Henry ha liberado.

Está tan agitado, su humor oscureciéndose mientras se arrodilla junto a ella.

Gruñe profundamente mientras agarra su camisa y la desgarras.

Y entonces, simplemente se queda allí, con el torso desnudo, sus músculos tensos y definidos, su mirada fría pero cargada de un deseo inconfundible. Durante un largo y tenso momento, simplemente la observa, sus ojos bebiendo la visión de ella en la cama. Sus labios se curvan en una sonrisa peligrosa, como si saboreara cada detalle y temblor de su cuerpo, abrumado por el calor que la consume.

Lentamente, se acerca, sus manos encontrando la cremallera en la espalda de su vestido. Con cuidado deliberado, comienza a bajarla, su toque de alguna manera calmando la energía frenética que la había dominado. Mientras la tela cae, dejándola expuesta y vulnerable, el brillo en sus ojos se agudiza, una mirada de reconocimiento por lo que ahora contempla.

Está desnuda, su piel brillando en la tenue luz, y no puedo evitar sonreír ante la visión. Este cuerpo, tan perfecto en su forma, es uno que he adorado durante tanto tiempo. Y ahora, viendo su efecto en él, siento una extraña sensación de camaradería, como si él también hubiera llegado a

comprender la profundidad de su encanto. Leila es embriagadora.

Él se inclina, sus labios flotando justo encima de los de ella, provocando. Pero la necesidad entre ellos es demasiado grande, demasiado urgente para ser contenida. En un instante, se pierden el uno en el otro, sus bocas chocando en un beso desesperado. Sus brazos la envuelven, y las manos de ella exploran frenéticamente su espalda, su cuello, como si intentara acercarlo más y fundirse con él por completo. La habitación se llena con los sonidos húmedos y ansiosos de sus labios y lenguas, una sinfonía de pasión desenfrenada.

Cuando Henry finalmente se aparta, Leila lo mira, sus labios brillando con la evidencia mezclada de su deseo compartido. Hay una oscuridad en su voz cuando habla, un tono de mando.

—Abre la boca —ordena.

Leila obedece con un entusiasmo que es casi reverente. Separa sus labios como si quisiera abrirlos de la manera más perfecta, como si su propio ser dependiera de complacerlo.

—Ahora, saca la lengua.

De nuevo, ella obedece, sacando su lengua hacia adelante. Henry se inclina, su boca abriéndose para tomarla. Lame su lengua, lamiéndola como un hombre hambriento, su necesidad innegable.

Pasan los momentos, y Henry se retira, dejando a Leila en un estado de anhelo desesperado, sus ojos vidriosos de deseo. Su boca permanece abierta, la lengua aún extendida, ahora brillando con un rastro de saliva que se derrama de sus labios y gotea por su barbilla. La visión es cruda y fascinante, y me encuentro paralizado, cautivado por la intensidad de todo.

—Esa es una buena chica —murmura Henry, su voz baja y posesiva mientras acaricia su mejilla—. Mantén tu boca abierta, justo así. —Leila asiente, su obediencia inmediata mientras lo mira con una intensidad casi de adoración.

Él se desviste lentamente, sus pantalones cayendo para revelar su excitación, rígida, venosa y pulsante de anticipación. Una chispa de emoción brilla en los ojos de Leila mientras se sienta en la cama, su postura sumisa pero ansiosa, la boca abierta, la lengua aún extendida. La saliva continúa fluyendo, un flujo constante que ahora cubre sus pechos perfectos, haciéndolos brillar en la tenue luz.

Henry se inclina sobre ella, su presencia dominante mientras se cierne sobre ella. La besa

suavemente en la frente antes de enderezar su postura una vez más.

Con un movimiento lento y deliberado, Henry le toma el mentón, sus ojos ardiendo, y guía su palpitante miembro hacia la boca húmeda y acogedora de ella. Gime mientras empuja hacia adelante, la sensación lo abruma cuando la cálida humedad lo envuelve por completo.

Leila responde con facilidad, acogiéndolo completamente, su cabeza moviéndose en un ritmo constante mientras trabaja su boca a lo largo de su extensión. Los sonidos húmedos y rítmicos de su succión llenan la habitación, mezclándose con los profundos gemidos de placer de Henry.

Observándolos, la crudeza de su conexión, la forma en que ella responde a él y cómo él la domina me excita. Estoy tan absorto en la escena frente a mí que apenas noto la presión que se acumula en mis propios pantalones, la dureza presionando insistentemente contra la tela. La primera humedad del líquido preseminal humedece mi punta, y me inclino ligeramente, el movimiento atrayendo la atención de Henry.

Sus ojos se desplazan hacia mí, oscuros con una mezcla de autoridad y hambre. —Luke — ordena, su voz firme pero impregnada de deseo—. Ven aquí. Acaricia su coño con los dedos.

Me sorprende un poco su tono. Se ha ido la actitud juguetona de su comportamiento. Sé que la habitación debe estar cargada de feromonas, y puedo notar que él está empapado en sus efectos en este momento. Sus ojos ya no son marrón claro, sino chocolate oscuro. Me está hablando como un Alfa ahora, uno que comparte a su pareja en sus propios términos.

Me muevo hacia ellos lentamente, los ojos de Leila siguiendo cada uno de mis pasos. Mientras me acerco, ella separa sus piernas, una invitación silenciosa, su postura una súplica abierta por la atención que anhela. Henry está de pie junto a ella, su presencia dominante mientras ella gira su cabeza hacia la izquierda, sus labios envolviendo su miembro con un hambre que roza la desesperación.

Arrodillándome frente a ella, me tomo un momento para acariciar su centro húmedo, mis dedos rozando la humedad que se ha acumulado entre sus muslos, una combinación de la saliva que gotea de su boca y el calor húmedo que habla de la profundidad de su deseo. Su piel tiembla bajo mi toque, y puedo sentir el pulso de su lujuria en los músculos tensos bajo mi mano.

Rozo ligeramente su clítoris con mi dedo, observando cómo reacciona su cuerpo, un escalofrío que la recorre y alimenta mi propia excitación. Hay algo embriagador en verla en medio del placer, sabiendo que soy yo quien provoca estas respuestas en ella. Presiono mi dedo medio en

su interior lentamente, sintiendo cómo su calidez me envuelve mientras comienzo a moverme hacia adelante y hacia atrás, lento pero firme. Sus caderas comienzan a moverse, una súplica silenciosa por más, y yo obedezco, añadiendo un segundo dedo y empujando más profundo en ella.

Sus gemidos, aunque amortiguados por el miembro de Henry, se vuelven más fuertes e insistentes a medida que acelero el ritmo. Mis dedos trabajan duro y rápido, cada empuje es recibido por los movimientos ansiosos de sus caderas como si su cuerpo me guiara, instándome a continuar. Sus gemidos se vuelven frenéticos, todo su cuerpo un nudo tenso de liberación inminente, y sé que está cerca.

Entonces, su cuerpo se tensa, un espasmo apretado que señala la proximidad de su clímax. Intenta liberar su boca, para soltar el grito de placer que se está formando dentro de ella, pero Henry es implacable. Empuja más profundo en su garganta, silenciando su grito mientras el orgasmo la atraviesa. Ella gime fuertemente, el sonido vibrando contra el miembro de Henry mientras eyacula, su liberación salpicando mi mano y cara, todo su cuerpo temblando violentamente con la fuerza de ello.

Henry gime, la vibración de su gemido contra él envía escalofríos de placer por todo su cuerpo, pero sus ojos son rápidamente atraídos por la visión ante él. Observa, hipnotizado, cómo la humedad brota de ella, cubriendo mis dedos y corriendo por sus muslos, una exhibición cruda y primaria que solo sirve para aumentar su propio deseo. El hambre en su mirada se intensifica. Un fuego oscuro lo consume mientras la mira, contemplando en lo que se ha convertido en este momento de éxtasis.

Como si estuviera bajo un hechizo, Henry se mueve con determinación, retirándose de su boca y haciendo un gesto hacia donde yo estoy. Doy un paso atrás, quitándome el traje y la camisa, ahora empapados con la calidez del orgasmo de Leila. La tela se me pega, pesada con la evidencia de su placer, pero la arrojo a un lado, centrándome completamente en ella.

Henry baja hasta sus muslos. Su cuerpo aún tiembla por la intensidad del orgasmo que la atravesó momentos antes. Se inclina, su lengua saliendo para probar la humedad que cubre su piel, lamiendo cada gota de su esencia. Sus besos son íntimos, cada uno colocado con cuidado como si estuviera saboreando la esencia misma de ella. Lame y besa sus muslos internos, su boca trazando las líneas de humedad que brillan en su piel.

Leila se estremece ante su toque, su cuerpo temblando mientras las réplicas del placer la

recorren. Sus manos alcanzan sus pechos, aferrándose a ellos como si buscara algún ancla en la tormenta de sensaciones. La visión me atrae, sus hermosos pechos, sus pezones erectos endurecidos por la excitación y apuntando tentadoramente en mi dirección. No puedo resistirme; me muevo hacia ella, mis manos encontrando el camino hacia su pecho, mis dedos retorciendo suavemente sus pezones.

Ella jadea, su mano alcanzando la parte posterior de mi cabeza, atrayéndome cerca. Nuestras bocas se encuentran en un beso hambriento, su aliento mezclándose con el mío mientras tiembla debajo de nosotros. Su beso es húmedo y lleno de una necesidad que iguala la mía.

Rompo el beso, atraído por el encanto de sus pechos llenos y perfectos. Tomo uno de sus pezones en mi boca, chupándolo con un fervor que me sorprende incluso a mí mismo. Mi lengua juega sobre la punta endurecida, cada toque enviando una emoción a través de mí mientras siento su cuerpo responder. Sus gemidos son suaves y sin aliento, y me impulsan, llevándome más profundo en el acto.

Mientras tanto, Henry está perdido en su propio mundo de deseo. Su boca se mueve más abajo, su lengua rozando su clítoris con precisión experta antes de sumergirse en ella, su hambre evidente en cada movimiento. La devora con una intensidad que iguala el ritmo de mis propios esfuerzos, su lengua empujando y girando, lamiendo su centro como si no pudiera tener suficiente.

Juntos, la adoramos, nuestras acciones sincronizadas. Yo chupo su pecho, mi boca trabajando incansablemente, mientras Henry continúa su asalto implacable en su núcleo. La habitación se llena con los sonidos de su placer, sus jadeos y gemidos, la humedad de nuestras lenguas contra su piel, y la intensidad compartida que nos une en este momento de pasión desenfrenada.

—Voy a... voy a... —la voz de Leila tiembla, su respiración entrecortándose mientras se tambalea al borde del clímax. Las palabras quedan suspendidas en el aire, sin terminar, mientras su cuerpo es dominado por otro poderoso orgasmo. Levanto mi atención de sus pechos a su rostro, y en ese momento, lo veo: sus ojos se nublan, poniendo los ojos en blanco, completamente poseída por el placer.

—¡Joder! —grita, su voz ronca mientras eyacula de nuevo, esta vez con aún mayor intensidad. El chorro golpea directamente la cara de Henry, y él lo lame ansiosamente, una pequeña risa escapando de sus labios como si estuviera sorprendido por la pura fuerza de su liberación.

Su mano se mueve instintivamente hacia su sexo, frotándolo con urgencia frenética mientras su orgasmo continúa ondulando a través de ella. Su cuerpo tiembla violentamente, su cabeza se echa hacia atrás, rebotando en la cama, su espalda se arquea mientras es consumida por la intensidad de su liberación.

Henry saborea el momento, su mirada fija en ella mientras sonríe, una mezcla de orgullo y satisfacción evidente en su expresión. Una sonrisa se forma también en mis labios, un placer compartido al saber que la hemos llevado a este punto y la hemos hecho sentir tan bien.

Por primera vez, logra encontrar su voz, sus palabras brotando en un tono desesperado y suplicante.

—Por favor, fóllenme —respira, su pasión palpable en cada sílaba.

La súplica no está dirigida a nadie en particular, pero Henry es rápido en responder. Se une a ella en la cama, sus movimientos seguros mientras la levanta sobre él, posicionándola para que se sienta a horcajadas sobre sus caderas. Sus ojos están entrecerrados, aún vidriosos por los efectos posteriores de su orgasmo pero llenos de un hambre renovada mientras lo mira desde arriba.

—No —murmura Henry, su tono juguetón pero con un matiz de orden—. Tú, fóllame a mí.

La transformación en Leila es casi inmediata. Hace solo momentos, estaba agotada, su cuerpo temblando con las secuelas de su liberación. Pero ahora, impulsada por sus palabras, encuentra un repentino estallido de energía. Mordiéndose el labio inferior en un gesto sensual, baja la mano, guiando el miembro de Henry hacia su entrada.

Se baja sobre él lentamente, saboreando la sensación de su longitud llenándola. Henry gime, un sonido profundo y gutural de placer, pero Leila no se demora en ese ritmo lento por mucho tiempo. Una necesidad primaria se apodera de ella, y comienza a cabalgarlo con una intensidad que roza la desesperación. Sus caderas se mueven rápidamente, su cabeza echada hacia atrás, sus gemidos y maldiciones mezclándose con los de él mientras ambos se pierden en el momento crudo y desenfrenado que los consume.

Mientras sus cuerpos se mueven en perfecta sincronía, la habitación llenándose de sus sonidos, encuentro una extraña y recién descubierta excitación al ver cómo ella responde.

Capítulo Diecisiete

Ryan

Al llegar a la casa de vacaciones que Augustus me había regalado, lo primero que me impresionó fue la serenidad del lugar. Está muy alejada de la ciudad, enclavada en el abrazo de la naturaleza, donde los árboles se alzan altos y orgullosos. El aire es fresco, intacto por la contaminación de la civilización, y el aislamiento es tan profundo que parece como si el mundo hubiera olvidado que este rincón existe.

Mientras me acerco al edificio, no puedo evitar apreciar el entorno. Es el tipo de lugar donde las preocupaciones de la vida cotidiana se disuelven en el fondo. *Definitivamente podría acostumbrarme a esto.*

Pero entonces, de la nada, me golpea un aroma. No es un aroma cualquiera. Es abrumador y primario, una ola de feromonas que me invade con tal intensidad que casi me derriba. Se me corta la respiración y, por un momento, me consume una oleada de deseo crudo y sin filtrar. Es como si cada nervio de mi cuerpo se hubiera encendido.

Doy un paso atrás y me estabilizo, forzando aire en mis pulmones en un ritmo medido. Mis ojos se cierran instintivamente, aislándome del mundo mientras me concentro en mi interior, sintiendo el sutil cambio en mi cuerpo. No hay duda. El impulso primario que se agita en lo profundo de mi ser es la atracción de un Omega fuerte. Mis músculos se tensan, cargados de anticipación, mientras los primeros temblores de mi celo burbujan justo bajo la superficie, amenazando con brotar. Cada instinto y cada fibra de mi ser exigen que busque la fuente de este aroma, la encuentre y la reclame.

Pero me detengo, luchando contra los impulsos primarios, aunque sea por un momento. Hay algo en este aroma, algo que se siente familiar. Mi mente corre mientras intento identificarlo. Canela. El aroma está impregnado con la cálida y picante nota de la canela. *Hmm...*

Antes de que pueda procesarlo completamente, mis pies comienzan a moverse, atraídos por una fuerza que es tanto instinto como pensamiento consciente. Cada paso es controlado, pero hay una corriente subyacente de urgencia. Abro la puerta de la casa y entro, el aroma intoxicante se hace más fuerte y denso con cada respiración que tomo. Es como un faro, guiándome más profundamente hacia el corazón de este refugio aislado, donde la fuente del aroma del Omega

espera.

La atracción me lleva más adentro de la casa hasta que me encuentro de pie frente a una puerta. El aroma es más que fuerte ahora, llenando mis pulmones y nublando mis pensamientos, pero hay algo más también: un leve coro de sonidos que se filtra a través de la puerta. Voces, gemidos. Dudo por un latido antes de que mi mano agarre el pomo, y abro la puerta, cuidadoso pero decidido.

Leila. Por supuesto. En el momento en que la veo, la intensidad de ese aroma a canela cobra perfecto sentido. Ella es quien me ha estado atrayendo hasta aquí. Su cabeza está echada hacia atrás en éxtasis, su largo cabello cascadeando por su espalda mientras rebota sobre un hombre, su cuerpo moviéndose con un fervor salvaje y desenfrenado. La escena es visceral, pero obligo a mi mirada a desviarse, escaneando la habitación.

Mis ojos se posan en Luke, su siempre vigilante guardaespaldas. Está sin camisa, su pecho reluciente de sudor, los músculos tensos por la tensión. Él me ve primero, sus ojos entrecerrados con una mezcla de sorpresa y cautela. En un instante, alcanza a Leila, apartándola protectoramente, y es entonces cuando lo veo, Henry Ferguson. El hombre debajo de ella, su rostro enrojecido por el placer que rápidamente se transforma en shock al darse cuenta de que estoy ahí parado.

La habitación está cargada con el aroma a canela, almizcle y algo más, una tensión tan palpable como el sudor en sus cuerpos. Me quedo paralizado, atrapado entre los instintos primarios que me trajeron aquí y la realidad de lo que he presenciado.

Henry salta de la cama, su cuerpo desnudo, con una rapidez que encarna la furia cruda de una bestia perturbada mientras se aparea. Sus ojos, sombríos e intensos, transmiten una rabia profunda, mientras sus músculos, tensos y temblorosos, parecen listos para desatar esa furia. Sus puños están apretados, y sus nudillos blancos por la tensión. Siento una transformación similar dentro de mí, el lobo interior agitándose, surgiendo de las profundidades, amenazando con abrumarme. Las potentes feromonas que me atrajeron aquí ahora inundan mis sentidos, aumentando mi conciencia y agudizando mis instintos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —ruge Henry, su voz un gruñido estruendoso. Sus labios se curvan hacia atrás, revelando dientes afilados y amenazantes, y mientras hace una mueca, sus brazos se erizan con pelo grueso, sus manos alargándose en garras mientras se transforma parcialmente.

Sin dudar, imito su transformación. El aroma de una Omega fuerte, la Omega que deseo, junto con la amenaza inminente de un Alfa en mi camino, enciende mis defensas. Mis propias garras se extienden, y mis dientes se descubren en respuesta. El calor de mi propio celo surge, fusionándose con mi furia creciente.

Al ver mis defensas expuestas, Henry se abalanza con una ferocidad que sacude la habitación. Su cuerpo choca contra el mío, la fuerza nos impulsa a ambos contra una mesa, que se hace añicos bajo el impacto. Astillas y escombros se esparcen mientras él balancea sus garras hacia mi rostro, cortando mi piel con un dolor ardiente que me impulsa a la acción. El instinto toma el control, y lo arrojo lejos de mí, un impulso reflexivo de fuerza nacido de la agonía.

Mientras me pongo de pie a toda prisa, Henry carga de nuevo, implacable. Libero mis feromonas en una ráfaga repentina y calculada. El efecto es inmediato. Su impulso flaquea y sus pasos se vuelven pesados y vacilantes. Mis feromonas son un arma por derecho propio, capaces de hacer caer de rodillas incluso al más fuerte, su peso abrumador. Henry lucha, liberando las suyas en un intento desesperado de contrarrestar las mías, pero es inútil. Vacila, cayendo sobre una rodilla, con la tensión evidente en sus ojos.

Me acerco a él lentamente. Mi mirada se desvía hacia Leila, su piel desnuda brillando en la tenue luz, una visión que intensifica mi celo y al mismo tiempo me inunda con una revelación. Augustus lo sabía. El pensamiento me golpea con repentina claridad. Debió saber que Leila estaría aquí, y por eso insistió en esta casa de vacaciones.

Pero antes de que pueda reflexionar un segundo más, Henry, como si lo impulsara mi mirada hacia Leila, se lanza sobre mí con renovada ferocidad, sacudiéndose el peso de mis feromonas como si lo impulsara la pura locura. Sus garras se clavan en mis costados, enviándonos a ambos al suelo con él encima, sus ojos salvajes y desquiciados.

Me ataca con furia desenfrenada, sus garras desgarrando la carne de mis antebrazos mientras lucho por bloquear sus golpes. Expulso más feromonas, desesperado por someterlo, pero parece que solo se vuelve más fuerte, como si mi poder alimentara su rabia. Mi mente regresa a nuestro último encuentro, donde dijo que sería más poderoso que yo a medida que envejeciera. *Tenía razón*. Este ya no es el hombre compuesto que conocí en la gala. Es una bestia desatada.

Pero yo también lo soy. La visión y el olor de mi propia sangre me encienden. Con un gruñido, clavo mis garras en su costado, arrancándole un aullido de dolor. Retuerzo mis garras, deleitándome con la sensación de su sangre acumulándose alrededor de mis dedos.

Lo arrojo y me abalanzo sobre él, inmovilizándolo debajo de mí con todo mi peso. Mis garras arañan su pecho y costados, consumiéndome el impulso primario de destruirlo. Mi visión se estrecha, teñida de rojo, mientras golpeo una y otra vez. Pero Henry está lejos de ser derrotado. Atrapa mi garra con sus dientes, mordiendo con tanta fuerza que me hace gritar.

Ambos nos tambaleamos para ponernos de pie, y él viene hacia mí de cabeza, chasqueando los dientes con intención mortal. Apunta a mi garganta, pero agarro su cuello, forzando sus mandíbulas hacia atrás incluso mientras ruge de furia. Mi otra mano está lista para atacar, mis garras preparadas para desgarrar su cráneo, cada instinto exigiendo que termine esto aquí y ahora.

Lo veo en sus ojos. Arrancaría mi garganta sin dudarlo. El aire chisporrotea con violencia, el espacio entre nosotros cargado de intención letal. Pero justo cuando estoy a punto de atacar, una voz estridente atraviesa el caos.

—¡¡¡Deténganse!!! —La voz de Leila corta a través de la neblina de rabia y lujuria que nos ha consumido a ambos.

El sonido nos paraliza. Por una fracción de segundo, la habitación se llena únicamente del sonido de nuestra respiración agitada.

Ella libera aún más feromonas en el aire, y la habitación se impregna al instante con el aroma embriagador de canela dulce. El efecto es inmediato y abrumador, un olor tan potente que se apodera de nuestros sentidos, atrayendo toda la atención hacia ella. La energía cruda que había estado dirigida entre nosotros cambia, atraída como un imán hacia ella.

En este momento, el pensamiento coherente se vuelve casi imposible. El impulso primitivo de reclamarla y poseerla inunda mi mente. Cada fibra de mi ser se consume con un único y abrumador deseo: tomarla, anudarla y hacerla mía.

—No deseo ver a ninguno de los dos muerto —dice Leila, su voz cortando la tensión como un bálsamo. Es dulce, casi reconfortante en este momento. Se coloca entre nosotros, su presencia exigiendo nuestra atención.

—Vuestra pelea me ha satisfecho —dice, volviéndose hacia Henry, su tono impregnado de una mezcla de aprobación. Sus palabras quedan suspendidas en el aire, tirando de la necesidad cruda dentro de mí.

Luego se gira hacia mí. —Habéis demostrado ser compañeros dignos. Podéis anudarme ambos —murmura, su voz un susurro seductor que me envía un escalofrío por la espalda. Su mano se extiende para acariciar mi rostro, su toque suave pero electrizante. Sus dedos se deslizan sobre la herida cicatrizante dejada por Henry, rozando los restos de sangre que aún se aferran a mi piel mientras la lesión se cierra por completo, sin dejar rastro de haber existido. Con deliberada lentitud, lleva su dedo ensangrentado a sus labios, deslizándolo en su boca. Sus ojos permanecen fijos en los míos, amplios de hambre, un deseo oscuro e insaciable ardiendo en ellos mientras saborea el gusto.

El impulso primitivo que hierve dentro de mí casi me envía a un frenesí al verla así. La tensión entre Henry y yo no desaparece, pero se transforma en algo que nos une a ella. La ferocidad en mí y en él encuentra un nuevo foco mientras ella está allí, el objeto de nuestro deseo.

Los colmillos y garras de Henry se retraen mientras vuelve completamente a su forma humana. Yo hago lo mismo, nuestras heridas sanando rápidamente debido a nuestros poderes, mientras el toque de Leila intensifica el celo que ha estado ardiendo bajo mi piel. Henry, aún completamente desnudo, está tan excitado como yo, su pene duro sobresaliendo sin vergüenza. La mano de Leila se extiende hacia él, sus dedos envolviéndose alrededor de su longitud mientras lo acaricia.

Su otra mano permanece en mi rostro, y luego se inclina, su aliento cálido contra mis labios antes de capturarlos en un beso. Es húmedo y consumidor, su boca abriéndose mientras su lengua baila con la mía. Henry deja escapar un gemido ahogado, su voz espesa por el placer que su toque le está arrancando, su cuerpo temblando de necesidad.

Leila se aparta del beso. Sus ojos están oscuros de deseo mientras toma mi mano, su agarre suave pero insistente cuando comienza a guiarme hacia adelante. El mundo se reduce a este momento, a la suave presión de sus dedos en los míos, al calor de su cuerpo tan cerca del mío y a la cama que yace justo delante.

Se mueve con determinación. Puedo sentir la presencia de Henry cerca, detrás, su respiración pesada con la misma anticipación, sus ojos fijos en ella mientras nos guía a ambos. El aire está impregnado con su aroma.

Llegamos al borde de la cama y ella se detiene, girándose para enfrentarnos a ambos. Hay un brillo en sus ojos, una sonrisa conocedora en sus labios mientras nos mira. Suelta mi mano y retrocede un paso, saboreando el momento y el poder que tiene sobre nosotros dos. Luego, comienza a tenderse en la cama, su cuerpo como el canto de una sirena al que ninguno de

nosotros puede resistirse.

La mano de Leila me alcanza, sus dedos trabajando hábilmente en la tela de mis pantalones hasta liberar mi miembro duro y pulsante. El alivio es inmediato, pero fugaz, reemplazado casi al instante por su boca cálida y húmeda mientras me envuelve. La sensación envía un estremecimiento por todo mi cuerpo y jadeo, el sonido escapando antes de que pueda detenerlo. Su boca se mueve de arriba abajo, su lengua rozando la piel sensible de una manera que me hace marear. Su otra mano alcanza a Henry, acariciándolo con el mismo cuidado.

Alterna entre nosotros, tomando a cada uno en su boca. Su boca está caliente y húmeda, cada movimiento de sus labios, cada caricia de su lengua, empujándome más cerca del límite. Henry gime mientras la alcanza, sus manos envolviendo sus pechos perfectos, apretándolos como si intentara anclarse al momento.

Por el rabillo del ojo, veo a Luke. Está de pie, con los ojos fijos en nosotros, en ella, su expresión de total fascinación. Su mano está envuelta alrededor de su propio miembro, acariciándose lentamente mientras observa a Leila.

Ella estira su lengua y golpea suavemente mi pene rígido contra ella. Sus ojos me miran, grandes y oscuros, la mirada en ellos casi desafiante.

—Anúdame, Ryan —dice.

Se recuesta en la cama, sus ojos entrecerrados y llenos de anhelo. Me hace señas para que me acerque con un solo dedo, y me muevo hacia ella sin pensarlo dos veces. Estira sus piernas, y la forma en que me mira, hermosa, anhelante, envía un escalofrío por mi columna. Tomo un respiro, sosteniendo el momento en el aire antes de bajarme entre sus muslos y empujar dentro de ella.

La sensación es abrumadora, una ola de intensidad que hace temblar mis rodillas. La suavidad apretada y sedosa que me rodea, me agarra tan completamente que por un momento, me pierdo. Veo el efecto que tiene en ella también, la forma en que sus ojos se ponen en blanco.

Comienzo despacio, saboreando cada movimiento. Cada embestida es controlada, y la sensación de su cálida humedad rozando contra mi miembro envía descargas de placer por mi columna.

Luke aún está de pie en la esquina, pero su contención se ha disuelto. Su mano se mueve vigorosamente sobre su miembro. Sus ojos están fijos en nosotros con una mezcla de hambre y

asombro. Henry se acerca, su mano acaricia el rostro de Leila con una ternura que casi contrasta con la naturaleza primaria de lo que estamos haciendo.

Mantengo un ritmo constante, pero entonces la voz de Leila atraviesa la bruma, un grito desesperado y suplicante.

—¡Anúdame! ¡Por favor! ¡Anúdame!

Sus palabras son una chispa, encendiendo algo salvaje dentro de mí. Pierdo la poca compostura que me quedaba. Mis embestidas se vuelven urgentes, impulsadas por una necesidad que va más allá de la razón. Ella grita y jadea, su voz una súplica frenética mientras la penetro con fuerza.

—¡Sí! ¡Fóllame! ¡Anúdame! —grita, sus palabras espoleándome, empujándome al límite.

Y entonces, estoy ahí, tambaleándome al borde antes de sumergirme en una explosión de placer. La liberación es tan poderosa que me consume. Un gemido escapa de mi garganta mientras mi nudo se hincha, uniéndonos. Es tan intenso que me deja paralizado, con la respiración atrapada en el pecho mientras siento cada temblor de placer que recorre su cuerpo.

Leila yace debajo de mí, su cuerpo vibrando con la fuerza de su orgasmo, sus ojos volteándose de éxtasis. La visión envía algo que recorre mi cuerpo, algo más que el éxtasis crudo del momento. Es una imagen que inmediatamente sé que quiero revivir una y otra vez, y que sé que nunca me cansaré de ver.

Capítulo Dieciocho

Leila

Agarro las sábanas con fuerza, mis dedos hundiéndose en la tela mientras Ryan empuja dentro de mí desde atrás. Cada movimiento envía una descarga de placer por mi cuerpo, encendiendo un fuego que parece arder más intensamente con cada segundo que pasa. Empujo mis caderas hacia atrás con ansiedad, encontrándome con sus embestidas con entusiasmo puro, deseando sentir cada centímetro de él dentro de mí. El sonido de nuestra piel chocando llena la habitación, mezclándose con mis gemidos, creando un ritmo que nos impulsa a ambos.

Henry está de pie frente a mí, su mirada fija en mí. Acaricia su miembro lentamente, deliberadamente, sus movimientos atrayendo mi atención, haciéndome anhelar probarlo. Su aroma, acuático y masculino, inunda mis sentidos, haciéndome sentir aún más desesperada por el placer que recorre mi cuerpo.

—Tómalo —murmura Henry, su voz baja y posesiva, una orden que me hace estremecer. No dudo en inclinarme hacia adelante para tomarlo en mi boca, saboreándolo mientras giro mi lengua alrededor de la punta. El peso de él contra mis labios me vuelve loca, cada movimiento de mi boca es una súplica por más.

—Eres tan hermosa cuando follas —dice Henry, su voz espesa de deseo. La forma en que me mira, con esa mezcla de lujuria y posesión, envía una nueva oleada de calor por mis venas. Lo miro, el miembro de Ryan aún embistiéndome, y la expresión en su rostro me lo dice todo. A Henry le encanta verme así, perdida en el momento y consumida por el placer.

El ritmo de Ryan se acelera. Sus embestidas se vuelven más duras y rápidas, como si estuviera tan desesperado por el alivio como yo. Mi cuerpo responde, mis paredes apretándose a su alrededor, la presión aumentando hasta un pico insoportable. La tensión se enrosca profundamente dentro de mí, lista para estallar, mi respiración entrecortada mientras intento aguantar.

—No puedo... —jadeo, apartando el miembro de Henry de mi boca mientras el placer me abruma. Mi voz se eleva en un grito, el orgasmo desgarrándose con una fuerza que me deja temblando—. ¡Me estoy corriendo! —exclamo, las palabras saliendo de mis labios justo cuando la ola me golpea.

El orgasmo me golpea como una tormenta, mi cuerpo retorciéndose incontrolablemente mientras me atraviesa. Ryan se retira, y yo me derrumbo en la cama, mi cuerpo temblando con las réplicas, mi mente dando vueltas por la intensidad de todo. Apenas puedo recuperar el aliento, mi cuerpo zumbando.

Henry se mueve rápidamente sobre la cama, aparentemente decidido a mantenerme cabalgando en la euforia del poderoso orgasmo que acaba de sacudirme. Separa mis piernas con suave facilidad, y sus ojos se clavan en mi coño empapado y aún palpitante. Sin decir palabra, baja la cabeza y comienza a lamerme, su lengua trazando cada pliegue sensible, enviando oleadas de placer a través de mi cuerpo ya sobrecogido.

Apenas puedo articular un pensamiento coherente, mucho menos hablar, mientras la boca de Henry hace su magia. Su lengua se mueve con precisión experta, provocando, saboreando y devorándome con un fervor que me deja sin aliento. Los sonidos húmedos y rítmicos de sus lamidas llenan mis oídos, cada uno un recordatorio de cuán profundamente estoy siendo consumida por su toque. Mi cuerpo, aún recuperándose del orgasmo, no sabe si relajarse en el resplandor posterior o prepararse para la siguiente ola. La línea entre la agonía y el éxtasis se difumina mientras la tensión comienza a acumularse de nuevo, aunque pensaba que ya no me quedaba nada por dar.

Mis ojos, nublados por el placer, vagan por la habitación y veo a Luke de pie cerca. Su atención está fija en la escena que se desarrolla ante él, su polla dura y palpitante mientras se acaricia lentamente, fascinado por la visión de mí siendo complacida. Hay un hambre en su expresión, una súplica silenciosa de inclusión a la que no puedo resistirme. Con un gesto de mi dedo, lo invito a acercarse, y él se aproxima, su polla balanceándose ansiosamente con cada paso.

Cuando llega al borde de la cama, envuelvo mi mano alrededor de su longitud, acariciándolo suavemente mientras la implacable lengua de Henry continúa haciendo maravillas entre mis piernas. La respiración de Luke se entrecorta, un gemido bajo escapa de sus labios mientras mi mano se mueve sobre él, llevándolo al límite con cada caricia. Las sensaciones duales, la boca de Henry en mi coño y la polla de Luke en mi mano, envían oleadas de placer conflictivo a través de mí, cada una más intensa que la anterior.

Por el rabillo del ojo, veo a Ryan acercándose, sus manos alcanzando mis pechos con una necesidad desesperada. Los acuna, amasando la suave carne en sus manos, sus dedos rozando mis pezones endurecidos. La sensación atrae completamente mi atención hacia él, y veo el anhelo en sus ojos, la frustración de habersele negado su liberación cuando mi orgasmo lo obligó

a salir de mí. Quiero compensarlo, brindarle el mismo éxtasis que él me dio, y sin pensarlo dos veces, lo tomo en mi boca.

El momento parece cristalizarse en mi mente, una instantánea de deseo puro y sin filtros. La boca de Henry me devora abajo, el miembro de Ryan llena mi boca, y Luke pulsa en mi mano, cada uno de ellos conectado por su hambre compartida e insaciable por mí. Es embriagador, esta sensación de ser el centro de su mundo, de saber que me desean tanto como yo a ellos. En ese instante, me doy cuenta de que esto es lo que anhelo: esta conexión abrumadora y envolvente. Quiero estar con Henry, Ryan y Luke, todos a la vez, todos juntos, perdidos en el calor del momento. El pensamiento me estremece, y sé que nunca quiero estar sin esta sensación, esta pasión cruda y desenfadada que nos une a todos.

—¡Sí, sigue así! —La voz de Ryan está cargada de urgencia, sus palabras salen sin aliento, dejando claro que mi boca lo está llevando al límite. Sus gemidos reverberan a través de mí, espoleándome, haciéndome aún más decidida a llevarlo al clímax. Acelero el ritmo, tomándolo más profundo, mi boca se vuelve más húmeda, los sonidos de mi succión se hacen más fuertes a medida que su cuerpo comienza a temblar con la intensidad de su inminente liberación.

Lo saco solo por un momento, mis labios húmedos e hinchados, y lo miro, mi voz ronca. —Por favor, córrete en mi boca —susurro, las palabras como una chispa que enciende un hambre feroz en él.

La respuesta de Ryan es inmediata y primitiva. Agarra mi cabeza con ambas manos, sujetándose en el lugar mientras embiste en mi garganta con vigor. Sus gemidos se vuelven más fuertes, más desesperados, mientras persigue la liberación que anhela. Sus caderas se mueven con un ritmo feroz, empujando más profundo con cada embestida, acercándose cada vez más al borde.

Como si se alimentara de la intensidad de Ryan, el ritmo de Henry también se acelera. Su lengua se mueve más rápido y con más fuerza, lamiéndome con una precisión implacable que me deja sin aliento. El placer es abrumador, una oleada que me empuja más allá de los límites de lo que creía poder soportar. Puedo sentir la tensión acumulándose dentro de mí, la presión aumentando a medida que me acerco al precipicio una vez más.

Y entonces sucede. La lengua de Henry me envía en espiral hacia otro orgasmo, este aún más poderoso que el anterior. Mi cuerpo se tensa, mi mano pierde el agarre sobre el miembro de Luke mientras las olas de placer me inundan. Intento sacar a Ryan de mi boca, pero está demasiado lejos, y su necesidad es demasiado grande. Sujeta mi rostro firmemente con sus manos, su agarre

inquebrantable mientras embiste una última vez profundamente en mi garganta y se libera con un gemido gutural.

Trago, y su clímax desencadena el mío, un chorro de humedad brotando de mí incontrolablemente, pero Henry no se detiene. Sigue lamiéndome, su boca insaciable, llevándome más alto, enviando ondas de choque de placer a través de mi cuerpo ya tembloroso.

No puedo moverme. Estoy atrapada entre ellos, sujeta por el firme agarre de Ryan y la boca implacable de Henry. Mi cuerpo se estremece y tiembla, el éxtasis es tan intenso que siento que podría perder el conocimiento. El mundo a mi alrededor se difumina, los bordes de mi visión se desvanecen mientras soy consumida por la abrumadora sensación de ser completa y absolutamente devorada por el placer.

Ryan, exhausto y sin aliento, se mueve hacia una silla cercana, su cuerpo temblando ligeramente mientras intenta recuperar la compostura. Las señales de su clímax son evidentes en cada línea de su postura, su pecho agitándose mientras se acomoda en el asiento. Sus ojos se detienen en mí por un momento, la intensidad de lo que acaba de ocurrir aún brillando en sus profundidades.

Pero Henry no se detiene. Su lengua continúa su asalto sobre mi carne sensible y temblorosa. Inclino la cabeza para mirarlo, y hay algo casi hipnotizante en la forma en que sus ojos se fijan en los míos, incluso mientras me lame con un hambre que parece insaciable. Se ve tan hermoso en este momento, impulsado por un deseo que me excita y me abruma a la vez. Mis labios se separan, las palabras escapando como si tuvieran voluntad propia.

—Por favor, fóllame, Henry... anúdame, por favor.

El efecto es inmediato. La lengua de Henry se detiene, sus ojos oscureciéndose como si se hubiera activado un interruptor en su mente. Lentamente, casi de manera dramática, se pone de pie, el aire a nuestro alrededor denso de anticipación. Me mira, tendida en la cama, y una sonrisa lenta y confiada se extiende por sus labios. —Pensé que nunca lo pedirías, Princesa —dice, su voz goteando satisfacción arrogante.

Se arrastra hacia mí, sus movimientos lentos y metódicos. Tomando mis piernas, las coloca firmemente sobre sus hombros, fijándolas en su lugar como si quisiera asegurarse de que no haya escape de lo que está a punto de suceder. Su polla, dura y lista, se cierne justo encima de mi coño húmedo y goteante, provocándome con su proximidad. Usando sus brazos como palanca, eleva su cuerpo sobre mí. Por un momento, solo nos miramos fijamente, el silencio entre nosotros

cargado de lujuria.

—Quiero ver la mirada en tus ojos cuando te folle —murmura, su voz baja y dominante.

Luego, con una lentitud agonizante, relaja sus brazos, permitiendo que su polla se hunda completamente en mi cálido y maltratado coño. La sensación es inmensa, su plenitud presionando contra cada punto sensible dentro de mí. Mis ojos giran hacia atrás y un jadeo escapa de mis labios mientras el éxtasis me inunda en oleadas.

Henry retrocede, sus movimientos controlados, llenos de intención, levantando casi toda su longitud fuera de mí hasta que solo queda la punta. Y luego, con un poderoso empujón, se entierra dentro de mí nuevamente. El ritmo es preciso, cada embestida profunda y pausada, como si estuviera saboreando cada momento, cada sensación. Me folla con una fuerza constante. Sus ojos están fijos en los míos, y la conexión entre nosotros es eléctrica.

Solo puedo gemir en respuesta, mi cuerpo rindiéndose al placer y la intensidad de sus movimientos. Mis ojos revolotean, la pura fuerza de la sensación amenaza con arrastrarme. Pero Henry no ha terminado. A medida que se acerca a su propio clímax, su ritmo se vuelve frenético, casi salvaje. Embiste contra mí con una ferocidad que roza la locura, su rostro una máscara de placer determinado, casi furioso.

—He querido sentir esto durante un tiempo —gruñe, con la voz espesa de deseo. Con una última y poderosa embestida, deja escapar un fuerte rugido, su cuerpo desplomándose sobre el mío mientras su miembro se hincha dentro de mí, el nudo lo bloquea en su lugar.

En ese momento, el mundo a nuestro alrededor se desvanece, dejándonos solo a nosotros dos: sin aliento, con las miradas fijas, los cuerpos entrelazados. Yacemos ahí, inmóviles, con el peso de su cuerpo presionando contra el mío, manteniéndome en mi lugar mientras los últimos temblores de placer nos recorren a ambos.

Henry se acerca, presionando un tierno beso en mi frente antes de deslizarse hacia un lado de la cama. Mientras sale cuidadosamente de mí, su nudo se asienta, dejándome con una sensación de plenitud y satisfacción. Se acuesta a mi lado, su pecho subiendo y bajando en el aftermath, claramente complacido y contento. Siento un cálido resplandor expandiéndose por mi cuerpo, mi mente reproduciendo los momentos que acabamos de compartir. Las réplicas ondean suavemente a través de mi cuerpo, un recordatorio de cuán profundamente me tomó.

Justo cuando empiezo a recuperar el aliento, siento un toque suave y prolongado en mi mejilla.

Giro la cabeza y veo a Luke, sus ojos llenos de anhelo mientras acaricia mi rostro. Hay algo tierno en su mirada. Sin decir palabra, tomo su dedo en mi boca, chupándolo suavemente. El efecto es inmediato. Su miembro se contrae, endureciéndose, unos centímetros extra se suman a su ya impresionante longitud mientras sorbo su dedo.

Luke se sube a la cama con una suave urgencia, sus manos cálidas y firmes mientras me voltea sobre mi vientre. Acomoda almohadas debajo de mí, levantando mis caderas y arqueando mi espalda de una manera que deja mi trasero inclinado hacia arriba. Se toma un momento para acariciar mi suave carne, su toque reverente, antes de presionar suaves besos en cada nalga. Tiemblo bajo sus atenciones, la anticipación creciendo mientras siento su peso moviéndose detrás de mí.

Lentamente, desliza su miembro dentro de mí, llenándome con una presión profunda y fuerte. La cama cruje debajo de nosotros mientras comienza a moverse, su ritmo suave, casi devoto. Deposita suaves besos a lo largo de mi columna. Mi cuerpo, aunque exhausto, responde a él, el calor aumentando una vez más, otro pico burbujeando en el horizonte.

Por un tiempo, me deleito en el ritmo constante, el suave balanceo de sus caderas contra las mías, pero pronto no es suficiente. La necesidad surge dentro de mí, un ansia de algo más primitivo. No puedo contener las palabras mientras brotan de mis labios, mi voz ronca de deseo.

—¡Más rápido! —grito—. Más fuerte... por favor.

Luke no duda. Mi súplica enciende algo en él, y aumenta el ritmo, embistiéndome con renovado vigor. Cada embestida es poderosa, impulsada por un gozo que iguala al mío. La cama tiembla debajo de nosotros, el cabecero golpeando contra la pared al compás de sus empujes. Siento las vibraciones profundamente en mi centro, la sensación de él penetrándome con fuerza.

En algún lugar del fondo, mi teléfono empieza a vibrar. Mis ojos se desvían hacia él, pero ni siquiera se me pasa por la cabeza contestarlo. Está a un mundo de distancia e irrelevante en este momento. Lo único en lo que puedo pensar es en cómo el miembro de Luke me penetra, en cómo me está tomando con cada poderosa embestida. No hay nada más, no existe un mundo fuera de esta habitación, no hay pensamientos más allá de los hombres aquí conmigo, sus cuerpos entrelazados con el mío, llevándome a lugares que no sabía que podía alcanzar.

Capítulo Diecinueve

Henry

Me despierto con el suave y constante ritmo de la respiración de Leila a mi lado. La habitación está en silencio, salvo por el lejano trino de los pájaros en el exterior y el ocasional crujido del sofá, donde Luke está despatarrado, aún profundamente dormido. Su brazo cuelga por el borde y sus dedos se mueven ligeramente como si estuviera alcanzando algo en sus sueños.

Dos días. Eso es lo que tardó el celo de Leila en pasar. Fueron dos días de tensión, de deseo y de dejarse llevar. Parece que anudar tan a menudo ha ayudado a acortar el celo que la devastaba. Cierro los ojos por un momento y destellos de las últimas noches llenan mi mente: la forma en que nuestros cuerpos se movían juntos, cómo respondía ella a Luke, Ryan y a mí. Fue crudo y abrumador. Pero también fue increíble, cada momento.

Giro la cabeza para mirarla —a Leila— tumbada allí en la luz temprana, su cabello rubio derramándose sobre la almohada. Hay algo en la forma en que duerme, tan pacífica después de la tormenta de lujuria y placer que experimentamos. Siento que algo se agita dentro de mí. Es algo más profundo que la lujuria. Es amor. Aquí estoy, observándola, deseándola y dándome cuenta de que esto... esta es una visión que quiero ver por el resto de mi vida.

El pensamiento me inquieta y de repente me invade la sed. Silenciosamente, me deslizo fuera de la cama, con cuidado de no molestar a ninguno de los dos. Necesito agua para aclarar mi mente.

Me dirijo hacia la cocina, ansioso por saciar mi sed. Pero a medida que me acerco, algo inesperado me golpea, un aroma rico y dulce que flota en el aire: café, tortillas y tostadas. Me detengo a medio paso, la curiosidad recorriendo mi cuerpo. No había visto a ningún personal cuando llegué. Luke y Leila siguen dormidos, sin perturbarse. Eso solo deja una posibilidad.

¿Ryan?

Me muevo en silencio, el peso del pensamiento presionándome mientras me acerco a la cocina. Y ahí está, de pie junto a la estufa. Ryan está tranquilamente preparando lo que parece ser el desayuno. Sus movimientos son practicados, casi casuales, como si los últimos dos días no le hubieran causado ningún agotamiento.

La visión de él sacude algo en mí, transportándome de vuelta al momento en que llegó por primera vez a la casa. En ese momento lleno de rabia, antes de que las feromonas de Leila y su aura dirigieran nuestras energías hacia ella, luchamos imprudente y furiosamente. Aunque las heridas han sanado, mi mente recuerda vívidamente la agudeza de sus garras en mis costados y el escozor de sus contraataques. Mi pulso se acelera ante el recuerdo, mi cuerpo tensándose instintivamente como si no estuviera seguro de si prepararse para otro enfrentamiento.

Debe de sentir mi presencia detrás de él, porque se gira lentamente. Por un breve e intenso momento, nos limitamos a mirarnos fijamente. No hay bravuconería en su rostro ni un desafío inmediato. Solo duda. Incertidumbre. También se refleja en mí. Estamos atrapados en esta pausa silenciosa y frágil, sin saber si todo ha terminado o si aún queda algo por estallar.

Ryan rompe el silencio empujando lentamente un plato de tortillas y tostadas sobre la mesa, seguido de una jarra de café. El gesto parece deliberado, una forma de disolver la tensión que aún flota en el aire entre nosotros. Miro la comida y luego de nuevo a él, cauteloso, aún a la defensiva. Es difícil creer que, después de todo, pueda ser así de simple.

Hace dos días, estábamos a punto de despedazarnos, con las garras y los dientes al descubierto, la ira corriendo por nuestras venas. Cada momento entre nosotros desde el día que nos conocimos ha estado impregnado de competencia, ambos impulsados por un deseo compartido por Leila, luchando por su atención y por el dominio. ¿Y ahora está aquí, ofreciéndome el desayuno? Parece demasiado fácil. Demasiado pronto.

—Relájate. Siéntate —dice Ryan, con voz tranquila mientras toma la jarra de café. Se reclina en su silla. Sus movimientos son lentos y nada amenazantes—. No está envenenado —añade con una leve sonrisa burlona, tratando de aliviar la tensión mientras se sirve una taza.

No me muevo de inmediato. La desconfianza entre nosotros no es algo que pueda evaporarse de la noche a la mañana. Pero hay algo diferente en el ambiente ahora. El instinto de pelear sigue ahí, pero también el deseo de que esto termine.

Me deslizo en el asiento frente a él, tomando la jarra de café que me ofreció. El primer sorbo es cálido y reconfortante, el rico aroma llena mis sentidos mientras intento calmarme. Por un momento, nos quedamos ahí sentados, bebiendo en silencio. El aire entre nosotros se relaja. La tensión disminuye, pero no desaparece por completo.

Incluso mientras nos sentamos con una calma silenciosa asentándose sobre nosotros, mi mente

sigue volviendo a nuestra pelea y a la pura intensidad y fuerza brutal de todo aquello. Y sin embargo, lo que más persiste es la pregunta: ¿Por qué está él aquí? No lo esperaba, y estoy casi seguro de que Leila no lo invitó.

—¿Qué haces aquí siquiera? —pregunto, con voz baja pero teñida de sospecha. Intento suavizarla con una pequeña pulla, señalando la comida con un gesto—. Además de preparar el desayuno, claro.

Ryan se toma su tiempo sorbiendo su café antes de responder.

—Bueno, soy el dueño del lugar —dice con naturalidad.

Parpadeo, tomado por sorpresa. Mi asombro debe estar escrito por toda mi cara porque continúa explicando.

—Augustus me lo dio. En realidad, vine aquí para echarle un vistazo.

Sus palabras hacen mella y, al asimilarlas, el peso completo de la situación me golpea. El padre de Leila le dio esta casa a Ryan. Debió saber exactamente lo que pasaría, que Leila estaría aquí, en pleno celo, y que Ryan se sentiría atraído por sus poderosas feromonas. Lo había planeado todo. Sabía el efecto que el celo de ella tendría en Ryan, y sabía que los forzaría a estar juntos y que Ryan la anudaría. Esto no era una simple coincidencia.

Fue una orquestación y un movimiento calculado por el padre de Leila para solidificar su vínculo y empujarlos hacia el matrimonio. Pero hubo algo que no tuvo en cuenta. Yo. Fui la variable imprevista en sus planes cuidadosamente trazados.

No puedo evitar sonreír con suficiencia, casi impresionado por la pura astucia de todo esto. El padre de Leila había jugado bien sus cartas, mucho mejor de lo que yo le hubiera dado crédito.

—Sabía que ella estaría aquí cuando tú llegaras —digo, encajando finalmente las piezas del rompecabezas.

—Sí —responde Ryan con un encogimiento de hombros casual, como si fuera lo más obvio del mundo. Se sirve más café, completamente tranquilo.

Lo observo por un momento, estudiando la calma que se ha asentado sobre él. Hay una confianza relajada en su postura y una especie de aceptación que me hace pausar. El fuego entre nosotros no arde tan intensamente ahora, pero las brasas siguen ahí, esperando. Me reclino en mi silla,

sopesando mi siguiente pregunta.

—Entonces... ¿qué sigue? —pregunto, genuinamente curioso.

Ryan da un sorbo lento, sus ojos encontrándose con los míos por encima del borde de su taza. — Bueno, no parece que Leila quiera elegir solo a uno de nosotros.

—Sí. No me digas —murmuro, mi mente destellando con imágenes de anoche, la forma en que Leila respondió a los tres, su placer magnificado por nuestro reclamo colectivo sobre ella. La manera en que parecía deleitarse en ello, su cuerpo instintivamente atraído por el poder de nuestros nudos y el toque de Luke.

Ryan se encoge de hombros, la misma expresión tranquila sin abandonar su rostro. —Después de lo de anoche, bien podríamos formar una unidad familiar.

La casualidad de su declaración casi me hace reír. Es casi absurdo. Hace dos días estábamos listos para matarnos el uno al otro, y ahora está hablando de formar una unidad familiar como si fuera el siguiente paso lógico. Y sin embargo, en este extraño y surrealista momento, no se siente completamente ridículo.

—No veo ninguna desventaja en ello —explica Ryan, su tono firme y medido—. Desde una perspectiva de estatus, será bueno para ella y su familia. Una Omega como ella, Alfas como nosotros. Encaja. Más que eso, sé que haré cualquier cosa para protegerla, y está claro que tú y Luke también. Estará segura con nosotros. Creo que será feliz con nosotros.

Las palabras calan hondo, resonando más profundamente de lo que esperaba. Pasamos todo este tiempo encerrados en una competencia, empujando y tirando por el dominio, cuando la respuesta me miraba a la cara. Leila no tiene que elegir. Está más segura con nosotros tres. Será más feliz con nosotros tres. Un vínculo entre nosotros, unidos por el amor y la necesidad primordial de mantenerla a salvo.

Pienso en Ares y en lo mucho que prosperó después de casarse con Cassie y lo contento que se volvió en su vínculo compartido. Encontró fuerza en su unión y en la unidad familiar que construyeron juntos. La idea de tener algo así y construir mi propia unidad familiar con Leila y forjar un vínculo con Ryan y Luke en torno a nuestro amor compartido por ella, me envía una calidez que no esperaba. Se siente... correcto.

—Tienes razón —digo al fin, asintiendo hacia Ryan.

Ryan sonríe con suficiencia y esa arrogancia omnipresente vuelve a deslizarse en su expresión.

—Te darás cuenta de que siempre tengo razón.

Niego con la cabeza, una pequeña sonrisa tirando de mis labios a pesar de mí mismo. Su arrogancia normalmente me irritar a, pero ahora, se siente inofensiva y quizás incluso merecida. Con un suspiro, empujo mi silla hacia atrás y me pongo de pie, estirando la tensión de mis hombros.

—Voy al baño —digo, girando hacia el pasillo.

Mientras me dirijo hacia la puerta, mis ojos captan algo a lo que apenas he prestado atención en días. Es mi teléfono, abandonado sobre la mesa. Lo agarro distraídamente, sin esperar nada. Pero en el momento en que la pantalla se ilumina, una conmoción me recorre.

 Ares?

Treinta y siete llamadas perdidas de Ares.

Mi corazón da un vuelco y mi mente corre para encontrar una razón plausible por la que estaría tan desesperado por contactarme.  l sabe dónde estoy y sabe lo que he estado haciendo con Leila estos últimos días. Le había dicho que su celo estaba comenzando y que pasaría unos días con ella. Entonces,  qu  podría ser tan urgente como para que haya estado llamando una y otra vez?  Algo relacionado con el negocio, tal vez?

Una sensación inquietante se enrosca en mi pecho mientras marco rápidamente su número, presionando el teléfono contra mi oreja. Sea lo que sea, necesito saber qué está pasando.

El teléfono apenas suena antes de que la voz de Ares corte el silencio, aguda y tensa.

— Henry?

—S , Ares.  Qu  pasa? —pregunto, aunque la inquietud en su tono ya me tiene al borde.

—He estado tratando de contactarte —dice. La urgencia impregna sus palabras, pero hay algo más ahí, algo contenido. Hay una cautela que hace que mi pulso se acelere.

—Ya lo veo. Treinta y siete llamadas perdidas.  Qu  está pasando?

Hay una pausa, breve pero pesada.

—Todos han estado tratando de contactar a Leila. ¿Estás con ella ahora?

Al mencionar su nombre, mi pulso se acelera aún más. Me enderezo, agudizando mi enfoque.

—No, todavía está en la habitación.

—Necesito que le quites el teléfono. Ahora. Mantenla alejada de él por un rato —dice Ares con voz firme, pero hay un toque de preocupación que me revuelve el estómago.

—Ares —insisto, mientras la inquietud crece en mí por segundos—. ¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué debo mantener a Leila alejada de su teléfono?

Al otro lado de la habitación, veo que Ryan inclina ligeramente la cabeza, frunciendo el ceño al notar el cambio en mi voz. Sus ojos se clavan en mí, su expresión se tensa con curiosidad, percibiendo que algo va mal.

Ares duda un latido de más. —Ares —espeto, con la paciencia pendiendo de un hilo—. ¡Háblame!

Entonces, finalmente, habla, y las palabras me golpean como un martillo en el pecho. —La madre de Leila... se suicidó en prisión. Su madre está muerta, Henry.

Un peso frío cae en mi estómago. La habitación parece inclinarse, las palabras resuenan en mi mente mientras lucho por asimilarlas. Muerta. La madre de Leila. Trago con dificultad, un nudo se forma en mi garganta mientras mi mirada se desvía hacia Ryan, que ahora está de pie, su calma reemplazada por preocupación mientras me observa.

Antes de que pueda decir algo, un grito desgarrar la casa, un sonido crudo que reverbera en las paredes, cortando el aire como una cuchilla. Ryan y yo nos quedamos helados, nuestras cabezas girando bruscamente hacia la habitación de donde proviene el sonido. El grito de Leila, lleno de angustia y horror, atraviesa todo lo demás.

En ese momento, lo sé. Ella lo sabe.

Capítulo Veinte

Leila

Despierto lentamente, emergiendo de las profundidades del sueño con el peso de los sueños aún aferrándose a mi mente. El mundo a mi alrededor se siente distante y apagado, como si flotara en ese suave espacio entre el sueño y la vigilia. Pero incluso antes de abrir completamente los ojos, los recuerdos vuelven, vívidos, urgentes e innegables.

Las últimas dos noches.

Mi cuerpo se agita con el pensamiento, un calor bajo acumulándose en lo profundo de mi vientre. Siento los restos por todas partes: el dolor en mis músculos y el persistente zumbido bajo mi piel. Estas últimas noches han sido de placer crudo y consumidor, manos frenéticas, miembros enredados y una profunda necesidad primaria. Ryan, Henry y Luke, sus tres cuerpos se movieron con el mío, su fuerza me envolvió y sus caricias dejaron un rastro de fuego a su paso.

Respiro profundamente, mi pecho subiendo y bajando con los recuerdos. Imágenes destellan tras mis párpados cerrados: las manos ásperas de Ryan en mis caderas y la lengua de Henry moviéndose contra mi piel. Estaba la sensación de ser arrastrada entre ellos y atrapada en el ritmo que marcaban. Y estaba Luke, siempre firme, siempre observando, sus ojos oscuros con una intensidad silenciosa mientras se unía a ellos y me penetraba.

Un suspiro se me escapa y no puedo evitar sonreír, sintiendo una suave alegría extenderse por mi cuerpo, no solo por el placer sino por algo más profundo y satisfactorio. Mi celo, normalmente implacable y arañando mis entrañas durante días, se había acortado esta vez. El dolor que suele persistir, haciéndome desesperada, había sido calmado gracias a Ryan y Henry. Su anudamiento había aliviado el fuego en mí.

Estoy agradecida y profundamente aliviada. Pero a medida que los recuerdos de anoche se asientan y la bruma del placer se desvanece, otro pensamiento surge en su lugar. Es uno que no puedo ignorar.

Quiero conservarlos. A todos ellos.

Ryan, Henry y Luke. No quiero solo una conexión fugaz, el impulso del momento. Los quiero a

ellos. Quiero estar con ellos y tenerlos en mi vida, no solo en mi cama. El pensamiento se siente correcto de una manera que me sorprende. ¿Cómo pude haber imaginado alguna vez elegir solo a uno cuando cada uno de ellos se ha entrelazado tanto conmigo?

Me muevo ligeramente bajo las sábanas, mi cuerpo protestando con un dolor sordo y placentero. Mis ojos vagan por la habitación, captando a Luke junto al sofá. Se está poniendo la ropa, de espaldas a mí, sus movimientos sin prisa. La luz temprana de la mañana se filtra por la ventana, proyectando un suave resplandor a su alrededor, resaltando las líneas de sus hombros y el desorden de su cabello.

Lo observo en silencio, sintiendo un suave dolor florecer en mi pecho, no el dolor de la necesidad del celo, sino algo más gentil, algo que se siente como hogar.

Como si sintiera mis ojos sobre él, Luke hace una pausa y mira por encima del hombro. Su rostro se suaviza cuando me ve despierta, y una pequeña sonrisa tira de las comisuras de su boca.

—Buenos días —dice, su voz baja, aún llevando la aspereza del sueño—. ¿Cómo te sientes?

Me estiro perezosamente, las sábanas deslizándose sobre mi piel desnuda, una sonrisa juguetona curvando mis labios.

—Un poco adolorida —admito—, pero es un buen tipo de dolor.

Luke se ríe suavemente, volviéndose completamente hacia mí. Sus ojos son cálidos y hay una dulzura en ellos que hace que mi corazón se acelere.

—Sí, me imagino que lo estarías —sacude la cabeza con un brillo divertido en los ojos—. Es la primera vez que pasas tu celo con alguien que no sea yo, ¿eh?

Me río, el sonido ligero y burlón mientras me apoyo sobre los codos.

—Sí —digo, ampliando mi sonrisa—. Es... diferente. Pero creo que podría acostumbrarme.

Él arquea una ceja ante eso, con una pequeña sonrisa juguetona en los labios.

—¿Ah, sí?

Hay una comodidad entre nosotros, ese tipo de confianza que surge de años de conocernos y compartir momentos como este.

Justo cuando estoy a punto de decir algo más, el pitido de mi teléfono hace vibrar los cajones. El sonido es estridente, devolviéndome a la realidad, y miro hacia la mesita de noche donde está el cajón. Lo había guardado allí, ansiosa por escapar del mundo y perderme en los momentos que llenaron estos últimos dos días.

Suspiro, con un poco de renuencia asentándose en mi pecho. De todos modos, alcanzo el cajón y saco el teléfono, ya preguntándome qué podría ser.

El teléfono deja de vibrar justo cuando lo agarro, las últimas vibraciones parpadeando en mi palma, burlándose de mí con su urgencia. Miro la pantalla, esperando ver una sola llamada perdida. Pero en su lugar, me recibe una avalancha de notificaciones: cientos de llamadas perdidas. La pantalla pulsa con números y nombres, todos familiares y aparentemente frenéticos por contactarme: mis amigos, Cassie y papá.

Mi pecho se tensa y me siento más erguida en la cama, la repentina seriedad en mi postura refleja el cambio en mi estado de ánimo. Algo está mal. Mi pulso se acelera mientras deslizo la lista. El puro volumen me golpea con más fuerza con cada desplazamiento. ¿Hay quince llamadas perdidas de papá? Mis dedos tiemblan ligeramente mientras cuento. Más de Cassie. ¿Qué demonios está pasando?

Las preguntas giran en mi mente, a medio formar, mientras el temor se arrastra. Instintivamente, me muevo para marcar a Cassie, su nombre es el primero en mi mente. Pero antes de tocar su número, el teléfono vibra de nuevo, con otra llamada entrante parpadeando en la pantalla. Me quedo helada cuando veo la identificación del llamante: *Cárcel*.

Miro la palabra durante un largo segundo, mi mano apretando el teléfono. Definitivamente es mamá. No he hablado con ella desde el día que la llevaron a prisión. Para ser honesta, no he querido hacerlo. Cada vez que pienso en ella, un nudo de emociones se aprieta dentro de mí: ira, vergüenza y algo más que no puedo nombrar. El peso de todo eso me presiona ahora, dejándome conflictuada. Pero sé que no puedo ignorar esta llamada.

Exhalo lentamente, forzando mi respiración a estabilizarse antes de contestar.

—¿Hola? ¿Señorita Leila Kaye? —La voz al otro lado es desconocida, calmada, pero profesional.

—Sí, soy Leila Kaye —respondo, mi voz más firme de lo que me siento.

—Soy el oficial Scott Rhodes. Soy el alcaide de la prisión donde está recluida su madre. La llamo para...

Su voz se desvanece, reemplazada por el agudo trino de otra llamada entrante. Miro la pantalla, pero la llamada termina antes de que pueda ver al nuevo llamante. Mi corazón late con fuerza, la frustración burbujea. Apenas tengo tiempo de procesar lo que el oficial está diciendo antes de que mi atención sea arrastrada a otra parte.

Cuando la pantalla se despeja, aparece un titular en la parte superior. Una notificación de tabloide con mi nombre en letras negritas: *ÚLTIMA HORA*.

La sangre se me va del rostro mientras hago clic.

El titular se extiende por la pantalla y el mundo se tambalea bajo mis pies.

«Justicia poética: la madre asesina de la rechazada Leila Kaye se suicida en prisión».

¿Mamá?

La palabra me atraviesa, destrozándolo todo. Mis pensamientos chocan entre sí, cayendo en un abismo en espiral donde nada tiene sentido. No puedo pensar, no puedo respirar. Mis pulmones se esfuerzan por conseguir aire, pero es como si el oxígeno se hubiera enrarecido, y me quedo jadeando, arañando la nada. No puedo moverme. No puedo sentir nada excepto el frío y duro impacto asentándose en mis huesos.

Vagamente me doy cuenta de que la voz del oficial Rhodes aún se filtra por el teléfono, sus palabras de repente atraviesan la bruma. Su tono, lento y deliberado, me llega con una claridad agonizante.

—Señorita Kaye —dice, con voz baja, tensa por algo parecido a la lástima—, lamento profundamente informarle que su madre falleció en las primeras horas de esta mañana.

Mi visión se nubla. El peso de sus palabras se siente como un golpe, agudo y definitivo. Agarro el teléfono con más fuerza como si pudiera aferrarme a algo, lo que sea, para detener la sensación de derrumbe en mi pecho. Pero no puedo. Me estoy desmoronando.

De repente, Luke está frente a mí, con los ojos abiertos por la conmoción, sus labios se separan mientras susurra:

—Dios mío...

Y entonces sucede. Todo lo que he estado conteniendo en mi interior estalla. No puedo evitarlo. Los sollozos me desgarran, ásperos e incontrolables, mi respiración se entrecorta mientras mi cuerpo se estremece de dolor. El teléfono tiembla en mi mano. La voz del oficial Rhodes aún se escucha, un ritmo constante y distante contra la tormenta de emociones que se agita dentro de mí.

—Ella... intentó comunicarse contigo varias veces —continúa, con un tono suave, casi arrepentido—. Te dejó mensajes de voz. Te los entregaremos cuando vengas a la comisaría.

Las palabras me golpean como una puñalada en el estómago. ¿Intentó comunicarse conmigo? Mi corazón da un vuelco y una nueva oleada de dolor me invade. Culpa. Aguda e implacable culpa. Tal vez podría haber evitado esto. Tal vez solo quería hablar, explicar, despedirse. Hacía tanto tiempo que no hablaba con ella y ni siquiera había querido hacerlo. Y ahora, en este cruel y definitivo momento, daría cualquier cosa por escuchar su voz. Solo una vez más.

El pensamiento es insoportable. Las lágrimas caen con más fuerza, más rápido, derramándose por mi rostro a raudales. Mi pecho se oprime y no puedo respirar. El sonido que se me escapa es más que un sollozo. Es un grito, crudo y lleno de todo el dolor, la ira y la frustración que se han estado acumulando dentro de mí.

Grito porque no sé qué más hacer. Es lo único que se siente real y lo único que tiene sentido en un mundo que acaba de hacerse pedazos.

Luke se estremece, con los ojos abiertos de alarma, pero no se mueve. Se queda a mi lado, como un pilar de apoyo silencioso mientras me desmorono. Pero es la pantalla frente a mí, el titular del tabloide aún parpadeando, lo que enciende la rabia. Las palabras crueles y burlonas grabadas junto a la imagen de mi madre hacen que mi sangre hierva.

Con una oleada de ira, arrojo el teléfono al otro lado de la habitación. Se estrella contra la pared con un violento crujido, haciéndose pedazos justo cuando la puerta se abre de golpe.

Henry entra apresuradamente, seguido por Ryan, sus rostros grabados con preocupación y sus ojos escudriñando la escena. Lo saben. La mirada en sus ojos me dice que saben que algo está terriblemente mal.

Henry se mueve rápidamente, casi por instinto. Cruza la habitación en unas pocas zancadas largas, subiéndose a la cama a mi lado. Sus brazos me rodean sin vacilación, atrayéndome hacia

el calor y la fuerza de su cuerpo, anclándome mientras me derrumbo sobre él, mis sollozos convirtiéndose en profundos lamentos.

Me aferro a él, mis puños apretando su camisa mientras me desmorono en sus brazos. La habitación cae en silencio, excepto por el sonido de mi dolor, haciendo eco en las paredes, pesado e interminable.

Y en ese silencio, lo dejo ir todo.

Henry me sostiene con fuerza, sus brazos una fortaleza a mi alrededor mientras presiono mi cabeza más profundamente en su pecho. Puedo sentir el subir y bajar de su respiración y el latido constante de su corazón bajo mi mejilla. Está en silencio, sin ofrecer palabras, solo el calor de su abrazo, como si creyera que de alguna manera puede protegerme de la tormenta en mi interior. Pero la tormenta continúa, indiferente a su silenciosa fuerza.

Ryan y Luke están cerca, lado a lado, sus ojos reflejando el mismo dolor y la misma simpatía impotente. Puedo ver el peso de ello en la forma en que la mandíbula de Ryan se tensa y los dedos de Luke se cierran en puños a sus costados. Están aquí conmigo, su presencia un bálsamo contra la abrumadora marea de tristeza. Sin embargo, no es suficiente, no esta vez.

Nunca he llorado frente a nadie más que Luke. Nunca me he permitido derrumbarme así, no donde otros pudieran verme. Solo Luke me ha visto quebrarme, e incluso entonces, era raro y breve. Pero ¿esto? Esto es diferente. Los sollozos me sacuden, imparable, y no puedo contenerlos. Es como si algo dentro de mí se hubiera roto más allá de la reparación, y no puedo volver a pegar los pedazos, no todavía.

Mi mente es un campo de batalla, emociones chocando y en guerra, cada una exigiendo ser sentida: culpa, dolor, ira, arrepentimiento. Se agolpan dentro de mi cabeza, asfixiándome y sin dejar espacio para nada más. Me siento atrapada e inquieta. Incluso con los tres a mi alrededor ofreciendo su apoyo silencioso, siento como si me estuviera ahogando y necesito aire. Necesito escapar.

Me aparto suavemente del abrazo de Henry, sus brazos reacios a soltarme al principio, pero me deja ir. Su mirada se encuentra con la mía, llena del peso de la preocupación no expresada, sus manos persistiendo por un momento como si tuviera miedo de soltarme completamente. Miro entre él, Luke y Ryan. Todos sus rostros están pintados de preocupación. La incertidumbre flota en el aire mientras me observan.

Intento mantenerme firme, pero mi cuerpo me traiciona, temblando bajo el peso de mi dolor. Mi respiración aún es superficial, obstruida por lágrimas no derramadas, pero me obligo a pronunciar las únicas palabras que puedo manejar.

—Necesito algo de espacio.

Las palabras salen frágiles, casi un susurro, y veo el inmediato destello de duda en sus ojos. El ceño de Ryan se frunce, sus labios se separan como si estuviera a punto de protestar. Los ojos de Luke se oscurecen con preocupación, y la mandíbula de Henry se tensa, sus dedos temblando a su lado. No quieren irse. Quieren quedarse, ayudarme y sostenerme a través de esta pesadilla.

Pero no puedo. No puedo dejarlos. No ahora.

Sacudo la cabeza, mi voz más firme esta vez, cortando el silencio como una cuchilla.

—Por favor. Necesito espacio.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, pesadas y definitivas. Intercambian miradas, silenciosos e inciertos, sopesando su deseo de quedarse contra mi súplica. Por un momento, pienso que podrían resistirse y presionar, pero no lo hacen. Lentamente, asienten con una comprensión silenciosa, aunque puedo ver la reticencia en cada movimiento.

Los ojos de Henry se detienen en los míos, buscando algo, alguna señal de que estaré bien, pero no puedo darle esa seguridad. No ahora. Los hombros de Ryan se hunden con el peso de las palabras no dichas, y Luke, siempre vigilante, aprieta los labios en una fina línea como si se obligara a aceptar mi petición.

Mientras retroceden hacia la puerta, una punzada de culpa me golpea con tanta fuerza que siento como si me desgarrara el pecho.

No sé si alguna vez volveré a ser la misma después de esto.

Capítulo Veintiuno

Luke

Es difícil creer que ya ha pasado un mes desde aquella llamada telefónica en la que el mundo de Leila se hizo añicos, convirtiéndose en algo irreconocible. Todavía recuerdo cómo se le quebró la voz cuando nos pidió espacio. Apenas podía pronunciar las palabras, ahogándose con ellas como si la quemaran por dentro.

Su madre ya no está. Suicidio.

Ahora me siento aquí, reviviendo los últimos días antes de que todo se fuera al infierno. Habíamos estado perdidos el uno en el otro, ella, Ryan, Henry y yo. Aquellas noches fueron salvajes, crudas e intoxicantes, de esas que te envuelven en un placer tan profundo que te hacen olvidar que existe algo más. Leila parecía tan feliz entonces. Verdaderamente feliz. La sonrisa en su rostro, el brillo en sus ojos, era como si finalmente hubiera encontrado algo de paz y un respiro del peso que había cargado durante tanto tiempo. Y entonces... esto.

Me siento enfermo al pensarlo. ¿Cómo puede ser el universo tan cruel como para darle un atisbo de paz y luego arrebatárselo de manera tan brutal? Ahora, todo lo que escucho es silencio, de ese que se traga el aire a tu alrededor. Leila no ha salido de su habitación desde ese día y ni siquiera ha puesto un pie fuera de la casa de vacaciones. Ha sido un mes de aislamiento, un mes de verla alejarse cada vez más de mí, de todos nosotros.

Apenas la veo comer ya. Las comidas que dejo en su puerta a menudo quedan intactas o apenas probadas, como si se estuviera forzando a sí misma a reconocer el mundo fuera de su dolor. Me preocupo más de lo que puedo expresar con palabras. Se está desvaneciendo en esa habitación, y estoy aterrorizado por lo que pueda estar pasando por su mente. ¿Y si se está hundiendo en una oscuridad de la que ninguno de nosotros puede sacarla? ¿Y si ella... y si no está bien?

No sé qué hacer. Cada vez que pienso en tocar su puerta, pedirle que me deje entrar, me quedo paralizado. ¿Y si no quiere verme? ¿Y si mi presencia es un recordatorio de esos dos días que estuvimos todos juntos y la felicidad que ahora parece una broma cruel?

Mi mente no para de dar vueltas inquieta. No sé qué hacer, pero no puedo seguir sin hacer nada. Si sigue en esta espiral, no sé si logrará salir del otro lado.

Ryan emerge de la cocina, interrumpiendo mis pensamientos, con el rico aroma de hierbas y caldo hirviendo aferrado a él mientras entra en la sala de estar. Se para frente a mí, secándose las manos con un paño de cocina. El aire entre nosotros está cargado con el aroma, sorprendentemente agradable, una calidez que casi, *casi*, se siente como un consuelo.

—La sopa huele bien —digo con un tono casual, aunque no puedo ocultar el rastro de sorpresa en mi voz. Es una revelación para mí, este talento oculto suyo. Un hombre como Ryan, con su riqueza y poder, nunca imaginé que tuviera tiempo, y mucho menos habilidad, para cocinar. Pero en el último mes, mientras nuestras vidas han girado alrededor del agujero negro del dolor de Leila, he llegado a conocer este lado de él. Desde aquel día en que todo se hizo añicos, Ryan ha estado aquí siempre que puede, escabulléndose del trabajo para ver cómo está ella y estar presente. Y fue su idea mantener la casa vacía de personal, argumentando que traer un chef o una criada solo haría que Leila se sintiera más frágil y aislada.

Echo un vistazo a la bandeja de comida que ha preparado. De todas las comidas que le he dejado, son las de Ryan las que logra comer, aunque sea en pequeños bocados. Un destello de esperanza se agita en mí, pero es fugaz, como todo lo demás en estos días.

Ryan suspira mientras se hunde en la silla frente a mí, la preocupación detrás de su fachada tranquila queda al descubierto por un momento. —Esperemos que huela lo suficientemente bien como para darle apetito —murmura, con los ojos oscuros de preocupación.

Antes de que pueda responder, el crujido de una tabla del suelo llama mi atención. Levanto la mirada y veo a Henry saliendo del sombrío pasillo que conduce a la habitación de Leila. Ha estado allí durante la última hora, de pie justo fuera de su puerta, escuchando cualquier señal, cualquier palabra de ella. No hemos oído su voz en días, no desde que dejó de hablar por completo. Se ha encerrado en esa habitación, y todo lo que tenemos ahora son estos intentos desesperados de alcanzarla a través del silencio.

Ryan y yo intercambiamos una mirada. Ninguno de nosotros necesita hablar, pero la pregunta está en nuestros ojos, flotando pesadamente en el espacio entre nosotros. ¿Dijo algo? ¿Se ve mejor? ¿Hay aunque sea la más pequeña señal de vida en ella?

El rostro de Henry se arruga ligeramente mientras niega con la cabeza. Sus ojos caen al suelo, y el peso de su silencio es insoportable.

Se acerca, con los hombros caídos, cada paso pesado con el peso de la tristeza. Se sienta en la

silla junto a Ryan y a mí, su rostro marcado por una tristeza que se ha vuelto más pronunciada cada día. Apenas ha salido de la casa estas últimas semanas, solo se va cuando el trabajo lo requiere, pero incluso entonces, sus pensamientos nunca están lejos de ella. De Leila. De la puerta cerrada que parece interponerse entre nosotros y su corazón roto.

Todos hemos intentado, a nuestra manera, llegar a ella, persuadirla para que salga, lograr que hable, que nos deje abrazarla, simplemente que nos deje entrar. Pero nadie, ni siquiera Ryan o yo, lo ha intentado tanto como Henry. Puedo verlo en él, la forma en que sus ojos pierden el enfoque y su frente se arruga en constante preocupación. Esto ha cobrado su precio en todos nosotros, pero Henry... Henry se está ahogando en ello. Día tras día, se queda de pie fuera de su puerta, esperando que ella la abra lo suficiente para tomar la bandeja de comida que le dejamos. Y cada vez, ese destello de esperanza se desvanece cuando la puerta se cierra sin una palabra.

Escucha, por Dios, cómo escucha, esperando el más leve sonido, cualquier cosa que le asegure que ella sigue ahí. A veces, le habla, con voz baja, persuasiva y llena de esa ternura silenciosa que hace que todo sea mucho más difícil de soportar. —Estamos aquí, Leila —le dice—. No nos vamos a ninguna parte. —Pero ella nunca responde, ni una sola palabra. Su silencio nos oprime, espesando el aire y llenándolo con la oscuridad del dolor. Es asfixiante.

Mis propios intentos de llegar a Leila cruzan por mi mente, agudos y dolorosos, cada uno un recordatorio de lo impotente que me he vuelto. De los tres, soy quien la conoce desde hace más tiempo y la ha observado durante tantos años. Lo he hecho con constancia. La conozco mejor que nadie aquí. Conozco su fuerza y su fuego, pero también conozco su vulnerabilidad. Esa es la parte de sí misma que guarda con más fiereza. Odia que la vean cuando llora, cuando las grietas en su armadura se muestran. Siempre ha luchado contra eso, negándose a dejar que alguien sea testigo de las lágrimas que traicionan sus emociones.

Excepto yo.

Soy el único que lo ha visto, aunque nunca ha sido como esto. Nunca he visto el silencio que todo lo abarca y que parece tragarla por completo. En el pasado, me ha dejado entrar cuando la tensión o la ira se volvían demasiado intensas y cuando el peso de su vida la presionaba demasiado. Había momentos en los que se confiaría en mí, con voz baja, quebrada. Pero al menos había algo. Otras veces, cuando la tensión era insoportable, estallaba, despotricando, las palabras brotando de ella como veneno, desesperada por liberarse. Y yo escuchaba. Siempre escuchaba, dejando que se vaciara de la tormenta que se gestaba en su interior, permitiéndole encontrar consuelo en el hecho de que alguien estaba allí para absorber los golpes.

Pero ahora, no hay nada. Ni diatribas. Ni confesiones. Ni lágrimas que se me permita presenciar. Estoy completamente excluido. La puerta entre nosotros nunca se ha sentido tan sólida e impenetrable. Se ha cerrado a sí misma, y por primera vez en todos estos años, no puedo llegar a ella. Ni siquiera el más leve destello de su dolor es compartido conmigo, y la ausencia de ello es más aplastante que cualquier cosa que pudiera haber dicho.

Me siento aquí, impotente, consumido por el silencio en el que se ha envuelto. Es un silencio que resuena más fuerte que cualquier palabra o grito de ayuda. Estoy aterrado de lo que significa o de lo que le está haciendo.

—Solo necesita un poco más de tiempo —murmura Henry, aunque ya no hay convicción en su voz. Está tratando de convencerse a sí mismo tanto como a nosotros. Ryan extiende la mano, colocándola sobre el hombro de Henry. Su expresión refleja la angustia y la frustración que todos sentimos por estar tan cerca de ella y, sin embargo, tan completamente excluidos.

Miro hacia el pasillo, ese camino oscuro y opresivo que conduce a su puerta, y pienso en los otros que han intentado y fracasado en sacarla del abismo. La señora Cassie, su hermana, vino hace poco, con el vientre hinchado por el peso del embarazo, impulsada únicamente por la preocupación por Leila. Pero incluso sus suaves súplicas quedaron sin respuesta. Leila no abrió la puerta, ni siquiera reconoció la voz de su hermana. Cassie lo entendió. ¿Cómo no podría? Es familia. Conoce la profundidad del dolor en el que Leila se está ahogando. Pero yo había esperado, en silencio, que su presencia despertara algo en Leila que la obligara a salir de esa habitación, aunque fuera por un momento. Pero no fue así. Ni siquiera su hermana pudo atravesar esa barrera.

El señor Augustus también había venido, con su voz suave pero insistente mientras le rogaba a Leila que abriera la puerta. Sin embargo, incluso sus intentos sinceros no lograron llegar a ella. Habló con suavidad, explicando cómo él y la señora Cassie habían intentado llamar, desesperados por protegerla del inevitable dolor. Querían tanto que ella escuchara la noticia de labios de la familia, envuelta en el calor de su cariño, en lugar de a través de la fría crueldad de los medios.

En todos los años que lo había conocido, nunca había visto al señor Augustus tan agobiado por la tristeza. Sus hombros se hundían por el peso de esta, sus palabras vacilantes. Hizo falta la firme seguridad de Ryan de que Leila necesitaba tiempo y que estaba a salvo con nosotros para que el señor Augustus encontrara algo de paz. Aunque incluso entonces, la tristeza nunca abandonó sus ojos.

Pero fue la negativa de Leila a ver a la señora Danae lo que realmente me aterró. Eso me sacudió hasta la médula. En todos los años que he trabajado para la familia Kaye, cuidando de Leila y velando por ella, nunca he conocido a nadie a quien ame o en quien confíe más que en Danae. Ella es, sin duda, la confidente más cercana de Leila y su amiga más verdadera. Si alguien podía alejarla del borde, era Danae. Y sin embargo, incluso ella se quedó fuera de esa puerta, llamando suavemente y suplicando, y aun así, Leila no la abrió. No dijo una palabra. Esa negativa... me asustó más que cualquier otra cosa.

Incluso ahora, solo pensar en ello hace que mi pecho se apriete de temor. Si Danae no puede llegar a ella, ¿qué esperanza tenemos los demás? El pensamiento persiste, frío e implacable. No quiero perderla ante este dolor. Pero cada día que pasa, siento que se aleja un poco más.

—Ella va a estar bien... es fuerte —dice Ryan, su voz firme aunque teñida de una tranquila determinación. Sus palabras cortan el enredo de pensamientos que giran en mi mente, trayéndome de vuelta al presente. Su mano permanece en el hombro de Henry, un gesto de solidaridad, y Henry la toca ligeramente, reconociendo el consuelo, aunque su asentimiento es lento y cansado. Ambos hombres se vuelven hacia mí, ofreciendo sonrisas que son más forzadas que genuinas, pero aún cálidas y llenas de esperanza. Están tratando de animarme, intentando levantarme como se están levantando el uno al otro.

Es una escena que nunca pensé que vería. No puedo evitar recordar la violenta intensidad entre estos dos no hace mucho tiempo, cuando se despedazaron con furia desenfrenada. Fue hace poco más de un mes, pero parece que ha pasado toda una vida desde entonces. Ese día, pelearon con el tipo de rabia primitiva que deja destrucción a su paso: muebles astillados y sangre manchando las paredes. Lo vi desarrollarse desde donde estaba parado frente a Leila, y pude verlo en sus ojos. Se habrían matado el uno al otro si ella no hubiera intervenido.

Y sin embargo, aquí están ahora, lado a lado, ofreciéndose consuelo mutuamente y a mí. Es extraño cómo el dolor puede unir a las personas y cómo el amor y la preocupación por una persona pueden transformar incluso la rivalidad más feroz en algo más suave, algo casi tierno. El mes pasado ha revelado más que solo su dolor. Ha revelado la profundidad de su amor por ella. Ryan prepara sus cuidadosas y reflexivas comidas con más esmero del que jamás pensé que fuera capaz. Y está Henry, que pasa horas en su puerta, esperando, con esperanza, y hablando suavemente en el silencio. Su devoción refleja la mía, y en eso, hemos encontrado una especie de vínculo y un entendimiento compartido. Cada uno queremos lo mismo: cuidar a la mujer que amamos, y en eso, confiamos el uno en el otro.

—Iré a pararme junto a su puerta ahora —digo, poniéndome de pie. El pasillo se extiende ante mí, tenue y pesado con el peso de la quietud de la casa—. Deberías comer algo —añado, mirando a Henry mientras me muevo hacia las sombras del corredor.

—Y cuando necesites descansar, yo también esperaré allí —la voz de Ryan me sigue. Me detengo y me vuelvo, una pequeña sonrisa genuina formándose en mi rostro por primera vez en lo que parece una eternidad. Hay algo reconfortante en sus palabras y en la forma en que las dice sin vacilación, como si fuera lo más natural del mundo.

En este momento, me queda claro que ellos se preocupan por ella tanto como yo. Y algo cambia dentro de mí, un destello de esperanza cobrando vida donde solo había desesperación. Ryan tiene razón. Leila es fuerte. Ha pasado por tanto, pero tiene una resistencia que pocas personas ven. Y nos tiene a nosotros, tres hombres unidos por nuestro amor por ella. Estaremos aquí, esperando, por el tiempo que sea necesario. Esperaremos hasta que encuentre su camino de vuelta a sí misma y de vuelta a su fuerza.

Y cuando lo haga, estaremos aquí para atraparla.

Capítulo Veintidós

Leila

Estoy tumbada en la cama, mirando al techo, mi cuerpo tan pesado como si el peso de mi dolor me hundiera en el colchón. Ha pasado más de un mes desde que recibí esa llamada telefónica. El momento en que me dijeron que mi madre se había suicidado, sentí como si algo dentro de mí se hiciera añicos y se esparciera en pedazos que aún no puedo encontrar.

No he salido de esta casa desde entonces. Apenas me he movido. Pienso en cómo la gente sigue intentando sacarme de esto, de mí misma. Cassie, mi hermana, vino hasta aquí, a esta casa de vacaciones en el bosque. Sé que no fue fácil para ella. Está embarazada, por el amor de Dios, y sé que se preocupa. Oí su voz a través de la puerta, suave y suplicante. Pero no pude enfrentarme a ella. No puedo enfrentarme a nadie. No se trata de amor; la quiero más de lo que puedo expresar, pero simplemente no pude. Hay algo en mí que se niega a moverse, algo como vergüenza o arrepentimiento que es tan pesado que resulta paralizante.

Y luego estaba Danae, mi mejor amiga. Ella también vino, golpeando y golpeando, diciendo que estaba ahí para mí, que no tenía que hacer esto sola. Quería responder. Incluso me quedé allí, con la mano en el pomo, queriendo abrirla. Pero no lo hice. La fuerza simplemente se desvaneció. Es como si este muro invisible se alzara entre yo y todos los que intentan alcanzarme. Y todo lo que puedo hacer es sentarme detrás de él, atrapada en este silencio sofocante.

Pero no es solo el dolor lo que me está ahogando. Es la culpa. El tipo que se queda en los rincones de tu mente, susurrando acusaciones de las que no puedes escapar. No dejo de pensar en la última vez que vi a mi madre. ¿Cuánto tiempo hace de eso? No la visité en prisión. Ni siquiera llamé. Me convencí de que era mejor así y que era más fácil dejar que el pasado fuera pasado y dejar que ella se desvaneciera. Estaba enojada. Estaba herida. Y no quería lidiar con ello.

Ahora, no puedo dejar de pensar en todas las veces que podría haber cogido el teléfono pero no lo hice, en cada vez que podría haber tendido la mano pero elegí quedarme en silencio. Tal vez si hubiera hecho algo, cualquier cosa, ella no se habría sentido tan sola. Tal vez si lo hubiera intentado, solo intentado, aún estaría aquí.

La culpa se aferra a mí como una segunda piel. Se envuelve alrededor de mi corazón y no me suelta. La siento en todas partes, en el silencio de la casa y en las largas noches que se prolongan

sin fin.

Ni siquiera pude llegar a la comisaría. Sé que debería haberlo hecho, pero la idea de ir allí o hablar con alguien sobre ella era insoportable. El oficial me envió todos sus mensajes de voz, todos los que había grabado para mí mientras estaba en prisión. Están ahí en mi teléfono, como una carga que presiona mi pecho, e incluso escucharlos se siente como si me estuviera desangrando lentamente. Solo he llegado a la mitad. Cada palabra que dice parece profundizar el vacío dentro de mí y es como si ella estuviera alcanzándome a través de la distancia para arrastrarme a algún abismo oscuro donde no hay escapatoria del dolor.

Su voz. Esa voz. La escucho, y es como si el dolor me atravesara de nuevo. Me está hablando, preguntándome si me pondré en contacto pronto, diciéndome que le gustaría verme y esperando que esté bien. Cada sílaba me desgarrar, arañando mis entrañas. Y no es solo la tristeza en su voz lo que me destroza, aunque la oigo ahí, por mucho que intente ocultarla. Es la forma en que aún se esforzó por conectar incluso cuando yo permanecí en silencio.

El último mensaje, el que está grabado a fuego en mi mente, el que no puedo dejar de reproducir una y otra vez, es casi demasiado para soportar.

—Hola, Lei... Estoy aquí, enviando otro mensaje de voz otra vez. Espero que te llegue. Intenta sonar animada, trata de ser casual, pero hay una tristeza entretejida en sus palabras, como un hilo que no puede ocultar del todo. —Solo quería que supieras que estoy bien... las cosas aquí no están tan mal, y el oficial Rhodes ha sido lo suficientemente amable como para dejarme enviar mensajes cada semana...

Su voz tiembla, y puedo oírlo, la manera en que su intento de ligereza se desmorona a medida que continúa. *—Mi querida hija... solo... solo quiero que sepas que lo siento. Siento haber sido tan dura contigo de niña. Por haberte presionado y acosado tanto. Lo siento por lo que le hice a tu hermana y... y a su madre. Hace una pausa, con la respiración entrecortada. —Lo pagaré el resto de mi vida. Todo lo que realmente quería era que fueras la mejor. Quería que mi hija fuera la mejor Omega, que se casara con el mejor Alfa... que fuera la mejor en todo. Pero me excedí. Ahora reconozco que estas palabras pueden no significar mucho, pero necesito que sepas que lo siento. Lo siento tanto, Leila.*

Los sollozos que se escuchan en la grabación solo son igualados por los míos. En el segundo que detengo el mensaje, me derrumbo, jadeando, con la cara enterrada entre mis manos. Su voz resuena en mi mente, llenando el silencio de esta habitación, y no puedo sacarla. No puedo dejar

de oírla diciendo que lo siente y que se arrepiente de todo.

Odio que una parte de mí sienta que merezco esta culpa aplastante. Tal vez sea así. Tal vez sea el precio por todas las veces que no contesté el teléfono, no visité y no lo intenté. He pasado tanto tiempo enfadada, enfadada con ella y enfadada con todo, y ahora me estoy ahogando en ello. Mientras estaba ocupada preocupándome por cómo la prensa me destrozaba y por cuánto ridículo estaba pasando, no me preocupaba por ella.

Y ahora es demasiado tarde. Tal vez merezco sentirme tan culpable.

Lo único que me ha mantenido atada a este mundo, el frágil hilo al que me aferro, han sido sus palabras. Ryan, Henry y Luke, cada uno de ellos, a su manera, me ha impedido desmoronarme por completo. No sé cómo lo hacen, cómo logran alcanzarme cuando me he encerrado tan firmemente, pero lo consiguen.

Cada día, vienen a la puerta, turnándose como en una rotación tácita que han acordado. No puedo obligarme a abrirla y salir para enfrentarlos, pero los oigo. Y de alguna manera, incluso sin sus brazos alrededor de mí, sin el calor de su contacto, sus palabras se filtran a través de las grietas de mis defensas.

Mi silencio y mi distancia deben herirlos, pero nunca lo demuestran. Cada día, uno de ellos se para frente a mi puerta y me habla, diciéndome lo mismo: que están aquí y que no se irán a ninguna parte. Sus voces son firmes e inquebrantables, siempre tan llenas de una fuerza silenciosa como si creyeran que su sola presencia me mantendrá a salvo. Me dicen que puedo tomarme todo el tiempo que necesite, que confían en mí y que creen en mí. Y de alguna manera, a pesar de todo, les creo.

Me han cuidado de formas que no merezco. Han cocinado las comidas que he logrado comer, las han dejado fuera de mi puerta y han esperado hasta que he tomado el plato antes de alejarse. Hay una paciencia en ellos, una comprensión silenciosa que me humilla. Ninguno de ellos se ha ido. Sus voces son una constante, haciendo eco a través de mi dolor, rompiendo el silencio. Es su amor y su inquebrantable fe en mí lo que se ha convertido en lo único que me ancla a mí misma.

Y en su amor, he encontrado algo que no puedo explicar. Una pequeña chispa, enterrada en lo profundo de los escombros de mi dolor y culpa, cobra vida cada vez que escucho sus voces. Es tan tenue, tan frágil, pero está ahí. Sin siquiera saberlo, han sembrado en mí la motivación para alcanzar algo mejor y para buscar la luz, por tenue que pueda parecer.

Es por ellos que me encuentro a mí misma, por ellos que de alguna manera encuentro el coraje para alcanzar el teléfono. Sé que nunca podré estar en paz si no escucho el resto de las grabaciones. Necesito hacerlo, pero igual de importante, esos tres hombres necesitan que lo haga. Sus palabras me han empujado, poco a poco, hasta este momento. Cada vez que me dicen lo fuerte que creen que soy, algo dentro de mí se agita. No sé si tienen razón, pero quiero creerles.

Y tal vez, solo tal vez, estoy lista para demostrar que tienen razón.

Abro los mensajes de mi madre de nuevo, preparándome. Su voz se derrama en la habitación una vez más, y esta vez, escucho. Escucho todo. Porque si ellos creen que soy lo suficientemente fuerte, tal vez lo sea.

Su voz sigue filtrándose, cada mensaje desentrañando otra capa de su arrepentimiento y otro vistazo al dolor que la atormentó en esos últimos días. Cada palabra profundiza mi comprensión de cuánto cargaba y cuán pesada debió haber sido su culpa. Pero luego está el último mensaje, el que rompe algo dentro de mí.

Este es diferente. Hay una ligereza en su voz, una extraña y casi inquietante luminosidad, como si hubiera encontrado algún sentido de paz. Es como si la decisión que había tomado, su decisión final, la hubiera liberado de alguna manera. Ya no suena agobiada por el peso de lo que ha hecho. Pero no es el tono de su voz lo que perdura. Son sus palabras.

—Hola, Lei. Soy yo de nuevo. Otro mensaje de voz. Realmente desearía poder saber de ti, cariño, pero entiendo que puede ser difícil para ti. Hay una pausa, y me la imagino sentada allí, tratando de encontrar las palabras correctas, palabras que no romperán el silencio entre nosotras, sino que lo llenarán con algo más. —He hablado con algunos de los oficiales, y me dicen que te ven de vez en cuando en la ciudad y que estás bien y a salvo. Me alegro...

Y entonces su voz se suaviza como si estuviera dejando ir algo. *—Leila, este será mi último mensaje de voz, y realmente espero que lo recibas y lo escuches. Cariño, por favor no dejes que estas cosas que he hecho se ciernan sobre tu vida. No dejes que la culpa, el arrepentimiento o la ira sean una carga que lleves. Supongo que es justo decir... no termines como yo. Quiero que vivas tu vida libremente y hermosamente. Vive una vida que ames, encuentra el amor. Te mereces ser feliz, Lei. Nunca lo olvides. Te amo tanto, Leila, mi querida hija.*

El silencio que sigue se siente como el cierre de un capítulo. Sus palabras flotan en el aire, asentándose en mí de una manera que ninguna de las otras lo había hecho. —Yo también te amo,

mamá —susurro, las palabras salen de mí casi instintivamente, como si hubieran estado esperando todo este tiempo para ser pronunciadas. Y son la verdad. A pesar de todo, a pesar del dolor, a pesar de todo lo que había hecho, la amo. Siempre lo he hecho.

Algo cambia en mí entonces, no una marea de emoción sino una oleada silenciosa, como el suave levantamiento de un peso. El último mensaje me llena de una sensación de alivio y una especie de paz que no había sentido en mucho tiempo. Es como si una parte de mí, la parte que se ha aferrado al dolor, finalmente hubiera comenzado a soltarse. En este momento, estoy tomando su consejo de vivir libre y hermosamente.

No sé de dónde viene esta fuerza, pero surge en mí, ganando impulso con cada respiración. La siento impulsándome hacia adelante, empujándome a moverme. Antes de darme cuenta, estoy de pie, mi cuerpo moviéndose casi por sí solo. La puerta frente a mí parece intimidante, pero camino hacia ella de todos modos, mi corazón latiendo con fuerza mientras tomo una respiración profunda y estabilizadora. Mi mano alcanza el pomo, temblando ligeramente, pero esta vez no dudo.

Lo giro y, con una lenta exhalación, atravieso el umbral, dejando la habitación atrás.

Tal vez fue el crujido de la puerta o el suave eco de mis pies en las tablas del suelo, pero en el momento en que salí, Henry, Ryan y Luke corrieron hacia mí. Antes de que pueda siquiera registrar su presencia, sus brazos me rodean, atrayéndome en un abrazo apretado. Es silencioso, pero dice mucho. Siento el latido de sus corazones contra mí y su calidez envolviéndome de una manera que hace que el frío dentro de mí se desvanezca un poco. Me quedo allí, envuelta por ellos, dejando que su amor se filtre a través de las grietas de mi frágil estado.

Cuando finalmente se apartan, es como si lo hicieran con renuencia. La mano de Henry aún agarra la mía. Luke sostiene mi otra mano mientras Ryan aparta suavemente los mechones enredados de mi cabello para verme mejor. Su toque es tierno y escrutador, como si estuviera tratando de asegurarse de que realmente estoy allí, no algún fantasma de la persona que solía ser.

—Sus palabras... me llegaron —logro decir, mi voz frágil y delgada. Miro de uno a otro, sus rostros llenos de una preocupación tan cruda que duele—. Me ayudaron.

Pero incluso mientras lo digo, siento que mi voz vacila, un temblor que no había anticipado. Y ellos lo notan. Por supuesto que lo notan. Luke es el primero en hablar, su voz suave pero llena de urgencia. —Leila... ¿estás bien?

Quiero decirle que lo estoy. Quiero sonreír, tranquilizarlos a todos asegurándoles que he salido adelante. Pero antes de que pueda formar las palabras, mi visión se nubla. Una ola de mareo me invade y siento que mis piernas ceden bajo mi peso. Tropiezo, y los brazos de Henry me rodean al instante, sosteniéndome. Su agarre es firme y protector.

—No ha comido bien en semanas —dice Henry, con la voz tensa por la preocupación—. Tenemos que llevarla al hospital.

Sin dudarlo, me toma en sus brazos, acunándome como si no pesara nada, y me lleva afuera. El aire frío golpea mi piel mientras nos movemos, pero todo se siente distante, el mundo se difumina en los bordes. Mi mente va y viene, el zumbido del motor del coche me arrulla hasta un estado de semiconsciencia hasta que finalmente me sumerjo por completo.

Cuando mis ojos se abren lentamente, estoy en una cama y oigo un suave pitido de fondo. Me toma un momento comprender dónde estoy. Las paredes estériles, el goteo en mi brazo y el leve olor a antiséptico me dicen que estoy en un hospital. Parpadeo, mi visión se aclara lo suficiente para verlos a todos de pie a mi alrededor. La mano de Luke está entrelazada con la mía, su pulgar acaricia suavemente mi piel. Henry está a mi lado, su mano descansa en mi frente, comprobando mi temperatura. Ryan está cerca, su presencia me ancla.

—¿Qué... qué pasó? —pregunto, con voz débil.

—Estabas agotada —dice Luke suavemente, sus dedos apretando los míos—. Y no habías estado comiendo.

—Nos asustaste —añade Henry, su voz es gentil, pero hay una gravedad en ella que hace que mi corazón duela—. Pero ahora estás bien.

—Estoy tan feliz de tenerte de vuelta, Leila —dice Luke, sus ojos suaves con alivio.

—Todos lo estamos —interviene Ryan, su habitual actitud estoica dando paso a una sonrisa tranquila.

En ese momento, la puerta se abre y entra un hombre de mediana edad con bata de laboratorio, su expresión cálida y tranquilizadora. —Ah, maravilloso. Estás despierta —dice, acercándose a la cama con una sonrisa relajada.

Ryan es el primero en hablar, su voz teñida de preocupación. —¿Está bien, doctor?

El doctor asiente, mirándome antes de volverse hacia Ryan. —Está bien, señor Wills. Solo un poco de agotamiento y desnutrición, pero nada que algo de descanso y una nutrición adecuada no puedan solucionar.

Un suspiro colectivo de alivio recorre la habitación, incluyéndome a mí. Pero el rostro del doctor se ilumina como si hubiera más que estuviera ansioso por compartir.

—Podrá irse en unas horas —continúa—, pero por favor, asegúrense de que descansen mucho y coma regularmente. Es especialmente importante ahora que está comiendo por más que solo ella misma.

Por un momento, sus palabras parecen flotar, su significado oscurecido por la manera casual en que las dice. Pero entonces el peso de su declaración se hunde, y todos nos volvemos hacia él, compartiendo una mirada de confusión y comprensión creciente entre nosotros.

—¿...comiendo por más que solo yo misma? —repito, con voz teñida de incredulidad.

La sonrisa del doctor se ensancha, sus ojos brillando con emoción. —Felicidades, señorita Kaye —dice—. Está embarazada.

¡¿Embarazada?!

Capítulo Veintitrés

Ryan

Habíamos estado esperando durante semanas. Largas e insoportables semanas. Luke, Henry y yo pasamos innumerables días imaginando cómo sería cuando ella finalmente saliera. El silencio de su habitación había sido asfixiante, y la esperanza de que saliera por sí misma empezaba a sentirse como un sueño lejano. Sin embargo, incluso con el paso del tiempo, ninguno de nosotros renunció jamás a esa anticipación. Nos aferramos a ella, por muy dolorosa que fuera la espera.

Y entonces sucedió. Se escuchó un crujido silencioso y vacilante de la puerta. El sonido atravesó la casa como una onda expansiva, paralizándonos a los tres. Mi corazón dio un vuelco en mi pecho, y una mezcla de incredulidad y esperanza se arremolinó en mi cabeza. *¿Es esto? ¿Finalmente está saliendo?*

Por un segundo, nadie se movió. Todos estábamos atrapados en ese momento, temerosos de que si respirábamos demasiado fuerte, la puerta pudiera cerrarse de nuevo. Pero entonces ella salió: Leila, después de todo este tiempo. Hubo un instante en el que ninguno de nosotros dijo una palabra, ninguno se atrevió a hablar. Simplemente nos quedamos mirando, y pude sentir esta abrumadora oleada de emoción golpeándonos a todos a la vez.

Sin pensarlo, corrimos hacia ella. Fue como un pacto tácito, todos atraídos hacia ella, necesitando estar cerca, necesitando ver su rostro y saber que realmente estaba aquí con nosotros de nuevo. Los largos días de tensión, preocupación y espera se evaporaron en un instante. Leila está de vuelta, y por primera vez en lo que parecía una eternidad, había un destello de felicidad en el aire. Algo que habíamos olvidado cómo sentir.

Seguía siendo hermosa, dolorosamente hermosa, pero el precio de esas semanas de aislamiento estaba escrito en su rostro. Su piel, antes vibrante, se había palidecido, sus mejillas se habían hundido, y bajo sus ojos, oscuras sombras se aferraban como el peso del sueño perdido. Frágil y cansada, parecía casi quebradiza mientras estaba allí, balanceándose ligeramente sobre sus pies. En el momento en que sus piernas comenzaron a temblar, lo supe. Estaba desnutrida, y su cuerpo estaba demasiado débil y desgastado por los días que había pasado escondida de todos nosotros. Así que, cuando el médico lo confirmó en voz baja, no me sorprendió. Pero entonces, siguió otra palabra, una palabra que no esperaba escuchar.

Embarazada.

La conmoción me recorre. ¿Embarazada? ¿Leila está embarazada? Mi mente lucha por comprenderlo, por reconciliar la imagen de ella, tan disminuida, con la idea de que lleva vida dentro de sí.

Y sin embargo, es cierto. Incluso después de todo lo que ha pasado, el trauma de descubrir la muerte de su madre, el horror de que fuera por su propia mano, el peso devastador de ese dolor, agravado por su autoimpuesto aislamiento, el hambre y el vacío, su cuerpo aún sostiene vida. A pesar de la agonía, a pesar de la fragilidad, su cuerpo nutre la esencia misma de los nuevos comienzos.

Es increíble e inaudito, realmente. Y, sin embargo, de alguna manera, es el reflejo más fiel de la Omega que es. Es un testimonio de su fuerza, de esa inquebrantable determinación que siempre ha existido en ella. Incluso ahora, cuando todo ha intentado quebrarla, alberga vida en su interior. ¿Cómo no pude verlo? Esta es Leila.

Incluso ahora, se niega a dejar que la oscuridad gane.

Mis ojos vagan por la habitación del hospital, observando los rostros de aquellos más cercanos a mí. La compostura habitual de Luke se suaviza con algo más tierno. La expresión de Henry es un espejo de la mía, donde la sorpresa da paso a algo más profundo, algo vacilante pero innegablemente presente. A medida que la incredulidad inicial comienza a desvanecerse, lo veo en ellos tan claramente como lo siento en mí mismo: una alegría silenciosa, tentativa y no expresada. Es alegría, sí, pero no del tipo exuberante. Es cautelosa, bordeada de incertidumbre. La felicidad es real pero frágil, como si no estuviéramos seguros de qué hacer exactamente con ella.

La sensación me sorprende. Durante tanto tiempo, he navegado los eventos que nos trajeron aquí con un pragmatismo frío y despiadado. Fue Augustus quien primero sugirió que tomara a su hija como mi Omega, y desde el principio, lo abordé de la única manera que conocía: con lógica, con sentido. En papel, era perfecto. Leila era todo lo que una Omega debería ser para un Alfa como yo. Era una alianza natural. Augustus es un amigo de confianza, y la unión nos beneficiaba a ambos en formas que iban más allá de lo personal, negocios, estatus, poder. Todo tenía sentido. Así es como siempre he operado. No dejo que la emoción nuble mi juicio. Nunca lo he hecho.

Pero ahora, mientras estoy de pie en esta habitación y rodeado por todos ellos, no es la lógica ni

el pragmatismo lo que me guía. Es algo mucho más inquietante: la emoción. Leila está pálida pero resplandeciente de una manera que no puedo describir. Luke y Henry tienen esa misma excitación cautelosa en sus ojos, e incluso este doctor rebosa de un entusiasmo un poco excesivo. La fuerza de las emociones me toma por sorpresa, como si los muros que he construido cuidadosamente a mi alrededor fueran de repente menos sólidos de lo que pensaba.

Nunca esperé sentir esto. Nunca lo planeé. Sin embargo, aquí está, elevándose innegablemente en mí. Por primera vez en más tiempo del que puedo recordar, no es mi mente la que me guía, sino mi corazón. Y esa realización, esa pérdida de control, me asombra más que cualquier otra cosa en esta habitación.

La expresión en el rostro de Leila lo dice todo. Está tan sorprendida como yo, quizás incluso más, de que el embarazo sea posible para ella en este momento. Después de todo lo que ha soportado en tan corto período de tiempo, no puedo imaginar cómo debe sentirse con esta noticia. Confusión, tal vez. Incertidumbre, seguramente. Pero en este momento, sé una cosa con absoluta certeza: sea lo que sea que traiga este torbellino, quiero ayudarla a superarlo. La ayudaré a superarlo.

El doctor debe notar la misma expresión abrumada en su rostro porque interviene con su voz tranquila y experimentada.

—Sería conveniente que dejáramos descansar a la señorita Leila ahora. Pronto vendrá una enfermera con medicación. Creo que lo mejor es que ustedes tres salgan un momento y la dejen descansar.

Lo hace sonar tan simple y rutinario, pero nada de esto se siente rutinario para ninguno de nosotros. Todos miramos a Leila como preguntándole en silencio: *¿Estarás bien si nos vamos?*

Ella asiente, apenas, pero es suficiente.

Luke, Henry y yo salimos, y en el momento en que la puerta se cierra tras nosotros, la tensión que había estado aumentando en la habitación del hospital se desborda en el pasillo. Un entusiasmo silencioso vibra entre nosotros, apenas contenido bajo nuestro asombro, mientras caminamos hacia la sala de espera justo afuera de su puerta. Durante unos momentos, nos sentamos en silencio, sin saber cómo procesar lo que acaba de suceder, con nuestras mentes aceleradas pero nuestros labios inmóviles. Entonces, es Henry quien rompe el silencio.

—Así que... —alarga la palabra, lanzándonos una mirada de reojo—. ¿Quién creen que sea el

padre?

Intercambiamos miradas como si esperáramos una señal, alguna marca invisible que pudiera aparecer de repente para decirnos quién es el padre. Pero no hay nada. Solo nosotros tres, atrapados en la ambigüedad de todo esto.

Luke habla a continuación.

—Podría ser cualquiera de nosotros, después de cómo estuvimos con ella. Ella y yo siempre habíamos usado protección antes —dice, con voz firme, pero hay una pregunta latente por debajo.

—Sí —hago eco, mis propios pensamientos tomando forma en tiempo real—. Podría ser cualquiera de nosotros... o tal vez el niño pueda tener tres padres.

Las palabras salen de mi boca antes de procesarlas completamente, y Luke y Henry levantan las cejas sorprendidos. Pero al decirlo, me doy cuenta de lo profundamente que lo siento. Esto, nosotros, juntos, se siente correcto. Tal vez no era el plan al principio, cuando me presentaron a Leila, y el pragmatismo era mi única guía. Pero los planes cambian. Ahora, estoy seguro. Podríamos ser una unidad familiar, una verdadera familia, todos nosotros unidos en algo mucho más grande de lo que jamás hubiéramos imaginado.

El tiempo se escurre y, antes de darme cuenta, el doctor ha dado de alta a Leila, y estamos haciendo el corto viaje de regreso a la casa de vacaciones. Es el único lugar donde quiere estar, el único lugar donde puede sentirse segura ahora mismo. Tan pronto como llegamos, me pongo a preparar una comida, algo fresco y simple para que vuelva poco a poco al ritmo de las cosas. Ella come en silencio, el calor de la comida devolviendo un leve color a sus mejillas. Luego, se va a dormir una siesta en la habitación donde una vez se encerró durante tanto tiempo.

Eso nos deja a los tres, Luke, Henry y yo, sentados juntos en la quietud de la casa, nuestras mentes volviendo a la conversación de antes. El silencio no es incómodo. Es el tipo que llega cuando el futuro se siente demasiado vasto, demasiado sin escribir para hablar de él todavía. Pero la idea, la posibilidad de lo que podríamos ser juntos, permanece en el aire como si todos supiéramos que la vida que florece dentro de Leila podría ser el comienzo de algo que nunca esperamos, pero que ahora, más que nunca, se siente exactamente correcto.

—Puedo decir que todos nos alegramos de que esté mejorando —comienzo, mi voz rompiendo el silencio mientras Luke y Henry dirigen su atención hacia mí. Hago una pausa, buscando en sus

ojos, sintiendo el peso de las últimas semanas asentarse entre nosotros—. La sensación cuando salió de esa habitación... Sé que ustedes dos también la sintieron. Quiero que seamos una unidad familiar. Estas semanas nos han mostrado lo bien que podemos cuidarla, cómo podemos protegerla.

Luke asiente sin dudar, su acuerdo es claro.

—No podría estar más de acuerdo —dice, su voz firme, como si este pensamiento hubiera estado descansando en él durante algún tiempo.

Henry se levanta y camina hacia mí hasta que está justo frente a mí, lo suficientemente cerca como para estar cara a cara. Coloca su mano en mi hombro, un gesto de familiaridad que refleja la forma en que lo había consolado no hace mucho. La expresión en su rostro no es de confrontación sino de comprensión.

—Tienes razón —dice, su voz pensativa—. Pero estás olvidando algo. Te gusta estar con nosotros. Te gusta esta pequeña banda de hermanos que tienes aquí. —Sus labios se curvan en una sonrisa burlona como si me desafiara a admitirlo en voz alta.

Siento que una sonrisa tira de la comisura de mi boca, pero paso por alto sus palabras con una desviación juguetona, sin querer ceder a su provocación.

—Bueno... si todos estamos de acuerdo en ser una unidad familiar, deberíamos hablarlo con Leila —digo, dirigiendo la conversación de vuelta al curso. La sonrisa burlona de Henry se desvanece en algo más serio, aunque puedo ver el humor en sus ojos reconociendo mi evasión. Aun así, asiente en acuerdo.

—Tienes razón —dice, su burla reemplazada por una consideración genuina.

—Iré a hablar con ella —me ofrezco, ya moviéndome hacia la habitación de Leila. El peso de la conversación me acompaña mientras camino, pero no es una carga. Se siente como un paso adelante, un paso hacia algo más real de lo que cualquiera de nosotros había anticipado cuando todo esto comenzó. Ya no somos solo tres hombres unidos por las circunstancias. Ahora somos algo más. Y es hora de ver si Leila siente lo mismo.

Cuando entro en la habitación, hay un breve momento de alivio, una tranquilidad que viene con saber que puedo entrar sin vacilación, sin que la puerta esté cerrada para mí como lo estuvo una vez. El recuerdo de aquellos días cerrados permanece brevemente en mi mente, un fantasma del

pasado. Pero ahora, hay una nueva tensión en el aire, algo mucho más inmediato. Leila está caminando de un lado a otro, su respiración rápida y superficial, sus movimientos inquietos.

Cruzo la habitación rápidamente y coloco mis manos suavemente sobre sus hombros, deteniéndola. Su cuerpo se siente frágil bajo mi tacto, y cuando miro sus ojos, están nublados, desenfocados, como si estuviera luchando por anclarse al presente.

—Oye... ¿estás bien? —pregunto, con voz suave, intentando anclarla.

Su mirada vacila, sin llegar a fijarse. —¿Embarazada? —susurra, la palabra escapando como si aún intentara creerlo—. Ni siquiera sé cómo sentirme. Apenas he superado la noticia sobre mi madre. Todo se siente como si estuviera fuera de control. No sé cómo detenerlo.

—Oye, está bien —digo, mis manos moviéndose en círculos lentos sobre sus hombros, tratando de calmarla. Su respiración se estabiliza un poco, y sus ojos finalmente se enfocan en los míos, buscando seguridad.

—Salgamos de aquí —sugiero—. Has estado en esta casa demasiado tiempo. Vamos a tomar aire fresco y despejar nuestras mentes.

Ella asiente lentamente, como alguien que sale de un sueño. —¿Adónde? —pregunta, su voz suave, casi infantil en su vulnerabilidad.

—Conozco el lugar perfecto.

Salimos de la casa y conducimos en un cómodo silencio hacia un parque. Es un lugar tranquilo, escondido pero lleno de vida natural. Los pájaros revolotean entre los árboles y las ardillas corren por el césped, sus movimientos ligeros y libres, como si el mundo estuviera en paz aquí. El césped es exuberante y bien cuidado. El aire es limpio y está lleno del aroma de la vegetación. Es un lugar de rejuvenecimiento silencioso. Nos sentamos en un banco, Leila mordisqueando una paleta de helado, el simple placer de ello trayendo una sonrisa a sus labios. Hay una ligereza en su rostro ahora que no estaba antes. Incluso se ríe, un sonido suave y fugaz, cuando ve a un niño perseguir a un perro juguetón.

Es algo pequeño, esa risa, pero me llena de esperanza. Está empezando a volver a ser ella misma, pieza por pieza. Veo las señales en ella: un cuerpo sanando, un corazón encontrando su camino de nuevo. Observándola, siento ese mismo calor que sentí cuando salió de esa habitación, la misma certeza de que esto es lo que quiero: una familia.

—Leila —comienzo, atrayendo su atención hacia mí. Su sonrisa se desvanece, pero no por miedo o ansiedad, solo por curiosidad tranquila—. Voy a hacerme responsable del bebé —digo, con voz firme.

Su expresión juguetona se vuelve más seria, un destello de duda cruzando sus facciones. — Pero... ¿y si es de Luke? ¿O de Henry? —pregunta, su voz baja e insegura.

—No importa —respondo—. Quiero que seamos una unidad familiar. Los tres.

Sus ojos se abren de sorpresa. Sabía que esa reacción vendría. Estoy seguro de que nunca esperó que esta idea viniera de mí, de todas las personas. Pero continuó, sabiendo que esto es algo que necesito decir.

—Creo que sería lo mejor, dadas nuestras fortalezas individuales. Henry sería un gran socio comercial para mí, y eso será bueno para el legado de tu padre y tu familia. Sabes que Henry y yo haremos lo que sea necesario para protegerte. Y Luke... bueno, Luke ha estado a tu lado durante años. Te conoce de maneras que nosotros no. Sabe cómo cuidarte. Juntos, los tres, podríamos ser algo más, algo más fuerte.

Me mira, su expresión indescifrable por un momento. Pero puedo ver que está escuchando. Realmente escuchando. Su expresión silenciosa me recuerda a nuestra primera cita, la forma en que me miró antes de preguntar si teníamos alguna química real. Esa misma mirada ahora tira de algo profundo dentro de mí. Empuja mis emociones a la superficie: los sentimientos que he mantenido guardados, la preocupación que sentí cuando se aisló, la emoción cautelosa al escuchar que estaba embarazada, la alegría de verla de nuevo, de verla sonreír hoy. Y debajo de todo eso, la verdad innegable: nunca he sentido esto por nadie antes.

Quiero decirle todo. Exponer todo lo que siento, cuánto me importa, cuánto la necesito. Pero cuando abro la boca, las palabras se enredan y se vuelven demasiado pesadas para hablar.

En su lugar, digo:

—Me encantaría que lo consideraras, Leila. Creo que Henry y Luke estarían de acuerdo en que formaríamos una gran unidad familiar.

Capítulo Veinticuatro

Henry

Nos dirigimos a la casa de los Kaye, los tres caminando en un silencio que vibra con palabras no dichas. Mi mente, sin embargo, está lejos de estar tranquila. Cada paso me acerca más al umbral de una vida que he pasado los últimos meses imaginando. Una vida con Leila. El pensamiento me recorre y, por un momento, me sorprende la ola de anticipación que lo acompaña. La anticipación no es solo por la vida con ella, sino por la vida que lleva dentro.

Y, sin embargo, lo que más me sorprende no es la idea de la paternidad o el matrimonio, ambos los anhelo, sino lo natural que se siente que compartiré este futuro con Luke y Ryan. Los miro de reojo, caminando a mi lado, dos hombres cuyos lazos con Leila son tan fuertes como los míos. No hay amargura en ello, ni resentimiento ante la idea de que estén en su vida junto a mí. Debería molestarme. Compartirla debería doler como una herida, pero no es así. En su lugar, se asienta como una extraña especie de paz. Quizás esto es lo que realmente es el amor. No la cosa pequeña y posesiva que alguna vez pensé que era, sino algo mucho más grande y expansivo. Algo con espacio suficiente para todos nosotros.

A medida que nos acercamos a la casa, puedo sentir el peso presionando. La anticipación y una especie de miedo vertiginoso se retuercen dentro de mí. Augustus lo sabrá pronto. Verá lo que nosotros vemos. Y con su bendición, la vida que he querido con ella, la vida que todos queremos, se acercará un poco más a la realidad. No puedo evitar sonreír.

Cuando nos conducen a la sala de la chimenea, el aroma a madera pulida y muebles antiguos se aferra al aire, anclándome en el momento. Es extraño cómo los olores familiares de la casa de los Kaye, antes reconfortantes, ahora parecen cargados con el peso de lo que está por venir. Augustus Kaye está sentado cerca del fuego con Cassie a su lado. Se pone de pie en el momento en que entramos, la preocupación ya grabada profundamente en sus facciones, sus ojos escudriñando nuestros rostros en busca de respuestas antes de que hayamos hablado siquiera.

—¿Cómo está ella? —Su voz corta el aire de la habitación con una urgencia que exige tranquilidad. Está nervioso, y con razón.

Ryan da un paso adelante, rápido para aliviar la tensión que claramente se ha instalado en Augustus.

—Está bien. Es una chica fuerte —dice, poniendo una mano en el hombro de Augustus, guiándolo suavemente de vuelta a su asiento. El gesto es casual, casi fraternal.

Mientras Augustus se hunde de nuevo en su silla, las duras líneas de preocupación en su rostro se suavizan, aunque sus ojos aún están inquietos. Parpadean entre nosotros, Ryan en el bar, sirviéndose un whisky con la facilidad de alguien que ha estado aquí muchas veces antes; yo, parado en medio de la habitación, sintiendo el peso del momento; y Luke, a mi lado, rígido y silencioso, su habitual confianza estoica reemplazada por algo parecido a la vacilación.

—Me alegra escuchar que ha dejado de aislarse. Cuando me dijiste por teléfono que había salido de la habitación, no puedo decirte lo aliviado que me sentí —dice Augustus por fin, el alivio en su voz teñido de preocupación persistente—. La muerte de su madre... le afectó mucho.

Ryan da un sorbo a su bebida, haciendo una ligera mueca cuando el alcohol le quema. —Sí, lo hizo. Eso sacudiría a cualquiera. Pero ella es fuerte —hace girar el vaso, el líquido captando la luz en perezosas espirales, su voz firme pero distante.

—No puedo esperar para verla —Augustus se inclina ligeramente hacia adelante—. ¿Por qué no vino contigo? —Su mirada se fija en Ryan, esperando una respuesta.

Hay una pausa, un latido demasiado largo. Ryan sostiene su mirada pero no dice nada, su expresión endureciéndose como si estuviera sopesando sus palabras. Entonces, para mi sorpresa, es Luke quien habla, su voz baja y pareja, aunque con una cualidad distante que hace que la habitación se sienta más fría.

—El médico aconsejó reposo. Ha pasado por mucho, y es mejor que coma y duerma adecuadamente.

—¿Médico? —repite Augustus, la calma desapareciendo de su rostro mientras sus ojos se agrandan—. Creí que habías dicho que estaba bien. ¿Un médico para qué? —Su voz se quiebra ligeramente, la preocupación resurgiendo con toda su fuerza. Incluso Cassie, callada hasta ahora, se mueve inquieta, su boca abriéndose como si fuera a hacer la misma pregunta.

Antes de que pueda hacerlo, intervengo. —Ella está bien —digo, con un tono mesurado. Las palabras están destinadas a calmar, a frenar la creciente marea de ansiedad en la habitación. Hago una pausa, lo suficientemente larga para que la calma se asiente, antes de continuar—. El médico dijo que estaba desnutrida y agotada... —dejo que la frase quede suspendida, observando sus rostros, sabiendo que las siguientes palabras lo cambiarán todo—. También está embarazada.

—¿Embarazada?! —las voces de Augustus y Cassie chocan, un eco atónito de incredulidad que persiste en el aire entre nosotros.

Ryan se traga el resto de su bebida, el sonido del vaso golpeando la mesa cortando el pesado silencio que se ha instalado en la habitación. Exhala, un suspiro satisfecho escapando de él como si hubiera estado esperando este momento. —Sí. Está embarazada —dice, su voz cortando la conmoción que aún flota en el aire—. No deberías estar tan sorprendido, Augustus —añade, sonriendo con suficiencia—. Tú me regalaste esa casa de vacaciones, ¿recuerdas? Justo cuando ella estaría allí, en pleno cielo.

El rostro de Augustus se aparta, su expresión flaqueando momentáneamente, casi avergonzado bajo la burla de Ryan. Parece un niño atrapado con la mano en el tarro de las galletas.

La sonrisa de Ryan se ensancha, una chispa alegre iluminando su rostro mientras aprovecha el momento. —He propuesto una unidad familiar. Hemos venido a hacer conocer nuestras intenciones. Queremos casarnos con Leila. Creo que estarías de acuerdo en que seríamos muy buenos compañeros para ella.

Augustus nos mira, su sorpresa profundizándose. Puedo ver en su expresión que no esperaba esto. La idea de que Ryan y yo estuviéramos dispuestos a compartir a Leila y formar una unidad familiar juntos no se le había pasado por la mente. Pero mientras estudia nuestros rostros, la sinceridad, la seriedad de nuestras intenciones parece asentarse en sus pensamientos. Puede ver la verdad en ello.

La voz de Cassie, suave pero autoritaria, irrumpe en la habitación como una brisa que corta la tensión.

—Creo que es maravilloso —dice, sus palabras transmitiendo una emoción que burbujea justo bajo la superficie—. Sé lo que es estar en una unidad familiar con compañeros a los que amo. Si Leila quiere esto, solo puedo ver cosas buenas saliendo de ello.

Su tono está lleno de alegría, una especie de felicidad que proviene de alguien que ha visto el camino por delante y sabe que conduce a la plenitud.

Hay un largo silencio, la habitación conteniendo la respiración, y entonces el Sr. Kaye habla.

—No había imaginado a ustedes dos... —hace un gesto hacia Ryan y hacia mí— ...en una unidad familiar juntos. Incluso ahora, es sorprendente. Pero puedo ver que lo dicen en serio, que serían

buenos compañeros para mi hija. Ambos están entre los mejores Alfas, lo suficientemente fuertes y capaces para protegerla. Si esto es lo que la hace feliz, entonces tienen mi bendición.

Su voz es firme, una calma aceptación se asienta en sus palabras, pero también hay un silencioso alivio que las sigue. El peso de su bendición me inunda, y una sensación de paz y corrección me llena.

Pero algo me incomoda, una pequeña inquietud que no puedo ignorar. Hablo antes incluso de darme cuenta completamente de lo que voy a decir.

—No solo Ryan y yo. Luke también.

Los ojos del Sr. Kaye se ensanchan, mirando rápidamente a Luke. Parece atónito, sin palabras, y por un momento no puedo leer la expresión en su rostro. Luke, de pie a mi lado, evita su mirada, fijando su atención en el suelo, negándose a encontrarse con los ojos de Augustus.

—Luke la conoce mejor que cualquiera de nosotros —añade Ryan, interviniendo suavemente, su voz gentil pero firme—. Ha estado a su lado durante años. La ha protegido y cuidado.

La emoción de Cassie vuelve a surgir, su sonrisa inquebrantable.

—¿Han hablado todos con ella al respecto? —pregunta, su voz brillante, anticipando ya la respuesta.

—Yo lo he hecho —responde Ryan—. Pero Henry y Luke necesitan hablar con ella también.

Ryan tiene razón. No he hablado con ella sobre esto, no de la manera en que necesito hacerlo. El pensamiento me envía una sacudida, no de ansiedad sino de anticipación. Solo pensar en ella y en la conversación que tendremos me llena de una silenciosa emoción.

—Debería hacer eso de inmediato —digo, ya moviéndome hacia la puerta.

Ryan me sigue de cerca, dando un golpecito en el hombro a Augustus al pasar. Pero la atención de Augustus no ha dejado a Luke, quien finalmente levanta la mirada para encontrarse con sus ojos. Miro hacia atrás, captando la determinación de Luke, y por un breve momento, me pregunto qué estará pasando por su mente. Entonces escucho la voz de Augustus, firme y segura.

—Luke... un momento.

Mientras salgo, la puerta cerrándose detrás de nosotros, siento una oleada de optimismo. Luke ha llevado sus sentimientos por Leila en silencio durante demasiado tiempo. Tal vez ahora, con Augustus, finalmente hablará con sinceridad. El pensamiento me llena de una calidez inesperada. Merece ser escuchado, y no puedo evitar sentirme feliz por él.

La alegría en mi interior solo se intensifica cuando mis pensamientos se desvían hacia Leila. La emoción de Cassie aún persiste en mi mente, cómo se iluminó ante la idea de que su hermana tuviera su propia unidad familiar. Pude ver la felicidad que la embargó cuando habló de ello, y me recordó lo contenta que está con Ares y sus otros compañeros. Ares, también, nunca se ha visto más feliz. La idea de estar establecido y pertenecer a una unidad familiar propia con Leila en el centro envía una ola de calidez a través de mi pecho.

El sentimiento crece dentro de mí, llenando cada rincón de mi ser. Nunca he deseado nada tanto como deseo esto. Nunca he amado a nadie de la manera en que la amo a ella. El pensamiento de ella, de la vida que podríamos construir juntos, solo hace que mi anticipación sea más aguda y eléctrica. Me impulsa hacia adelante, acelerando mis pasos y llevándome hacia ella.

Sin pensar, saco mi teléfono del bolsillo y marco su número, mis dedos casi temblando de emoción. En cuanto contesta, no puedo contenerme.

—Hola, hermosa —digo, las palabras saliendo antes de que pueda recuperar el aliento.

Ella ríe suavemente, en tono de broma, su voz más animada de lo que ha estado últimamente. —Hola... vaya, alguien está de buen humor.

—Voy para allá ahora —le digo, mi sonrisa ensanchándose mientras hablo—. Prepárate. Quiero que vayamos a un lugar agradable para cenar.

Hay una emoción en mi pecho que no puedo contener. La promesa de verla y estar con ella esta noche me llena de una alegría que no puedo explicar del todo. Imagino su rostro, la forma en que sus ojos se iluminan cuando sonrío, y el calor en mi pecho se extiende, profundizándose en algo casi tangible.

En un abrir y cerrar de ojos, estoy en la casa de vacaciones. El motor se apaga cuando me detengo, y antes de que siquiera salga del coche, la puerta principal se abre, y ahí está ella. Leila sale a la luz menguante, y la vista de ella me deja paralizado.

Es agónicamente hermosa.

Es el tipo de belleza que detiene el tiempo y me quita el aliento. Su piel resplandece, radiante y saludable. El agotamiento y la desnutrición que la apagaron todavía son ligeramente evidentes en sus rasgos, pero está claro que está volviendo a ser ella misma. Su cabello, dorado y rizado, rebota ligeramente cuando se mueve, atrapando los últimos rayos de sol. Y ese vestido, pegado a cada una de sus curvas, un fino velo que apenas oculta la figura que me lleva al borde de la locura. Mi mente da vueltas. Cada centímetro de ella, desde el balanceo de sus caderas hasta la suave sonrisa que juega en sus labios, tira de algo profundo dentro de mí.

Sonríe, cálida y suavemente, una sonrisa de la que sé que nunca me cansaré. —Te ves increíble —digo, las palabras escapándose sin pensarlo, como si fueran pronunciadas por instinto más que por intención. Es todo lo que puedo decir ante su resplandor.

Ella ríe, ese sonido suave y juguetón que he extrañado más de lo que me había dado cuenta. —Acabo de improvisar esto —dice con esa confianza irresistible que solo ella podría llevar con tanta naturalidad—. Ahora, ¿vas a abrir la puerta o...? —Deja la frase en el aire, sus ojos brillando con picardía.

He extrañado este lado de ella.

El trayecto al restaurante pasa en un abrir y cerrar de ojos. La tensión entre nosotros es palpable pero agradable. Pronto, nos encontramos sentados en uno de mis lugares favoritos, donde el tintineo de los cubiertos se mezcla con las suaves melodías de una orquesta en vivo que toca de fondo. La delicada música nos envuelve, realzando la elegancia de la noche, pero mi atención nunca se aparta de ella.

Come con entusiasmo, y me aseguro de que los platos no dejen de llegar. Después de todos los días que pasó apenas comiendo, quiero que coma todo lo que pueda. Sigo pidiendo más, y la comida llega rápidamente mientras ella devora. Hay algo casi infantil en su disfrute. Es enternecedor verla alimentarse, saboreando cada bocado como si estuviera redescubriendo el placer de comer después de tanta adversidad. Después de todo lo que ha pasado, se merece esto. Merece reconstruirse, sanar y prosperar, por ella misma y por la delicada vida que crece en su interior.

Levanta la mirada y me pilla mirándola fijamente, con una sonrisa juguetona tirando de sus labios.

—Es de mala educación quedarse mirando, Henry —me bromea.

—No puedo evitarlo. Soy un hombre enamorado —digo, las palabras saliendo de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Por un momento, su expresión cambia, pasando de una suave diversión a algo más serio. Deja el tenedor y su mirada se clava en la mía con una intensidad que me hace estremecer.

—Henry... —empieza, su voz es insegura, como si la hubiera pillado desprevenida y no supiera cómo responder. Pero no le doy la oportunidad. Este es mi momento, y lo aprovecho con ambas manos.

—Lo digo en serio, Leila —digo, mi voz más firme ahora, el peso de lo que siento se transmite en cada palabra—. Estoy enamorado de ti. Desde el primer momento en que te vi, supe que eras diferente. Eras la mujer más increíble, delicada y a la vez poderosa que jamás había visto. En aquel entonces, intenté luchar contra ello y convencerme de que era algo pasajero, un sueño que nunca alcanzaría. Pero ahora... —hago una pausa, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho—. Ahora, es como si el destino me hubiera dado esta única oportunidad de felicidad y amor, y no puedo darle la espalda.

Sus ojos permanecen fijos en mí, sin pestañear, buscando algo en mi rostro, en mi voz. Su silencio es pesado, y no puedo descifrar su expresión, si está conmovida, asustada o simplemente abrumada. Pero continúo, las palabras brotando ahora más rápido, más seguras con cada respiración.

—Sé que Ryan te ha hablado de la unidad familiar. Sé que aún no has dicho nada. Pero necesito que sepas, más de lo que las palabras pueden expresar, que te amo, Leila. Quiero construir una vida contigo. Quiero establecerme contigo. Y no tienes que elegir entre nosotros.

Las palabras se sienten más verdaderas a medida que las pronuncio. Nunca he estado más seguro de nada en mi vida.

—No tienes que elegir entre nosotros —repito, el peso de la verdad se asienta sobre nosotros dos—. Puedes tenernos a todos. Te mereces tener todo lo que desees.

El silencio entre nosotros se alarga, cargado de emociones no expresadas, y espero, con el corazón acelerado, mientras la gravedad de mi confesión flota en el aire.

Capítulo Veinticinco

Luke

—Luke... una palabra.

Me lo esperaba. Me giro hacia él, con el corazón laténdome rápidamente. La sala se vacía con rapidez. Ryan y Henry son los primeros en salir, seguidos por Cassie. Luego, solo quedamos nosotros dos: el Sr. Augustus Kaye y yo. Mi mente es un torbellino de miedos y dudas. ¿Qué pensará? ¿Qué dirá?

—Sr. Kaye... le pido disculpas —comienzo, con voz firme pero hueca—, si mis acciones le han decepcionado. Sé que he cruzado muchos límites. Mi deber era proteger a Leila. Esa era la confianza que usted depositó en mí. No tenía derecho a buscar nada más. Por eso, estoy verdaderamente arrepentido.

Lo observo atentamente, pero su rostro mantiene una expresión apagada que no ofrece una respuesta clara. El silencio me obliga a continuar, como si tuviera que confesar completamente el peso de mi corazón.

—Usted ha sido más que un benefactor para mí, y siempre estaré agradecido por ello. Sin faltarle al respeto, me he enamorado profundamente de Leila. Está más allá de mi control. Los años que pasé cuidándola, siendo testigo de cada faceta de quién es ella, me han cambiado. Sé que esto no es lo que usted esperaba de mí, pero le prometo que continuaré protegiendo a Leila con mi vida, ya que ella me ha permitido amarla.

Me quedo en silencio, las palabras me abandonan con una finalidad que trae tanto alivio como temor. He dicho todo lo que hay que decir.

El Sr. Augustus exhala un largo y prolongado suspiro. Levantándose de su silla, se dirige hacia el bar, dándome la espalda mientras sirve dos vasos de whisky. Regresa, hundiéndose pesadamente en su asiento y colocando uno de los vasos frente a mí. Luego, con un gesto, me indica que me una a él. —Ven... siéntate, muchacho.

Con cautela, tomo el asiento a su lado, el peso del momento oprimiéndome. —Adelante —dice, con voz más baja ahora—. No me dejes beber solo.

Levanto el vaso a mis labios, el calor del whisky me da fuerzas mientras baja quemando.

—Recuerdo la primera vez que te vi, Luke —comienza el Sr. Augustus, su voz teñida de nostalgia—. Eras solo un chico, brillante, entusiasta... quizás un poco ingenuo. —Ríe suavemente ante el recuerdo—. Pero pocas cosas me han traído más alegría que verte crecer hasta convertirte en el hombre que eres hoy. Estoy orgulloso de eso, Luke. Estoy orgulloso de ti.

Sus palabras me impactan profundamente, tomándome por sorpresa. Me giro para mirarlo, sin saber cómo responder.

—Esta... situación —continúa, con voz pausada—, no es algo que jamás hubiera anticipado. Pero si Leila decide incluirte en su unidad familiar, y si verdaderamente la amas como afirmas, entonces tienes mi bendición.

Las palabras, pronunciadas con tanta sencillez, se asientan en mí, suavizando algo profundo en mi interior. Respiro por lo que parece ser la primera vez en horas.

—Luke... Luke...

La voz de Leila interrumpe mis pensamientos, devolviéndome al presente. —¿En qué estás pensando? —pregunta, con ojos curiosos mientras detengo el coche frente a la casa de vacaciones.

Le sonrío, el recuerdo de aquella conversación permanece como un susurro en el aire.

—Solo en una conversación —respondo. Han pasado meses desde que el Sr. Kaye me dio su bendición, pero el peso de esas palabras aún descansa suavemente en mi corazón.

También han pasado meses desde que el médico confirmó que Leila estaba embarazada, y aún más tiempo desde que se encerró, ahogándose en el dolor tras la muerte de su madre. Todavía puedo recordar esos días, cómo se escondía en ese espacio oscuro y silencioso. Apenas comía. Apenas dormía. Su dolor la consumía, y no sabía cómo traerla de vuelta. Pero lo superó, de alguna manera. Ahora está completamente recuperada. La mirada vacía en sus ojos ha desaparecido y sus mejillas están más llenas. La fragilidad que una vez se aferraba a ella es solo un recuerdo. Pero ahora, su cuerpo cuenta una historia diferente.

Se le nota. No se puede pasar por alto, la curva de su vientre redondeándose bajo su camiseta, la evidencia innegable de la vida que crece en su interior.

Acabamos de volver del hospital. Leila necesitaba saber con certeza quién es el padre, así que nos pidió a todos que diéramos muestras de ADN. Parecía importante para ella, y ninguno de nosotros tenía razones para negarse. No estaba seguro de qué esperar, tal vez no quería pensar en ello. Quizás no me importaba quién fuera el padre, pero ahora Ryan, Henry y yo finalmente lo sabremos.

Nos están esperando en la casa, probablemente preguntándose qué nos está tomando tanto tiempo. Puedo imaginarlos sentados en la sala de estar, inquietos por la impaciencia, o tal vez solo tratando de mantener la calma.

Miro a Leila mientras caminamos hacia la puerta principal. Su rostro está decidido, determinado.

La puerta se abre y, por un momento, nos quedamos en el umbral, con el calor de la casa presionando contra la frescura del aire nocturno detrás de nosotros.

Entramos en la casa, la puerta cerrándose con un clic detrás de nosotros, sellándonos dentro con el silencio expectante. Ryan y Henry ya están en la sala de estar, y puedo sentir sus ojos sobre nosotros en el momento en que cruzamos el umbral. Henry se pone de pie inmediatamente, su anticipación casi palpable, irradiando a través de sus movimientos y expresión. Ryan está más sereno, apoyado casualmente contra la pared, pero puedo ver más allá de su fachada tranquila. Sus ojos lo delatan, agudos, atentos, esperando las noticias tan ansiosamente como Henry.

Leila no se detiene, no vacila. Da un paso adelante, cortando de lleno la espesa tensión en la habitación.

—Los resultados están listos —su voz es firme. No hay necesidad de alargarlo—. El padre es Henry.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, hundiéndose en la quietud que sigue. Nadie habla. Nadie se mueve. Me encuentro observando a Henry primero, captando la forma en que su rostro cambia a medida que la realidad de todo comienza a asentarse. Sus facciones se suavizan, un silencioso alivio se desliza, pero luego sus ojos se endurecen de nuevo, no en resistencia sino en aceptación y una comprensión del peso de la paternidad ahora sobre sus hombros. Miro a Ryan, y su expresión es un reflejo de la de Henry: alivio seguido de un reconocimiento tranquilo y consciente.

Y entonces Henry ríe, una risa repentina y plena que rompe el silencio de par en par. Llena la habitación, desbordándose como una ola que rompe en la orilla. Ryan se mueve hacia él, una

sonrisa tirando de las comisuras de su boca. Le ofrece su mano a Henry, y se estrechan. No es solo un apretón de manos, sino una especie de entendimiento entre ellos.

—Esperemos que una mini versión tuya sea menos inquieta que tú —bromea Ryan.

Henry sonríe, sacudiendo la cabeza.

—No cuentes con ello —dice, y la calidez en su voz llena el espacio entre ellos.

Leila se acerca, su presencia atrayendo toda nuestra atención. Hay algo en su rostro, algo suave, casi sereno. Es como si un peso se hubiera levantado de ella también. Me encuentro moviéndome hacia ella sin siquiera pensarlo, como si la gravedad del momento nos estuviera atrayendo a todos juntos. Hay una alegría silenciosa aquí, un sentido de conexión que trasciende los detalles específicos de quién es el padre de este niño. El bebé puede ser de Henry, pero en este momento, se siente como si todos fuéramos parte de algo más grande que nosotros mismos, conectados a Leila, al niño y entre nosotros.

Y entonces, la quietud es destrozada por el agudo pitido de mi teléfono. Intento ignorarlo al principio, reacio a dejar que el momento se escape, pero justo cuando lo descarto, el teléfono de Leila también suena. Luego el de Ryan. Luego el de Henry. El sonido es discordante e insistente, cortando a través de la calidez de la habitación como una ráfaga de viento frío. Uno por uno, miramos nuestros teléfonos, la realidad fuera de este pequeño e íntimo momento llamando a la puerta, exigiendo nuestra atención.

Leila es la primera en comprender lo que está sucediendo. Lo veo en su rostro, un momento de comprensión que rápidamente se transforma en horror. Se le corta la respiración y luego estalla. —¡Por el amor de Dios! ¡Déjame en paz! —Su voz se quiebra mientras camina de un lado a otro, sus movimientos frenéticos, sus manos temblorosas. No hay forma de ocultar el pánico, la frustración y el puro agotamiento.

Echo un vistazo a mi teléfono y se me cae el alma a los pies. Los medios de comunicación de la ciudad, los tabloides, todos y cada uno de ellos, están plagados de imágenes de Leila. En la foto está inconfundiblemente embarazada, con un titular extendido en la primera plana. Mis ojos recorren las palabras, con el corazón latiendo con fuerza. Es despiadado. La han tildado de desesperada y la han acusado de usar el embarazo para mantenerse relevante. Y peor aún, han convertido a su hijo por nacer en un espectáculo. *La segunda venida de La Asesina Kaye*, lo llaman, una referencia cruel y cortante al legado de su madre, un legado que aún la persigue.

Pero eso ni siquiera es lo peor. La identidad del padre ha salido a la luz. De alguna manera, la prensa lo sabe. Han analizado el hecho de que Henry es el padre, no Ryan, a pesar de todas las historias que pintaban a Ryan y Leila como prácticamente comprometidos y a punto de casarse. Todos los artículos son brutales, y está claro cómo llegaron a esto. Alguien en el hospital, alguien que tenía acceso a esas pruebas, había vendido la historia. Habían entregado la vida privada de Leila a la prensa como si no fuera nada.

Henry también lo ve. Su rostro se endurece, la ira ondulando bajo la superficie mientras toma su teléfono y comienza a marcar. Camina por la habitación, su voz baja pero afilada mientras habla por el auricular, llamando al hospital para exigir respuestas. Ryan ya está en medio de una conversación, su voz una furia silenciosa mientras habla con alguien, probablemente un contacto en la prensa, tratando de averiguar quién filtró la información. La habitación es un caos, cargada con su ira y la energía frenética de tratar de contener algo que ya está fuera de control.

Leila, sin embargo, se está desmoronando frente a nosotros. Su respiración se vuelve superficial y entrecortada. Sus ojos están abiertos y desenfocados, como si las paredes se estuvieran cerrando. —No puedo hacer esto. Estoy harta. Necesito aire. —Y antes de que cualquiera de nosotros pueda detenerla, sale corriendo. Sale disparada de la casa, sus pasos rápidos e irregulares mientras desaparece en el bosque.

Ryan y Henry se mueven instintivamente para seguirla, sus instintos protectores activándose. Pero yo doy un paso adelante, cortándoles el paso. —Quédense aquí. Necesitan llegar al fondo de esto —les digo—. Yo iré con ella.

Dudan, intercambiando miradas, pero saben que tengo razón. Su ira tiene un propósito aquí. Necesitan averiguar quién hizo esto y cómo ocurrió esta invasión de la privacidad. Asienten, y me doy la vuelta para irme, escuchando el chasquido agudo de la voz de Ryan reanudando su conversación mientras salgo por la puerta.

El aire afuera está fresco y húmedo con aroma a pino y tierra. Diviso la figura de Leila a lo lejos, adentrándose en el bosque, su silueta apenas visible entre los árboles. Se mueve rápido, con paso frenético, como si intentara escapar de algo. La sigo, acelerando mis pasos a medida que la distancia entre nosotros se acorta.

Cuando me acerco, la encuentro de pie junto al lago, completamente inmóvil, con la atención fija en el agua como si buscara respuestas en su superficie tranquila. No se mueve cuando me aproximo, pero puedo sentir el peso que carga.

Me detengo a su lado, sin decir nada por un momento, simplemente asimilando la escena y el silencio entre nosotros. Sin embargo, mi mente está inquieta, agitada por una sensación corrosiva de culpa. Debería haberla protegido de esto. Lo intenté. En el hospital, hice todo lo posible por resguardarla y mantenerla oculta de miradas indiscretas o cámaras al acecho. Estuve atento a cualquier cosa sospechosa, manteniéndome cerca, bloqueándola de la vista. Y aun así, a pesar de todo, la foto de ella, evidentemente embarazada, apareció en todos los titulares. La imagen fue tomada hoy, justo fuera del hospital bajo mi vigilancia. Este pensamiento despierta algo oscuro en mí, una irritación que no logro sacudirme.

La miro de reojo, su perfil suavizado por la luz menguante. Ella mira fijamente el lago, su expresión indescifrable, aunque la tensión a su alrededor lentamente cede ante la quietud del momento. Permanecemos así por un largo rato, sin que ninguno hable. El silencio entre nosotros era pesado pero tácito.

Cuando finalmente lo rompe, su voz es tan suave que casi parece estar hablando consigo misma.

—Es como si haga lo que haga, me ven. Es como si no pudiera escapar de ellos. No saben nada y aun así pintan esta horrible imagen de mí.

Siento cómo sus palabras se asientan sobre nosotros, cargadas de frustración y tristeza. Desearía poder decir algo para mejorarlo, pero nada me viene a la mente. Y tal vez eso esté bien. He aprendido que a veces Leila no necesita palabras. Necesita a alguien que escuche y simplemente esté ahí. Así que me quedo quieto, ofreciéndole el poco consuelo que puedo.

Exhala lentamente.

—En momentos como este... echo de menos a mamá. Tenía sus defectos, pero siempre sabía cómo hacer que las revistas del corazón parecieran irrelevantes.

Su mención de su madre también despierta algo en mí, recuerdos de mi propia madre, cómo siempre tenía una manera de hacer que todo pareciera más pequeño, menos abrumador. Podía tomar incluso las cargas más pesadas y hacer que se sintieran como nada más que una brisa pasajera. Y de repente, me encuentro imaginando a Leila conociéndola, a mi madre envolviéndola en esa misma tranquilidad reconfortante. Quiero que Leila conozca ese tipo de paz y conozca a la mujer que me formó y vea cuánto la querría mi madre simplemente porque ella tiene mi corazón.

—¿Te sería útil si te llevara a ver a mi madre? —pregunto, con un tono más formal de lo que

pretendía, aunque la sinceridad está presente.

Leila me mira entonces, sus ojos suavizándose por un breve momento mientras considera la oferta. Luego asiente. —Sí. Me ayudará a distraerme.

Y así, sin más, estamos en el coche. El silencio entre nosotros es diferente ahora, menos pesado y cargado. Las calles que pasamos se vuelven más familiares con cada giro, y pronto, nos abrimos paso por el barrio de mi infancia. Cada esquina y edificio evoca viejos recuerdos, fragmentos de una vida que casi había olvidado en el torbellino de todo lo que ha sucedido. Y entonces, finalmente, llegamos. La pequeña casa se alza ante nosotros sin cambios: mi hogar.

Mientras nos acercamos a la casa, una oleada de calidez me invade. Este lugar, estas calles, contienen algo simple e inquebrantable. Paz. Estabilidad. Cosas que sé que Leila necesita ahora más que nunca. Aparco el coche y, por primera vez en lo que parecen horas, me permito respirar.

Llamo a la puerta, con una emoción silenciosa burbujeando bajo mi piel. La puerta se abre de golpe y ahí está ella, mi madre. Su rostro se ilumina con una sonrisa, de esas que te calientan instantáneamente desde dentro. —Luke, hijo mío —dice, con la voz llena de afecto mientras me atrae hacia sus brazos. Es el tipo de abrazo que solo una madre puede dar, uno que hace que el mundo se sienta seguro—. ¿Cómo estás?

—Estoy muy bien, mamá —respondo, aunque sus ojos ya se han desplazado hacia Leila. Su sonrisa se suaviza en algo más cauteloso, pero no menos amable.

—Oh, cielos... Señorita Kaye... —dice, con un tono de reverencia en su voz, como si estuviera conociendo a alguien de gran importancia.

Leila, con su gracia natural, da un paso adelante, su propia sonrisa tan desarmante como cálida.

—Señora Jacobs —dice suavemente, y veo la conexión chispear entre ellas en ese momento.

—¡Vaya! Luke, deberías haberme dicho que tendríamos una invitada tan especial —me reprende mi madre, dándome un golpecito juguetón en el hombro. Entonces sus ojos se posan en el vientre redondeado de Leila, su rostro cambiando a una expresión de confusión mezclada con humor—. ¿Dos invitados especiales?

Leila y yo intercambiamos miradas, compartiendo una sonrisa. Es un momento de ligereza en medio de la tormenta de la que acabamos de escapar, un pequeño respiro de alivio en este tranquilo santuario.

—Bueno, entonces —anuncia mamá, con un brillo en los ojos—, voy a preparar algo delicioso. Señorita Leila, por favor, tome asiento.

Ambos nos sentamos y, pronto, la voz de mi madre flota desde la cocina, un suave murmullo de conversación que parece envolver a Leila como una cálida manta. Hablan con facilidad, cayendo en un ritmo. Mi madre comparte historias sobre sus propias experiencias de embarazo, de la emoción y el terror de convertirse en madre, salpicando la conversación con anécdotas divertidas sobre mí cuando era bebé. Leila ríe genuinamente, sus hombros relajándose mientras se absorbe en la charla, en el confort de la presencia de mi madre. Cuando la comida está lista, Leila parece más ligera, liberada, aunque sea temporalmente, del peso de sus preocupaciones.

Cuando mi madre finalmente se sienta con nosotros, la comida lleva más que alimento, contiene el cuidado y el amor que ella ha vertido en ella. Es el tipo de comida que te hace sentir visto y cuidado. Y por un momento, el mundo exterior parece irrelevante. Pero entonces, como si sintiera el cambio en el estado de ánimo de Leila, mi madre hace una pausa, sus ojos posándose en ella con una preocupación silenciosa y comprensiva.

—No puedo evitar notar una pequeña nube sobre ti, querida —dice suavemente, su voz gentil pero insistente.

Leila vacila. Su primer instinto es quitarle importancia, usar la máscara que ha perfeccionado con el tiempo. Pero mi madre no se lo permite.

—He vivido lo suficiente para saber cuándo algo está preocupando a alguien.

Leila exhala, dejando caer la resistencia.

—Es solo que... los últimos meses han sido un torbellino —comienza, su voz temblando como si hablar las palabras hiciera que todo volviera a ser real—. Han pasado tantas cosas, y he tratado de mantenerme entera. Pero hoy, con todo lo que sale en las noticias, siento que me ahogo. No importa lo que haga, la prensa... no me deja respirar.

Su voz se quiebra y, por un momento, su vulnerabilidad es clara.

Mi madre extiende la mano a través de la mesa, tomando suavemente la mano de Leila entre las suyas. Sus miradas se encuentran, y la voz de mi madre es cálida pero firme.

—Lamento mucho todo lo que has sufrido, especialmente lo que pasó con tu madre. Pero en

cuanto al resto, el ruido exterior no importa. La prensa, las personas que escriben esas historias, no te conocen. No viven tu vida. Siempre hablarán y siempre dirán lo suyo. Pero sus palabras, ¿sabes qué? No te definen. Solo tú lo haces, querida. Solo tú sabes quién eres, y eso es lo único que realmente importa.

La expresión de Leila se suaviza, el alivio se apodera de sus facciones como si hubiera estado esperando escuchar esas palabras, necesitando que alguien le recordara su propia fuerza. Comparten una sonrisa silenciosa, y mi madre se levanta, excusándose con una ternura que persiste incluso después de que ha dejado la habitación.

En el silencio que sigue, me quedo con mis propios pensamientos y recuerdos arremolinándose en mi mente. Ver a Leila con mi madre despierta fuertes sentimientos en lo más profundo de mi ser. Recuerdo las palabras de Ryan, cómo insistía en que Henry y yo deberíamos hablar con Leila, como él lo hizo, sobre nuestras intenciones y la unidad familiar que queremos crear con ella. Ahora, viéndola aquí, en este hogar que me formó, me llena de un anhelo que ya no puedo ignorar.

—Tienes suerte de tenerla —dice Leila suavemente, rompiendo el silencio—. Es increíble.

Sus palabras resuenan en mí, entrelazándose con los pensamientos que ya corren por mi mente. Respiro hondo, sabiendo que ahora es el momento de hablar.

—Tienes razón. Soy extremadamente afortunado.

Hago una pausa, con la voz cargada de emoción.

—Mi madre es parte de eso, sí. Pero soy afortunado de muchas otras maneras, Leila. Desde cómo crecí hasta dónde estoy ahora, e incluso estar aquí contigo.

Sus ojos están sobre mí ahora, grandes e inquisitivos, sintiendo la profundidad de lo que estoy a punto de decir.

—Esta casa, estas calles, es de donde vengo. Crecí sin nada, Leila. No mucha gente pasa de esa vida a la que tengo ahora. Y trabajar para tu familia... es un honor. Pero ¿conocerme? ¿Estar tan cerca de ti? Ahí es donde realmente reside mi suerte. Porque nada en mi vida, nada de lo que he logrado, se compara contigo.

Mi voz vacila mientras hablo, desnudando mi corazón ante ella de una manera que nunca antes

había hecho.

—Soy solo un hombre sencillo, Leila, un hombre de orígenes humildes. Sé que no merezco estar contigo. No merezco ser tu compañero, estar a tu lado. Pero no puedo dejarte ir. Estoy demasiado perdido. Te amo demasiado como para siquiera considerarlo.

Busco en sus ojos, esperando que pueda sentir la cruda verdad en mis palabras.

—De todas las maneras en que la vida me ha mostrado suerte, ninguna se compara contigo, Leila. Ninguna se compara con la oportunidad de construir una vida y una unidad familiar contigo.

La habitación está cargada de emoción, el peso de mi confesión flotando entre nosotros. Y en ese momento, me siento más vulnerable que nunca, esperando que ella me vea, que vea la profundidad de lo que significa para mí.

Capítulo Veintiséis

Leila

El teléfono vibra otra vez, un zumbido persistente que corta el silencio, seguido de otro y otro más. Un enjambre implacable de notificaciones, cada una con una nueva versión de la misma historia retorcida, un nuevo titular sensacionalista o una columna de opinión de algún comentarista moralista. La noticia de mi embarazo se ha convertido en combustible para todos los medios que se alimentan del escándalo. No hay medio que quede intacto, ni rincón de internet donde mi vida no haya sido diseccionada, exagerada y sensacionalizada. Siento el peso de la mirada de los buitres mediáticos, alimentándose de las partes íntimas de mi vida para conseguir sus clics y visitas.

Mis dedos se ciernen sobre el teléfono por un momento, pero una extraña calma me invade. Si van a hablar de mí sin parar, bien podría ver hasta dónde ha volado su imaginación. Desbloqueo la pantalla, preparándome mentalmente, pero aun así, lo absurdo de todo esto es abrumador. El primer titular, de un tabloide famoso por su talento para la ficción, declara audazmente que Ryan y yo hemos estado hablando de matrimonio basándose en nada más que una simple e inocente cita que nos vieron tener en su oficina. Peor aún, afirman que lo he traicionado, engañando a mi supuesto prometido con Henry, quien supuestamente ignora la aventura. El descaro, la ignorancia y la pura audacia serían casi cómicos si no fueran tan crueles.

Sigo deslizando el dedo, con el corazón cada vez más oprimido mientras las acusaciones se salen de control. Otro artículo, más desagradable que el anterior, me acusa de haber sido descartada por Ares, rechazada por alguna promiscuidad imaginaria. Afirman que su compromiso con Cassie fue el resultado de descubrir mi supuesta falta de carácter. Es asqueroso, el veneno en sus palabras, las insinuaciones de que de alguna manera me he buscado todo esto.

Pero lo peor es cómo convierten mi vida en un espectáculo, llamándome con nombres despectivos: «un desastre», «un lío». Las palabras duelen más de lo que me gustaría admitir. Es casi risible en su crueldad, pero se clava profundamente.

Y luego está Henry. El pecho me duele al pensar en él. Acaba de enterarse de que va a ser padre. Este momento debería haber sido nuestro, algo que compartiríamos en nuestros propios términos y a nuestro propio ritmo. Pero ahora está expuesto, manchado por estos rumores viciosos,

retorcido en algo feo y público. El momento que deberíamos haber atesorado nos ha sido robado, reducido a nada más que alimento para el cotilleo.

Luke también sufre. Siempre lo hace, ¿no es así? Mi siempre fiel sombra, absorbiendo mi dolor como si fuera suyo. Ha estado a mi lado durante tanto tiempo, y sin embargo, siento que constantemente lo arrastro por el fango. Cada vez que las cosas parecen calmarse, otra tormenta llega, y ahí está él, firme, protegiéndome lo mejor que puede. Pero conozco a Luke, él también se culpa por esto. Estaba allí cuando tomaron las fotos. Probablemente piense que debería haber hecho más y que de alguna manera es su culpa que estos buitres se hayan abalanzado cuando lo hicieron. No lo es, por supuesto. Pero sé cuán pesado debe ser su corazón ahora mismo.

Y luego está Ryan. Siento que las lágrimas amenazan con brotar cuando su nombre pasa por mi mente. No ha dicho mucho desde que comenzó este torbellino, pero puedo sentir su distancia. Ryan, siempre el pragmático, solía hablar del matrimonio como si fuera un acuerdo comercial, una alianza que tenía sentido en papel. Siempre lo había sabido. Pero ahora, ¿qué pensará? La fría realidad de lo que este circo mediático me ha hecho, a mi nombre... ¿aún lo consideraría? ¿Aún querría estar asociado conmigo, sabiendo lo que el mundo está diciendo? No es bueno para él, su negocio o su imagen. Y la idea de perderlo por esto duele más de lo que podría haber imaginado.

Dejo el teléfono, los titulares aún destellando, pero no puedo mirar más. Ya me han quitado suficiente.

Me acuesto en la cama, envuelta en el calor del edredón, como si su suave abrazo pudiera protegerme de los bordes afilados de las palabras que los tabloides habían tallado en mi vida. Pero ninguna cantidad de tela podría amortiguar el peso de los titulares o el escozor de cuán profundamente cortan a los hombres que me importan. Mi mente da vueltas, reproduciendo cada cruel acusación, cada mentira hilada por el bien de una historia. El silencio de la habitación se siente espeso y sofocante hasta que un leve crujido me saca de mis pensamientos. Miro hacia la puerta.

Luke está allí, con la cabeza apenas asomándose a la habitación. Sus ojos están suaves de preocupación mientras me mira.

—Leila... ¿estás bien? —Su voz es tranquila, casi tentativa, como si temiera perturbar la frágil calma que estoy tratando tan duro de mantener.

—Sí, estoy bien —Las palabras salen demasiado rápido, demasiado fácilmente. Es una mentira envuelta en la esperanza de que si lo digo lo suficiente, pueda volverse verdad. Pero incluso mientras lo digo, sé que no puedo ocultárselo a Luke. Él ve a través de mí y siempre lo ha hecho.

Duda, un destello de algo ilegible cruzando su rostro antes de entrar más en la habitación. —Hay algo que deberías saber —comienza, su tono más serio ahora—. Henry y Ryan... han encontrado la fuga.

Sus palabras caen como una piedra en las aguas tranquilas de mis pensamientos, extendiéndose en ondas, sacudiéndome de mi entumecimiento. Una oleada de curiosidad, no, de determinación, me invade. Quienquiera que hubiera hecho esto, quienquiera que nos hubiera traicionado, necesitaba saberlo. Quería mirarle a los ojos y preguntarles por qué. ¿Por qué habían hecho esto? ¿Qué había hecho yo para merecerlo? ¿Les habría lastimado sin saberlo, cruzado alguna línea invisible que les llevó a esto?

Sin decir palabra, aparto el edredón y me levanto de la cama, el movimiento repentino impulsado por las preguntas que giran en mi mente. Luke me observa, su presencia constante dándome la fuerza para seguir adelante y enfrentar cualquier verdad que me esperara en la otra habitación.

—Están en la sala —dice suavemente mientras me acerco a él. Sus ojos exploran mis facciones en busca de algún signo de duda, alguna señal de que quizás no esté lista para lo que estoy a punto de escuchar. Pero no hay ninguna. Estoy lista. Tengo que estarlo.

Caminamos juntos por el pasillo, el peso de los pensamientos no expresados flota en el aire entre nosotros. La tensión silenciosa iba en aumento con cada paso que nos acercaba a la sala, donde la verdad aguarda.

Al entrar en la sala, Henry cruza el espacio hacia mí. Su contacto es suave mientras me besa la mejilla y me guía para que me siente. Su protección siempre ha estado ahí, pero ahora se ha intensificado, una presencia constante desde que mi embarazo empezó a notarse. Se queda cerca, con la mano apoyada en mi espalda como si su contacto pudiera protegerme del peso de todo. Al otro lado de la habitación, Ryan permanece con su calma habitual, aunque puedo percibir una corriente subyacente en él hoy, algo que hierve bajo su exterior compuesto.

—Recibimos noticias del hospital —comienza Henry, con voz firme pero tensa por la ira—. Entre los contactos de Ryan en los medios y la presión que ejercimos sobre el hospital, sabemos cómo sucedió todo esto.

Me vuelvo hacia Ryan, y él habla, con un tono cortante.

—Un reportero te vio a ti y a Luke en el hospital. Le preguntó a una enfermera, que era su amiga, si sabía por qué estabais allí. Y ella se lo contó.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Una enfermera. No un plan maestro, ni un conspirador sombrío acechando entre bastidores, solo una enfermera con la lengua suelta y un amigo en el negocio equivocado. Mi corazón se hunde con el anticlímax. No hay un enemigo oculto ni un villano al que pueda desenmascarar y derrotar. Solo esto.

Henry vuelve a hablar, apretando ligeramente mi mano.

—Han despedido a la enfermera. El hospital la echó esta mañana.

Ryan se burla, su calma exterior se quiebra mientras se cruza de brazos, con un tono afilado en su voz ahora.

—Perder su trabajo será lo de menos. Me voy a asegurar de que vaya a la cárcel por esto.

La idea de la retribución, del castigo, despierta algo en mí, pero no es satisfacción. Debería sentirme aliviada de que se le esté pidiendo cuentas, pero en cambio, una ola de decepción me invade. No es suficiente. La cárcel no deshará lo que se ha hecho. No borrarán los titulares ni nos devolverán nuestra privacidad. Siempre habrá enfermeras y periodistas, siempre alguien dispuesto a cruzar la línea por una historia. Y ese pensamiento se asienta pesadamente en mi pecho.

—No hay necesidad de eso —digo suavemente, volviéndome hacia Ryan, mi voz firme, aunque me está costando todo mi esfuerzo mantenerla así—. Lo hecho, hecho está. ¿Qué bien haría que la arrestaran? No arreglará lo que ha pasado.

Ryan arquea una ceja, su mirada se estrecha hacia mí en una mezcla de curiosidad e incredulidad. Parece sorprendido de que yo esté tan resignada.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

Respiro profundamente, preparándome, sabiendo que las palabras que estoy a punto de pronunciar han estado gestándose dentro de mí desde hace tiempo, desde que los tabloides se apoderaron de esta noticia. Miro a Henry, a Luke y finalmente a Ryan, cada uno de ellos afectado por esto a su manera. Cada uno de ellos carga con una parte de mi peso.

—Toda esta situación... duele. Os hace daño a todos —mi voz se quiebra, pero continúo, sintiendo cómo la mano de Henry aprieta la mía en silencioso apoyo—. Han tomado algo tan precioso como que Henry se convierta en padre y lo han convertido en un circo, en una broma. Algo para vender.

La mandíbula de Henry se tensa, su agarre en mí se vuelve más firme. Pero sigo adelante, dirigiendo mi atención a Luke.

—Y Luke... has estado sufriendo conmigo a través de todo esto. Siempre estás a mi lado, y sé cuánto pesa esto sobre ti. Nunca tienes un descanso. Te han arrastrado por tanto por mi culpa — Luke da un paso adelante. Su mano se posa en mi hombro, el calor de su toque es un consuelo sin palabras, pero ni siquiera su presencia puede aliviar la tormenta dentro de mí.

Hago una pausa, reuniendo mis fuerzas antes de ponerme de pie. Mis piernas se sienten temblorosas, pero no puedo seguir sentada. Necesito enfrentar a Ryan completamente ahora. Él me observa, con los brazos aún cruzados, su calma exterior apenas ocultando la intensidad en sus ojos.

—Y tú, Ryan —comienzo, mi voz temblando a pesar de mis esfuerzos por mantenerla firme—. No te apuntaste a esto. Este... escándalo. Cuando hablaste de nosotros siendo una unidad familiar, mencionaste cómo nos beneficiaría a todos, a mi familia y a tu negocio. Tenía sentido. Pero ahora, esto... esto no es bueno para ti. No es bueno para el negocio ni para tu estatus. Y sé... sé lo que debe hacerse.

La expresión de Ryan cambia ligeramente, sus cejas se fruncen en confusión. Hay una tristeza en mi voz que no puedo ocultar. Trago saliva con dificultad, mi corazón acelerándose mientras me preparo para decir lo que he estado temiendo.

—¿Y qué es lo que debe hacerse? —pregunta él, con voz baja y firme, pero con un tono afilado de tensión.

Lo miro directamente. El dolor que he estado conteniendo se desborda. —Henry es el padre de mi hijo. Estoy segura de que ya no quieres formar parte de esto.

Su respuesta es inmediata, su voz firme. —¿Por qué piensas eso?

—Porque —digo, elevando la voz, dejando salir la emoción ahora—, no es una buena imagen. Tú, formando una familia con una mujer que todos piensan que te engañó con otro hombre y que

está teniendo su hijo. ¿Por qué querías eso? Afectará tu reputación y estatus.

Los brazos de Ryan se desdoblán, su expresión se endurece mientras da un paso más cerca. —
¿Por qué importaría eso?

Parpadeo, momentáneamente desconcertada por su pregunta. —Porque esto siempre ha sido sobre pragmatismo para ti. Por supuesto que importa.

—No —dice él, con voz baja pero intensa—. Ya no.

El peso de sus palabras queda suspendido en el aire entre nosotros, y antes de darme cuenta, nos hemos acercado más el uno al otro. El espacio entre nosotros se siente cargado, y su presencia es repentinamente más eléctrica. Mi corazón late con fuerza mientras lo miro, las lágrimas que he estado conteniendo finalmente asoman a mis ojos.

La voz de Ryan se suaviza, pero está llena de una sinceridad que nunca antes le había escuchado. —Esto... nosotros... ya no se trata de pragmatismo, Leila. No para mí.

La habitación parece detenerse, como si el mundo mismo contuviera la respiración. Incluso Henry y Luke parecen congelados, observándonos pero sin decir nada. Ryan da otro paso hacia mí, su atención fija únicamente en mí, sus manos extendiéndose para sostener suavemente las mías.

—He pasado toda mi vida viendo el mundo en números y lógica. Entendía el deber. Entendía hacer lo que se esperaba de mí. Pero esa no es la razón por la que estoy aquí ahora. —Su voz vacila, y por un momento, creo que podría detenerse. Pero luego toma una respiración profunda, su agarre en mis manos se aprieta—. Estoy aquí, Leila, porque esto es diferente. Nunca había sentido esto antes. No me importan los tabloides ni los rumores. Quiero esto. Nos quiero a nosotros, esta unidad familiar, y esta vida contigo.

Siento una lágrima deslizarse por mi mejilla, mi respiración se entrecorta mientras sus palabras se hunden, mientras la verdad de ellas llena la habitación, innegable y cruda.

—No estoy aquí por negocios ni por estatus —dice Ryan, su voz quebrándose ligeramente—. Estoy aquí porque te amo, Leila, porque estoy enamorado de ti.

Capítulo Veintisiete

Leila

—Estoy aquí porque te amo, Leila, porque estoy enamorado de ti.

Las palabras de Ryan resuenan en mi mente una y otra vez. No estaba segura de qué esperar de él, pero escuchar eso desencadenó una oleada de emociones que no pude comprender del todo.

Ni siquiera pude hablar. Me quedé ahí, atónita, y lo único que pude hacer fue pedir tiempo: tiempo para pensar, tiempo para darle sentido a la tormenta de sentimientos antes de poder responder. Mi mente sigue divagando hacia todos ellos y cómo me hacen sentir de maneras tan diferentes.

Está Luke. Es firme y confiable. Ha estado a mi lado desde que tengo memoria. La forma en que me habló en la casa de su madre, el hecho de que incluso me llevara allí, a un lugar tan personal para él. Eso despierta algo profundo dentro de mí.

Luego está Henry. Es embriagador de una manera que no puedo explicar. Hay algo en él que despierta esta necesidad cruda en mí, un deseo de complacerlo, de darle lo que sea que quiera. Su franqueza y la forma en que afirmó sus sentimientos por mí tan ferozmente son abrumadoras, y no puedo evitar desearlo también.

Y Ryan, con su presencia tranquila y envolvente. Hay una gravedad en él que me atrae, una fuerza silenciosa que hace que todo se sienta tan estable. Ahora, está hablando de querer una unidad familiar. Todos lo están.

Cuando Luke y Henry confesaron sus sentimientos y su deseo de formar una unidad familiar conmigo, me golpeó con una ola de alegría que no esperaba. Sin embargo, pedí tiempo para asimilarlo, para darle sentido a todo. Estar embarazada, la idea de convertirme en madre pronto... es mucho para asimilar.

Luego está Ryan. Sus intenciones han sido claras desde el principio, desde el momento en que hablamos en su oficina. Yo había pedido tiempo entonces también. La atracción hacia Ryan era innegable, pero también lo era la que sentía hacia Henry.

Necesitaba estar segura de lo que realmente sentía antes de tomar cualquier decisión. La idea de una unidad familiar con Luke, Henry y este bebé definitivamente no era la imagen que él tenía en mente.

Había decidido hacer la prueba de ADN, esperando que me diera claridad. Una parte de mí asumió que si este niño no era de Ryan, él podría dar un paso atrás. Pero no lo ha hecho. Ninguno de ellos lo ha hecho. Todos quieren esto. Todos quieren estar aquí para esto.

Camino de un lado a otro de mi habitación, con pasos firmes y controlados. Mi respiración es uniforme y mi cuerpo está tranquilo. Pero mi mente... No puedo entender por qué Ryan aún quiere casarse conmigo después de que los medios me han arrastrado por el lodo.

Estaba segura de que sería demasiado complicado para él. Imaginé que querría distanciarse y alejarse de esta imagen fracturada de nosotros. Sin embargo, insiste. Dice que me ama. No dudo de su sinceridad, pero me llena de una extraña calidez y un miedo igualmente extraño. Hay algo inquietante en ello, como si fuera demasiado, demasiado bueno para ser real.

Cada vez que siento que las cosas empiezan a encajar en mi vida, siempre hay algún desastre acechando a la vuelta de la esquina. Es como si estuviera condicionada a esperar lo peor, y ahora, esto, la devoción inquebrantable de Ryan, se siente como la calma antes de la inevitable tormenta.

Incluso el pensamiento del matrimonio, algo que debería despertar alegría, me llena de un temor silencioso y creciente. No me he permitido reflexionar demasiado sobre ello, quizás porque no he querido, o tal vez porque he estado demasiado absorta en todo lo demás. Pero a medida que la posibilidad se acerca, ese temor se intensifica. Hay una cautela en mí sobre lo que realmente significa el matrimonio, y se vuelve más pesada con cada paso hacia ese compromiso.

He visto con demasiada claridad cómo el matrimonio puede deshacerse y dejar vidas en pedazos. Mis padres son el ejemplo más claro. Lo que ellos tenían no funcionó, y las consecuencias de ese fracaso repercutieron en tantas vidas. No fueron solo ellos. También fui yo. La rigidez de mi infancia estaba arraigada en su matrimonio roto. Y no fui solo yo. La vida de Cassie y la de su madre estaban enredadas en los escombros de la unión condenada de mis padres.

No puedo evitar preguntarme: ¿mi madre seguiría viva si hubiera encontrado alegría en su matrimonio? ¿O si nunca se hubiera casado? ¿Habría sido más feliz, menos amargada y menos herida? ¿Y qué hay de Cassie? ¿Cuánto sufrió porque mi padre engañó a mi madre con la suya?

¿Habría sido yo una persona diferente si mi infancia hubiera sido menos estricta y si mi relación con mi madre no hubiera estado marcada por su infelicidad?

Ahora, al borde del matrimonio, estas preguntas me pesan. Las consecuencias de un matrimonio fallido, el dolor y el daño, no son abstractos para mí. Los he vivido. Y me aterrorizan.

Luego está el otro pensamiento, el que se niega a callarse por más que intente ahogarlo. Es implacable y persistente. Tal vez sea porque tiene un amargo toque de verdad.

¿Merezco siquiera algo de esto? Honestamente. Esta oportunidad de un final feliz, esta abrumadora profesión de amor de Ryan, de Henry, de Luke, ¿la merezco?

A veces, me siento como esa niña de nueve años otra vez, arrodillada en el suelo duro de aquella habitación con mi madre. Cierro los ojos y estoy de vuelta allí, mis rodillas presionadas contra las tablas de madera. Su voz aún resuena en mi mente. —Debes ser la mejor—. Esas palabras me han seguido toda la vida, una cadena invisible envuelta a mi alrededor. Me han definido.

Me propuse ser la mejor en todo, y lo fui. Desde que tengo memoria, fui la mejor. Es así como conocía mi valor. Es así como me validaba. El amor y el afecto de mi madre siempre parecían depender de ello. Con cada éxito y cada logro, su aprobación crecía. Era como si su amor por mí tuviera condiciones, como si fuera una recompensa por ser excepcional. Incluso cuando tuve edad suficiente para que comenzaran las conversaciones sobre el matrimonio dentro de la familia, no se trataba solo de amor. Se trataba de encontrar al Alfa adecuado, al mejor Alfa, que fuera mi pareja. Ser la mejor era la única forma en que entendía el amor. El mejor amor era lo que se suponía que merecía.

Pero ahora, me siento como una impostora. Cassie es la Loba Blanca. Ella está muy por encima de cualquier otra Omega, incluida yo. Me alegro por ella, de verdad. Pero la sombra de esto, la realidad de ya no ser la mejor, me ha dejado perdida. No puedo entender el afecto de Ryan, Henry o Luke. Ryan es tan fuerte como cualquier Alfa podría ser. Henry se volverá aún más fuerte con la edad. Y el corazón de Luke es tan grande que podría contener el mundo. Él merece toda la felicidad que la vida pueda ofrecerle. ¿Por qué me querrían a mí? ¿Por qué querrían formar una unidad familiar conmigo?

Mi mente da vueltas, tratando de encontrarle sentido. No sé por qué me elegirían, cuando ya no soy la mejor. Cuando ya no sé si soy merecedora en absoluto.

Y sin embargo, mis pensamientos siguen volviendo a Cassie. Se expanden, entrelazándose a

través de diferentes facetas de ella, tocando todas las formas en que me inspira. Su historia, su vida, es nada menos que extraordinaria.

Sí, ella es la Loba Blanca. Pero no es como si hubiera nacido con poder y se le hubiera otorgado estatus desde el principio. No, pasó años sufriendo, marginada, frágil y enfermiza. ¿Y ahora? Está casada con una unidad familiar propia. Cada vez que la veo, no puedo evitar notar lo feliz que es. Su unidad familiar le da tanta alegría y paz. Es innegable que el matrimonio le ha traído algo bueno, algo sólido y seguro.

Mientras reflexiono sobre esto, un impulso silencioso pero insistente se agita dentro de mí. Necesito hablar con ella. Hay algo en su perspectiva, en su viaje, que podría ayudarme a encontrar claridad. Tal vez me ofrezca alguna idea que no he considerado, una forma de ver las cosas que podría aliviar el peso en mi mente. O tal vez tenga una advertencia, una verdad para la que no me he preparado. De cualquier manera, necesito su consejo.

Sin dudar, alcanzo mi teléfono.

Marco a Cassie y, como siempre, contesta en los primeros tonos. Antes de que pueda decir una palabra, una calidez familiar inunda mis pensamientos. Ella siempre está ahí para mí. Incluso en mi momento más oscuro, cuando me encerré en aquella habitación, ella vino. Nunca olvidaré cómo se presentó, muy embarazada en ese momento, y aun así estuvo allí presente para mí. Ahora, estando embarazada yo misma, finalmente puedo comprender el esfuerzo que debió haber sido.

—¡Hola, Lei! —La voz de Cassie, cálida y brillante, llena el espacio entre nosotras. Su sonrisa me saluda a través de la videollamada como si estuviera aquí a mi lado.

—Hola, Cassie —respondo, forzando una sonrisa propia. Intento enmascarar la tormenta que se está gestando en mi interior, aunque sea por un momento.

—¿Cómo van las pataditas del bebé? —pregunta, sus ojos suavizándose mientras se posan en mi vientre.

—Oh... implacables —digo con una pequeña risa, mi mano descansando instintivamente sobre mi vientre hinchado. Reímos juntas, suave y fácilmente, y por un momento, me permito acomodarme en esa familiar comodidad. Pero incluso mientras reímos, puedo sentir todo lo demás esperando bajo la superficie, los pensamientos presionando en los bordes de mi mente, exigiendo atención.

Cuando la risa se desvanece, y justo cuando estoy buscando la forma correcta de abordarlo, Cassie se me adelanta.

—Lei, he visto algunas de las revistas del corazón —dice, su rostro tornándose preocupado—. ¿Cómo lo estás llevando?

—Sí, estoy mejor ahora. Henry, Ryan y Luke han sido geniales. Me han ayudado a superarlo.

—Eso es genial. Me alivia tanto saber que estás mejor. Esos malditos tabloides no saben cuándo parar —su voz está llena de indignación protectora, pero también puedo ver el alivio en sus ojos.

Asiento, el recuerdo de esos horribles artículos parpadea brevemente en mi mente como un dolor sordo. Pero Cassie, siempre intuitiva, cambia la conversación antes de que pueda quedarme pensando en ello.

—Hablando de Ryan, Henry y Luke... ¿qué está pasando allí? ¿Tendré una boda a la que asistir pronto? —sonríe, guiñándome un ojo juguetonamente.

Me río de nuevo, pero esta vez es breve y forzado. Las preocupaciones que me roen se niegan a ser apartadas y, a pesar de mis mejores esfuerzos, se nota. Cassie lo nota inmediatamente. Sus ojos se entrecierran ligeramente, su sonrisa desvaneciéndose lo suficiente.

—Lei, ¿qué está pasando? —su voz es más suave ahora, un poco más seria.

Justo cuando estoy a punto de abrir la boca, el teléfono suena. Una llamada entrante de Danae.

Contesto la llamada, añadiendo a Danae al videochat conmigo y Cassie. Su rostro aparece en la pantalla junto al de Cassie, ambas mirándome ahora, su presencia colectiva como una ola de confort. Es en momentos como este cuando me doy cuenta de cuánto las necesito.

—Hola, Danae... justo a tiempo —dice Cassie, su voz llena de calidez.

No puedo evitar sonreír, escuchando cómo le habla. Todavía se siente bien saber que han conectado tan bien. Las presenté en una de las galas, no mucho después de que la identidad de Cassie como la Loba Blanca fuera revelada a todos. Desde entonces, se han llevado como si se conocieran desde hace años. Hay algo reconfortante en ver a mi hermana y a mi mejor amiga construir su propia conexión.

—Hola, Cassie —responde Danae, sus ojos moviéndose entre nosotras.

—Lei aquí estaba a punto de contarme, bueno, ahora a nosotras, por qué tiene esa cara larga —añade Cassie, con un tono ligero.

Los ojos de Danae se entrecierran ligeramente mientras me mira a través de la pantalla, su preocupación es clara. —Oye, chica, he visto algunas de las cosas que están diciendo en los tabloides. Quería ver cómo estabas. ¿Es eso lo que te preocupa?

Suspiro, una lenta exhalación, no solo por el peso de mis pensamientos sino por el silencioso alivio que viene de poder compartirlos con estas dos. Solo ver sus caras lo hace más fácil de alguna manera, aunque el nudo en mi pecho aún persiste.

—No... no son los tabloides —comienzo, sintiendo que las palabras salen lentamente al principio, pesadas al salir de mi boca—. Es... es Henry, y Ryan, y Luke. Todos pidieron estar en una unidad familiar.

Observo cómo las expresiones de Cassie y Danae cambian instantáneamente, una emoción compartida iluminando sus rostros.

—Eso es genial —dice Danae, su voz burbujeante de entusiasmo. Pero luego capta la mirada en mi rostro—. ¿No es genial? —pregunta, suavizando su tono.

—No sé si quiero aceptar —admito, las palabras salen en cascada, silenciosas pero cargadas de incertidumbre.

La sonrisa de Cassie se atenúa ligeramente, y el ceño de Danae se frunce. La emoción en sus rostros se temple mientras esperan que diga más. Y ahora, con sus ojos sobre mí, siento el peso de mi propia vacilación presionando aún más fuerte.

—Es solo que... —empiezo, sintiendo sus ojos expectantes, pacientes pero inquisitivos, como si pudieran percibir la gravedad de lo que estoy a punto de decir—. ...No dejo de pensar en cómo el matrimonio cambia a las personas. No solo a quienes se casan, sino a todos a su alrededor, a todos los que les importan. —Mi voz vacila, las ideas se entrelazan más rápido de lo que puedo articularlas—. Pienso en mi madre, en mi padre, y en cuántas vidas destrozaron porque su matrimonio no funcionó. Pienso en ti, Cassie, y en todo lo que pasaste, todo lo que tu madre soportó. Los bloqueadores... la enfermedad... —Las palabras se me atorán en la garganta, pero me obligo a continuar—. Nada de eso habría pasado si mis padres nunca se hubieran casado. No quiero cometer el mismo error.

El rostro de Cassie se tensa. Lo veo, la forma en que sus facciones se contraen, el fantasma de su propio pasado apareciendo brevemente detrás de sus ojos. Ella lo entiende. Por supuesto que sí.

—Mi madre y yo —continúo, con la voz más baja ahora, como si hablar en voz alta lo hiciera real—, teníamos una relación tan tensa, especialmente cuando yo era niña. No quiero hacer algo que lastime a las personas que amo. —Instintivamente, mi mano se mueve hacia mi vientre, acunando la vida que llevo dentro. Y en ese momento, la realización me golpea con una claridad sorprendente: tengo miedo. Miedo de repetir los errores de mi madre y fracturar algo antes de que siquiera comience. No puedo imaginar ser otra cosa que íntegra para este bebé, y aun así, ese miedo me carcome.

Danae asiente lentamente, su expresión suave y comprensiva. —Estamos aquí para ti, Lei —dice, animándome a continuar. Sabe que hay más.

Cassie también asiente. Están esperando.

—...Y luego —continúo, las palabras brotando ahora—, simplemente no sé si merezco nada de esto. No dejo de preguntarme, ¿por qué? ¿Por qué estos hombres me querrían? Tenía sentido cuando todos pensaban que yo era la mejor Omega y estaba en la cima. Pero ahora, ¿qué? No puedo entenderlo. Especialmente Ryan... con todo lo que está pasando, los tabloides diciendo que estamos comprometidos y que yo he sido infiel. Lo pintan como débil, como si estar conmigo lo hiciera menos. ¿Por qué sigue queriendo esto? ¿Por qué no se van todos?

Mi respiración se entrecorta mientras la emoción crece, saliendo a la superficie. —He sido un desastre durante tanto tiempo. Y cada vez que se quedan, ayudan. Pero no sé si merezco eso. Siento que estoy fingiendo y que solo estoy esperando el momento en que se den cuenta de que no soy tan fuerte como creen.

Mi voz se quiebra. —Y cuando eso suceda, ¿qué pasará?

—Oh, Lei —la voz de Cassie es suave y llena de una calidez que me toma por sorpresa—, no tienes idea de lo fuerte que eres.

Sus palabras me detienen. Parpadeo, sin estar segura de qué esperaba, pero no esto.

—Eres la persona más fuerte que conozco, Lei —continúa, con un tono firme—. ¿Sabes lo asombrada que estaba cuando, después de todo lo que pasó, aún me mostraste amor? Fuiste una verdadera hermana para mí.

Vuelvo a parpadear, tratando de captar el significado detrás de sus palabras. Pero Cassie sigue adelante, decidida a hacerme ver.

—Te habría resultado tan fácil odiarme, Lei. Después de que yo apareciera, empezaron a circular todos esos rumores desagradables, llamándote rechazada, diciendo que ya no eras digna de ningún compañero. Esas palabras eran venenosas y, sin embargo, ni una sola vez dejaste que te pusieran en mi contra. En cambio, me amaste. Me ayudaste. Me enseñaste a controlar mis feromonas y a mantenerme firme en mi propio poder. No has sido más que una gran hermana para mí. ¿Tienes idea de cuánta fuerza requiere eso?

Me quedo sentada en un silencio atónito, sus palabras asentándose en mí, llenando espacios que no sabía que estaban vacíos. Nunca antes había considerado nada de esto. Ni una sola vez sentí ira hacia Cassie, y escucharla decir esto ahora agita algo profundo dentro de mí, una apreciación silenciosa y profunda.

La voz de Danae rompe el silencio.

—Lei... a veces olvidas quién eres. Olvidas lo increíble que eres. No es solo el hecho de que seas fuerte, eres genuinamente amable. Ni siquiera quiero imaginar cómo sería mi vida sin ti, sin la amistad que tenemos. Me has defendido más veces de las que puedo contar. Y, como dijo Cassie, te habría resultado tan fácil odiarla después de todo lo que pasó. Pero no lo hiciste. Ese es el tipo de persona que eres, Lei. Y no importa cuántas veces lo olvides, siempre estaré aquí para recordártelo. Eres fuerte y digna de amor, Leila.

Las lágrimas brotan, nublando mi visión, no por tristeza, sino por algo más, algo cercano a la gratitud. No puedo detener la inundación de emociones.

Cassie vuelve a hablar.

—Y sé, sin lugar a dudas, que serás una madre maravillosa para ese pequeño bromista que llevas ahí dentro —dice, señalando mi vientre—. Te he sentido, Lei. Te conozco. Incluso cuando tenías todas las razones para hacerlo, nunca te amargaste. Si temes convertirte en tu madre, sé con cada fibra de mi ser que no lo harás. Eres buena, Lei. Y te quiero.

—Te queremos —repite Danae, ambas sonriendo a través de la pantalla.

Ya no puedo contenerme más. Las lágrimas se desbordan, y me río a través de ellas, la liberación de todo me abruma.

—Chicas...

La voz de Cassie se aligera de nuevo, una sonrisa vuelve a su rostro.

—Ahora, sobre los chicos y la unidad familiar —comienza, con un tono de broma—. La pregunta más importante es... ¿cómo te sientes con respecto a ellos?

Hago una pausa, los pensamientos de Henry, Ryan y Luke recorriéndome. La verdad es innegable. Nunca he sido más feliz que cuando estoy con ellos. Su presencia, su fuerza, su amor... me llena de calidez. La sonrisa que se extiende por mi rostro dice más que las palabras.

—Creo que está bastante claro cómo se siente con respecto a ellos —dice Danae, con un tono juguetón. Compartimos una breve risa, pero la emoción que hay debajo es real, tangible.

Cassie se acerca más a la pantalla, con los ojos suaves.

—Si los amas, y ellos te aman, Lei, solo puedo decirte esto: estar en una unidad familiar con mis compañeros me ha traído la mayor paz y alegría que jamás he conocido. Y sé que tú mereces ese mismo amor. Esa misma paz.

Sus palabras se asientan sobre mí como un bálsamo, aliviando la tensión en mi pecho. Por primera vez en lo que parece una eternidad, me siento segura y en paz.

—Entonces —dice Cassie, su sonrisa ensanchándose—, te preguntaré de nuevo... ¿tengo una boda a la que asistir pronto?

No puedo evitar devolverle la sonrisa, sintiendo cómo la certeza florece en mi interior. —Sí —digo, con voz clara y firme—. Considera esto tu invitación.

El vitoreo que estalla tanto de Cassie como de Danae es inmediato, llenando el espacio entre nosotras de risas y alegría. El momento es ligero y, por primera vez, me permito sentirlo de verdad.

Por fin estoy lista.

Capítulo Veintiocho

Henry

Nos sentamos en silencio, Ryan, Luke y yo. El aroma de la madera añeja y el leve rastro del exterior persisten, anclándonos, pero el aire entre nosotros vibra con una tensión no expresada. Mientras mi mirada se desplaza de un rostro a otro, la enormidad de todo lo que hemos vivido se hincha en mi pecho, cada recuerdo un eco afilado del viaje que hemos compartido.

Luke, antes un hombre agobiado por el silencio aplastante de su propio corazón, ahora se sienta con una extraña paz, una ligereza en su postura que antes no estaba ahí. Había cargado con su amor durante tanto tiempo, envuelto en secreto. Pero ahora, la verdad de sus sentimientos ha salido a la luz. Está diferente ahora. La tensión se ha ido, y la carga se ha levantado. Lo miro y veo no solo al hombre en que se ha convertido, sino también la sombra de quien fue.

Y está Ryan, el hombre al que podría haber matado o que podría haberme matado a mí. Cuán fácilmente nuestros caminos podrían haber terminado en sangre. Desde el primer momento, había líneas de batalla entre nosotros, una enemistad que se aferraba a cada palabra y cada mirada. El juego al límite, la pugna por el dominio, la pelea que casi nos destroza a ambos, qué extraño se siente recordar todo eso, sabiendo ahora cuán lejos hemos llegado. No queda rastro de esa animosidad en la habitación, solo el entendimiento silencioso entre hombres que han luchado, sangrado y resistido juntos. Es más que un aliado ahora. En cierto modo, es un hermano.

Son dos hombres, unidos a mí por un amor compartido: dos hombres que se preocupan por Leila tan profundamente como yo y en cuyas manos confío para protegerla como yo lo haría.

No hay necesidad de palabras ahora. Hemos dicho todo lo que había que decir. Hemos desnudado nuestros corazones y hecho conocer nuestras intenciones al padre de Leila, Augustus Kaye. Hemos hablado con Leila misma y compartido nuestra propuesta. No queda nada ahora más que esperar y tener esperanza. Y sin embargo, en el silencio, la anticipación se anuda en mi pecho. Este momento, esta pausa antes de su respuesta, es el más angustioso de todos.

Quiero creer que aceptará, que nos dejará amarla como ya lo hacemos, con una devoción feroz e inquebrantable. Pero hay una parte de mí que sabe que esta no es una elección simple para ella. Después de todo lo que ha soportado, ¿cómo podría serlo? Y aunque tengo esperanza, la

incertidumbre me desgarrar. ¿Y si necesita más tiempo? ¿Y si algo más se interpone en nuestro camino?

Mis pensamientos se agitan en un torbellino de miedo y esperanza, el peso de la expectativa presionándome desde todos los ángulos. Y entonces, hay un sonido.

La puerta cruje, suavemente al principio, pero lo suficiente para romper el silencio. Nos miramos unos a otros, ninguno de nosotros se atreve a hablar, nuestros corazones alojados en nuestras gargantas. Y entonces oímos los pasos de Leila acercándose desde el pasillo. Cada pisada resuena en la quietud, acelerando el pulso de mi corazón más y más fuerte hasta que retumba en mis oídos.

Y mientras su sombra se desliza en la habitación, sé, tan seguro como Ryan y Luke lo saben, que estamos a segundos de conocer su respuesta. Ella había pedido un momento a solas, y ahora, parece que ha llegado a su conclusión.

Entra completamente a la vista, su presencia dominando la habitación como solo ella puede hacerlo. Se mueve hacia el centro de la sala, y algo, alguna fuerza, me impulsa a ponerme de pie. Se extiende a través de todos nosotros, levantando a Ryan y Luke como si fuéramos un solo cuerpo conectado por un hilo invisible.

Sus ojos recorren a cada uno de nosotros como si midiera el peso de cada momento que nos ha llevado hasta aquí. Nos paramos ante ella, expectantes a nuestra manera. Ryan está tranquilo, su actitud serena traicionada solo por la ligera tensión en sus brazos. Luke lleva su anticipación de manera más evidente, una energía nerviosa vibrando a través de él. En cuanto a mí, siento la anticipación hirviendo en mi interior, y sé que debe notarse.

Entonces, ella habla.

—Durante toda mi vida —comienza, con palabras que se hunden profundamente en nosotros—, creí que ser la mejor era la única forma de ser amada. Era todo lo que conocía. Crecí pensando que si era la mejor, si era la Omega perfecta, así ganaría el amor, así obtendría validación.

Hace una pausa, y el peso de su confesión queda suspendido en el aire. Su expresión es solemne y reflexiva.

—No soy la mejor Omega —dice, con la voz ligeramente entrecortada—. Pero no era solo eso. Las cosas que han dicho sobre mí en los medios... el rechazo... las mentiras. Me consumieron.

Pasé mi vida perfeccionando todo lo que hacía, y de repente, nada estaba bien. Cada paso llevaba a reacciones negativas, a acusaciones y a dolor. Y eso es... —vacila, su voz tiembla por un momento antes de estabilizarse—. Por eso vuestro cuidado, el cuidado que los tres me habéis mostrado... No podía entenderlo. Una parte de mí todavía no puede. Os quedasteis conmigo cuando estaba en mi punto más bajo y me encerré en mí misma. Nunca os fuisteis. Me cuidasteis cuando apenas podía mirarme a mí misma. Y ahora... ahora queréis formar una unidad familiar conmigo.

Su voz se apaga, y toma una respiración profunda antes de continuar.

—Me convertiría en la mujer más feliz del mundo estar con vosotros tres. Acepto. Acepto ser vuestra Omega. Solo espero poder brindaros la misma felicidad, aunque no sea la mejor.

Una sonrisa toca sus labios, pequeña y tentativa. Su aceptación, esas palabras, me golpean como una sacudida. Sin embargo, bajo la alegría, algo en sus palabras me carcome, y antes de que pueda detenerme, hablo.

—No tienes que ser la mejor Omega para tener nuestro amor y devoción, Leila —digo, con voz suave pero firme. Sus ojos se encuentran con los míos, buscando, y quiero decir más, pero las palabras no están ahí. Antes de que pueda encontrarlas, la voz de Luke irrumpe, tierna pero feroz.

—He estado a tu lado durante años, Leila. Y nunca he conocido a nadie con la fuerza de carácter que tú tienes —dice Luke, dando un paso adelante—. Nunca se ha tratado de títulos o de ser la mejor. Estoy aquí porque te amo, Leila. Así de simple.

Sus palabras arrancan una sonrisa de ella y también de mí. Puedo ver la emoción creciendo en ella, el amor que ha luchado por aceptar.

Ryan se acerca ahora, su voz profunda rompe el silencio.

—Eres simplemente tú, Leila —dice—. Es quien eres. No tienes que hacer nada para ganarlo. No hay condiciones. Te amo. Todos lo hacemos. Y por eso queremos esto. Por eso te queremos a ti.

Hay un cambio en el ambiente con las palabras de Ryan, una sensación de algo profundamente significativo. Él siempre ha sido el pragmático, el que toma decisiones lógicas. Pero aquí, en este momento, sus palabras están desnudas y llenas de cruda verdad. Durante mucho tiempo, fue fácil asumir que estaba aquí por deber, pero ahora está claro. Su corazón está en esto, profundamente.

El aire se siente más ligero ahora, la tensión se desvanece mientras la realidad de su aceptación se asienta. Ha aceptado. Leila es nuestra, y nosotros somos de ella. Ni siquiera nos habíamos dado cuenta, pero todos nos hemos acercado más a ella mientras hablábamos, cada paso nos acercaba más. Doy otro paso adelante, extendiendo mis manos para colocarlas suavemente en su cintura.

—Entonces —digo suavemente, bromeando mientras sonrío—. Es como te dije. Ser la segunda mejor no está tan mal, ¿verdad?

Ella se ríe, un sonido brillante y hermoso que envía una calidez que me inunda. Y luego, sin decir una palabra más, la atraigo hacia un beso. Es suave y tierno, pero lleno de la profundidad del amor que siento por ella.

Cuando nos separamos, el rostro de Leila está radiante, su alegría finalmente desbordándose con toda su fuerza. Su sonrisa ilumina la habitación, y yo también lo siento, esta ola de emoción compartida que corre a través de mí. Vamos a ser una familia, y la emoción de esa realización brilla en sus ojos como lo hace en los míos. La felicidad que irradia de ella es contagiosa, extendiéndose a través de todos nosotros como una chispa que prende fuego.

—Tengo que llamar a las chicas —dice, con la voz sin aliento por la emoción.

Echo un vistazo alrededor y veo las mismas amplias sonrisas reflejadas en los rostros de Luke y Ryan. Leila marca rápidamente en su teléfono, sus dedos temblando ligeramente por la prisa, y después de unos pocos tonos, los rostros familiares de Cassie y Danae aparecen en la pantalla.

—Hola... —comienza Leila, pero no puede decir más de una palabra antes de que su risa burbujee, desbordándose con la alegría que ya no puede contener. Se cubre la boca, tratando de refrenarla. Pero es demasiado tarde. La alegría es contagiosa, y pronto Cassie y Danae están riendo con ella, sus rostros iluminándose con anticipación reflejada. Después de una respiración profunda, Leila se estabiliza lo suficiente para finalmente decir las palabras.

—¡Dije que sí! —exclama, y el teléfono estalla en un coro de vítores. Cassie y Danae gritan de alegría, sus aplausos audibles incluso a través de la videollamada. Leila les sonríe radiante, su alegría ahora incontenible, y el sonido de su felicidad compartida llena la habitación.

Me hace señas para que me acerque, luego gesticula para que Ryan y Luke se unan a ella. Nos acercamos, nuestras sonrisas tan amplias como la suya, la felicidad atrayéndonos a todos mientras nos agrupamos a su alrededor. Leila sostiene el teléfono en alto, y ahí estamos,

capturados en el encuadre, una familia en formación.

—Se ven increíbles juntos —dice Danae, su voz cálida con aprobación.

Cassie asiente, su sonrisa suave pero llena de orgullo. —Felicidades a todos —añade.

La llamada termina con Danae y Cassie deseándonos lo mejor antes de que Leila cuelgue. La habitación cae en un silencio que se siente demasiado frágil e incompleto. Entonces, Ryan habla. —Bueno, deberíamos celebrar.

Ya se está moviendo hacia la cocina, pero algo me araña el pecho, algo no dicho que no puede quedar flotando en el aire.

—Espera —digo, mi voz cortando a través de la habitación. Ryan se detiene, volviéndose para mirarme, la curiosidad en sus ojos reflejada en los de Leila y Luke—. Hay algo que creo que necesitamos hacer primero.

Sus ojos están sobre mí ahora. Alcanzo mi teléfono, sintiendo su borde frío mientras lo saco y lo desbloqueo. Mi pulgar se cierne por un momento antes de encender la cámara, el botón rojo de grabación brillando como un desafío.

No estoy nervioso. No, esto necesita hacerse. La verdad ha sido tergiversada por demasiado tiempo, y no dejaré que el mundo siga destrozando a la mujer que amo. No me quedaré de brazos cruzados mientras la reducen a un titular.

—Durante tanto tiempo, Leila —comienzo, mi voz firme, pero las palabras se sienten pesadas como si estuvieran luchando por salir de mi pecho—, los medios... esos malditos tabloides... nunca te han dejado en paz. Han escrito cosas desagradables y te han destrozado sin piedad, y ha sido nada menos que desgarrador de ver. Mentira tras mentira.

La miro, mi corazón se aprieta al verla allí de pie, sus ojos abiertos, atrapada entre la sorpresa y algo más suave. —¿Pero ahora? Ahora vamos a aclarar las cosas.

Veo a Luke y Ryan, sus ojos encontrándose con los míos, un acuerdo silencioso pasando entre nosotros. Esto no se trata solo de mí; se trata de nosotros, todos nosotros apoyándola.

—La última mentira —continúo—, es que Leila engañó a Ryan Wills conmigo. Eso no podría estar más lejos de la verdad. —Mi voz se profundiza, cada sílaba impregnada de determinación—. Esto es lo real: estoy profundamente enamorado de Leila Kaye, y juntos, todos estamos

formando una unidad familiar.

Giro la cámara, asegurándome de que nos capture a todos, Ryan, Luke y Leila, de pie detrás de mí, nuestra unidad innegable. Esta es la verdad, una verdad que ningún titular puede dismantelar y ningún rumor puede tocar.

—Es una lástima —digo, mi voz suavizándose pero aún manteniendo ese borde de enojo—, que se hayan difundido tantas mentiras, manchando a una mujer tan increíble como Leila. ¿Y todo para qué? ¿Clics? ¿Vistas? —Dejo que eso flote por un segundo, la amarga realidad hundiéndose—. Pero esa es la verdad. Y ya es hora de que la gente la escuche.

Estoy a punto de presionar el botón de publicar, pero algo se revuelve en mis entrañas. Otra ola de ira me invade, y hablo a la cámara de nuevo.

—Quizás sea la falta de consecuencias lo que ha envalentonado a estos tabloides. Bueno... se acabó. Estas mentiras... han mancillado el nombre de una mujer que no ha hecho nada malo. Y juro que haré todo lo que esté en mi poder para que esto se rectifique, legal y completamente.

En ese momento, la voz de Ryan interrumpe, firme y resuelta. —Haremos lo que sea necesario. Por cada difamación y cada palabra repugnante, los llevaremos a los tribunales. A todos y cada uno. Y haremos que lo paguen. Hasta el último centavo.

Hay un peso en su tono, una determinación inquebrantable. Todos sabemos que dice cada palabra en serio.

Publico el video. Hay una sensación de finalidad en el gesto, como si hubiera lanzado algo al mundo que no se puede recuperar. Y no querría hacerlo.

El silencio que sigue es denso. Miro a Leila y veo la gratitud, el cariño y el amor en sus ojos. Despierta algo profundo en mí, algo feroz. Hice esto por ella, por nosotros, y lo haría de nuevo sin dudar.

Ryan y Luke intercambian una mirada, una aprobación silenciosa en la forma en que ambos asienten, sus rostros llenos de algo cercano al orgullo.

Ryan es el primero en romper el silencio. —Así que, ahora deberíamos celebrar.

Desaparece en la cocina y regresa momentos después con una botella de vino tinto y algunas copas, su sonrisa amplia mientras sirve. No hay temor de que tenga algún efecto en el bebé. Los

cambiantes lobo son inmunes a eso, así que llena la copa de Leila igual que lo hace para el resto de nosotros. Siento una sensación de victoria, de haber tomado finalmente el control de una historia que había estado fuera de nuestras manos durante demasiado tiempo.

El tiempo pasa. La risa y la conversación llenan la habitación tan fácilmente como el vino llena nuestras copas. Cuando la primera botella se acaba, Luke desaparece en la cocina, regresando con otra. Mientras la coloca, su teléfono vibra en su bolsillo. Lo saca, mirando la pantalla, y por un momento, su ceño se frunce, el cambio en su expresión llamando la atención de todos nosotros. Pero luego, su rostro se suaviza, y nos mira con una sonrisa.

—Ha habido una retractación —dice, su tono calmado pero con un toque de satisfacción—. Los artículos sobre Leila están siendo retirados uno por uno.

Los ojos de Leila se ensanchan, e inmediatamente, agarra su teléfono. Ryan y yo hacemos lo mismo, desplazándonos rápidamente por los medios de comunicación que una vez mancharon su nombre con titulares viciosos sobre su supuesta infidelidad y su presunto escándalo conmigo y con Ryan. Uno por uno, vemos las actualizaciones, retractaciones y disculpas. Los medios de comunicación que habían saltado a conclusiones falsas ahora se ven obligados a tragarse sus palabras. Están aclarando que Leila es parte de una unidad familiar, no una prometida infiel. Algunos incluso están emitiendo disculpas formales.

No puedo evitar reírme, pensando en la vergüenza que deben estar sintiendo esos periodistas, habiendo sido tan rápidos en juzgar una situación que no entendían. Pero mi diversión es efímera, superada por un sentimiento más profundo de alivio. Miro a Leila, y mi corazón se hincha al ver la ligereza en sus ojos. El peso de esas mentiras y calumnias finalmente se ha levantado. Su nombre está limpio.

Ella deja escapar una suave risa, sus hombros relajándose mientras la tensión se desvanece. Con una mirada satisfecha, apura lo último de su vino. —Más, por favor —dice, extendiendo su copa con una sonrisa juguetona.

Luke se adelanta para rellenarla, y mientras el vino fluye una vez más, también lo hacen la risa, el amor y la sensación de nuevos comienzos. El momento es nuestro.

La segunda botella de vino se vacía, dejando la habitación bañada en un cálido resplandor relajado. La risa se ha suavizado. De repente, soy arrancado de mis pensamientos, mis sentidos abrumados por el inconfundible y dulce aroma a canela. Me envuelve, atrayéndome. Mi atención

se dirige bruscamente hacia Leila, que me observa con una sonrisa conocedora y juguetona. Lo ha hecho intencionadamente. Ha liberado sus feromonas, llenando la habitación con el embriagador aroma que ahora corre por mí, encendiendo una necesidad que no puedo reprimir.

Miro a Ryan, captando la misma intensidad en sus ojos. Está claro que él también lo siente. Leila se levanta con gracia, emanando un poder que nos mantiene a todos cautivos. Se dirige al centro de la habitación, sus ojos recorriendo a cada uno de nosotros, su voz baja y seductora mientras habla.

—Es hora. Estoy lista.

Sus palabras son simples, pero llevan un peso innegable. Todos sabemos lo que significa. No hay necesidad de más explicaciones. Es el momento de reclamarla y marcarla como nuestra. La anticipación crece dentro de mí, mi corazón se acelera mientras mi cuerpo responde a su llamada.

Nos hace un gesto para que nos acerquemos, y siento como si me moviera sin pensar, atraído hacia ella por una fuerza invisible. Ryan y yo damos un paso adelante, casi al unísono, nuestro deseo reflejado en los movimientos del otro. Luke nos sigue, más compuesto. Mientras la rodeamos, Leila extiende sus manos, rozando suavemente a cada uno de nosotros, primero sobre mi pecho, luego el de Ryan, luego el de Luke. Su toque es suave, pero el efecto es todo lo contrario. Estoy casi temblando por la intensidad del momento. La necesidad de estar cerca de ella es abrumadora.

Sonríe, una sonrisa provocadora y conocedora, sus ojos brillando con el poder que tiene sobre nosotros. Hay una chispa de picardía en su voz cuando da una orden silenciosa.

—Quítense los pantalones.

No hay vacilación. Obedecemos. Leila nos observa, su mirada deteniéndose en cada uno de nosotros por turnos. Su sonrisa se ensancha mientras contempla la escena ante ella.

—Buenos chicos —susurra, su tono juguetón y autoritario a la vez. Se arrodilla, su presencia tan sumisa y a la vez tan dominante. Acaricia suavemente a Ryan y Luke. Me acerco, y ella abre su boca, tomando mi miembro rígido por completo. La sensación me eriza la piel.

Nos mantiene así, atados a su hechizo embriagador, por lo que parece una eternidad. Sus manos se mueven sobre Ryan y Luke mientras su boca se mueve sobre mí. La habitación se llena con el sonido de nuestros gemidos mientras nos lleva al borde.

La miro. Sus movimientos son tan naturales y gráciles que no puedo evitar querer complacerla. Me retiro de su boca y me muevo para quitarle el vestido. Ryan y Luke imitan mis movimientos, atraídos por la misma fuerza primitiva. En un instante, está desnuda, su hermosa piel brillando en el calor y la intensidad del momento. Camina hacia el sofá, acostándose en él, y no dudo. Me inclino entre sus piernas, trazando sus muslos internos con mi lengua, permitiéndome saborear su piel mientras me acerco cada vez más a su delicioso centro. Cuando lo alcanzo, soy una bestia hambrienta que solo anhela deleitarse con ella. Me sumerjo, tomando su húmedo sexo en mi boca en un beso profundo, mi lengua arremolinándose dentro de ella, haciéndola arquearse y estremecerse.

La devoro con una intensidad que refleja mi deseo por ella. Mi necesidad, mi amor puro, mi anhelo por ella, está ahí en la forma en que la como. Succiono su centro con deleite. Puedo notar por la forma en que sus paredes se contraen alrededor de mi lengua cuando está cerca. Miro hacia arriba, ella todavía ha estado acariciando a Luke y Ryan, pero ahora se congela, sus manos agitándose frenéticamente mientras se libera. Su cuerpo vibra casi violentamente, y no puedo evitar sonreír. Me encanta hacerle esto. Me encanta sacar el animal que hay en ella así como ella lo saca en mí.

Las réplicas se asientan, y su mano agarra mi cabello, levantando mi rostro. Cuando nuestros ojos se encuentran, me sonrío. No hay palabras, pero es una mirada de casi gratitud, como si me agradeciera por hacerla llegar tan fuerte. Luego señala a Luke y le hace un gesto, y puedo decir inmediatamente lo que significa. Él será el primero en marcarla, y francamente, es apropiado que sea él. La ha conocido y cuidado durante más tiempo.

Ryan y yo retrocedemos ligeramente mientras Luke se acerca y se inclina hacia ella, sosteniendo sus piernas mientras se hunde. Su voz sale como un gruñido bajo mientras la acaricia. Sus embestidas son medidas, casi reverentes, casi adoradoras. Ella toma su rostro con ternura, sonriéndole mientras la penetra. Ryan y yo observamos, sus feromonas nos mantienen fijos en el lugar con una necesidad sofocante.

—Luke... márcame... —gime ella, mientras sus embestidas se vuelven más poderosas, aún lentas y medidas, pero con una fuerza enfática. Sus colmillos se retiran, y él mordisqueea justo encima de su clavícula. Se estremece al hacerlo, su orgasmo enviando su cuerpo a un leve espasmo. Ella le toma el rostro nuevamente—. Oh, mi Luke —dice mientras él se desploma en el suelo, deshecho de placer.

Se vuelve hacia Ryan, mordiendo el labio inferior, su atracción tan invitadora que no puedo

evitar acercarme a ella al igual que él. Alcanzo sus senos, llenos y exuberantes, y pellizco sus endurecidos pezones. Ryan se sumerge en ella sin perder un instante, la necesidad dentro de él demasiado grande para cualquier demora adicional.

—Así es. Tómame, Ryan. Hazme tuya —sus sensuales instrucciones hacen eco. Verla así me provoca una emoción intensa.

—Te gusta estar al mando, ¿verdad, cariño? —susurro en su oído mientras la acaricio por detrás. Ella asiente. Es todo lo que puede hacer mientras Ryan aumenta su ritmo, buscando desesperadamente su liberación mientras muestra sus colmillos. Los hunde en ella, mordiendo con fuerza, y ella jadea ante la sensación. Él la besa suavemente después antes de levantarse. Mi emoción es palpable cuando lo hace porque ahora es mi turno.

Me muevo, recostándome completamente en el sofá ahora, y llevo las piernas de Leila a mis hombros, inmovilizándola con mi peso. Parece casi exhausta ya, pero aún tiene un fuego dentro, una chispa que coincide con mi deseo. Intento provocarla, pero simplemente no puedo contenerme más. La deseo. Ahora.

Embisto en ella, sus piernas temblando mientras hundo toda la longitud de mi desesperado miembro en la cálida humedad de su intimidad. Comienzo lentamente, moviendo mis caderas ligeramente, entrando y saliendo de ella. Un pensamiento cruza por mi mente mientras lo hago, el pensamiento de que ella llevó a mi hijo, nuestro hijo. Y por un momento, quiero ser tan gentil, tan delicado.

Pero me mira, sus ojos llenos de una pasión tan lujuriosa que mi columna se estremece.

—No tienes que ser gentil, papi. Puedo soportarlo —dice.

Me vuelve loco.

Me retiro, sacando casi toda la longitud de mi miembro hasta que solo la punta permanece dentro, y luego con toda la fuerza que puedo reunir, arremeto contra ella. Una y otra vez, la embisto como si mi vida dependiera de ello.

Ella grita y gime palabras completamente inaudibles. Me doy cuenta de que yo también lo hago, nuestros ruidos resonando por toda la casa.

Y entonces estoy cerca, la intensidad me abruma. Me libero en ella con una última y poderosa

embestida. Ella también llega, y por un momento, nos aferramos el uno al otro, ambos vibrando furiosamente, anclándonos desesperadamente al otro.

Muestro mis colmillos y los hundo en su cuello, admirando la marca que deja mientras los retiro.

—Ahora eres mía. Me perteneces.

Epílogo

Leila

Una cálida brisa veraniega se filtra por las ventanas abiertas, agitando suavemente las cortinas transparentes y trayendo consigo el aroma del jazmín en flor del jardín. La casa se siente viva hoy, llena del sonido de risas, charlas y los suaves arrullos de mi recién nacida acurrucada con seguridad en los brazos de Henry. Es un día de simple alegría, una instantánea de la vida que una vez pensé que estaba fuera de mi alcance. Un suave murmullo de satisfacción se asienta en lo profundo de mi pecho, y no puedo evitar sonreír, con una sensación de paz que me envuelve mientras lo asimilo todo.

Ryan, Henry y Luke están sentados juntos, hablando con facilidad, y su vínculo es un testimonio de la profunda vida que compartimos. Nuestra pequeña, de apenas unos meses, tiene a cada uno de ellos envuelto alrededor de sus diminutos dedos. Henry la acuna ahora, su rostro iluminado por el suave resplandor de la paternidad. Me encanta verlo con ella, amo cómo se vuelve gentil cuando está en sus brazos, y la forma en que le habla en suaves murmullos como si ella entendiera cada palabra. La mano de Ryan descansa sobre el hombro de Henry, y Luke se reclina en su silla, mirándolos a ambos con una sonrisa satisfecha que refleja la mía.

Esta es mi unidad familiar. Mi corazón se hincha con un amor tan vasto que es casi abrumador.

Al otro lado de la habitación, mi padre está cómodamente sentado con una copa de vino en la mano, con las arrugas en las comisuras de sus ojos mientras escucha a mi hermana Cassie contar una historia que la tiene muerta de risa. Danae, mi mejor amiga, está sentada junto a ellos, su presencia es reconfortante y familiar. Su cabello cae sobre su rostro mientras ríe, pero hay una corriente ansiosa bajo su sonrisa hoy. La conozco lo suficiente como para sentir cuando algo no anda bien, pero decido darle tiempo. Danae nunca se contiene cuando tiene algo en mente.

Me levanto de mi asiento, estirando las piernas y dirigiéndome hacia mi padre. Sus ojos se fijan en mí mientras me acerco, y sonrío ampliamente, las líneas de la edad suavizando su rostro de una manera que nunca había notado antes. Me siento a su lado, apoyando mi mano en el brazo de su silla, y él se inclina, presionando un beso en la parte superior de mi cabeza.

—¿Todo bien, cariño? —pregunta con su voz profunda y familiar.

Asiento, con el pecho apretado por una repentina oleada de emoción agradable.

Nos sentamos en silencio por un momento, escuchando la conversación de Cassie y Danae. Están hablando de cómo mi pequeña tiene los ojos de Henry, y sus palabras despiertan un sentimiento cálido y feliz dentro de mí.

—Leila —dice mi padre de repente, rompiendo el silencio. Su voz tiene un dejo de vacilación. Levanto la mirada hacia él, curiosa. Se aclara la garganta, dejando su vaso antes de continuar—. Quería decirte algo. Algo que creo que deberías escuchar de mí antes que de nadie más.

Arqueo una ceja, esperando que continúe. Mi padre siempre ha sido del tipo que dice lo que piensa, así que el hecho de que ahora esté dudando hace que mi corazón se acelere de anticipación. Se inclina ligeramente hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Voy a ser padre de nuevo —dice, las palabras lentas y deliberadas, como si estuviera evaluando mi reacción.

Me toma un segundo procesar lo que ha dicho. Sus palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros y, por un momento, el tiempo parece estirarse. ¿Mi padre... teniendo otro hijo? Sé que dijo que quería uno, un nuevo heredero después de que mi matrimonio se finalizara, pero escucharlo ahora despierta algo dentro de mí. Mi mente divaga hacia la madre de Cassie, su nueva esposa. ¿Está embarazada?

Parpadeo, la sorpresa inicial dando paso a un sorprendente calor que se extiende por mi pecho. Había esperado... no estoy segura de qué esperaba. Tal vez el viejo dolor del abandono, el resentimiento familiar que solía surgir cada vez que mi padre tomaba decisiones sin considerarme. Pero en su lugar, me encuentro sonriendo.

—Vaya —respiro, la sonrisa ensanchándose en mi rostro—. Papá, eso es... eso es maravilloso. Me alegro por ti.

Sus ojos se agrandan y, por un segundo, parece genuinamente sorprendido, como si no hubiera estado seguro de cómo reaccionaría. Suelta un suspiro que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo y ríe suavemente.

—¿Lo estás? —pregunta, su voz un poco más ligera ahora—. ¿De verdad estás bien con esto?

Asiento, mi sonrisa inquebrantable. —Sí. Es decir... ¿por qué no lo estaría? Te mereces ser feliz,

papá. Y... creo que ya he superado el punto de sentir que me debes algo. —Hago una pausa, tragando el nudo que se forma en mi garganta—. Sé que me amas. Ya no necesito que me lo demuestres.

Hay un destello de algo en sus ojos... alivio, tal vez, o incluso orgullo. Se inclina, atrayéndome en un fuerte abrazo, y por primera vez en lo que parece una eternidad, siento esa vieja y familiar conexión entre nosotros.

—Gracias, Leila —susurra en mi pelo—. No sabía cómo decírtelo, pero me alegra que estés feliz por mí.

Nos separamos y mis ojos se encuentran con los de Cassie. Ella me ofrece una cálida sonrisa, habiendo escuchado la conversación con papá. Es evidente que ya sabía lo del bebé. Le devuelvo la sonrisa, una silenciosa sensación de satisfacción y paz inundándome.

Me levanto y me dirijo hacia mis compañeros, con el corazón más ligero de lo que ha estado en años. Mientras me siento de nuevo al lado de Ryan, él me rodea con un brazo, atrayéndome hacia sí. Nuestra hija se mueve en los brazos de Henry, y Luke se inclina para arrullarla, sus suaves palabras la hacen reír.

Esta es mi vida ahora. Mi familia. Y por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy exactamente donde debo estar.

Danae se mueve a mi lado, llamando mi atención. Puedo notar que algo le preocupa. Ha estado callada toda la tarde, su habitual ingenio afilado se ha apagado. La empujo suavemente con el codo, alzando una ceja en señal de interrogación.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja.

Ella vacila por un momento, sus dedos retorciendo la tela de su vestido en su regazo. Luego, con un suspiro, se acerca más, bajando la voz para que solo yo pueda oírla.

—Necesito decirte algo —dice, con tono ansioso—. Mi familia ha comenzado conversaciones de matrimonio en mi nombre.

Parpadeo, sorprendida por la repentina revelación.

—¿En serio? —repito—. ¿Con quién?

Su expresión se tensa por los nervios, y mira alrededor de la habitación como si temiera que alguien pudiera escuchar.

—No es de aquí. Supuestamente es el Alfa más fuerte de su país.

Mis cejas se alzan ante eso.

—Danae, eso es increíble. ¿Por qué pareces tan preocupada?

Ella suspira, sus hombros caen.

—Porque no entiendo por qué alguien como él estaría interesado en mí. Es decir... soy una Omega recesiva, y nunca he recibido mucha atención antes. No sé...

Extiendo la mano, tomando la suya y apretándola suavemente.

—Danae, no hables así. Eres una mujer increíble, fuerte, inteligente y hermosa. Cualquier hombre tendría suerte de tenerte. Este tipo no se casa contigo por alguna obligación. Se casa contigo porque eres digna de él. Eres digna de amor.

Sus ojos se suavizan, y me mira con una vulnerabilidad que rara vez veo en ella.

—¿De verdad lo crees?

—Lo sé —digo con firmeza—. No eres solo una mujer cualquiera de una buena familia. Eres Danae. Eres mi mejor amiga. Y si este hombre no ve lo increíble que eres, entonces no te merece.

Una suave sonrisa se dibuja en sus labios y deja escapar una pequeña risa de alivio. —Siempre sabes cómo hacerme sentir mejor.

Sonrío, dándole un ligero empujón en el hombro juguetonamente. —Para eso estoy aquí.

La tensión desaparece de su postura y, por primera vez hoy, veo la chispa de esperanza en sus ojos. Está nerviosa, sí, pero puedo notar que está empezando a creer en sí misma de nuevo. Y eso es todo lo que quiero para ella, que se vea a sí misma como yo la veo.

El resto de la tarde pasa en un borrón de calidez y risas. Comemos juntos, hablamos juntos y, por un momento, se siente como si el mundo exterior no existiera. Somos solo nosotros, mi familia,

mis amigos y la vida que hemos construido juntos. Mi padre se va más tarde en la noche, abrazándome una última vez antes de partir. Ahora hay una sensación de cierre entre nosotros, una sanación que nunca creí posible.

Mientras el sol se pone y la casa comienza a quedarse en silencio, me encuentro sentada junto a la ventana, acunando a mi hija en mis brazos. El suave resplandor de la luz del atardecer baña la habitación en un tono dorado, y observo cómo mis compañeros se acomodan para pasar la noche, con sus voces bajas y contentas. Siento una profunda y permanente sensación de gratitud por la vida que hemos creado juntos.

Este es mi final feliz. Y es aún más hermoso de lo que jamás pude haber imaginado.